KAREN A. MOON



Tronos y Corazones

Un Trono de Rosas y Espinas

TRONOS Y CORAZONES

UN TRONO DE ROSAS Y ESPINAS, LIBRO 4

KAREN A. MOON

ÍNDICE

la profecía

Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32

Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61

EPÍLOGO 1
EPÍLOGO 2
Postfacio

Copyright © 2026 by Karen A. Moon
All rights reserved.
No part of this book may be reproduced in any form or by any electronic or mechanical means, including information storage and retrieval systems, without written permission from the author, except for the use of brief quotations in a book review.

Primera edición en alemán diciembre de 2025
© Karen A. Moon
Diseño de portada: © Lara Wynter Books
Edición: Sabrina Reck, Lektorat Nachtwind
Traducción: Monica Lopez

Todos los derechos reservados, incluidos los de reimpresión total o parcial en cualquier formato.
La trama y todos los personajes son ficticios. Cualquier parecido con personas vivas o reales es pura coincidencia y no es intencionado.

Karen A. Moon
c/o WirFinden.Es
Naß und Hellie GbR
Kirchgasse 19
65817 Eppstein

Página web: www.karenamoon.com
Tienda: www.karenamoon.shop
Instagram: karenamoon.author
Facebook: Karen A. Moon Autora
Boletín: www.karenamoon.com/MONDSCHEINPOST/

Diseño interior del libro:
© Karen A. Moon con Inkarnate, Creative Fabrica y Canva

LA PROFECÍA



Una cazadora nacida bajo la luna llena de sangre
besada por las estrellas,
dotada de un don que puede salvar a su pueblo.
Unida en matrimonio con un jinete
que lleva la herencia del rey en su sangre.
Guiará a su gente hacia la paz
y destruirá al enemigo.

Última profecía de los pueblos unidos de Eclaria,
interpretada y traducida por los ancianos Vulas y Tanil

PRÓLOGO



El fénix es un ser mágico
que se ha convertido en un mito a lo largo de los siglos.
Casi nadie ha visto uno nunca,
y mucho menos han podido dar testimonio de él.
Se le atribuye un gran poder.
Lamentablemente, no sabemos
si esto es cierto.
Ni siquiera yo he visto a un fénix en toda mi larga vida.

De las notas de Horacio

Baile real, Eclaria antes de la maldición

HAKON NUNCA HABÍA SOPORTADO estos bailes. Si por él fuera, estaría en cualquier otro sitio: en la biblioteca o detrás de su escritorio. Pero desde luego no en el salón de baile del palacio y vestido con su mejor traje, que le quedaba demasiado estrecho en el cuello, lo que le llevaba a tirar constantemente del cuello de su camisa con inquietud.

Aburrido, se quedó de pie junto a uno de los grandes jarrones y observó a los invitados bailar. Los diferentes bailes eran lo único que

le entusiasmaba de estas festividades. Pero esa noche esperaría en vano a una pareja para bailar un vals. Todas las damas allí presentes solo tenían ojos para el rey y su corona.

Uno de los camareros pasó corriendo con una bandeja y él tomó una copa de vino espumoso. Ya era la tercera y sabía que no era buen tolerante al alcohol. Aun así, dio un gran trago a la bebida burbujeante, en lugar de solo degustarla.

Quizás debería tomar algo del bufé, pensó, y dejó su puesto junto al jarrón para dirigirse a las grandes mesas del fondo del salón. ¿Dónde estaría Attilus? Hakon aún no había visto a su gemelo ese día. Ahora que lo pensaba, hacía más de una semana que no lo veía y la preocupación le punzó el corazón.

Era muy probable que no apareciera en un baile como este. Aunque era su deber como consejero real, no se tomaba el tiempo para asistir a este tipo de eventos.

Hakon suspiró. Su gemelo era tan diferente a él que a veces se preguntaba qué pasaba por su cabeza. No le gustaba la determinación con la que Attilus se dedicaba a su trabajo. Sobre todo desde que comenzó su aprendizaje con Vulas y Tanil. Con demasiada frecuencia se encerraba en sus aposentos durante días y, cuando salía, se veía tan demacrado y parecía haber envejecido varios años.

Cuando le preguntaba qué había estado haciendo todo aquel tiempo, en la soledad de sus aposentos, este lo evadía o solo murmuraba algo sobre experimentos científicos.

Pero Hakon no era tonto, había notado los cambios en él. La dureza de su voz, su actitud defensiva y la sonrisa cada vez más rara que se parecía a la suya.

«Attilus trabaja demasiado, eso es todo», pensó para tranquilizarse a sí mismo. La próxima vez que lo viera, le sugeriría un viaje a Ascradia. A ver a Lady Adayla. Era la mejor amiga de su hermano. Una joven extremadamente inteligente que, al mismo tiempo, tenía el carácter más alegre que Hakon hubiese visto jamás.

Era un espíritu libre, salvaje y enamorada de la vida y de todo lo que esta tenía para ofrecer. Su compañía sin duda le vendría bien a su hermano. Sobre todo, porque Hakon sospechaba que este sentía

algo más que amistad por esa muchacha. No, estaba seguro de que Attilus había perdido el corazón por Adayla.

El joven consejero se abrió paso entre un grupo de damas que cuchicheaban cuando, de repente, una dama llamó su atención. Solo podía verla de espaldas, pero llevaba el vestido más bonito que hubiese jamás. Era azul y tenía un ligero brillo. No pudo evitar pensar en las rosas que crecían en los jardines reales, que también tenían ese azul brillante.

Entonces se fijó en el rey y en Attilus, que estaban junto a la dama. «¿Qué hace aquí mi hermano?», el asombro lo atravesó.

Sin perder más tiempo cambió de rumbo y se dirigió hacia los tres. Cuanto más se acercaba, más claro le quedaba que no solo él se fijó en aquella misteriosa dama y su vestido. Todas las personas con las que se cruzaba hablaban de ella. Todos se preguntaban quién sería y de dónde vendría.

A él eso no le importó. Solo quería ver a su hermano.

—Buenas noches —dijo cuando finalmente llegó al grupo. Sin embargo, un instante después le invadió la sensación de estar interrumpiendo un momento mágico. El rey miraba a la desconocida con los ojos muy abiertos y con una sonrisa en los labios que Hakon solo había visto una vez antes en alguien más; en los padres del regente, cuando se conocieron.

¿Acaso esta noche el rey Ryland encontró a su alma gemela? Pero ¿quién era ella? El joven hombre miró a su hermano con curiosidad, pero este estaba muy pálido y solo miraba confundido de la dama al rey y viceversa. En sus ojos vio dolor; no, no solo en sus ojos, sino en todo su rostro.

El joven consejero sintió ahora la punzada que atravesaba a su gemelo; y en ese momento, la dama se volvió hacia él.

—¡Hola, Hakon! —sonrió y el alivio se reflejó en sus ojos verdes.

—¿Adayla? —preguntó sorprendido, pero rápidamente se recompuso y le besó la mano con galantería—. ¿Qué haces aquí?

De nuevo, su mirada se dirigió interrogativa hacia su hermano, pero este no le respondió. En cambio, unas arrugas pensativas se dibujaron en su frente y Hakon se dio cuenta de que intentaba

contener su ira creciente. Conocía a Attilus y sus emociones mejor que las suyas propias. ¿Qué estaba ocurriendo aquí?

—Baila conmigo —le pidió Adayla, mientras su mirada, confusa y a la vez anhelante, volvía a la del rey.

—Ada —susurró este, extendiendo la mano hacia ella como si quisiera retenerla. Hakon sabía que ese era el apodo de Adayla, que hasta entonces solo su hermano utilizaba; este último apretó los puños y el dolor de su rostro dio paso a una ira sin filtros al escuchar aquello y su mirada se dirigió hacia el rey: ahora cargada de un odio incipiente.

Sin embargo, antes que Hakon pudiera dedicarse a su hermano ofendido, Adayla ya lo estaba arrastrando hacia la pista de baile. Los ojos del rey Ryland los siguieron muy de cerca y Hakon cayó en la cuenta entonces de que la futura reina lo había invitado a bailar. Una reina que terminó por romperle el corazón a su hermano de forma irreparable y que sepultó en el olvido la amistad que este pudiese sentir por su soberano.

CAPÍTULO I



Muchos han perdido la vida en el desierto.
Las trampas de este paisaje arenoso obligan incluso al hombre más fuerte
y a la mujer más valiente a sucumbir.
Al final, la muerte parece una bendición de la Gran Madre.

Del diario del anciano del pueblo de los cazadores occidentales de Bergens

Jadina, en la actualidad

Hoy era un buen día para morir.

El sol ardía sobre mi piel y la arena bajo mi mejilla. A pesar de ello, permanecí inmóvil, dejando que el dolor, que maltrataba mi cuerpo como cien mil pequeños pinchazos, me invadiera.

Al menos me distraía un poco del verdadero dolor que mi corazón sentía en su férreo abrazo.

Una lágrima perdida resbaló por mi mejilla y al final, el sol la evaporó, como tantas otras antes. Tenía los párpados pesados y los ojos demasiado hinchados para abrirlos. Así que los mantuve cerrados.

Tragué saliva. Mi garganta se sentía como papel de lija. Áspera y dolorida de tanto gritar. De gritar su nombre. *Kayden.*

Una vez más, mis entrañas se contrajeron de dolor y la bilis me subió a la garganta. Con el nombre llegaron también los recuerdos de la cueva, de lo que sucedió allí adentro. El implacable rugido de la tierra, su rostro atormentado y esa desesperanza en su mirada.

Dondequiera que estuviera, sentía que estaba lejos de mi alma gemela. *Kayden*. Mi marido y el rey de Eclaria. Un arrogante jinete de dragón que no me había dejado morir en el desierto.

Una sonrisa se dibujó en mis labios al pensar en ello. Qué ironía del destino que, una vez más, medio muerta en estas interminables arenas, esperara mi paso al reino de Hades.

Pero Kayden me había llevado al castillo de Dragonfall, me dio una razón para vivir y me ayudó a superar las malditas pruebas de los jinetes. Creyó en mí y en mi destino por los dos.

Yo, la cazadora de la profecía centenaria, bendecida con tres dones. Nunca lo habría esperado. Y eso que solo era una niña del desierto, criada en la naturaleza y con la creencia de que no poseía ningún don mágico.

Suspirando, me acurruqué aún más, haciéndome lo más pequeñita posible e intenté alejar de mi mente los recuerdos de la época anterior a la muerte de mis padres.

Porque con ellos venían todas esas confusas mentiras que solo se habían disipado cuando conocí a Hakon. Mi antiguo mentor y el mago que selló mi magia hasta que mi alma gemela la liberara.

Otros rostros aparecieron en el mar de imágenes. La obstinada Nayda, con su corazón tierno. El optimista Lenn, que me cuidó desde el principio. El tranquilo Dex, al que nunca se le veía sin un libro en la mano. La valiente Eline, un alma bondadosa con la fuerza interior de una guerrera; y la sanadora Fely, una Vile que echaba de menos a su marido y su hogar. Todos ellos marcaron mi camino y me ayudaron a encontrarme a mí misma.

Se convirtieron en mis amigos. En mi familia.

Así que aprendí a montar a lomos de un dragón, luché con otras tres cazadoras en las pruebas brutales por mi vida y me convertí en

una amazona dragontina. Siempre bajo la atenta mirada del tirano Gronus, el padre de Kayden.

Al final, fui la única que superó las pruebas, pero tras la última perdí a la que creía mi mejor amiga; la que fue enviada por mi propio pueblo para matarme. ¿Alguna vez la lloré de verdad? ¿O fue la dolorosa traición de Kayden quien me distrajo de eso?

Kayden, quien en realidad solo debía ser un líder de escuadrón y al que le entregué mi corazón, resultó ser mucho más que eso: resultó ser el rey de los jinetes de dragón, mi futuro esposo y mi alma gemela.

Perdida en mis pensamientos, tiré de nuestro vínculo espiritual. Seguía intacto. Así que no estaba muerto. Una tortuosa sensación de alivio se apoderó de mí, pero se desvaneció de inmediato al contemplar la oscuridad que se extendía desde su lado sobre nuestra conexión. Esa oscuridad que debió de haberlo invadido mientras me creía muerta, pero mi alma estaba atrapada en Aranga, en el continente brysaliano.

Fue allí donde Hakon me llevó poco antes de mi inminente muerte para protegerme de su hermano gemelo: Attilus, el responsable de desatar la maldición un siglo atrás. Desde entonces, este ha intentado por todos los medios impedir que se cumpla la profecía. Incluso tomó la forma de Dorian, un jinete que también superó las pruebas y estaba destinado a unirse a un dragón. Fue así como se coló en nuestras vidas como una serpiente. Huyó con nosotros del castillo de Dragonfall, cerca de Gronus, y se embarcó a nuestro lado en el peligroso viaje para detener la maldición.

A pesar del calor, un escalofrío me recorrió la espalda cuando mis pensamientos se desviaron hacia nuestro encuentro con la sirena maldita. Aunque nos dio nuevas pistas sobre cómo derrotar la maldición mediante un acertijo, no lo hizo sin acompañarlas de una amenaza. Si no la rompíamos a tiempo, se comería a Julze, otra jinete.

De nuevo sentí náuseas. El dolor de la culpa que pesaba sobre mí era punzante. Ya no podríamos salvarla.

Con mis últimas fuerzas, busqué a tientas mi bolso, donde estaba la rosa que, gracias a la ayuda de Kayden, traje del lago subterráneo

de Ascradia. Era una de las tres que teníamos que encontrar para destruir la maldición.

A pesar de sus pétalos azules y su tallo verde, estaba tan maldita como la tierra negra que rodeaba el palacio de Eclaria. Solo mi magia rompecursas pudo recogerla.

En mi cabeza volvieron a formarse imágenes de la cueva, las masas de agua apiladas y *él*. Al igual que las piedras del techo de la cueva, ahora los recuerdos se abalanzaron sobre mí con mucha más fuerza, queriendo enterrarme bajo ellos.

Protegiéndome, rodeé mi cabeza con los brazos y me hice aún más pequeña que antes. Un débil gemido se escapó de mis labios.

¡No! ¡No quiero recordar más!

Unos suaves pitidos me sacaron de mi infierno. ¿De dónde venían? Con la respiración contenida, escuché el silencio del desierto.

Volví a oírlo. Venía delante de mí y no parecía estar a más de un brazo de distancia. Temblando, extendí la mano y tanteé a ciegas con los dedos sobre la arena caliente. Mis párpados estaban demasiado pesados para levantarlos.

¿Dónde estás? Otro sonido lastimero. Apretando los dientes, ignoré el dolor de mi carne quemada y extendí aún más el brazo.

Por fin, mi dedo índice rozó un plumaje suave. *Limycu.* Con cuidado, cerré mi mano alrededor de su diminuto cuerpo y lo acerqué a mi pecho. Agradecido, se acurrucó contra mí.

—Me salvaste —susurré y lo besé en su cabecita con suavidad. ¿Cómo pudo hacerlo? Una vez más, mi mente me transportó al lago subterráneo, en medio de la cueva que se derrumbaba. Me retorcí de dolor cuando Kayden apareció en mi campo de visión. Había luchado contra su propia magia y, al mismo tiempo, me mantuvo alejada de él para que no pereciera a su lado. No había comprendido que mi lugar estaba a su lado.

Aún sentía el frío bajo mis manos doloridas cuando golpeé la barrera invisible que él creó entre nosotros. Fue tan inútil. Era mucho más poderoso que yo. ¿De dónde venía ese nuevo poder?

Mis pensamientos se desviaron hacia el momento en que piedras cada vez más grandes caían del techo y los primeros rayos de sol

abrieron paso en la cueva.

¿Qué sucedió exactamente?

Recordé el fuerte estruendo, mis propios gritos llamando a mi marido y, de repente, aquella luz deslumbrante. Llamas. Muchas llamas.

No, no eran las habituales de un incendio, sino grandes alas que ardían.

¡Un fénix!

Ahora sí que abrí los ojos. La luz del sol me deslumbró tanto que los volví a entrecerrar, solo para volver a abrirlos entre parpadeos.

Mi mirada se posó en el pequeño ovillo de plumas que se acurrucaba contra mi pecho.

Limycu no era un polluelo de águila, sino un fénix, un ser descrito en muchas leyendas. Esta revelación recorrió mi maltrecho cuerpo con suavidad. Me salvó sacándome de la cueva que se derrumbaba. ¿Lo sabía Kayden cuando le pidió que hiciera eso? ¿Sacarme de allí?

—¿Así que eres un fénix? —le dije al pequeño, que me miraba con sus grandes ojos redondos. Entonces ladeó la cabecita, como si tuviera que pensar en esa pregunta que salió de mi garganta con un sonido metálico. A continuación, acurrucó su cuerpo contra mi mano.

Al parecer, le daba igual ser un pichón de águila o un fénix, siempre y cuando yo siguiera acariciándolo.

Tenía tantas preguntas. ¿Cómo podía transformarse? ¿Había algún desencadenante? ¿Por qué no sufrí ninguna quemadura, salvo las ampollas que la arena caliente bajo mis pies provocó, cuando me agarró y me sacó volando de la cueva?

¿Tenía que convertirse en cenizas, como decían las leyendas, para renacer como esta diminuta criatura que se estiraba como un gato bajo mis caricias? Y ¿de verdad fue una casualidad que apareciera en el alféizar de mi ventana en el castillo Dragonfall?

Esta magnífica criatura se consideraba extinta. Solo las historias de tiempos pasados hablaban aún de su especie. Pero esos relatos se parecían más a cuentos de hadas que a informes científicos.

Volví a mirar a Limycu y pasé el dedo por sus suaves plumas sin creer lo que había visto. Los demás nunca lo creerían si se los contara.

¡Mis amigos! El pánico se apoderó de mis pensamientos y sentí que mi corazón comenzaba a latir con fuerza. Nos separamos en una bifurcación de los túneles subterráneos y seguimos caminando de dos en dos. Nayda con Dex y Fely con Lenn. ¿Solo la cueva se derrumbó o fue todo el sistema de túneles?

—¿Sabes si los demás consiguieron salir? —le pregunté al pajarillo. Este se detuvo, saltó un poco por la arena y miró a su alrededor en busca de algo.

—¡Por los dioses! Espero que estén bien —¡Tenía que encontrarlos! Rescatarlos y luego liberar a Kayden de ese poder o de lo que fuera que le pasara.

Reprimiendo el dolor, me incorporé en la arena.

¡Eres una hija del desierto! ¡Eres la reina Eclaria! ¡No puedes morir!

—Por favor, cúrame —le pedí a mi magia y, en ese momento, me di cuenta de que hasta ahora no la había dejado hacer esta tarea. La desesperanza me había atrapado tanto en sus garras que quería rendirme. Quería morir.

Sin embargo, mi magia recorrió mi cuerpo con una sensación cálida y cosquilleante en aquel momento; bailó por mis venas y sentí su alegría por mi decisión.

Hoy no era un buen día para morir. Hoy era un buen día para vivir.

Capítulo 2



Los Fogghouls nacieron de la maldición.
De una magia más negra que la noche más oscura.

De las memorias de Tanil

Jadina

Vamos, Limycu! ¡Busquemos a los demás! —dije con renovada determinación, coloqué al pequeño fénix en mi hombro y me enfrenté a los abrumadores rayos del sol hasta que, aún un poco tambaleante, me puse en pie. Mi magia me había curado casi por completo.

—*¡Jarok!* —llamé mentalmente a mi dragón mientras buscaba sombras negras en el cielo. No estaba segura de cuán lejos estábamos el uno del otro, ni de si esa conexión mental funcionaría a una distancia mayor, pero tenía que encontrarlo. Después podríamos buscar juntos a Kayden. ¿Aún estaría herido entre los escombros de la cueva derrumbada? Al pensar en eso, sentí un dolor punzante en el pecho. Teníamos que encontrarlo cuanto antes.

Si los demás sobrevivieron, estaba segura que estarían con sus dragones.

—*¿Jarok?* —volví a intentarlo y esperé. Nada. ¿Le habría pasado algo a él también?

—*¡Elara!* —grité, intentando comunicarme con la dragona de Kayden, que, debido a mi conexión espiritual con su jinete, también teníamos una comunicación mental. Pero permaneció en silencio.

Dirigí mi atención hacia el cielo. El sol se inclinaba cada vez más hacia el oeste. No importaba dónde me encontrara en Eclaria, si corría hacia el sur, tarde o temprano llegaría a la costa. Desde allí podría seguir por la orilla hasta Ascradia, al oeste. Allí donde quizá Kayden seguía atrapado.

Así que eché a correr. Era consciente de que tardaría días en llegar a mi destino. Si es que llegaba. Los monstruos del desierto, los fogghoul, también merodeaban por esa zona y, si nos topábamos con toda una manada, estaríamos perdidos.

Ojalá tuviera un dragón que pudiera llevarme hasta Ascradia. Excepto… Miré pensativa a Limycu: estaba sentado en mi hombro.

—Oye, ¿no puedes llevarnos volando a Ascradia? —le pregunté, y lo puse en mi mano. Inquieto, saltó arriba y abajo con sus garritas —. Fuiste tú quien nos trajo hasta aquí.

Intenté no sonar acusadora, después de todo, me salvó la vida, pero no lo conseguí del todo. No sabía nada sobre la magia de un fénix, así que no estaba segura de qué significaba el parpadeo nervioso de la pequeña criatura.

—¿Puedes al menos intentarlo? —le pedí—. No sé dónde estamos, pero tenemos que encontrar a Kayden y a los demás antes de que sea demasiado tarde.

De repente, el pequeño dejó de saltar, centró su mirada en mí y se posó en mi hombro. Confundida, lo vi hundir sus garras en mi uniforme de cuero y luego batir sus diminutas alas con violencia.

A pesar de la gravedad de la situación, no pude evitar reírme.

—No, Limycu, no me refería a esa forma, sino a la del fénix. Ya sabes, esa en la que tienes esas poderosas alas ardientes.

Un poco agotado, el pajarillo se dejó caer sobre mi hombro. De verdad intentó todo lo posible por llevarme. Se había esforzado al máximo, así que le acaricié la cabecita con el dedo.

—¿No sabes cómo transformarte? —le pregunté, y él me miró con tristeza en sus grandes ojos negros—. No pasa nada, pequeño —le dije para animarlo—. También podemos encontrar el camino a pie.

No tenía sentido presionarlo. Probablemente, la magia del fénix no era diferente de mis dones, que al principio tampoco podía controlar.

Sin inmutarme, comprobé que mi arco y las flechas, que por suerte aún estaban en mi carcaj, estuvieran bien colocados. También ajusté la bolsa en la que llevaba la primera rosa y eché a correr. Hacia el sur. A mi derecha, el sol se inclinaba cada vez más hacia el horizonte, mientras yo avanzaba por la arena caliente.

No sabía cuántas horas llevaba caminando, pero la sed me arañaba la garganta y me dejaba la lengua pastosa en la boca. Ya en la cueva, la sed casi me había vuelto loca, pero ahora… ahora me robaba los sentidos, me hacía perder la concentración en mi misión y me provocaba otros deseos angustiosos.

Ojalá Kayden estuviera aquí. Acaricié con ternura la parte de nuestra conexión espiritual que aún no estaba envuelta en la oscuridad.

De repente, en la lejanía, descubrí ante mí la silueta de un hombre. Entrecerré los ojos y miré en su dirección. ¿Era amigo o enemigo? No podía distinguirlo desde la distancia. Así que me puse la mano en la frente para protegerme del sol y entrecerré un poco los ojos. La imagen se hizo más nítida y contuve el aliento asustado al reconocer a la persona. *¡Kayden!* No, no podía ser, ¿cierto?

Las lágrimas me quemaron los ojos mientras reunía mis últimas fuerzas y corría hacia mi alma gemela. Mis pies se hundían cada vez más en la arena con cada paso y era como si estuviera caminando por miel pegajosa.

¡Pero tenía que llegar hasta él! ¡Hasta Kayden! A pesar de mi carrera, seguía estando igual de lejos y no se movía. ¿Por qué no venía a mi encuentro?

—¡Kayden! —grité desesperada, mientras seguía intentando avanzar por la arena. Pero por mucho que lo intentara, no conseguía

acercarme a él. Las lágrimas corrieron ahora sin obstáculos por mis mejillas.

—¡Kayden! —grité de nuevo y escuché lo débil que era mi voz. El agotamiento se apoderó de mi cuerpo. Agotamiento y desesperación.

Limycu empezó a piar nervioso en mi hombro, picándome la mejilla con el pico. ¿Qué le sucedía?

—Ay —dije, mirándolo con reproche—. Me estás lastimando.

Una vez más, tuve que soportar un concierto de píos, además de varios picotazos dolorosos en la cara.

¿Estaba enfadado conmigo porque no corría más rápido para llegar hasta Kayden? Sin embargo, sus sonidos no se parecían al parloteo que emitía cuando algo le molestaba. Estos parecían reflejar más bien preocupación y miedo.

—Todo va bien, Limycu. —El pequeño se detuvo e inclinó la cabeza. Luego miró hacia el desierto que se extendía ante nosotros. Seguí su mirada y se me cortó la respiración. Kayden había desaparecido. Simplemente se esfumó. Como si nunca hubiera estado ahí.

—¡No, no, no! —Giré desesperada sobre mí misma. ¿Dónde estaba?—. ¡Kayden! —Mis gritos fueron engullidos por la arena.

Volví a correr hacia el lugar donde lo vi hasta hacía un momento. El peso agobiante del calor me abrumaba, pero pude llegar al punto donde lo vi.

Allí solo me esperaba el desierto infinito. Ni Kayden ni ninguna huella eran visibles.

Un sollozo se me escapó cuando la realidad me golpeó con fuerza y me dejé caer en la arena. Mis sentidos me jugaron una mala pasada. Kayden nunca estuvo allí. Mi cuerpo tembló y se balanceó hacia adelante y hacia atrás, mientras reprimía con todas mis fuerzas las lágrimas que me quemaban los ojos.

No podía perderme en ellas, porque si no, como unas horas antes, volvería a tumbarme en la arena y me rendiría a la muerte.

No puedo permitirlo.

Limycu acurrucó su suave cuerpo contra mi cara. Me había salvado de ese momento de debilidad y, sin embargo, no me

juzgaba por ello.

Si no podía levantarme por mí misma, al menos tenía que intentarlo por él. Siempre estaba aquí para mí y, gracias a su valentía, ya me había salvado la vida varias veces. Ahora era el momento de hacer lo mismo por él.

—Nos sacaré de aquí, Limycu. Te lo prometo. —El pequeño era un fénix, quizás el único de su especie. No podía morir.

Pero sin agua, mis buenas intenciones no servían de nada. La sed se estaba haciendo más insoportable a medida que avanza el tiempo y un punzante dolor me había comenzado tanto en la cabeza como en todo el cuerpo.

De repente, Limycu se quedó inmóvil sobre mi hombro.

—¿Qué pas…?

El resto de la frase se me atragantó en la garganta, ya que en ese momento descubrí al enorme fogghoul que, a solo diez metros de nosotros, babeaba mientras acechaba a su presa. A nosotros.

Al principio creí que se trataba de otra alucinación, pero Limycu lo veía igual que yo, lo que contradecía esa idea. Ese monstruo era tan real como nosotros.

¡Mierda!

Me levanté lo más despacio que pude, gracias a mi maltrecho cuerpo, al tiempo que, con un movimiento fluido, me quité el arco y las flechas de la espalda. Con una mirada rápida busqué en los alrededores si había más monstruos como ese, pero comprobé que estaba solo.

Gracias a los dioses. En mi estado, me habría sido imposible enfrentarme a varios de ellos.

Un espeluznante gruñido escapó de la garganta de mi oponente y creí sentir su vibración hasta lo más profundo de mi ser. Sin embargo, mis manos permanecieron tranquilas mientras colocaba la flecha en la cuerda y la tensaba. Los años de experiencia luchando contra estos monstruos tomaron el control y no permitieron ningún temblor ni inseguridad.

Sin previo aviso, la bestia se impulsó desde el suelo y se abalanzó sobre mí. Por un instante, todo se volvió borroso ante mis ojos, pero, aun así, disparé la flecha. No oí el satisfactorio chasquido

que se producía cuando esta penetraba en el cuerpo de un coloso así.

Por reflejo, puse una mano sobre Limycu, agarré mi arco con la otra y me deslicé por la arena hacia la derecha. Pero no lo bastante rápido.

El dolor que me invadió fue agudo cuando la garra del monstruo me rozó el brazo izquierdo y me desgarró la tela, la piel, la carne y los músculos.

Mi grito resonó en mis oídos mientras me ponía en pie tambaleándome. Mis movimientos perdieron agilidad y clavé los pies en la arena para conseguir más estabilidad.

En un solo suspiro volví a colocar una flecha en la cuerda y luché con los dientes apretados contra el dolor que me impedía levantar el brazo; el sudor me corría por la espalda y se había depositado en mi frente, refrescándola. Ahora estaba tan cerca de la bestia que el penetrante olor a carroña y muerte me cerró la garganta. La bilis me arañó el esófago.

El fogghoul acababa de darse cuenta de que había clavado los dientes en la arena en lugar de mi carne, y ahora sus ojos se movieron furiosos en mi dirección. Solo por un instante lo miré con fijeza a esos ojos negros como el carbón y, antes de que pudiera moverse, lancé la flecha hacia mi objetivo. Justo a su ojo.

Esta vez se oyó ese chasquido que ya había escuchado innumerables veces antes. Un sonido que me hizo suspirar de alivio, incluso antes de que el cuerpo del fogghoul cayera exento al suelo. Su ojo, que no había sido atravesado, seguía fijo en mí.

Yo también me dejé caer en la arena. Sin soltar el arco, miré mi brazo herido. La sangre brotaba espesa y roja de la herida, que se extendía desde el hombro hasta la muñeca.

Me mareé ante aquella espantosa visión y respiré profundo. No podía desmayarme ahora. Podía haber más fogghouls cerca, atraídos por el olor de mi sangre.

Limycu gimió en mi oído al ver mi herida.

—Se curará —le prometí, y la mentira me dejó un sabor amargo en la boca. Mi magia quería curar mi herida, pero, como era de esperar, hasta aquí llegaba a sus límites. Las heridas causadas por

las garras de un monstruo del desierto eran tan difíciles de combatir con magia como la propia bestia. *Estamos perdidos.*

Capítulo 3



Mi hijo era mi esperanza,
que el enemigo ha destruido.

Del diario del general Gronus

Kayden

Oscuridad. Tanta oscuridad.

Ya no sabía si estaba tumbado, de pie o sentado. Si estaba vivo o muerto. En mi cabeza solo reinaba el caos y mi cuerpo parecía ya no ser mío.

Seguía sumiéndome en un abismo del que ya no habría escapatoria. Las garras de mi maldita magia se habían clavado profundamente en mi carne y ahora me tenía atrapado, como yo la tuve a ella antes.

Si la soltaba ahora, me destrozaría y esta lucha habría terminado para siempre. Pero, ¿qué significaría eso para Eclaria? ¿Para Jadina? ¿Para mí?

¡No! ¡No puedo permitirlo! ¡Tengo que seguir luchando!

Con todas mis fuerzas, luché contra el dolor, contra mi demonio interno. Durante décadas conseguí hacerlo, así que debía seguir

haciéndolo. No podía permitirle que controlara todo mi ser.

Con esfuerzo me abrí camino de vuelta a la superficie. Golpeé las garras que me rodeaban sin piedad y como un pez en una red, intenté lo imposible: volver a la libertad.

—*Entrégate a mí y te irá bien. Mejor que nunca* —decía mi voz interna, y la seducción en ella prometía el paraíso. Pero ahora sabía que no era mi paraíso el que ella alababa.

—¡No! —grité sin vacilar—. ¡No pienso doblegarme ante ti, no pienso dejarte tomar el control!

La idea de permitir que mi magia maldita actuara me provocó un escalofrío que recorrió todo mi ser. ¡Nunca me convertiría en su marioneta! ¡Nunca!

—*Entonces podremos abandonar por fin este agujero y volver con Jadina* —ronroneó la voz, y al mencionar su nombre, mi corazón se encogió de dolor. La amaba más que a mi propia vida y la echaba tanto de menos que habría hecho cualquier cosa por volver a estar con ella. Cualquier cosa, excepto ponerla en peligro.

Y yo era ese peligro. Lo sabía. En cuanto me rindiera y entregara mi ser a ese monstruo que llevaba dentro, Jadina estaría tan perdida como yo. La perseguiría hasta el fin del mundo para matarla.

Aunque el dolor se volviera insoportable, atravesándome con cada rebelión, no me rendiría. Había demasiado en juego.

Así que volví a rebelarme contra ese poder que me mantenía cautivo, contra esa oscuridad en la que me había encerrado.

Siempre con el rostro de Jadina ante mis ojos y los recuerdos de nuestro tiempo juntos firmemente aferrados a mí.

¡Jadina!

Capítulo 4



A veces, la mente es más fuerte que la magia.

Proverbio antiguo

Jadina

Lo único que podía hacer en ese momento era detener la hemorragia. Así que arranqué una de las asas de mi bolso y me la até alrededor del brazo, sobre la herida. Aunque seguía brotando sangre del profundo corte, ya no lo hacía tan rápido como antes.

Sin embargo, ahora que la adrenalina de la lucha había disminuido, el dolor se hizo notar. Apreté los dientes y me sostuve el brazo contra el pecho. El sol ya estaba bajo en el horizonte, pero seguía quemando con fuerza.

Miré hacia el enorme cuerpo del fogghoul y suspiré con angustia. Si me sentaba detrás de él, podría recuperar el aliento gracias a su sombra. Una vez más, tenía que buscar refugio en un monstruo muerto. Como la vez en que me refugié bajo los cadáveres hasta que pasó la tormenta de arena. Poco antes de conocer a Kayden por primera vez.

Kayden. ¿Cómo estará? Solo espero que mejor que yo.

El tormento de estar separada de mi alma gemela eclipsaba el dolor de la herida. Este penetraba tan profundo en mi ser que incluso mi alma parecía retorcerse.

Tenía que encontrarlo. Ayudarlo. Fuera lo que fuera lo que le pasaba. Pero para eso tenía que sobrevivir. Así que aparté esos pensamientos y me concentré en mi tarea.

—Vamos, Limycu. Tenemos que ponernos a la sombra. —El pequeño pio en señal de asentimiento, hundió el pico en una hebilla de mi bota y tiró de ella, como si así pudiera arrastrarme hasta la criatura muerta. Al verlo, se me escapó una sonrisa y no pude evitar reírme, lo cual lamenté cuando el dolor recorrió mi brazo debido a las vibraciones.

Pero era demasiado bonito ver cómo al pajarillo intentaba salvarme una y otra vez. Y la idea no era tan descabellada. De hecho, podía salvarme, pero no en su forma actual. Si supiera cómo funcionaba su magia, podría ayudarle a transformarse y él sería capaz de sacarnos a los dos de aquí.

Lo miré pensativa. ¿Qué fue lo que desencadenó exactamente su transformación en la cueva? ¿La petición de Kayden de que me sacara de allí? ¿O el peligro inminente de la caída de las rocas? Quizás una combinación de ambas cosas.

Fuera lo que fuera, durante el ataque del fogghoul de hacía un momento no se transformó y, ahora que la peligrosa situación se había agravado aún más debido a mi lesión, seguía siendo tan diminuto.

Así que no tenía mucho sentido darle vueltas al asunto. Por lo tanto, ayudé a Limycu en sus esfuerzos por arrastrarme a la sombra, apoyándome en mi brazo sano y arrastrándome por la arena. El dolor punzante me recordaba que la muerte no estaba lejos.

Esa herida estableció un ultimátum a mi vida. Cada gota de sangre que brotaba de la herida era como otro grano que caía en el reloj de arena de la muerte, hasta que se acabara mi tiempo. Sin agua y sin un cuidado adecuado de mis heridas, eso ocurriría muy pronto.

Por fin llegamos a la sombra que proyectaba el fogghoul y me recosté gimiendo contra su espalda erizada y maloliente. Mi

respiración era entrecortada y un agotamiento que anunciaba el final se apoderó de mí.

Demasiada sangre, estaba perdiendo demasiada sangre. A pesar del calor del desierto, temblaba por todo el cuerpo y sentí cómo Limycu se acurrucaba contra mí gimiendo.

—No temas, pequeño. Todo irá bien. Solo necesito dormir un poco y luego volveré a tener fuerzas para seguir caminando —me oí decir y creí en mis propias palabras, que sonaban extrañas en mis oídos. Casi como si hubiera bebido demasiado.

Así que cerré los ojos y apoyé la cabeza contra el enorme cuerpo que tenía a mi espalda. Los temblores disminuyeron, el frío desapareció y se instaló una calma que no conocía. Por fin pude dormir.

—¡Jadina, quédate conmigo!

¿Kayden?

Una sacudida recorrió mi cuerpo y luché contra el cansancio que intentaba arrastrarme al sueño.

¿Eran sus palabras un eco del pasado? ¿Surgidas de los recuerdos? ¿O estaba realmente allí? Mis párpados estaban tan pesados que no podía levantarlos para mirar. Quería responderle, pero de mi garganta solo salió un pequeño gemido.

—¡Tienes que permanecer despierta!

Pero estaba tan cansada y un poco de descanso me vendría bien.

—¡Vamos, lucha!

¿Luchar? Ya lo había hecho toda mi vida. Sin embargo, ahora estaba aquí, en el desierto, separada de mi alma gemela y de mis amigos, y más cerca de la muerte que nunca.

¡Era desesperanzador!

Yo, Jadina, prometo que, pase lo que pase, nunca perderé la esperanza y seguiré viva para ocupar mi lugar en esta historia, escuché la promesa que una vez hice a mis padres. *¡Esa maldita promesa!*

—¡Te necesitamos!

Luchando por respirar, mi cuerpo se irguió en ese momento y luché con todas mis fuerzas contra el cansancio, que no quería

soltarme; se negaba a hacerlo. ¿O era la muerte la que ya había clavado sus garras en mí?

—*¡Muy bien! ¡Tú puedes!*

De repente, una sensación de calor recorrió mis venas y, con ella, una nueva energía. La oscuridad que ya se había apoderado de mi interior se disipó y, a través de mis párpados, vi el resplandor del sol del desierto.

Alguien me puso una mano en la frente con cariño, mientras otras manos vendaban mi brazo herido.

¡Ya no estaba sola! Esta constatación me sacó de golpe de mi resignación anterior y abrí los ojos de inmediato; el sol me deslumbró con su resplandor brillante y me obligó a entrecerrar los párpados, intenté reconocer quién se estaba ocupando de mí.

Al principio solo vi un arcoíris translúcido, ¿era un ala? Un cabello dorado caía sobre su estructura transparente. Pero entonces un rostro se interpuso en mi campo de visión. Me encontré con unos ojos azul agua y una sonrisa cálida y aliviada.

—Ahí estás otra vez —dijo Fely con calma, y solo las lágrimas que brillaban en sus ojos me delataron que no estaba tan tranquila como pretendía aparentar.

—¿Fely?

Pero ¿dónde estaba Kayden? Escuché su voz en mi cabeza todo el tiempo.

—*¡Nos diste un susto increíble!* —oí decir a Jarok—. *Por suerte, la curandera ha podido devolverte a la vida.*

—*¡Jarok! ¿Dónde está Kayden? Me estaba llamando, animándome a seguir luchando* —le envié con dificultad a mi dragón.

Al principio solo encontré silencio. Hasta que otra voz me rozó con suavidad.

—*Kayden no está aquí, pequeña cazadora.* —Elara parecía tranquila, pero no se me escapó el ligero temblor que probablemente nadie más habría notado—. *Fue Jarok quien se introdujo en tus pensamientos y te animó a luchar.*

Otra cara se interpuso en mi campo de visión. Una niebla de color lila claro se arremolinaba sobre una larga melena rubia: alivio, según me indicó el don de mi dragón. Nayda me miró con severidad

mientras me acariciaba la mejilla con sorprendente suavidad. ¿Por qué se encontraba tan húmeda?

—Ahora estamos contigo, Jadina. No tengas miedo. Todo irá bien. —Luego se dirigió a alguien que estaba a su lado—. ¡En cuanto esté lista para volar, despegaremos! ¡No tengo ganas de encontrarme con más de esos malditos monstruos!

Mi vista se aclaró lentamente y, gimiendo, eché un vistazo a mi alrededor. Detrás de Nayda estaba Lenn, saludándome con la mano.

—¡No conviertas lo de morir en una costumbre! —me dijo en tono jocoso. Pero tanto él como Dex, que estaba a su lado, tenían cierta tensión en el rostro que me indicaba que de verdad creyeron que me habían perdido en manos de Hades.

—¿Cómo me encontraron? —quise saber.

—Jarok te percibió en sus pensamientos y nos trajo aquí —explicó Nayda.

—Yo también te estuve llamando. ¿No me oíste?

—No, por desgracia. Creo que estábamos demasiado lejos el uno del otro.

—Cuando no respondiste, seguí nuestra conexión. —Mi mirada se desvió de mis amigos hacia el gran dragón rojo que me miraba con sus grandes ojos dorados.

—Gracias, Jarok. ¡Me salvaste!

—¿Cómo llegaste hasta aquí? ¿Tan lejos de las ruinas de Ascradia? —quiso saber Nayda—. Y… ¿dónde está Kayden?

Kayden. Una vez más, el dolor me oprimió la garganta y un sonido ahogado salió de mi boca. El mundo se inclinó un poco hacia un lado y quiso arrastrarme con él. Nayda se acercó a mí de un salto y me sujetó con cuidado por el brazo.

—¡Jadina! ¿Dónde está Kayden? —Su voz era a la vez exigente y suave.

—No lo sé —balbuceé aturdida y sentí náuseas al pensar en mi suposición—. Probablemente todavía esté en la cueva que encontramos.

—¿Por qué lo dejaste allí? ¿Y cómo llegaste hasta aquí sin un dragón?

Los recuerdos de los últimos momentos junto al lago me inundaron y luché por respirar.

—Se derrumbó —susurré sin aliento.

—¿Qué? ¿Cómo? —preguntó Fely con cautela—. Solo sentimos una ligera sacudida justo antes de descubrir una salida.

¿Una salida? ¿Solo nuestro túnel conducía al lago? No había visto ningún camino que llevara de vuelta a la superficie. Un escalofrío me recorrió la espalda: si Kayden no hubiera derrumbado la cueva, habríamos tenido que volver al sistema de túneles, directo a los brazos de Arachna. Eso habría sido nuestra muerte.

—¿Cómo se derrumbó, Jadina? —repitió Nayda la pregunta de Fely, sacándome de mis pensamientos y devolviéndome a la realidad.

—Kayden. Fue Kayden —logré articular con dificultad.

Fely suspiró y miró a la jinete de dragón.

—Creo que primero tenemos que darle tiempo para que se recupere.

—Pero no tenemos tiempo. Sobre todo, si Kayden está atrapado en algún lugar. Quién sabe, quizá ya esté muerto. —Mi amiga apretó los labios con fuerza al pronunciar su sombrío pronóstico. ¿Podría tener razón?

Me sumergí en mi conciencia hasta nuestro vínculo espiritual. Yacía allí intacto. Todavía firme y vivo. Sin embargo, algo había cambiado y la oscuridad que se arrastraba hacia mí desde el lado de mi alma gemela me preocupó.

—Está vivo —exclamé aliviada—. Kayden está vivo.

Nayda me miró confundida. Como si hubiera hablado en un delirio febril.

—El vínculo espiritual —intervino Dex—. Sigue intacto y ella puede sentirlo a través de él. Así que no está muerto.

Se acercó unos pasos y se agachó justo delante de mí.

—¿Fue la magia de Kayden la que derrumbó la cueva?

Asentí y vi dolor en sus ojos. ¿Sabía que Kayden tenía tanta magia en su interior?

—Jadina, ¿quién te sacó de allí y te trajo hasta aquí?

Una lágrima se desprendió del rabillo de mi ojo y rodó cálida por mi mejilla.

—Limycu.

CAPÍTULO 5



El vínculo entre los dragones y sus jinetes
es más profundo que cualquier otra lealtad
que conozco.

Del diario de Lady Flavia,
líder de la segunda escuadra

J*adina*

LIMYCU? —preguntaron los cuatro al unísono, mirándome atónitos.

—¿Le diste la medicina como era, Fely? —preguntó Nayda a la curandera con tono severo—. ¡Está alucinando!

—¡No! —exclamé tranquilizadora y puse mi mano sobre la de mi amiga—. De verdad fue Limycu.

Al oír su nombre, el pequeño cobró vida y salió gateando de mi cuello, donde aparentemente se había escondido después de que me desmayara.

Chillando, se sentó en mi hombro y las miradas de mis amigos se posaron en él con incredulidad.

—¿Tienen agua? —pregunté, en lugar de seguir respondiendo a sus preguntas. La sed me ponía los nervios de punta y la sequedad

en mi boca me dificultaba articular palabras.

—Eh… Sí. —Lenn rebuscó en su bolsa y me entregó una cantimplora llena de agua—. Lo siento, deberíamos habértela ofrecido mucho antes.

Me incorporé con cuidado y se la arrebaté de las manos.

Después de dar de beber a Limycu con una pequeña charca que tenía en la mano, yo también tomé varios sorbos. Dondequiera que hubieran conseguido el agua, sabía deliciosa y era un alivio.

Se extendió fresca por mi interior y, al mismo tiempo, revitalizó mi cuerpo. Una nueva energía fluyó a través de mí.

Gracias a los remedios de Fely, el brazo ya no me dolía y podía respirar con más libertad. Era hora de contarles toda la historia a mis amigos.

Así que le di las gracias a Lenn y le devolví el pellejo de cuerpo para quitarme la bolsa del hombro. A pesar de la limitación de mi brazo herido, logré abrirla y, al momento siguiente, les mostré la rosa azul con la ayuda de mi magia.

Todos contemplaron con asombro mi tesoro y yo también volví a admirar su increíble belleza. El brillo era aún más intenso gracias a los rayos del sol.

—¿De dónde…? —balbuceó Nayda, y Dex extendió los dedos hacia ella, solo para retirarlos en el último momento. Casi como si pudiera sentir la maldición que pesaba sobre ella.

—Kayden y yo la encontramos en un lago subterráneo. El túnel que elegimos nos llevó hacia allí.

Luego les conté sobre el agua que habíamos bebido hasta que nos percatamos de que todo el lago estaba maldito y que la rosa estaba escondida en su centro; sobre el poder de Kayden, que me transportó sobre el suelo negro y fangoso y que apartó las masas de agua para que pudiera recoger la rosa sin ninguna dificultad. Después les conté la lucha que mi alma gemela libró contra su propia magia, para finalmente perderla unos instantes después; de cómo me dejó afuera, sin que me permitiera ayudarlo y del terremoto que terminó por derrumbar la cueva, junto con el momento en que Limycu se transformó en fénix para llevarme volando hasta aquí a través del agujero abierto.

Ellos mismos pudieron deducir la relación entre el fogghoul muerto y mi brazo herido.

El silencio se apoderó de nosotros cuando terminé y me recosté exhausta contra la espeluznante espalda de la bestia detrás de mí.

Pude leer en sus rostros una mezcla de asombro y horror. Pensativos, miraron entre Limycu, la rosa y yo.

—Tenemos que encontrar a Kayden —dijo Lenn unos momentos después, rompiendo el silencio—. En cuanto Jadina se sienta mejor, volaremos de vuelta a Ascradia y lo rescataremos.

—¿Y luego qué? —le espetó Nayda con brusquedad—. ¿Cómo vamos a protegerlo a él y a nosotros mismos de su maldita magia? —Dio un paso hacia el jinete del dragón y lo miró con fijeza—. La magia de Kayden se ha desatado. ¿No recuerdas sus pequeños arrebatos cuando se sentía abrumado emocionalmente? La última vez, después de que Eline fuera torturada casi hasta la muerte fue incluso solo una vista de lo que puede causar. ¿Y ahora? ¿Qué haremos ahora si su maldita ira lo hace actuar sin precaución?

Lenn asintió con vacilación y Nayda resopló.

»Solo imagínate de lo que es capaz con el simple hecho de que haya podido derrumbar una cueva entera sin siquiera tener ninguna dificultad —le instó ella, y luego nos miró a cada uno de nosotros con una intensidad que me puso la piel de gallina—. Además, no sabemos qué es exactamente lo que hace que su magia sea tan poderosa y peligrosa. No podemos solo irrumpir allí y sacarlo. Primero tenemos que pensar muy bien cómo podemos salvarlo de sí mismo. Averiguar qué es lo que le pasa.

Dex asintió con la cabeza.

—No me gusta decirlo, pero Nayda tiene razón. Hay demasiado en juego. Si nos mata sin querer, toda Eclaria estará perdida. Y además, eso lo destruiría.

—Pero… —Tragué las lágrimas que me subieron a los ojos y esperé poder controlar el temblor de mi voz. Había tantas cosas que quería objetar. Palabras que reflejaban el dolor de mi corazón. Pero tenía que argumentar con prudencia. No perder de vista mi país—. Pero lo necesitamos para romper la maldición.

Y yo lo necesitaba a mi lado. Él me pertenecía, con o sin magia desatada. Era mi alma gemela, parte de mi ser. Sin él, no me sentía completa, porque no era yo misma. Lo amaba y lo necesitaba.

¡Maldita sea, lo amo más que a mi propia vida!

Pero no dije nada de eso, porque no importaba. No debía importar. Yo era la reina Eclaria y mi país estaba por encima de mis propias necesidades o de mis sentimientos.

Todos me miraron y creí ver algo parecido al asombro, mezclado con respeto, en sus ojos.

—¿Cuándo se convirtió la pequeña *rata del desierto* en una verdadera reina? —me preguntó Nayda, mirándome como si fuera la primera vez que lo hacía.

—A lo sumo, cuando conoció a Thalie, la reina de Aranga —respondió Fely en mi lugar y me dedicó una sonrisa cómplice, que yo le devolví. Ella conocía la historia de la princesa Elena, que también fue aprendiz de su suegra.

—¿Por qué no le preguntamos a Elara qué cree que es lo mejor? —intervino Lenn, mirándome con expectación—. Seguro que sigue en contacto con Kayden.

—No es mala idea —opinó Dex.

Miré interrogativa a las dos mujeres, pero ellas también asintieron con la cabeza.

—*¿Elara?* —me introduje con cautela en nuestra conexión.

—*Sí, pequeña cazadora* —respondió de inmediato la dama dragón de mi marido.

—*¿Sigues en contacto con Kayden?*

—*Sí, claro sí.* —Su voz era vacilante y sonaba abatida. Me dejó una angustiosa sensación de vacío.

—*¿Cómo está? Sé que sigue vivo, pero no puedo sentir nada más a través de nuestro vínculo. Es…* —Me detuve y tuve que recomponerme para que esas malditas lágrimas no resbalaran por mis mejillas. Llorar ahora no serviría de nada. Tenía que mantenerme fuerte. Por Kayden. Por nosotros. Y por los pueblos de Eclaria—. *A su lado todo es negro, como la maldición que pesa sobre nuestra tierra* —continué, compartiendo con ella mi mayor temor. Ese que ni siquiera podía expresar con mis amigos.

—No está nada bien, Jadina. Apenas puedo comunicarme con él. Los momentos en los que sigue siendo él mismo son cada vez más escasos.

Una ola de pánico me invadió y jadeé. ¿Se estaba perdiendo a sí mismo? ¿A su magia? Pero ¿cómo?

—¿Aún se le puede salvar? —susurré, deseando poder retirar esas palabras, ya que la respuesta me aterrorizaba. Pero no sirvió de nada. Teníamos que saber si tenía sentido volver con él. Si podíamos llevarlo en ese estado a la siguiente misión.

Y, aunque eso no debía ser mi prioridad, lo que más deseaba era esconderme con él en algún lugar para cuidarlo hasta que se recuperara o darle lo que necesitara. Pero se nos acababa el tiempo; la sirena no perdonaría la vida de Julze eternamente. El ejército, compuesto por los diferentes reinos de Brysalia tampoco esperarían para siempre. Gronus pronto atacaría a los cazadores, que también perseguían sus propios objetivos, tal y como nos previno Kelyna; y los ancianos de su pueblo aspiraban a conseguir una Eclaria en manos de los cazadores, sin los jinetes de dragón. Y luego estaba mi acuerdo con Garmaan, el rey de los dragones. Él quería el libro de magia negra de Attilus.

Con cuidado, dejé a Limycu en la arena y me puse en pie con un gemido. Mis amigos me miraron sorprendidos mientras me arrastraba hacia Elara. Ella había permanecido en silencio hasta entonces. Aún no respondía mi pregunta.

Temblando por todo el cuerpo, llegué hasta la dragona, que me observaba con sus ojos inteligentes. Estaba tumbada en la arena y ahora levantó la cabeza hacia mí.

Le acaricié el hocico con suavidad y me incliné hasta que mi frente tocó sus escamas. Mientras seguía acariciando sus placas de piel alimentadas con magia, cerré los ojos.

—Sé que es difícil —susurré tan bajo para que solo ella pudiera oírme—. Me destroza no poder tenerlo conmigo. A mi lado. Pero necesito saber si aún puedo salvarlo.

La dragona siguió en silencio, pero se inclinó a penas perceptible hacia mi contacto. Casi como si quisiera que siguiera hablando. Me dio el consuelo que necesitaba tanto como yo.

—Kayden no es solo tu jinete y mi alma gemela. También es el rey de este país. Un país al que quiere proteger. Incluso de sí mismo, si es necesario. —Abrí los párpados y aparté la frente de sus escamas para poder mirarla.

Una lágrima rodó desde los ojos serpentinos de Elara hasta su boca, que mantenía cerrada y temblorosa. Su mirada me dejó sin aliento y yo también luché por contener las mías.

—*No quiere que lo salven* —oí de pronto su voz temblorosa en mi mente. Cinco palabras que me atravesaron como un cuchillo. Atormentadoras y mortales. Me quedé paralizada y el horror recorrió mis venas como un témpano hielo, oprimiéndome la garganta y con un dolor tan desgarrador, que mi corazón se hizo mil pedazos—. *Kayden ha tejido un escudo protector a su alrededor que impide que nadie se acerque a él*. —Como un suspiro de alivio, las palabras me llegaron a través de nuestra conexión. ¿Cuánto tiempo había luchado contra ese escudo? ¿Solo?

—*Pero sigue vivo* —suspiré, sin saber muy bien si quería darme paz a mí misma o a las dos, al admitir que no podíamos hacer nada.

—*Sí, está vivo. Todavía.*

Tragué saliva y, por reflejo, busqué nuestro vínculo espiritual. ¿Esperaba encontrar allí algo diferente a lo que había encontrado hasta ahora? No lo sabía, pero me aferré a él. Me aferré a esa conexión invisible que nos unía a ambos. Por muy oscura que estuviera ahora, me daba esperanza. El tipo de esperanza que podía ser el pegamento para los fragmentos de mi pecho. Solo tenía que creer.

Te amo, Kayden.

Mis palabras se deslizaron con un murmullo por el vínculo hacia la oscuridad.

—Lo salvaremos —susurré y sentí que Elara se relajaba un poco —. Salvaremos a Kayden —dije en voz alta para que todos pudieran oírme—. No ahora, pero tan pronto como sea posible. Tan pronto como sepamos cómo hacerlo.

Me volví hacia el grupo y los miré con determinación.

—¿Y qué hacemos mientras tanto? —quiso saber Nayda. Una niebla verde azulada se mezclaba con un tono anaranjado sobre su

cabeza: melancolía y determinación. Sabía que, independientemente de lo que hubiera dicho, quería liberar a su amigo. Al igual que Lenn y Dex, que miraban con preocupación las puntas de sus botas.

Caminé hacia ella. Me había costado tomar esa decisión, pero también me dio nuevas fuerzas. Me impulsaba saber que Kayden no habría querido otra cosa.

—¡Ahora vamos a buscar la segunda rosa! —anuncié con la mayor firmeza posible—. Volaremos al gran lago en el territorio de los jinetes.

Dex levantó la cabeza y me miró con interés.

—¿Allí donde están los rebeldes?

—Sí; exactamente allí.

CAPÍTULO 6



La magia negra puede hacer muchas cosas,
pero el amor es intocable.

Del libro de texto
Magia prohibida y sus prácticas

Kayden

CON UN SUSPIRO ANGUSTIADO, salí de la oscuridad que me invadía y que desde entonces nublaba mis pensamientos.

Un tirón en mi corazón me sacó del desmayo, casi como un salvavidas saca a un ahogado del mar embravecido.

Jadina.

¿Salió de la cueva? ¿Limycu pudo ponerla a salvo? ¿Estaba bien?

El dolor inundó todo mi ser por un instante. Las cadenas con las que ataba a ese monstruo dentro de mí se tensaron de forma amenazadora. Era consciente de que solo era un respiro temporal. Mis fuerzas ya estaban decayendo y el enemigo que me había derrotado tantas veces, podía volver a dominarme en cualquier momento.

No me quedaba mucho tiempo. Pero quería aprovecharlo para proteger a aquellos a quienes amaba. A aquellos que me amaban. Que me amaban tanto que aparecerían aquí para intentar rescatarme.

Sonreí sin alegría. Ya no había nada que rescatar. Era demasiado tarde. Era consciente de ello. Por eso hice las paces con esa idea.

Sin embargo, no podía correr el riesgo de perderme por completo en sus garras. Porque no eran mis seres queridos los que tenían que salvarme; yo tenía que salvar a mis seres queridos. De mí mismo. De lo que me había dominado durante tanto tiempo, pero que con la supuesta muerte de Jadina encontró el caldo de cultivo perfecto para crecer más allá de mí.

Así que apreté un poco más las cadenas y creí oír una risa burlona. Casi como si mi intento fuera una tontería.

Aun así, no dejé que eso me detuviera. No podían encontrarme. No debería llegar hasta mí.

Jadina.

Por última vez, permití que un pensamiento sobre ella me invadiera. Creí oler su fragancia floral, sentir su suave piel sobre la mía y escuchar su rica risa cristalina.

Mi amor infinito por ella llenaba mi ser, mi alma y mi magia. Esa magia que necesitaba para mantener el escudo protector que debía impedir que ella viniera a rescatarme. Que se pusiera en peligro.

Con su rostro en mi ojo interno, me dejé llevar. Rompí las cadenas para dejar que toda mi fuerza fluyera hacia ese escudo.

Ni siquiera la fuerza bruta del dolor que se abatió sobre mí pudo destruir mi sonrisa. Hasta que mis pensamientos se desvanecieron de nuevo y me sumergí en la oscuridad.

CAPÍTULO 7



Solo los lagos y los ríos
han permanecido intactos por el cambio del paisaje.

De las notas de Vulas

Jadina

NADIE DEL GRUPO puso objeciones al plan de volar hasta el lago. En los diarios de la reina Adayla se mencionaba a menudo esta zona y tenía sentido echar un vistazo allí. Sobre todo porque, según Kelyna, la cazadora que encontramos en el desierto y que se sacrificó por nosotros, los rebeldes de los jinetes de dragón también tenían allí su escondite. Un pueblo en medio de un valle que ya había visto una vez durante un vuelo panorámico con Elara sobre el lago. Mis amigos no sabían nada de la existencia de ese lugar, pero todos estaban de acuerdo en que para rescatar a Kayden necesitábamos más de lo que teníamos a nuestra disposición en ese momento.

Sin embargo, nadie quería quedarse de brazos cruzados viendo cómo su amigo luchaba contra sus propios demonios. Buscar la siguiente rosa y enfrentarnos al mismo tiempo a los rebeldes era la única opción que teníamos. Un paso que había que dar para cumplir

nuestra misión. Necesitábamos la fuerza de los rebeldes de nuestro lado.

Pero, ¿qué pasaría si finalmente encontrábamos las tres rosas y, para entonces, no hubiéramos podido liberar a Kayden de las garras de su magia, o de lo que fuera que habitaba en él? La sirena fue muy clara al respecto.

«Si las encuentran a todas, a la tierra las deberán atar. Con su poder combinado, su magia podrán desatar. Así se destruirá la maldición, solo entonces a la chica voy a liberar».

Nuestro poder conjunto. ¿Se refería al de Kayden y al mío? Tal vez. Al fin y al cabo, la profecía también hablaba de nosotros dos. ¿Había alguna forma de llevar a cabo esta tarea sin él?

Mientras me subía a la espalda de Jarok, con una mano ya extendida hacia la silla de montar, me invadió un mareo que me hizo tambalearme por un momento. Con un poco de preocupación y susto al mismo tiempo, me agarré al borde del cuero áspero y me detuve.

—¿Qué pasa, Jadina? ¿No te encuentras bien para volar? —oí la voz preocupada de mi dragón.

—Se está exigiendo demasiado —intervino Elara con tono maternal—. *Deberíamos dejarla descansar un poco más antes de lanzarnos al siguiente peligro.*

—No, estoy bien. —Incluso yo noté lo débil que sonaba mi voz, y el murmullo que respondió Elara demostró que a ellos tampoco se les escapó ese detalle*—. Solo estoy preocupada. Ahora que Kayden no está en el grupo* —tragué saliva—, *a mi lado, me pregunto si aún podremos romper la maldición.*

—Paso a paso —dijo Jarok. El tono de su voz grave tranquilizó mis pensamientos.

—Exacto, pequeña cazadora. No te preocupes ahora por algo que aún no ha sucedido. Quién sabe, quizá la situación sea muy diferente cuando hayamos encontrado todas las rosas. —Sentí un suave y cariñoso empujón en el costado y, al momento siguiente, estaba sentada en mi silla de montar sobre el lomo de Jarok.

Troas me miró desde abajo con ojos brillantes.

—Juntos lo conseguiremos. Ya lo verás —me dijo.

—*¿Desde cuándo eres tan sabio?* —le pregunté sonriendo. ¿No fue él quien, en nuestro único vuelo hasta la fecha, pensó mucho en hacerlo *juntos*?

Una risa burlona recorrió mis pensamientos como una pequeña cascada.

—*Incluso los novatos envejecemos y nos hacemos más sabios con el tiempo.*

Sus palabras me dolieron. Las dijo con ligereza, pero yo sabía que él también pasó por muchas dificultades durante nuestro viaje, lo que le había robado su inocencia juvenil. Troas luchó contra otros dragones de su clan y resultó gravemente herido por eso. Había estado cerca de la muerte.

Mis pensamientos se desviaron hacia las cicatrices, oscuras y crueles, que lo recordaban en su vientre.

El joven dragón se quedó paralizado por un momento, como si pudiera sentir lo que estaba pensando, pero luego hinchó el pecho y se enderezó para que las cicatrices se vieran aún mejor.

—*Sobreviví* —dijo con orgullo—. *Todos sobreviviremos porque nos tenemos los unos a los otros.*

Luego se dio la vuelta y se dirigió con paso firme hacia su madre. Solo podía esperar que tuviera razón.

—*Es cierto lo que dice Troas* —afirmó Elara—. *Tú eres fuerte, pero Kayden también lo es. Lo salvaremos y liberaremos la isla.*

Ella todavía llevaba la silla de montar de Kayden a la espalda. Al verla, mi corazón se encogió. Sin embargo, fueron las palabras de esta familia de dragones las que me mantuvieron en pie.

—*¿Lista para partir?* —quiso saber Jarok, y yo metí a Limycu en mi cuello, donde se acurrucó contra mí. También tenía que ocuparme de él. Teníamos que descubrir cómo podía volver a transformarse en fénix. De alguna manera, no podía evitar la sensación de que detrás de su transformación había algo más que un gran pájaro con alas ardientes.

—*¡Lista!* —respondí, y esta vez mi voz sonó firme y fuerte.

Jarok extendió sus alas y los demás dragones hicieron lo mismo. Incluso Troas, que ahora tenía que arreglárselas sin la ayuda de Kayden, ya se elevaba sobre la arena.

Mis ojos encontraron el cadáver del Fogghoul en el suelo; y cuando esta vez volamos hacia las montañas y dejamos atrás el desierto, no sentí tristeza por dejar atrás mi hogar.

Al contrario. Esta partida me parecía lo correcto. Como el siguiente paso inevitable en esta historia, nuestra historia, que estábamos escribiendo.

¿Cómo reaccionarían mis padres si supieran que había cumplido la promesa que les hice de pequeña? Una promesa que siempre había maldecido y que ahora sentía como parte de mí.

¿Estarían orgullosos? Nadie tenía que responder esa pregunta. Cada fibra de mi ser sabía que así era. Hicieron todo lo posible para prepararme para esta vida. En la medida de lo posible. El dolor que solía sentir cuando pensaba en ellos no apareció esta vez. En su lugar, sentí gratitud y amor, y me dieron la fuerza para sentarme más erguido en la silla.

—¿A dónde volamos primero? —preguntó Jarok—. *¿A la orilla del lago o a los rebeldes?*

—Para ser sincera, no lo sé —respondí.

—Me parece que lo más importante es encontrar la rosa. ¿Cómo encontraste la primera? ¿La sentiste? ¿Te atrajo de alguna manera? —preguntó Elara, que ahora, en ausencia de Kayden, se había propuesto cuidarme aún más. Una sonrisa se dibujó en la comisura de mis labios al pensar en ello, al igual que en mi corazón.

—Más bien fue una casualidad. Sin embargo… —Reflexioné por un momento sobre cómo descubrí que la rosa estaba escondida en el lago subterráneo—. *La araña mencionó algo que me llamó la atención. Dijo que* él *la llevó ahí hacía casi un siglo. Al principio pensé que se refería a una persona que estaba cautiva en el laberinto. Sin embargo, al parecer se refería a Attilus y a la rosa.*

—Hmm —caviló Jarok—. *En ese caso, quizá deberíamos buscar primero a los rebeldes. Es posible que hayan notado algo inusual en el lago que nos pueda llevar hasta la rosa.*

—Buena idea.

El razonamiento de Jarok tenía sentido y, de todos modos, teníamos que ponernos en contacto con los refugiados ocultos.

Según Kelyna, se unirían a nosotros en la lucha contra Gronus y Attilus. Pero, ¿de verdad podíamos estar seguros de ello?

Necesitábamos su apoyo, ya que tampoco sabíamos cuándo caería con exactitud la cúpula mágica que rodeaba Eclaria. Era lógico suponer que ocurriría justo después de romper la maldición. Solo después de su caída, Marek, Thalie, Elena, Lucian y el dios Caronte podrían traer sus tropas desde el continente de Brysalia a nuestra isla.

Rápidamente desterré de mi mente la idea de ese dios al que Elena consideraba su amigo, pero que provocaba incertidumbre e incluso hasta un poco de miedo en todos los demás. No me sentía cómoda con la idea de dejar entrar en nuestro país a un dios tan poderoso y, al mismo tiempo, tan voluble. Ya teníamos nuestros propios monstruos contra los cuales luchar.

—Tal y como sugeriste, primero volemos al pueblo de los rebeldes —le dije a Jarok, consciente de que él había compartido la información con los demás dragones, cuando todos mis amigos me miraron sorprendidos—. *¿Podrías darles también la explicación necesaria?* —le pedí al gigante rojo sobre el que estaba sentada.

Sin embargo, este solo se rio. Un sonido que me hizo cosquillas por dentro.

—Así es mucho más divertido, ¿no? Mira esas miradas confundidas e ignorantes.

No pude evitar sonreír ante esa afirmación. Era tan enorme y aterrador. Pero al mismo tiempo tenía un corazón enorme y un sorprendente sentido del humor.

Yo también volví a mirar a mis amigos; las cejas fruncidas y las arrugas en la frente de Nayda de verdad merecían la pena para dejarlos un poco más inquietos.

—Solo prométeme que los liberarás antes de que lleguemos allí.

—Ya veremos —se rio el dragón.

—¡Jarok! —gritó Elara en ese momento con severidad. Pero también se podía percibir una clara sonrisa en su voz.

A pesar de ello, sentí cómo mi compañero se estremeció debajo de mí al oír su exclamación.

—*Está bien. Se los explicaré.* —De repente, ya no parecía el hijo del señor de los dragones, sino un colegial al que habían regañado.

—*¡Ahora!*

—*Aguafiestas* —murmuró mi dragón. Sin embargo, vi cómo se iluminaban los rostros de los demás un instante siguiente.

—*Mejor* —dijo Elara con su dignidad habitual. Tenía a su compañero bastante controlado. Si Kargon, el señor de los dragones, alguna vez le pasara el cetro a su hijo, Elara sería una princesa fantástica. Me recordaba un poco a Thalie.

—*Como si pudiera negarte un deseo, mi amor* —ronroneó Jarok. Bueno, yo no habría calificado lo que Elara *espetó* como un deseo, sino más bien como una orden. Me eché a reír y, cuando Troas puso los ojos en blanco de forma ostensible al oír las palabras de su padre, no pude contenerme.

Una carcajada fuerte e inevitable se escapó de mi garganta y, poco después, Elara se unió a mi risa. Simplemente brotó de mí, como algo que había estado atrapado en mi interior por mucho tiempo y que por fin podía liberarse. En algún momento tuve que sujetarme el estómago porque me dolió de la risa y las lágrimas corrieron sin obstáculos por mis mejillas.

Fue liberador. Una inspiración, un nuevo comienzo. Mejor que llorar y estar triste, pero igual de purificador.

A mis espaldas, el sol se ponía despacio. La bola de fuego roja bañaba nuestro entorno con un rosa irreal. Solo cuando llegamos a las primeras cadenas montañosas y el crepúsculo se había instalado por completo, mis risas y las de Elara se apagaron. Lo que quedó fue una sensación de ligereza y, al mismo tiempo, de pesadez.

Hoy nos encontraríamos con los rebeldes. Me preguntaba cómo reaccionarían ante nuestra llegada.

—*Mira, ahí adelante ya se ven los primeros reflejos del lago* —me informó Jarok, y al instante reconocí la superficie brillante del agua. Las primeras estrellas ya proyectaban su luz en el firmamento y estas encontraban su reflejo en el espejo entre las montañas.

Igual que aquella vez, cuando Elara voló conmigo por primera vez.

Mis ojos se posaron en la dragona que volaba junto a Jarok. Habían pasado tantas cosas desde entonces, y muchas otras cambiaron. Sin embargo, la vista de aquel lago cubierto de estrellas me demostró que también había cosas que no lo hicieron.

—¿Queda mucho para llegar al asentamiento de los rebeldes? —pregunté.

—No, llegaremos en unos cuantos minutos.

En ese mismo instante, entre algunas cadenas montañosas aparecieron pequeñas luces que no eran estrellas reflejadas en el agua.

Contemplé fascinada los puntos de luz que se acercaban cada vez más. El pueblo parecía más grande de lo que recordaba.

Pasamos la última cadena y volamos directo sobre el asentamiento, buscando un lugar adecuado para aterrizar.

Sin embargo, una flecha pasó silbando cerca del cuello de Jarok.

Nos habían descubierto y, al parecer, no estaban muy contentos con nuestra llegada.

CAPÍTULO 8



Nunca rendiremos homenaje a un rey falso.

De las notas de Jako,
guerrero de los rebeldes

J*adina*

UNA SEGUNDA FLECHA pasó volando junto a nosotros y Jarok tuvo dificultades para esquivarla. Giró con un movimiento brusco y se inclinó hacia un lado; ese movimiento provocó que me cortara los muslos con las correas al hacerme hacia delante sobre su cuello.

—*A esto le llamo una* cálida *bienvenida* —resopló, mientras esquivaba el siguiente proyectil. Este rozó su ala izquierda por muy poco y otro le rozó el costado. Más ágil de lo que su tamaño sugería, se inclinó hacia la derecha y evitó que el proyectil acabara en mi pierna. Con un fuerte silbido, pasó volando junto a nosotros hacia el cielo.

¿Cómo sabían los rebeldes cómo usar el arco y las flechas? ¿Y tan bien, además? El pueblo de los jinetes de dragones nunca había aprendido a manejar esas armas. Aunque… mi mirada se deslizó hacia Nayda, a quien le enseñé a manejar mi arco.

Ella miraba con los ojos muy abiertos la lluvia de flechas en el aire y parecía tan sorprendida por la situación que no vio la siguiente que se le acercaba.

—¡Cuidado, Nayda! —grité tan fuerte como pude. Como si despertara de un trance, se inclinó hacia delante sobre el cuello de Molgar, su dragón. Este realizó un rápido giro, lo que hizo que el proyectil se esfumara en la nada.

Los dragones de los demás también se deslizaban como en un vuelo de dardos, de un ataque a otro, y Fely ayudó a Troas, que no podía girar tan rápido debido a sus heridas.

Solo podíamos esquivarlos. Un contraataque frustraría nuestros planes.

—¿Qué hacemos ahora? No creo que los rebeldes vayan a detener su ataque en un futuro cercano, a menos que salgamos de su espacio aéreo.

Jarok gruñó en señal de asentimiento, pero estaba tan ocupado tratando de no ser alcanzado que no respondió. Ante nosotros ya se alzaba la cadena montañosa que marcaba el límite del pueblo. Allí estaríamos a salvo, pero no nos acercaríamos ni un ápice a nuestro objetivo.

—Volemos al siguiente valle. Dile a los demás que vuelen hacia allí —le dije a mi dragón. No tenía sentido seguir volando sobre el asentamiento y arriesgarnos a que alguno de nosotros fuera lastimado—. *Allí nos reuniremos primero y discutiremos cómo proceder.*

En ese momento ya habíamos sobrevolado el paso y el ataque terminó.

—Buena idea —dijo mi dragón, ahora que ya no tenía que concentrarse en los proyectiles, y se dirigió a un pequeño valle situado entre las siguientes cadenas montañosas.

Cuando aterrizamos, la luna ya estaba en lo alto y proporcionaba suficiente luz para que pudiera ver si todos estaban ilesos.

Con un movimiento rápido me deslicé de la espalda de Jarok y corrí hacia el centro de nuestro círculo. Fely también estaba allí.

—¿Estás bien? —le pregunté mientras la examinaba. A primera vista, parecía ilesa.

—Sí, salvo por un rasguño en el brazo, estoy bien. —Señaló una herida alargada debajo del hombro, pero esta ya se estaba cerrando —. ¿Y tú?

—Estoy bien.

Nayda, Lenn y Dex también se acercaron. Tampoco tenían heridas graves.

—¿Qué fue eso? —exclamó Lenn, mirándonos con evidente confusión—. Creía que el asentamiento albergaba a los rebeldes de los jinetes y no a los cazadores.

—¿Cómo saben usar el arco y las flechas tan bien? —preguntó Nayda, expresando lo que yo también pensaba.

—No lo sé —respondí—. Para dar en el blanco a objetivos en movimiento a tanta altura se necesitan años de entrenamiento.

—¿Qué hacemos ahora? —Dex volvió a mostrarse objetivo y no quiso hablar del problema, sino de una solución. Eso era lo que más me gustaba de él. Nos mantenía centrados.

—Podríamos ir a pie —sugirió Lenn. Miré con desánimo las montañas que nos separaban del asentamiento. Se alzaban imponentes y gigantescas ante nosotros.

—Eso nos llevaría varios putos días, y no disponemos de tanto tiempo —respondió Nayda, y yo asentí con la cabeza.

—¿Y si volamos otra vez sobre el pueblo y agitamos una bandera blanca? —Fely sacó un pañuelo de su ropa y lo agitó en el aire.

—Demasiado pequeño —dijo Dex.

—Quizás sean menos agresivos si solo uno de nosotros vuela hacia ellos. —Miré a Nayda pensativa. Quizá tenía razón.

—O ese dragón recibirá todas las municiones —objetó Lenn.

—¿Y si está rodeado por un escudo protector? —intervino Fely—. Entonces esa persona podría volar lo bastante cerca como para comunicarles que tenemos intenciones pacíficas.

En aquel momento echábamos de menos a Kayden, que podía tejer un escudo así. El dolor me inundó al pensar en ello y, por un instante, me quedé sin aliento.

—¿Quién, aparte de Kayden, puede conjurar una protección tan jodida? —quiso saber Nayda, mirando a su alrededor.

Sin embargo, Fely me miró sonriendo.

—Jadina, por supuesto.

—¿Qué? —exclamé desconcertada y la miré confundida—. No sé tejer escudos protectores.

—Si Kayden puede, tú también —respondió con tranquilidad. Ahora los demás también me miraron con caras iluminadas.

—Fely tiene razón. Eres su alma gemela y eso los hace compartir sus dones. Eso significa que tú también tienes ese don —explicó Dex.

Tragué saliva. Tenía sentido. Por supuesto que sabía que compartíamos nuestros dones a través del vínculo, pero hasta ahora solo había utilizado mi magia de luz para formar un escudo muy pequeño. Nunca uno tan grande como para envolver también a Jarok. Mi mirada se deslizó hacia el gigantesco dragón rojo.

—La Vile dice la verdad —murmuró este con paciencia en mi cabeza—*. La magia está en ti, al igual que la magia del aire. Solo tienes que activarla.*

¡Maldición! Una vez más, estábamos ante el punto que nunca había logrado dominar del todo: la invocación de ciertas habilidades mágicas.

Un fuerte suspiro se escapó de mi garganta y sentí como si alguien hubiera cargado un pesado fardo sobre mis hombros.

Nayda se echó a reír.

—Pareciera que te acabaran de decir que tienes que atravesar esa cordillera en una hora. Desnuda y a lomos de un maldito fogghoul.

Los demás también sonrieron e incluso a mí se me escapó una sonrisa al imaginarlo. Nayda se acercó y me dio una palmadita amistosa en el hombro.

—Tú puedes. No es tan difícil como recuperar un don por completo. Es probable que tus escudos de luz ya estén parcialmente llenos de esa magia. —Luego miró a los demás—. ¿Quién sabe algo de magia de protección?

A todos se les borró la sonrisa y, entonces, las puntas de sus botas parecieron muy interesantes. Nadie tenía ni idea. Fantástico, otra vez. Como si no tuviera ya suficientes preocupaciones.

—¿Lenn? —ladró mi amiga, que había asumido el mando de la unidad en representación de Kayden y ahora aprovechaba su estatus. Este último solo negó con la cabeza.

—¿Dex? —se dirigió a su otro amigo. Pero él también negó con la cabeza—. ¿Ni siquiera en teoría? —exclamó la jinete, realmente consternada—. En todos esos malditos libros tuyos debió haber algo sobre la magia de escudo, ¿no?

Dex levantó la cabeza con vacilación y carraspeó.

—Sí, es cierto, pero solo ojeé algunos de esos capítulos… —El pobre chico se sonrojó desde el cuello hasta la cara.

—Yo me encargaré de la tarea y practicaré con Jadina —intervino Fely en el momento en que Nayda ya estaba tomando aire para lanzarle a Dex alguna palabrota—. No domino la magia, pero conozco a alguien que tampoco la ha heredado. —Se volvió hacia mí —. La princesa Elena —me explicó con una sonrisa que evocaba recuerdos de su amiga, así como la tristeza de haberla echado de menos durante tanto tiempo.

—Bien. Entonces encárguense de esa tarea, mientras los demás preparamos un campamento. Todos deberíamos descansar un poco antes de enfrentarnos de nuevo a los rebeldes mañana.

Nayda asintió con la cabeza a los dos jinetes y juntos corrieron hacia los dragones para montar allí un campamento.

—Bueno —dijo Fely, mirándome ahora con un poco de incertidumbre—. Entonces empecemos. —Nos miramos en silencio, sin que ninguna de las dos dijera nada—. Si tan solo supiéramos por dónde empezar —caviló avergonzada un instante después y se rio; luego me miró pensativa—. Ya has creado un escudo con tu magia de luz. Quizás podamos tomar eso como punto de partida y seguir trabajando a partir de ahí para crear un escudo más grande.

Se colocó frente a mí.

—Enséñame cómo es tu escudo de luz y qué tamaño puede alcanzar —me pidió.

—Bien. Pero entonces tendrás que dar unos pasos atrás. La luz no es inofensiva.

Fely siguió mis instrucciones y, cuando estuvo lo suficiente alejada de mí, formé una bola de luz en mi mano, solo para

convertirla al momento siguiente en un escudo que intenté ampliar hasta mi tamaño. Sin embargo, lo conseguí con bastante dificultad.

Mientras tanto, Fely me rodeó y observó mi magia desde todos los ángulos.

—Por ahora, el escudo solo te protege por delante, la espalda queda desprotegida. ¿Crees que podrías expandir la magia para que te envuelva por completo?

Lo intenté durante mi lucha con Attilus en el palacio de Eclaria, pero, en aquel momento, fracasé. Aun así, me concentré en mi luz y le pedí a la magia que me envolviera por completo. Se podía ver claramente cómo los bordes se expandían hacia la derecha y hacia la izquierda; y ya estaba a punto de gritar de alegría cuando, como si de una liga elástica se tratara, volvió a su anchura anterior.

—¡Maldita sea! —reviré, y la luz se apagó.

—Mmh —reflexionó Fely, frunciendo el ceño pensativa—. Parece que tendremos que abordar el asunto de otra manera.

Durante las dos horas siguientes, formé un escudo de luz tras otro e intentamos ampliarlo de diferentes maneras. Hacia arriba, hacia abajo, hacia un lado, de nuevo hacia ambos lados e incluso junto con mi magia rompehechizos. Pero nada consiguió que mi figura entera quedara rodeada por un escudo.

Agotadas, cansadas y decepcionadas, nos arrastramos hasta donde estaban los demás, que ya habían extendido mantas para nosotras, en las que nos acurrucamos y nos quedamos dormidas un instante después.

UN GEMIDO escapó de mi garganta cuando mi marido acarició mi piel desnuda con sus dedos; suave y exigente, conquistó su objetivo en mi centro y me penetró con dos de sus dedos a la vez, al mismo tiempo que su pulgar dibujó círculos en mi punto más sensible y lo estimuló.

Ávida, empujé mis caderas hacia él y escuché su risa ronca.

—Así es, mi gato salvaje —ronroneó mi alma gemela y, cuando abrí los ojos, vi el deseo que empañaba los suyos. Mis manos se aferraron a la sábana sobre la que yacía y mi vientre se contrajo

contra él—. Córrete para mí —me pidió, y fueron esas palabras las que me empujaron al precipicio. Mi deseo y mi excitación se expandieron por mi cuerpo, provocándome un cosquilleo por toda la piel hasta que estallé en mil fragmentos en torno a él. Cerré los párpados, extasiada, contenta y necesitada.

Temblando, arqueé la espalda y mi magia también se rebeló, uniéndose a la de mi alma gemela.

—Jadina —susurró su voz ronca en mi oído.

Pero yo seguía flotando entre los fragmentos de mi ser. Temblando y gimiendo por tenerlo adentro.

—¡Jadina!

Mi nombre volvió a llegar hasta mí. Profundo y retumbante. Demasiado profundo y…

Asustada, abrí los ojos y me di cuenta de que ya no estaba tumbada sobre una sábana, sino en el suelo de una cueva oscura. Y tampoco era Kayden quien me observaba, sino un gigantesco dragón negro.

Capítulo 9



Un fénix es más que su renacimiento.

De las notas de Horacio

J*adina*

Jadina, me alegro de verte aquí. ¿Cómo estás?

Me incorporé de golpe y miré a Kargon con horror. ¿Cómo pudo sacarme de ese sueño con Kayden? Justo en el momento en el que…

—Hace un momento parecías estar bien. Ahora estás un poco pálida —dijo, y la risita que salió de su garganta me recordó mucho a la de Jarok. ¿Acaso mi dragón había heredado el sentido del humor de su padre?

Sentí cómo se me subían los colores a las mejillas. ¿Cuánto tiempo llevaba el señor de los dragones en mi sueño?

Con las manos aún temblorosas, más por mi encuentro onírico con Kayden que por esta situación, me acaricié los muslos. El cuero que llevaba en mis sueños con Kargon tenía un efecto tranquilizador en mí y calmó los latidos de mi corazón, que latía demasiado rápido en mi pecho en estos momentos.

—Señor Dragón, ¿cómo está? —le pregunté con descaro y, de nuevo, una risita salió de la enorme boca del dragón. Luego carraspeó, lo que provocó un eco retumbante en la cueva y en mi estómago, solo para ponerse serio después.

—Estoy bien. Gracias por preguntar. Y siento haberte sacado de tu bonito sueño. —Una vez más, todos los músculos de su rostro se contrajeron y, por un momento, esbozó una sonrisa.

—No pasa nada —gruñí, ligeramente irritada por la situación y deseando volver a los brazos de Kayden. Si no podía tocarlo en la vida real, al menos quería hacerlo en mis sueños.

¡Y vaya sueño el que tuve! Recordar lo que estuvo a punto de...

—Sigo aquí —interrumpió Kargon y vi que ahora miraba un poco nervioso hacia el techo de la cueva. ¿Estaba tarareando?—. Y piensas muy alto.

Vaya. Había olvidado por completo que este dragón podía leer mis pensamientos. Con eso en mente borré cualquier recuerdo de Kayden y mío, e intenté pensar en algo neutral. Pero, ¿a dónde debía dirigir mis pensamientos? Mil imágenes se agolparon en mi mente. Mi estancia en Aranga, los rostros de mis nuevos amigos allí, la nave aérea de Lord Marek; Garmaan, el rey de los dragones; Arachna, el lago subterráneo, la rosa, el fénix…

—¡Alto! —gritó el señor de los dragones, apareciendo delante de mí. Me miró con interés—. ¿Un fénix? ¿Viste un fénix? —La emoción se mezcló con su voz, y me sorprendió porque casi siempre parecía tranquila—. ¿Cuándo? ¿Dónde?

Atónita, sostuve su mirada curiosa.

—Eh… —respondí, tan desconcertada por su reacción a mis pensamiento—. Resulta que Limycu, el águila bebé que encontré en el alféizar de mi ventana en el castillo de Dragonfall, no es un águila, sino un fénix.

Luego le conté todo lo que sucedió en los túneles subterráneos y terminé explicándole cómo Limycu se transformó en fénix, solo para finalmente llevarme volando a través del techo derrumbado de la cueva hasta el desierto.

Suspirando y cansada, me sequé la cara. Para mi sorpresa, estaba mojada. ¿Había llorado? Miré paralizada mis manos húmedas.

Me había prometido no llorar. Recomponerme y pensar en mi pueblo.

—Está bien llorar, ¿sabes? —dijo Kargon, y cuando lo miré, su figura se difuminó por un momento ante mis ojos—. Incluso una reina puede llorar. De hecho, debe hacerlo. Nadie quiere a una soberana que no pueda mostrar sus sentimientos. ¿Cómo podría mostrar comprensión y empatía cuando su pueblo está de luto? ¿Cuando algo terrible le sucede a uno de sus súbditos? —La voz del señor de los dragones era ahora suave como el terciopelo y me hizo soltar un sollozo que parecía atascado en mi garganta desde mi separación con Kayden.

—Pero tengo que ser fuerte por mi pueblo y debo saber tomar decisiones que beneficien su bienestar, no el mío —respondí, luchando contra un torrente de lágrimas que amenazaba con brotar de mis ojos.

Lo echo tanto de menos.

—Mostrar tus sentimientos también es fortaleza y no tiene nada que ver con tus decisiones. Puedes estar de duelo y, al mismo tiempo, anteponer los deseos y necesidades de tu gente a los tuyos. Pero no debes perderte a ti misma en el proceso.

Casi como si Kargon hubiera dado permiso a mi dolor para manifestarse, me desplomé en el suelo, apoyé la cara en las rodillas y abracé mis piernas flexionadas. Lloré, lloré y lloré.

Dejé que mis lágrimas fluyeran sin obstáculos y esta vez no las reprimí con la excusa de que tenía que ser fuerte por mi gente. Las imágenes de Kayden y mis recuerdos del tiempo que pasamos juntos me inundaron y los dejé fluir por completo. Me sumergí en mi tristeza y en la sensación de pérdida. La abracé para luego poderla dejar ir y volver a ser yo misma.

El señor de los dragones esperó con paciencia. Hasta que me sequé las últimas lágrimas del rostro y respiré aliviada. Me sentí más ligera que antes, como si el llanto que antes se acumulaba en mi interior hubiera sido una pesada carga sobre mis hombros.

—¿Mejor? —preguntó Kargon, mirándome con atención.

—Sí. Mucho mejor —respondí, y una sonrisa de agradecimiento se dibujó en mis labios.

—Entonces hablemos de lo que vamos a hacer con tu fénix —propuso, y yo me levanté asintiendo con la cabeza—. ¿Ha vuelto a transformarse desde entonces?

—No. Parece que no sabe cómo hacerlo. Le he animado a que lo haga, pero solo se queda mirándome sin saber qué hacer.

—¿Sabes que un fénix es muy raro? No se ha visto ninguno desde hace siglos. Por eso, nuestro conocimiento sobre estas criaturas es limitado. Pero si ya se ha transformado una vez, diría que volver a transformarse no debería ser un problema. ¿Quizás la petición fue demasiado rápida y aún no había terminado de regenerarse luego de la última transformación?

—¿Regenerarse? ¿De qué?

—Las llamas que el fénix lleva en sus alas lo devoran justo antes de volver a transformarse. Renace de sus propias cenizas.

—¿Se quema? —exclamé horrorizada, pensando en mi pequeño y valiente Limycu con sus plumitas esponjosas. Un bebé que no debería pasar por semejante tormento.

—Es el ciclo natural de un fénix.

—Qué horror —jadeé, preguntándome si no sería mejor proteger a Limycu de una nueva transformación.

—Suena más terrible de lo que es en realidad. Te llevó en brazos, ¿no? ¿Sentiste el calor de las llamas?

Mis pensamientos se remontaron al momento en que me sacó de la cueva. Vi las llamas, pero, a pesar de su intensidad, no sentí calor.

—No —respondí confundida.

—Exacto. Las llamas que devoran al fénix no son ni calientes ni dolorosas. Así que no tienes que preocuparte por tu pajarillo. El renacimiento no es un tormento para este ser. —Me miró con curiosidad—. ¿Ya descubriste su habilidad mágica?

—¿Tiene dones? —Se me cayó la mandíbula. ¿Qué más se me había escapado por haberlo confundido con un polluelo de águila?

—Sí, como todos los seres de este mundo los tienen —respondió Kargon con paciencia y sonrió ante mi expresión de total desconcierto—. Y si no me falla la memoria, los del fénix son tan raros como él mismo. Quién sabe cuántos años tiene —continuó

imperturbable—. Quizás varios siglos o milenios. Los fénix pueden llegar a ser increíblemente viejos gracias a sus renacimientos.

¿Era probable que mi pequeño bebé tuviera ya varios miles de años?

Me apoyé tambaleante en una de las rocas. ¿Cómo no me di cuenta de esto?

—Seguro que hay una razón por la que un día se posó en el alféizar de tu ventana. Estas criaturas solo se dejan ver en casos muy excepcionales. —El señor de los dragones se detuvo—. Quién sabe qué misión tiene que cumplir —murmuró pensativo, más para sí mismo.

Luego volvió a observarme atento.

—En cualquier caso, no es casualidad que su camino lo haya llevado hasta ti. Debes averiguar qué don posee. Pero solo pídele que se transforme si de verdad necesitas su ayuda. Una vez que se convierta en un ser poderoso, podrá mantener su forma hasta que ya no sea necesaria. También despertarán con él el orgullo, la majestuosidad y la intrepidez que conlleva su poder.

Asentí aturdida; antes tenía que asimilarlo todo.

—Pero vayamos ahora al motivo por el que quería verte.

Ah, sí, Kargon solía buscarme cuando tenía o necesitaba información.

—Hakon se ha puesto en contacto conmigo y en Aranga todos esperan con impaciencia a que caiga la cúpula mágica. Sobre todo, Marek, debe de estar bastante impaciente.

Suspiré y me pasé la mano por los ojos, agotada.

—Lo siento, pero tendrán que seguir siendo pacientes. No es tan fácil. —Mi voz sonaba irritada y lamenté que fuera Kargon quien tuviera que soportar mi brusquedad.

—Hakon mencionó que querían visitar las aldeas de los cazadores. Sin embargo, si mi información es correcta, ya no están en el desierto, sino en el territorio de los jinetes.

—Tu información es correcta —dije, y me costó mucho no soltar en un torrente de palabras todos nuestros problemas—. Nos hemos enterado de los rebeldes que se esconden en un valle cerca del gran lago —expliqué con la mayor calma posible, solo para contarle todo

al señor de los dragones demasiado rápido al momento siguiente—. También tenemos indicios de que una de las rosas podría estar en algún lugar cerca de ese lugar. Según los diarios de la reina Adayla. Como sabes, debemos encontrar las tres rosas y *atarlas a la tierra*, tal y como nos ordenó la sirena. De lo contrario, Julze será devorada. Pero incluso si encontráramos las tres rosas, no avanzaríamos nada en romper la maldición, ya que nos falta la magia de Kayden, no solo su magia, pero esa es otra historia, y él está luchando solo contra sus propios demonios en algún lugar cerca de Ascradia, y no sabemos cuáles son. Algo no va bien con su poder y nuestro vínculo espiritual está negro por su parte. Por eso no podemos ayudarle. Pero solo así podremos destruir la cúpula mágica para que los amigos de Hakon en Aranga y los otros reinos, así como el rey dragón con su ejército, puedan venir a Eclaria. —Respiré hondo—. ¿Ves cuál es el problema?

Me miró con los ojos entrecerrados y luego gruñó, lo que interpreté como un asentimiento.

—¿Y ahora se encuentran con los rebeldes en el valle cerca del lago?

Me reí sin alegría.

—No, claro que no, porque curiosamente saben disparar con arco y han intentado matarnos. Hemos tenido que huir a otro valle y ahora estamos pensando cómo acercarnos al asentamiento sin morir.

—Oh.

—Sí, «oh». —Empecé a enfadarme. Todos esos obstáculos que se nos interponían constantemente me enfurecían—. Así que ahora tengo que averiguar cómo tejer un escudo protector con la magia de Kayden que nos proteja no solo a mí, sino también a Jarok. Pero, por supuesto, como ya sabemos por el pasado, esta maldita magia no quiere manifestarse en mí. Y, por los dioses, se nos está acabando el tiempo.

Me hubiera gustado soltar más palabrotas, pero me contuve.

—Quizás tengamos que pedir ayuda a uno de esos —reflexionó en voz alta.

—¿A quién? —pregunté con curiosidad.

—A un dios.

Capítulo 10



Los seres con grandes habilidades mágicas,
gracias a la combinación de sus dones,
a menudo poseen otros poderes.
Por ejemplo, algunos pueden abrir portales
o tejer escudos.

Extracto de la antología
Los seres mágicos de Brysalia, de Horacio

Jadina

Qué? —quise decir, pero lo que salió de mi garganta fue más bien un graznido. El señor de los dragones no podía estar hablando en serio, ¿o sí?

—En realidad, no es mala idea. Al fin y al cabo, ya se ha comprometido a abrir un portal para los soldados de la princesa Elena tan pronto como se levante la maldición. —Kargon se volvió hacia mí y siguió hablando como si se tratara de una receta de pastel y no de un maldito dios—. En realidad, los dioses no se entrometen en nuestros asuntos, pero de alguna manera la princesa

de Ellyllia siempre consigue convencerlo de que la ayude. Seguro que también lo hará cuando le pida que venga a ayudarte.

Me sentí mal. ¿Se refería a Caronte, el dios que quería reinstaurar la Caza Sagrada? Esa cruel tradición en la que los hombres cazaban a las mujeres por los bosques y, una vez capturadas, estas debían entregarse al cazador.

—No, no es necesario —dije apresurada—. Podemos hacerlo sin ningún dios. Y, de todos modos, él no puede venir a Eclaria. —Al pronunciar mi último argumento, exhalé aliviada. Era imposible.

El dragón negro y enorme se rio como si acabara de llegar al remate de un chiste.

—Claro que puede. Un poco de magia negra no detiene a ningún dios. Sobre todo a Caronte, que puede abrir todas las puertas del mundo. —Todo se contrajo con miedo en mi interior. Pero entonces recordé su verdadera misión. La razón por la que Elena pensó que debía pedirle ayuda.

—Pero entonces ya puede llevar a los soldados del continente a Eclaria. Esa sería la mejor solución a nuestro problema. —Mi estado de ánimo mejoró un poco ante esto y sentí que me relajaba al pensar que pronto tendría a Thalie, Elena, Lucian y Marek a mi lado.

—Por desgracia, eso no es posible —dijo con un tono ligeramente contrito—. Solo el dios mismo puede vencer la magia negra, no otros seres mágicos. —Me derrumbé—. Lo siento, Jadina.

—No esperaba otra cosa —suspiré, pero volví a enderezar los hombros. Tenía que convencer a Kargon de que Caronte no tenía por qué acudir en nuestra ayuda—. Aun así, lo conseguiremos sin necesidad de que el dios nos eche una mano. Y tampoco queremos arriesgarnos a que los otros dioses se enteren de su intromisión en nuestros asuntos. No vaya a ser que provoquemos una guerra divina o algo así. Hasta ahora siempre hemos encontrado una solución por nuestra cuenta. —Excepto por el problema con Kayden, mi escudo protector, Attilus, Gronus, la sirena y algunos otros, pero eso no lo dije en voz alta.

—Los otros dioses están tan envueltos en sus propios asuntos que no les importa en absoluto, y a él seguramente le gustaría hacerlo —respondió Kargon, diciendo el «le gustaría» con una

sonrisa exagerada, lo que lo hacía sonar muy poco creíble. Lo último que nos faltaba era un dios gruñón al que no le gustara para nada venir a Eclaria a ayudarnos.

—¿Tienes algún consejo sobre cómo puedo tejer un escudo protector? ¿Para que Jarok y yo podamos acercarnos a los rebeldes sin sufrir daños? —intenté distraerlo de esa idea absurda.

Mi pregunta funcionó, porque un momento después, se estremeció antes de concentrarse en mí.

—¿Intentaste extender más tu escudo de luz? —quiso saber.

Asentí y suspiré.

—Por desgracia, no funcionó.

—Mmh. —Reflexionó un momento—. ¿Aún puedes sentir la magia del aire de Kayden en ti?

Al escucharlo, me concentré en mi interior hasta que encontré los hilos azules de magia de mi alma gemela. Estaban inquietos, pero estaban presentes.

—Sí, sí puedo —confirmé.

—Intenta combinar tu magia de la luz con la magia del aire. Imagina el aire como una burbuja que te envuelve a ti y a Jarok. Luego, teje hilos de luz a través de ella hasta que se consoliden en un escudo. Eso debería funcionar.

—Gracias, señor dragón. Lo intentaré.

Poco a poco, mi entorno se disolvió en jirones de color ondulantes y sentí que el mundo real me llamaba de vuelta. Solo los ojos dorados del Señor de los Dragones seguían estando reconocibles.

—Pensaré en el problema con Kayden e informaré a Hakon de su situación. Caronte se pondrá en contacto contigo —oí a través de una cortina de niebla.

—¡No! No necesitamos la ayuda del dios —exclamé, pero en ese mismo instante abrí los ojos y me encontré en el valle, donde me quedé dormida junto a Fely.

¡Mierda! No quería a Caronte aquí. ¿No teníamos ya suficientes problemas? No necesitábamos además a un dios arrogante que creyera poder decirnos lo que teníamos que hacer.

Me senté bajo mi manta y me froté la cara tiritando. El sol ya se estaba poniendo sobre las montañas y solo proporcionaba un poco de calor. Había olvidado por completo lo frío que podía hacer en las montañas. ¿O acaso los escalofríos que me recorrían la espalda tenían más que ver con la posible llegada del dios?

De repente, me detuve. Los dioses eran conocidos por ser arrogantes. Entonces, ¿por qué alguien así querría venir a ayudarnos? Elena nunca podría convencerlo.

Más relajada que antes, exhalé. Caronte no aparecerá aquí de todos modos. Una preocupación menos.

Aún somnolienta, miré a mi alrededor. Nayda, Dex y Lenn ya se habían levantado y, a juzgar por el aroma que flotaba en el aire, estaban preparando un desayuno improvisado. Fely, a mi lado, también estaba abriendo los ojos.

—Buenos días. ¿Cómo te sientes? —quiso saber—. Espero que ayer no te hayas esforzado demasiado.

Me concentré un momento en mí misma, pero mi magia no mostraba signos de agotamiento.

—No, todo bien. Por mí, podemos volver a intentarlo. En mi sueño me encontré con el señor de los dragones y tuvo una idea genial sobre el escudo protector. —Preferí no mencionar su idea sobre cierto dios.

Fely se espabiló y también se incorporó.

—Cuéntame.

Le conté sobre la combinación de la magia de aire y la de luz, y mientras lo hacía deseé haberlo pensado un momento por mi cuenta. Pero hasta ahora siempre me había faltado tiempo para familiarizarme bien con mi magia o para aprender más sobre la de Kayden. Había tantos poderes dormidos en mí, pero no sabía cómo manejarlos.

Los ojos de Fely brillaron de entusiasmo cuando se levantó de un salto.

—¡Suena lógico! ¡Probemos hacerlo!

Yo también me puse en pie para seguirla hasta el lugar del valle donde estuvimos practicado la noche anterior. Pero una enérgica

jinete de dragón rubia se interpuso en nuestro camino con las piernas abiertas y los brazos cruzados sobre el pecho.

—No antes de que hayan comido algo, maldita sea. —Sus ojos azules nos miraban con determinación y supe que era inútil resistirse. Así que nos dirigimos con ella hacia Lenn y Dex, que nos ofrecieron pan duro y carne ahumada.

Con el agua que quedaba en las cantimploras que tomamos del palacio de Eclaria, nos pasamos el desayuno.

—Dex y yo iremos a cazar y buscaremos un arroyo para reponer nuestras reservas de agua. Lenn, tú te quedarás de guardia y ustedes dos —Nayda miró de Fely a mí—, ¡creen un maldito escudo de protección!

Al oír el insulto, me estremecí un poco. ¿Debería contarles la idea de Kargon? No fuera a ser que Caronte apareciera aquí de la nada.

¡No! Eso no va a pasar, me tranquilicé y me sacudí esa sensación desagradable que me dejaba un sabor amargo en la boca.

Antes de que pudiera seguir pensando en ello, Fely me arrastró con ella y Nayda y Dex corrieron hacia un pequeño sendero que, estaba segura, los llevaría a las montañas que rodeaban el valle. Lenn murmuró algo para sí mismo mientras miraba con fijeza las puntas de sus botas. Estaba insatisfecho con su tarea, aun así, obedeció las instrucciones de su líder de escuadrón y se sentó en su manta para hacer guardia.

¿Debería haberle dicho a mi amiga que consideraba a Lenn la mejor opción para la caza debido a su velocidad? Dentro de esta escuadra de jinetes existía una jerarquía fija e incluso yo, como reina de este país, no tenía un rango superior aquí.

¿Por qué Nayda no eligió a Lenn para acompañarla, sino a Dex? Si se encontraban con alguien hostil en las montañas, Lenn era el mejor luchador de los dos. Era curioso.

—Así que, magia del aire combinada con magia de la luz —repitió Fely—. ¡Pues probémoslo!

El entusiasmo de la vile me sacó de mi torbellino de pensamientos y no tardé mucho en encontrar la concentración necesaria para sumergirme en mi magia. Con los ojos cerrados, sentí con cuidado mi interior. Mi magia de la luz me resultaba tan familiar

que podía invocarla sin dudar, pero el poder de Kayden, que también dormía en mi interior, lo había utilizado por última vez en la batalla contra Attilus y terminó de una forma catastrófica.

Al igual que en el sueño con Kargon, encontré sin dificultades los hilos azules, pero seguían inquietos. Se movían de forma incontrolada, como si les faltara un punto de apoyo, un ancla que los estabilizara en las agitadas olas de mi ser. En lugar del zumbido uniforme que acompañaba a mi magia, era como un latido vacilante. ¿Sabían lo que le ocurría a Kayden? ¿Podía pedirles consejo?

Sacudí la cabeza para alejar esos pensamientos confusos y volví a dedicarme a mi tarea. Pero cada vez que creía atrapar uno de esos hilos, se me escapaba de nuevo: estaban muy agitados.

¿Cómo podía calmarlos?

Desde el principio, desde que poseía estos poderes, había tenido problemas con la magia de mi alma gemela. Al principio, me lanzaba por la habitación cuando intentaba usarla.

—Tienes que halagarla, convencerla. Fundirte con ella —oí decir a Kayden en mi recuerdo de ese momento, de aquel entrenamiento mágico con él. Había una sonrisa en su voz cuando lo dijo. Tragué saliva y todo mi ser se contrajo. Cada fibra de mi cuerpo me dolía. Lo echaba tanto de menos. Y entonces comprendí por fin lo que tenía que hacer.

Sé cómo te sientes, me volví muy despacio hacia los hilos azules. Lo único que me quedaba de Kayden. *Yo siento lo mismo. Lo extraño mucho.*

Sentí cómo la magia de mi marido se detenía. Escuchaba mis palabras.

Lo añoro; su cercanía, su voz, su ternura, me abrí a ese poder que se parecía tanto al de su amo. Tenía ese carácter impulsivo, así como la dulzura que él también poseía.

Sé que tú también lo echas de menos.

Con cuidado, me acerqué al resplandor azul y lo acaricié con cariño. Inmediatamente se detuvo y sentí un suave zumbido. Esa magia era mi alma gemela dentro de mí. Unida a la mía, que ahora también se acurrucaba reconfortante junto a su pareja.

Lo liberaremos, continué imperturbable. *Pero para ello debemos trabajar juntos. Debemos ser uno y unir nuestro poder.*

La luz azul se deslizó vacilante a lo largo de mí y el zumbido se convirtió en un murmullo de asentimiento.

Entonces levanté los párpados y vi cómo hilos verdes, azules y violetas se entrelazaban en armonía alrededor de mis manos y trepaban por mis brazos.

—Estoy lista —le dije a Fely, que me miraba con los ojos muy abiertos—. ¡Empecemos!

Capítulo 11



El verdadero potencial de la magia
nunca se manifiesta en algunos seres.
Otros, sin embargo, florecen de repente
y son capaces de ejercer más poder
del que jamás hubieran imaginado.

Extracto de la obra
La magia y sus portadores, de Hakon

Jadina

Jadeando, me incliné hacia delante. Me sentía mareada por el esfuerzo y el sudor me corría por la espalda.

—¿Descansamos? —preguntó Fely con cautela detrás de mí, pero negué con la cabeza.

—¡No! ¡De ninguna manera! —siseé sin aliento. Ese escudo estaba exigiéndome demasiado, pero no teníamos tiempo para descansos. Tenía que volar hasta donde estaban los rebeldes para poder hablar con ellos. Pero mi escudo aún no era lo bastante grande.

—Pero nadie se beneficiará si te agotas —advirtió la vile.

—Lo sé —respondí un poco apagada, apretando los dientes. Sabía que tenía razón. Pero quería demostrar que podíamos resolver este problema. Y sin ningún maldito dios—. Intentémoslo otra vez más.

Me enderecé despacio y cerré los ojos para recuperar mi fuerza y concentración. Todo mi cuerpo temblaba.

—Primero forma la burbuja de aire —me indicó Fely por enésima vez, y yo envolví mi magia azul: también parecía un poco agotada. El zumbido se había atenuado y reaccionaba con más lentitud que en las horas anteriores. Sin embargo, hizo lo que le pedí y, poco después, sentí la brisa que me rodeaba.

—¡Lo estás haciendo muy bien! —me felicitó mi amiga, una vez más—. Ahora crea el hilo de luz. Recuerda que tiene que ser largo —me recordó el punto en el que hasta ahora seguía fracasando.

Mi luz latía bajo mi piel, cosquilleaba y estaba lista para salir disparada en hilos y unirse a la magia de mi alma gemela. Con cuidado, tejí el hilo brillante. Era difícil determinar el grosor y la resistencia adecuados y, como los hilos siempre eran demasiado cortos, esta vez los hice muy finos.

Tejí esta cinta hasta que creí que ya era lo bastante larga.

—¡Más! —irrumpió de repente la voz de Nayda en mis pensamientos—. ¡Más larga! ¡No pares todavía! —Así que hice lo que me dijo, aunque sentía que mi energía me estaba fallando poco a poco—. Puedes hacerlo, Jadina. Eres fuerte. Sigue adelante.

Podemos hacerlo, me animé a mí misma y dejé que mi magia siguiera fluyendo en una cinta muy fina que se entrelazó con la burbuja de aire.

—¡Abre los ojos! —ordenó Nayda, pero no sonó severa. Pude distinguir una sonrisa en su voz. Levanté los párpados con vacilación y vi un escudo brillante que rodeaba mi cuerpo.

Sorprendida, jadeé y la magia se estremeció.

—¡No lo dejes caer! —reaccionó la jinete y se acercó a mí—. ¡Mantenlo erguido! —Luego se volvió hacia Fely—. ¿Cuántos escudos como este lleva ya?

—Es el primero —respondió la vile, mirándome con cierta incertidumbre.

—¿El primero? —Nayda frunció el ceño—. Entonces debemos aprovechar esta oportunidad. Llama a Jarok.

—Ya estoy contigo —oí decir a mi dragón—. *Volemos al asentamiento.*

—Pero el escudo no es lo bastante grande como para protegerte también a ti —protesté.

—Jarok tiene sus escamas —dijo Nayda, como si hubiera leído mis pensamientos—. Intenta sentarte sobre él de manera que puedas proteger su cuello. La parte de su cuerpo que tiene menos escamas.

—Tiene razón —gruñó el gigante rojo en señal de asentimiento, que en ese momento aterrizó justo a mi lado—. *¡Súbete!*

—Pero…

—¡Sin peros! Rápido, antes de que se rompa el escudo.

Jarok extendió una de sus patas delanteras y, tambaleándome un poco, trepé por ella hasta la silla de montar en su lomo. La pequeña escalada me dejó sin aliento. Estaba tan débil que solo podía esperar que los rebeldes no me retaran a luchar. De lo contrario fracasaría estrepitosamente.

—¿Qué les digo? —le grité a Nayda, preguntándome si estaría a la altura de la confianza que mi amiga depositaba en mis habilidades. Mientras tanto, todo mi cuerpo temblaba. Pero ella solo me miró a los ojos con fijeza.

—Ya lo sabes. Solo sé Jadina y ellos te seguirán. ¡Ahora vete!

En ese mismo instante, Jarok extendió sus alas y mis amigas se apartaron para que su impulso no las arrastrara. Minutos más tarde, el valle que teníamos debajo era solo una pequeña mancha. Me invadió el vértigo y me agarré a las correas.

—Aguanta un poco más, Jadina. Detrás de la siguiente cadena montañosa está el pueblo. Ya casi lo conseguiste.

¿Mi dragón sentía que el esfuerzo me estaba dejando sin mis sentidos? Me incliné sobre su cuello y esperé que eso fuera suficiente para protegerlo de las flechas enemigas.

Jarok atravesó el cielo azul y las nubes blancas que envolvían algunas cimas como un rayo. Pronto sobrevolamos la cordillera y, a lo lejos, descubrí un valle. Ahora, bajo el sol, nada indicaba que allí

hubiera un asentamiento completo. A diferencia de la noche, cuando las luces delataban su existencia. Ayer nos habían atacado aquí arriba. Pero ahora, como eran casi invisibles, renunciaban a llamar la atención.

Mi dragón desplegó las alas, se dejó caer y puso rumbo al valle, perdiendo altura. Pronto estuvimos tan cerca del suelo que pude ver las casas de color arena entre las grietas de las rocas.

De forma totalmente inesperada, una flecha pasó zumbando cerca de nosotros y, debido al susto, mi escudo protector parpadeó de forma preocupante.

—Agárrate bien. Llegamos a su territorio.

Volvimos a ser atacados: una flecha tras otra intentó interponerse en nuestro camino y su silbido y su número aumentaron cada vez más, hasta el punto de que ni siquiera el vuelo serpenteante de Jarok estaba evitando detenerlas.

Con un chasquido, escuché cómo rebotaban contra sus escamas e inmediatamente me incliné más hacia delante para proteger su cuello. Con los ojos cerrados, envié aún más magia de aire a la burbuja y tejí otra banda de luz que se unió al escudo.

—Lo estás haciendo muy bien, Jadina. Mi cuello está casi protegido —me llegó la voz de mi dragón a través de una especie niebla. Sentí que mi agarre de las correas se debilitaba cada vez más y, sin embargo, continué, entrelazando mi magia y animándola a superarse a sí misma.

Las primeras flechas silbaron al chocar contra el escudo y cada impacto vibró en mis huesos.

A pesar de ello, Jarok siguió avanzando hacia la aldea. Abrí los párpados y vi cómo hombres, mujeres y niños corrían hacia sus casas. El pánico se había apoderado de ellos al ver al inmenso dragón rojo que sobrevolaba el lugar.

Solo unos pocos hombres y mujeres mantuvieron su posición y siguieron disparando una flecha tras otra. Sin embargo, mi escudo ahora era tan grande que no podían hacernos daño ni a Jarok ni a mí. Exhalé aliviada. ¿Todo este tiempo estuve conteniendo la respiración?

De nuevo me invadió el mareo y una inquietante oscuridad apareció en el borde exterior de mi campo de visión.

—*Aguanta. Ya casi llegamos* —anunció la voz de Jarok. Desesperada, me aferré a ella.

No puedo desmayarme ahora.

—*Solo en el último momento podré abrir mis alas. Estas tampoco están a salvo de las flechas. Espero que para entonces los arqueros ya hayan huido a sus casas.*

—¡No! —La palabra salió de mis labios con debilidad. Mi garganta se sentía como si no hubiera bebido ni hablado en días. Áspera y seca.

—*No te preocupes.* —Por supuesto, Jarok escuchó mi protesta. Pero no sería el hijo del señor de los dragones si no siguiera volando imperturbable. Hacia el peligro.

Nos llegó otra salva y Jarok giró en espiral sobre su propio eje, clavándose cada vez más en el suelo. Aun así, algunos proyectiles dieron en el blanco. Cada flecha me atravesó hasta la médula.

Apretando los dientes, intenté mantener la concentración en el asentamiento.

Los arqueros formaban un círculo alrededor de una plaza que recordaba un mercado. Eran una docena en total y disparaban flechas sin cesar. Con puntería y en el momento exacto. Como soldados. Como una unidad entrenada.

El suelo se acercaba ahora demasiado rápido y sabía que Jarok ya debería haber abierto sus alas para frenar nuestro vuelo en picado. Pero los guerreros no le dieron ni un momento de respiro para poder protegerse de sus proyectiles.

El enorme cuerpo comenzó a girar y sentí cómo se tensaba debajo de mí.

—*Esto puede ponerse feo* —me advirtió, y en ese mismo instante giró su cuerpo ciento ochenta grados y abrió las alas.

La siguiente flecha apuntó hacia ellas y dos flechas atravesaron sin obstáculos la fina piel. Aunque Jarok ni siquiera se estremeció, la visión me dolió tanto que sentí cómo mi magia se rebelaba conmigo. Protestó en mis entrañas. La ira se acumuló en mi estómago. Caliente e incontenible.

Un cosquilleo me recorrió el cuerpo y sentí una oleada de fuerza inesperada que me invadió.

Un grito agudo escapó de mi garganta cuando enderecé mi cuerpo, extendí los brazos y la magia del aire y la luz fluyó de mí sin ningún detenimiento. Nunca antes había corrido tanta magia por mis venas.

Se entrelazó con el escudo, se reformó y se enrolló alrededor de las alas de Jarok haciéndonos brillar a ambos como una estrella fugaz que caía del cielo. Directo sobre la plaza del mercado.

El cuerpo de Jarok golpeó el suelo con fuerza y a una velocidad excesiva. El eco del impacto resonó en las montañas e hizo temblar la tierra.

Fui lanzada de la silla con fuerza y todo dio vueltas ante mis ojos, los cuales cerré con rapidez, anticipando el dolor que me atravesaría por la caída. No obstante, un instante después sentí el cuerpo cálido y firme de Jarok envolviendo el mío.

Me protegió, igual que mi escudo lo protegió a él hacía un momento.

Juntos nos deslizamos por el suelo rocoso hasta que finalmente nos detuvimos con un fuerte estruendo.

El cuerpo que me rodeaba se relajó y me deslice fuera de su agarre hacia la luz del sol. Parpadeando, miré a mi alrededor. El polvo nublaba mi vista.

Todo me dolía y me sentía como si hubiera estado escalando durante días en las montañas que nos rodeaban. Sin agua. Sin comida.

Una vez más, el mundo giró ante mis ojos y la oscuridad en el borde de mi campo de visión parpadeó con diferentes colores.

Hombres y mujeres con flechas en sus arcos se acercaron a mí a través de las nubes de polvo. Sus ojos, con los que no solo me miraban a mí, sino también a mi dragón a mi espalda, estaban llenos de desconfianza.

Me puse en pie tambaleándome y levanté las manos en señal de rendición. Mi magia aún se arremolinaba a mi alrededor, pero de forma débil.

—No somos enemigos —grazné, intentando dar un paso hacia ellos—. Vinimos en nombre de la Cazadora de la profecía. —Una tos me sacudió, haciéndome escupir las palabras sin control.

Pero los rebeldes seguían apuntándome con sus armas. ¿Qué podía decir para convencerlos de que teníamos intenciones pacíficas y, sobre todo, de que Jarok no representaba ningún peligro para ellos?

En ese momento, una cara apareció en mis recuerdos y, por reflejo, escupí el nombre correspondiente.

—Hakon.

Mi cuerpo se tambaleó. Uno de los hombres ladeó la cabeza y se detuvo en seco. Su intensa mirada se posó en mí con ardiente intensidad.

—Él nos envía —susurré con mis últimas fuerzas, mientras el mundo comenzaba a inclinarse y la oscuridad me impedía ver. El amargo dolor del impacto se mezcló con el dulce desmayo que me arrolló.

En un intento por escapar de él, me aferré a lo único que pude encontrar en mi memoria; el vínculo en mi alma.

Te amo, Kayden.

Pero su oscuridad se mezcló con la de mi conciencia y supe que había perdido. ¿Los rebeldes me mataría?

Kayden.

CAPÍTULO 12



Las almas gemelas y su vínculo no se pueden separar por la fuerza.
La magia siempre encontrará la manera de
mantener unidos a los amantes.

Extracto del libro
Los unidos, de Horacio

Kayden

Te amo, Kayden.

Esas tres palabras resonaron en mi conciencia, rebotando en mi ser en un eco que se repetía eternamente y se extendieron cálido por mi cuerpo.

Con un sollozo en la garganta, respiré hondo y me aferré al vínculo espiritual que aún me unía a Jadina.

Jadina, yo también te amo.

¿Podía oírme? ¿Me percibía al otro lado de nuestra conexión?

No podía sentirla. El vínculo de mi lado era demasiado oscuro como para permitir otra cosa que no fuera un dolor punzante.

Y, sin embargo, fueron esas palabras las que llegaron hasta mí. Palabras acompañadas de una energía que me alimentaba. Que me

insuflaba nueva vida.

Mi demonio interno gruñó.

Sin embargo, utilicé esta nueva fuerza para encadenarlo. Solo necesitaba respirar un momento. Eso era todo lo que quería.

Sabía que no sería por mucho tiempo. No tenía suficiente energía para ello.

Pero poder respirar y pensar con libertad, aunque solo fuera durante unos preciosos segundos, tenía más valor del que jamás habría imaginado.

Un segundo después controlé el escudo. Me resultaba tan fácil hacerlo, que incluso podía mantenerlo en el estado de inconciencia en el que permanecía la mayor parte del tiempo.

Incluso ahora seguía intacto y nadie podía romperlo.

¿Jadina estuvo allí?

Esperaba que no. No debía perder el tiempo conmigo. Había cosas mucho más importantes que yo. Las rosas restantes, por ejemplo. ¿Ya las había encontrado?

Recordé su rostro y acaricié con cariño su mejilla en mis pensamientos. Qué suave era su piel. Luego besé sus sensuales labios.

Un recuerdo inundó mi conciencia: los dos desnudos sobre una cama. Su piel emanaba un calor tan embriagador, que mi cuerpo se acurrucó contra ella, haciéndola gemir bajo mis caricias. Con un dedo tracé el camino desde sus labios hasta su centro; me habría encantado saborear su dulzura con mi boca, pero ansiaba ver cómo se retorcía bajo mi tacto. Cómo la hacía estallar por dentro.

Así que deslicé con cuidado dos de mis dedos en ella, mientras con el pulgar acariciaba su dulce capullo. Lentamente y de forma tortuosa, la estimulé con la precisión adecuada, hasta que empujó sus caderas hacia mí en respuesta y eso me excitó de otra manera.

—Así es, mi gato salvaje —la animé con la voz ronca. Era tan hermosa, con los dedos clavados en la sábana, entregada al placer que yo le generaba.

El deseo crecía cada vez más en mi interior y lo que más deseaba era hundirme en ella y llevarnos a ambos al clímax. Pero no quería: quería verla. Contemplarla mientras lo hacía.

—Córrete para mí —le susurré, sin poder apartar la mirada de su cuerpo y, un instante después, reaccionó convulsionándose ante mi orden; sentí cómo se contraía contra mi mano, para luego deshacerse entre gemidos y jadeos, pidiendo más. Queriendo más.

Temblando, mi esposa cerró los ojos verdes y arqueó la espalda, aferrándose a mí. Quería más. Al igual que yo.

Me incliné hacia ella y la besé en el cuello.

—Jadina… —le susurré al oído con voz ronca por el deseo.

Pero luego de eso no recordaba más. ¿Cuándo sucedió aquel encuentro?

Cada una de las veces que había hecho el amor con mi esposa, estaba grabada a fuego en mi memoria; cada caricia, cada beso, cada clímax.

Pero este recuerdo era diferente.

¿O solo era un sueño?

Una risa cruel recorrió mi ser y reclamó mi atención. Las cadenas ya empezaban a deshacerse. Pronto volvería a ser engullido por la oscuridad; así que volví a comprobar el escudo. Jadina no debía venir aquí bajo ninguna circunstancia. Tenía que salvar nuestro país. Salvarse a sí misma. No a mí. ¿Acaso tenía salvación?

Otra risa cruel interrumpió mis pensamientos.

Había llegado el momento: mi tiempo se había acabado.

Por última vez, besé en mis pensamientos los labios de la mujer que amaba más que a mi propia vida.

Mi Jadina. Mi gata salvaje.

Entonces, la oscuridad me envolvió como una tormenta nacida para destruirlo todo.

Capítulo 13



Aunque mi alto cargo me lo exige,
no puedo estar de acuerdo con ello.

De la correspondencia entre Lady Flavia
y un desconocido

J*adina*

Jadina, yo también te amo.

Las palabras fluyeron en mi ser con dulzura, avivando mis sentidos y provocando una agradable calidez en mi pecho. Respiré temblando. El olor de una chimenea encendida me trajo recuerdos de nuestro dormitorio en el castillo de Dragonfall. De cada una de las veces que nos amamos.

Mi Jadina.

Mi gato salvaje.

Como si me hubiera llamado, abrí los párpados con un parpadeo. Esperando ver a mi alma gemela. *Kayden.*

Pero en su lugar, me encontré en una cabaña desconocida. La decepción se clavó en nuestra conexión y se me dificultó respirar.

Tenía la garganta cerrada, mientras las lágrimas me quemaban los ojos.

Con la decepción llegó también la comprensión. No estaba muerta. No me habían matado después de desmayarme a sus pies. Pero… ¿por qué?

Jarok, su nombre atravesó mis pensamientos, y me senté de golpe, solo para caer de nuevo en la cama, abrumada por el mareo.

—*Estoy bien* —me hizo saber con un gruñido—. *Me han curado las heridas y ya le he pedido a Elara que traiga al resto de nuestro grupo al asentamiento.*

—*¿Al resto de nuestro grupo?*

No lo entendía. ¿Qué había sucedido?

—Ay, hija mía. Por fin te despiertas. Me diste un susto de muerte —dijo de repente una voz suave desde las sombras. Una voz que conocía muy bien.

—¿Eline? —susurré aturdida, mirando con fijeza el punto oscuro de la habitación donde suponía que estaba.

Se oyó el crujido de una silla de madera y, al momento siguiente, la pequeña y regordeta señora salió a la luz.

—¡Eline! —exclamé riendo y llorando al mismo tiempo. Corrió hacia mi cama y también en sus ojos brillaban lágrimas. Uno estaba cicatrizado y lechoso, pero el otro brillaba con la misma perspicacia que recordaba.

—¿Cómo te encuentras, hija mía? —quiso saber. Cuando me acarició el cabello con ternura, no pude evitar fijarme en que todavía llevaba vendajes en las manos. Mi corazón se encogió en mi pecho.

—Estoy bien —logré articular, sin estar segura de hasta qué punto era cierto. Como una premisa, mis pensamientos volvieron a Kayden. ¿De verdad lo escuché mientras dormía?

Jadina, yo también te amo.

¿Era posible?

—Kayden —susurré.

Los rasgos de Eline se endurecieron y sus labios temblaron al pronunciar las siguientes palabras.

—Ya me enteré de lo de Kayden. Nayda me lo contó.

—Lo siento mucho, Eline.

Kayden era como un hijo para ella. Solo podía imaginar el dolor que debía de haber sentido al recibir esa noticia.

Una lágrima brotó de su ojo sano y rodó por su mejilla.

—Yo también lo siento —dijo, acariciándome el cabello con cariño una vez más—. Lo quieres tanto como yo.

Asentí y me mordí la mejilla para no perder por completo la compostura. En presencia de Kargon había llorado todas mis lágrimas. Ahora era el momento de mirar hacia adelante y no perderme en la tristeza.

De repente, sentí algo en mi cuello. Sorprendida, aparté la tela y apareció el supuesto polluelo de águila.

El chiquillo bostezó y se estiró.

Cuando partí para no perder mi escudo, me olvidé por completo de él. Como siempre, también estuvo conmigo en esta ocasión.

—¡Limycu! —exclamó Eline con felicidad y se secó las lágrimas de la cara. El pequeño también descubrió a la mujer regordeta que lo había criado, y saltó emocionado a mi hombro.

Eline lo tomó en sus manos vendadas y le acarició el pelaje.

—¿Cómo estás, pequeño? —le preguntó, para luego mirarlo con preocupación—. ¿No has crecido nada? —Me miró sorprendida y yo le sonreí un poco avergonzado—. Jadina, ¿por qué no ha crecido? —Su sorpresa se convirtió en indignación—. ¿No le has dado suficiente comida? ¿No lo has cuidado?

Rodeó al pequeño con sus manos de forma protectora y lo mantuvo un poco fuera de mi alcance.

Era conmovedor ver cómo se preocupaba por él, por lo que no pude enfadarme por sus reproches.

—No es un águila, como creímos, Eline —aclaré—. Limycu es un fénix.

Como para subrayar este hecho, la bola de plumas se hinchó un poco y pió una vez en señal de asentimiento.

—¿Un fénix? —balbuceó Eline, mirando de nuevo a Limycu como si lo viera por primera vez—. Pero yo pensaba que esas criaturas solo eran una leyenda.

—Al parecer, no —respondí y esta vez me senté con cuidado. Luego le conté todo lo sucedido. Empezando por nuestra huida de

Dragonfall, hasta mi caída con Jarok aquí, en el asentamiento.

—Supe que escaparon del castillo, aun cuando vivía aislada en la cabaña de Fely. Pero parece que no lo suficiente —comentó.

—¿Por qué? ¿Qué pasó?

—Alguien le reveló a Gronus que yo no había muerto y que me encontraba en la cabaña de la curandera.

La miré asustada. ¿Quién se lo contó? ¿Quién lo sabía?

—Entonces envió a Lady Flavia con un pequeño grupo para que me llevara de vuelta a la cámara de tortura. Eso fue mi suerte. —Eline se rio entre dientes.

—¿Por qué?

—Bueno, resultó que Lady Flavia fue espía de los rebeldes todo ese tiempo y había estado buscando información sobre los planes de Gronus en el castillo. Al final, me rescató y me trajo aquí. A un lugar seguro.

—¿Lady Flavia? —pregunté sorprendida. Siempre fue educada, pero bastante reservada conmigo. Recordé cómo me pidió que eligiera un arma en la ceremonia de unión. Sin embargo, al final respetó mi decisión de no llevar ninguna. Eso me permitió cumplir el acuerdo que hice con el grupo de Dorian. Aun cuando eso pudo significar mi muerte. Aun así, nunca la habría considerado una rebelde.

—Sí —Eline rio divertida mientras seguía acariciando a Limycu—. Aquí, en el pueblo, es una persona completamente diferente. En el castillo desempeñó muy bien su papel.

—Bastante bien, debería de admitir. Nadie sospechó nada.

En ese momento, la puerta de la cabaña se abrió y Fely asomó la cabeza por la abertura.

—Ah, por fin te despertaste —sonrió y se acercó. Detrás de ella venían Lenn y Dex, que también me sonrieron aliviados. La última en asomar la cabeza por la rendija, que dejaba entrar algo de luz solar en el cuarto y revelaba el escaso mobiliario, fue Nayda. Su rostro era diferente al de los demás: tenso y crispado. No me miraba.

Lenn fue, por supuesto, el primero en llegar a mi cama, empujando a Eline y a Fely. Dex se quedó al pie de la cama.

—¿Cómo estás? —quiso saber mi amigo, empujando a Eline un poco a un lado en su entusiasmo. Ella solo pudo sonreír ante el carácter impetuoso del jinete, cogió a Limycu y volvió a la silla chirriante.

—Estoy bien —respondí a su pregunta y, al mismo tiempo, dejé que Fely me pusiera la mano en la frente. La sanadora me miró con ojo crítico hasta que, al parecer, llegó a la conclusión de que tenía razón. Sus ojos azul agua brillaron.

—Para estar completamente agotada, te has recuperado bastante rápido y, sobre todo, bien. —Entonces, el rostro de la hechicera se volvió serio—. No podemos permitir que vuelva a suceder. Ha estado cerca. Por poco agotas toda tu magia.

—Pero no sucedió —intenté tranquilizarla—. Todo está bien. Y el escudo incluso aguantó.

—No está bien —intervino de repente Nayda, que se había mantenido en segundo plano—. Casi te envío a la muerte. —Con los hombros caídos, se acercó hacia mí—. Lo siento mucho, Jadina. Valoré mal la situación. Pensaba… —Levantó la cabeza y finalmente me miró—. No importa lo que pensé. He cometido un grave error y nunca me lo habría perdonado si te hubiera ocurrido algo. Espero que puedas perdonarme.

Su mirada era suplicante y muy vulnerable.

Le tendí la mano.

—No es culpa tuya —le aseguré—. Fue la decisión correcta. Conseguimos llegar al asentamiento y eso es lo más importante.

Ella negó con la cabeza, mirando mi mano extendida.

—No, te puse en peligro innecesario. Si te hubiera dejado descansar primero para luego tejer un nuevo escudo, no habríamos corrido ningún riesgo y aun así habríamos alcanzado nuestro objetivo. No sirvo como líder de escuadrón.

La miré pensativa. Ella también había tomado la extraña decisión de no llevar a Lenn a la caza. ¿Tenía razón?

—¿Por qué dejaste a Lenn haciendo guardia en el campamento y te fuiste a cazar con Dex? —le pregunté.

Sus ojos se posaron en mi rostro y me miró con sorpresa.

—Por supuesto, porque es mucho mejor luchador. No te lo tomes a mal, Dex. —Este se limitó a encogerse de hombros con indiferencia—. Podría haberte protegido mucho mejor a ti y a Fely en caso de un ataque. Por eso lo dejé con ustedes en el campamento.

Lo hizo para protegernos, para protegerme, mientras entrenábamos.

Pasé las piernas por encima del borde de la cama y di dos pasos hacia Nayda. Con determinación, la tomé por las manos.

—Eres una buena líder para el grupo. —Sonreí, pero su mirada, normalmente tan firme, vaciló—. Tomas las decisiones correctas para todos nosotros. Y la de enviarme con Jarok al asentamiento también fue la correcta. Confía en tus habilidades. Evaluaste la situación de forma correcta.

La apreté con suavidad.

—¿De verdad lo crees? —preguntó y, cuando asentí, vi cómo el alivio relajaba su rostro.

—Te necesitamos, Nayda. Como nuestra líder de escuadrón. De lo contrario, seguiremos siendo un grupo indisciplinado. —Le sonreí y oí una risita de aprobación de Lenn a mi lado.

—Jadina tiene razón —coincidió Dex—. Sin ti estaríamos perdidos.

Fely le puso una mano en el brazo y le sonrió.

—Bueno, ahora que todo está claro, podemos ir a comer algo. Sobre todo Jadina. Necesita recuperar fuerzas —interrumpió Eline con su típica solicitud a nuestro pequeño grupo.

—No tengo nada en contra de comer —dijo Lenn y, antes de que ninguno de nosotros pudiera reaccionar, ya estaba junto a la puerta y la abría.

Pero en lugar de la luz del sol, una gran sombra oscura se proyectó a través de la abertura de la cabaña.

Era aquel rebelde que me había mirado tan fijamente cuando aterricé con Jarok en la plaza del asentamiento.

Por instinto, di un paso hacia atrás, solo para luego enderezar los hombros y levantar la barbilla.

El hombre me miró. Con curiosidad. Con desconfianza.

—Reina Jadina, bienvenida a nuestro asentamiento. Mi nombre es Jako y me gustaría hablar con usted. A solas. Sobre Hakon.

CAPÍTULO 14



«*Corre a casa y dile a tu madre*
que deben esconderse. Ella sabe dónde estarán a salvo».

Último recuerdo de Jako
antes de huir con su madre y su hermana.

J*adina*

La pequeña cabaña parecía aún más pequeña cuando Jako entró. Su pesado uniforme de cuero, que le permitía mucho menos movimiento que el nuestro, crujía con cada paso y sus pesadas botas golpeaban con fuerza las tablas del suelo.

Iba armado: llevaba un arco y flechas a la espalda y, además de una espada, varios puñales en el cinturón. Su presencia era intimidante, parecía dispuesto a ir a la guerra en cualquier momento.

Instintivamente, Nayda puso su mano sobre la empuñadura de su arma y observó al recién llegado con una curiosidad descarada.

Eline, que parecía incapaz de salir de su caparazón y que había interiorizado hasta la médula las costumbres del castillo, se apresuró a buscar una silla en la pequeña habitación.

—Siéntate, por favor —dijo sonriendo, y el hombre, que parecía más un gigante, tomó asiento en la diminuta silla. Luego se acercó a mí, tiró de los restos de mi uniforme de cuero e intentó arreglarme el cabello. Al parecer, sin éxito, como indicó su resoplido de frustración.

—¿De dónde conoces a Hakon? —preguntó Jako sin rodeos, mirándome con fijeza, sin distraerse con Eline, que mientras tanto echaba al resto del grupo de la cabaña y cerraba la puerta detrás de ella. Confiaba en Jako.

Me senté en el borde y miré al rebelde.

—¿De dónde lo conoces?

Una sonrisa se dibujó en la comisura de sus labios. ¿Acaso lo había impresionado? Al instante siguiente, su expresión volvió a ser fría y controlada. No, se necesitaba más para convencer a ese hombre.

—Mi madre era su cocinera antes de que cayera la maldición. Vivíamos en su finca y él para mí era como… —Ladeó la cabeza y me miró con los ojos entrecerrados, como si pudiera leer el final de su frase en los míos—. Un padre.

No sabía qué le llevó a compartir conmigo esa información, pero se lo agradecí.

—Es una historia larga y bastante inusual cómo lo conocí —admití.

—¿Tan inusual como una cazadora que monta dragones y que fue coronada reina por el enemigo? —Levantó una ceja con escepticismo.

—Más o menos —respondí, pasando las palmas de las manos por mis muslos antes de contarle sobre mis padres, el fragmento del espejo y el espejo del castillo. Eline confiaba en este hombre y yo confiaba en ella. Si queríamos formar una alianza con él y su gente, tenía que demostrarle que hablábamos en serio. Solo la verdad podría llevarme hasta allí.

Jako permaneció en silencio, dejándome hablar sin interrumpir.

—Y entonces me encontré con Attilus, su hermano gemelo, que quería matarme —continué. De un tirón, el gigante se sentó más erguido en su silla.

—¿Te encontraste con Attilus? —Sus penetrantes iris marrones se clavaron en los míos.

—Sí. Y casi me cuesta la vida, si Hakon no me hubiera salvado y llevado mi alma a Aranga.

Sus ojos se agrandaron, para luego rodearse de auténticas arrugas de expresión.

—Realmente eres extraordinaria.

—¡Ja! —me reí sin alegría—. Créeme cuando te digo que nunca esperé verme envuelta en una historia tan enrevesada.

—¿Sabes dónde está Hakon?

—En Aranga. Pero tan pronto como caiga la cúpula que cubre Eclaria, regresará aquí.

Así que le conté sobre mi estancia en Aranga, el acuerdo con la reina Thalie, la princesa Elena, el príncipe Lucian, lord Marek y el rey dragón. Debía saber quiénes serían sus aliados en una posible guerra. Solo omití una cosa: la posible aparición de un dios. No tenía sentido poner nerviosos a todos los demás por algo que, de todos modos, estaba segura no iba a suceder.

—Mientras tanto, encontramos una de las tres rosas. Vinimos porque tenemos indicios de que hay una en el lago. —Esta vez fui yo quien se inclinó hacia delante y lo miró con los ojos entrecerrados—. ¿De casualidad, saben algo sobre eso?

Un destello apareció en sus ojos. Solo por un instante. Luego me miró con total indiferencia.

—No. No sabemos nada al respecto —dijo, y negó con la cabeza. Su cabello negro, largo hasta los hombros, siguió el movimiento. Sobre su cabeza se arremolinaba una niebla naranja rojiza, donde antes había sido verde. Mentía. Lo sentí en lo más profundo de mis huesos. Estábamos en el lugar correcto. Una de las rosas estaba escondida en algún lugar de aquí.

Me recosté y le sonreí amable.

—La encontraremos sin tu ayuda —dije con amargura y crucé los brazos con determinación.

No confiaba en nosotros y no podía culparlo. Después de todo, acababa de contarle una historia muy complicada y extraordinaria. Tal vez necesitaba tiempo para asimilarla.

—¿Dónde aprendiste el arte del tiro con arco? —le pregunté en su lugar. Yo también quería obtener información de esta conversación—. ¿Y cuántos guerreros viven en este asentamiento?

De nuevo, levantó las cejas. La sorpresa se reflejó en su rostro.

—¿Dónde está el rey? —quiso saber en lugar de responder.

El rey. Apreté los labios. ¿Cómo iba a explicarle que Kayden estaba luchando contra sí mismo en algún lugar cerca de Ascradia?

La insatisfacción se deslizó por su rostro, antes impasible. Sin decir una palabra más, el gigante se levantó y, en dos pasos, llegó a la puerta, que abrió de un fuerte tirón. Nayda, que había estado escuchando detrás con las dagas desenvainadas, tropezó y chocó directamente contra su pecho. Lo miró con los ojos muy abiertos y el rebelde solo pudo esquivar una de las dagas en el último momento.

—Vamos, vamos, pequeña jinete. No seas tan impetuosa. —Ayudó a la guerrera, que parecía desconcertada, a ponerse en pie, le dio una palmadita en la cabeza y se alejó corriendo.

En ese momento, Nayda se sonrojó.

—¿De verdad ese maldito salvaje acaba de llamarme «pequeña»? ¡Y no solo! ¿Incluso me acarició la cabeza como si fuera un maldito perro?

Al ver a mi amiga, siembre tan imperturbable, se me escapó una risita. La conversación no terminó como esperaba, pero no me rendiría a la primera.

Nayda soltó un gruñido que se parecía más al de un perro de lo que pretendía, lo que me hizo estallar en una carcajada.

Mi amiga puso cara de enfado, hasta que tampoco pudo contenerse.

Me sentó muy bien reír, aunque nuestra situación no era nada halagüeña. Sin mis amigos, ya me habría sumido en una profunda autocompasión o me habría invadido la amargura.

—Vamos. Hay que comer algo. Los demás ya se están llenando el estómago.

Asentí y la tomé del brazo. Juntas salimos de la cabaña a la luz del día. Para ser un asentamiento secreto, había mucho movimiento. Delante de las cabañas construidas en la montaña había algunos habitantes, en su mayoría de edad avanzada, sentados, mientras los

niños jugaban juntos. Un poco más lejos, al otro lado, descubrí campos de entrenamiento en los que hombres y mujeres practicaban tiro con arco, simulaban combates con espadas o luchaban sobre esteras de paja trenzadas.

Desde allí era difícil calcular su número, pero era comparable al de los jinetes que se habían reunido para entrenar en la gran sala de Dragonfall.

La única diferencia era que aquí los niños no eran entrenados como guerreros desde pequeños, sino que podían jugar sin preocupaciones con sus familias.

—Tenemos que ir allí —indicó Nayda, señalando un gran edificio que también se acurrucaba contra las rocas detrás—. Allí se preparan y se reparten las comidas para todos los habitantes del pueblo.

Las miradas tan curiosas como recelosas con las que Jako ya me había observado nos siguieron durante todo el camino hasta ese edificio. Algunas se clavaban en mi uniforme, otras eran más suaves y complacientes. Sin embargo, me resultaban familiares y los recuerdos de mis primeros días en el castillo me alcanzaron, haciéndome acelerar el paso.

Por fin entramos en el gran complejo y enseguida me envolvieron diferentes aromas. Todos deliciosos: pan recién horneado, carne asada, guiso especiado. Mi estómago rugió con fuerza y me di cuenta de que, desde mi partida de Aranga, no había comido nada más que trozos de pan duro o carne seca.

Curiosa, miré a mi amiga, que estaba a mi lado y que claramente luchaba por controlarse. Llevaba mucho más tiempo que yo sin comer nada decente. Entonces me fijé en sus mejillas hundidas y en su uniforme holgado.

Me miré y vi que la tela también me quedaba más holgada que cuando estuvimos en el castillo de Dragonfall. Necesitábamos alimentarnos bien antes de que esta guerra se desatara por completo.

—¡Jadina! ¡Nayda! —oí de pronto la voz de Fely. Miré a mi alrededor, desconcertada. Esos deliciosos aromas me hicieron olvidar de todo lo que me rodeaba.

La gran sala estaba llena de largas mesas e innumerables taburetes. En uno de ellos descubrí a nuestros amigos junto con Eline, que estaba hablando con una joven.

Una mujer de tez oscura y cabello negro. ¿Una cazadora? ¿Qué hacía aquí, en un asentamiento rebelde de jinetes de dragón?

Nos dirigimos a la mesa y sentí las miradas de Nayda, que estaba tan sorprendida como yo.

—¿Quién es? —preguntó en un susurro—. ¿Será que fue una antigua candidata a las pruebas de los jinetes? Pero, si es así, ¿quién de los rebeldes la rescató? —Nayda miró en rededor—. No puede ser, ninguna de las otras cazadoras sobrevivió, a excepción de ti.

Antes que yo, numerosas cazadoras encontraron la muerte durante esas malditas pruebas. Ni siquiera las que compitieron conmigo sobrevivieron. Fenja y Auri. Sus gritos de muerte aún resonaban en mis oídos y me perseguían en mis pesadillas.

Y luego estaba Cilia.

Tragué la bilis que me subía al pensar en ella y en seguida, aparté ese recuerdo indeseado.

Mientras tanto, llegamos a la mesa. En el centro ya había cuencos y platos humeantes, y los dos hombres ya tenían sus platos llenos con los manjares más deliciosos.

—Siéntense —nos invitó Lenn con la boca llena—. ¡Todo está delicioso!

Mi mirada se posó en Eline y en la desconocida que estaba a su lado. La curiosidad se apoderó de mí y fue más fuerte que mi hambre, mientras tanto Nayda se sentó justo al lado de Lenn y también llenó su plato de carne, verduras y pan.

—Jadina, ¿puedo presentarte a Ida? —dijo Eline, a quien, por supuesto, no se le había escapado mi curiosidad—. Fue ella quien preparó todos estos platillos.

Di un paso hacia la cazadora.

—Encantada de conocerte —saludó la joven y una sonrisa amistosa iluminó sus ojos oscuros. Sin formalidades.

—¿Cómo llegaste hasta aquí? —le pregunté sin rodeos—. Los rebeldes son todos jinetes de dragones. Y el que acabo de tener el

placer de conocer no me pareció muy amable, ni mucho menos abierto con los extraños.

Ida se echó a reír.

—Veo que ya conociste a mi hermano.

¿Su hermano? Por el rabillo del ojo vi cómo Nayda, al otro lado de la mesa, se detenía en medio del movimiento.

—Jako a veces puede ser un auténtico idiota. —Ida me miró con aire de disculpa—. Pero no te preocupes. No todos son tan gruñones como él.

¿Jako era cazador?

CAPÍTULO 15



Para nosotros no existe la separación entre jinetes y cazadores.
Somos un pueblo, todos somos eclarianos.

De las notas de Jako,
guerrero de los rebeldes

Jadina

ESTABA MUY oscuro en la cabaña y él había permanecido todo el tiempo de pie, de modo que la luz del sol brilló a sus espaldas; y sentado, las sombras lo envolvieron de forma parcial.

—Pareces sorprendida —comentó Ida, inclinando la cabeza, lo que me recordó su parecido con su hermano—. Ah, ya entiendo. Creías que todos los rebeldes del valle tenían que ser jinetes de dragón. —Se rio entre dientes—. No eres la primera.

Eline le dio una palmadita en la mano.

—Ida es el alma creativa de aquí. Aprendió a cocinar de su madre.

—Siéntate, Jadina, y come algo. Mientras tanto, te contaré por qué mi hermano y yo estamos aquí y no en el campamento rebelde de los cazadores.

La miré con asombro. ¿Sabía de los otros rebeldes?

Dos manos fuertes se posaron sobre mis hombros y me empujaron hacia una silla. Al momento siguiente, esas mismas manos me sirvieron algo del plato en varios cuencos y fuentes.

—A veces hay que obligar a la reina Jadina a ser feliz —oí decir a la voz correspondiente y me giré asustada. Lady Flavia me sonrió divertida—. ¿Cómo está? Oí que trajo refuerzos del continente.

Vi admiración en su mirada y una calidez que contrastaba con la frialdad que había mostrado en el castillo de Dragonfall.

—Por favor, llámame Jadina. Creo que los títulos y los tratos formales ya no son apropiados en la situación actual.

—Como desees, Jadina. Y ahora come. Ida cocina realmente bien.

Me puso una cuchara en la mano y se sentó a mi lado en una silla. Solo entonces se sirvió la comida en su propio plato.

—Flavia, ¿sabes cuándo planea Gronus atacar las aldeas de los cazadores? —quiso saber Nayda.

—El día antes de que abandonara Dragonfall, Gronus ordenó que todos los jinetes se prepararan para la guerra. También los niños y las damas de la corte. Toda la población del castillo.

Miré mi comida con horror. ¿Todos los habitantes? ¿También los niños? Se me hizo un nudo en la garganta y vi que Lenn, Dex, Nayda y Fely también bajaban sus cucharas.

—Pero los niños no tienen dragones propios —intervino Fely, más pálida que una hoja de papel.

—Deben volar con las damas que no han sido entrenadas para la batalla. Las mujeres y los niños deben *destruir* al enemigo mediante su magia. Son palabras de Gronus. —Flavia sacudió la cabeza con tristeza—. Llevará a todos directo a la muerte.

—Tenemos que sacarlos de allí antes de que sea demasiado tarde —exclamé, y todos me miraron sorprendidos. Solo Ida sonrió.

—Me gusta la idea —dijo—. Lo hablaré con mi hermano y los otros dos del consejo, pero creo que podré convencerlos.

—¿Los otros dos? —preguntamos Nayda y yo al unísono.

—Ah, sí, aún no les expliqué por qué mi hermano y yo estamos aquí. —La chica se inclinó hacia nosotros antes de continuar

hablando y sus rizos oscuros se balancearon en consonancia con su alegre estado de ánimo—. Mi madre fundó este asentamiento junto con otras dos familias. Hace casi cien años. En aquel entonces, nosotros aún éramos niños. Hakon, con quien vivíamos porque mi madre cocinaba para él, nos mostró este lugar antes de la maldición y nos dijo una y otra vez que debíamos venir aquí si había peligro. Al parecer, lo presentía. Sin embargo, no pudo salvarse ni venir aquí. —Ida suspiró y, antes de que pudiera contarle lo de Hakon, siguió hablando—. Antes había una cueva que conducía a un sistema subterráneo de montañas. Tras la maldición, se formó este valle. —Señaló con las manos a su alrededor—. Acogimos aquí a muchos de los jinetes que no querían someterse a Gronus o que no habían superado las pruebas, y no tardó mucho tiempo en llegar el primer dragón.

Un escalofrío la hizo estremecerse.

—Yo era muy joven en aquel entonces y ese enorme dragón negro me daba mucho miedo. Pero era bondadoso y nos prometió que Gronus nunca descubriría nuestro pueblo. Para garantizarlo, todos los dragones se trasladaron a las montañas cercanas al castillo de Dragonfall —continuó—. Así ha seguido siendo hasta ahora. —De repente, su expresión se volvió triste—. Cuando mi madre falleció hace unos inviernos, Jako y yo ocupamos su lugar en el Consejo Fundador. —Tan repentinamente como llegó la tristeza, su rostro se iluminó de nuevo—. Y, siendo la única mujer entre tres hombres, me resulta bastante fácil llevar a cabo mis ideas y proyectos.

Pude imaginarme a la perfección cómo, con su carácter alegre, se ganaba a todos los miembros del consejo, incluido su hermano.

—Solo necesitamos un buen plan para esta operación de rescate —reflexionó en voz alta—. Deberíamos elaborarlo antes de presentar la propuesta a los demás.

—Nosotros nos encargaremos —dijo Lenn, y los demás asintieron con la cabeza. Ellos tampoco permitirían que se llevara a los niños al matadero—. Y nuestros dragones también nos ayudarán.

Ida sonrió radiante.

—Me alegro mucho de que hayan llegado justo ahora. Cuando Flavia nos contó los planes de Gronus, me sentí muy mal. Pasé

noches enteras despierta pensando en cómo podríamos evitarlo. Pero sin dragones es imposible llegar a Dragonfall.

—¿Dónde está tu dragón, Flavia? —quiso saber Dex.

—Lo dejé atrás, pero estoy en contacto con él. Se esconde entre los otros dragones y me informa siempre que hay novedades. —Se notaba que a la jinete le dolía la separación de su dragón.

—Ida —me volví hacia la cazadora—. Hay algo que tengo que contarte. —Ella me miró con atención—. Hakon está vivo. —Sus ojos se agrandaron.

—¿Está vivo? —exclamó sorprendida—. ¿Cómo?

—Hakon huyó a Aranga en el último momento. Sin embargo, no pudo volver porque una cúpula mágica sobre la isla se lo impide. Pero en cuanto podamos destruir esa cúpula, volverá junto con los refuerzos del continente.

El alivio se reflejó en su rostro.

—Todos estos años hemos creído que estaba muerto. Es un hombre tan bueno. Éramos como una familia. Debes saber que mi padre murió poco después de que yo naciera. Hakon contrató a mi madre como cocinera y nos acogió a todos en su casa. Nos cuidó.

Distraídamente, probé un bocado de la comida y luego la miré con asombro.

—Bueno, si aprendiste a cocinar de tu madre, entiendo por qué Hakon la contrató como cocinera. Creo que tu madre también lo cuidó muy bien. Esta comida está deliciosa.

Tomé otro bocado y otro más. En poco tiempo, bajo la mirada radiante de Ida, terminé el plato y pensé en repetir.

—Por muy tentador que sea, no lo hagas —me aconsejó Fely, que había interpretado mi expresión de duda al ver los cuencos y los platos otra vez—. Si no, te encontrarás mal. Llevamos demasiado tiempo sin comer una comida como Dios manda. No es aconsejable atiborrarse la primera vez.

Lenn, que ya tenía en las manos el cucharón para el guiso, gruñó decepcionado, pero siguió el consejo de la curandera y lo dejó caer.

—Vengan, les enseñaré el asentamiento —dijo Ida, distrayéndonos de la tentación de seguir comiendo. Antes de que

ninguno de nosotros se hubiera levantado de la silla, la joven y vivaz mujer ya estaba junto a la salida.

—¿Dónde está Limycu? —le pregunté a Eline. Ella también se levantó en ese momento y entonces descubrí al pequeño pájaro que se había acomodado en su regazo. Miró a su alrededor con los ojos somnolientos.

—¿También quieres explorar el asentamiento? —le pregunté, a lo que él respondió parpadeando un par de veces y extendió sus alas. Levantó el vuelo con cierta torpeza y aterrizó en mi hombro—. ¿Ya comiste algo?

—Ha estado durmiendo todo el tiempo —me informó Eline—. Quizás deberíamos darle algo de comer primero.

Tenía razón. Limycu, al igual que el resto de nosotros, apenas había comido nada decente. Así que tomé un muslo de pollo de uno de los platos y le arranqué un poco de carne.

El pequeño devoró con avidez el asado y emitió sonidos de satisfacción.

—¿Vienen? —gritó Nayda desde el otro lado del salón y me apresuré a ir con Eline.

—¿Nos acompañan, Flavia y Eline? —preguntó la cazadora—. Así podremos seguir hablando mientras caminamos. —Las dos mujeres asintieron con la cabeza.

El sol ya brillaba alto en el cielo cuando salimos y los campos de entrenamiento estaban ahora desiertos, y apenas había gente por allí. Miré a mi alrededor, desconcertada.

—¿Dónde se metieron todos? —quiso saber Lenn, que también se percató del silencio.

—Como también somos muy activos por la noche, tomamos una siesta al mediodía. Ahora todos están en sus cabañas, durmiendo o pasando tiempo con la familia.

Se dirigió al campo de entrenamiento y nosotros la seguimos.

—¿Podemos entrenar aquí también? —quiso saber Nayda—. ¿Y tienen alguna zona segura en la que se pueda practicar magia sin hacer daño a nadie?

Su mirada se posó en mí y en Limycu. Al parecer, tenía algún plan del que yo no sabía nada.

—Sí, pueden entrenar aquí —indicó la cazadora—. Estos lugares son para todos y nos alegra que se utilicen. En cuanto al entrenamiento mágico, hay una cueva en la que es posible. Te la puedo enseñar esta noche. Está un poco alejada de nuestro asentamiento, por lo que solo se puede visitar al amparo de la oscuridad.

—A mí también me gustaría ver esa cueva —secundó Dex, empujando a Nayda, que soltó un insulto—. ¿Tienen biblioteca?

Su pregunta sonó como el grito de auxilio de un hombre que se ahoga y no pude evitar sonreír. Dex y sus libros.

La cara de Ida se iluminó al oír su pregunta.

—¿Te gusta leer?

—Me encanta. —Los ojos del jinete brillaron con esperanza.

—Ni siquiera necesita de una maldita biblioteca —gruñó Nayda a mi lado—. Él es una andante.

—Tenemos una pequeña —explicó Ida—. Es mi lugar favorito —y vi cómo se le sonrojaban las mejillas—. Pasaremos por allí ahora mismo.

—Volvamos al campo de entrenamiento —interrumpió Lenn, imperturbable ante ese extraño momento entre dos ratones de biblioteca—. ¿Hay armas que podamos usar?

La atención de Ida se centró en Dex y había algo más que curiosidad en sus ojos. Un poco distraída, carraspeó.

—Sí, también hay armas para entrenar. Pero tendrán que hablar con mi hermano para saber cuáles pueden usar. Él es el responsable aquí.

—Por desgracia, no hay muchas y tu hermano no se deja convencer —mencionó Flavia con la mandíbula apretada. Al parecer, ya había tenido varias discusiones con Jako por eso.

—¿Arcos y flechas? —preguntó Nayda de inmediato, y supe que no hacía esa pregunta por mí.

Flavia negó con la cabeza.

—No. Jako cree que, de todos modos, no sabemos manejarlos.

—Qué idiota —murmuró mi amiga, solo para preguntar en voz alta—: ¿Cuándo empieza la próxima sesión de entrenamiento?

Ida miró al cielo. Seguramente orientándose por la posición del sol.

—En dos horas. Pueden unirse, por supuesto. Pero primero les enseñaré las termas.

¿Una casa de baños? Di por hecho que se hacían excursiones regulares al lago, donde todos podían asearse.

Ida ya se adelantó y el resto la seguimos.

—La casa de baños es mi lugar favorito aquí en el asentamiento —susurró Eline en secreto—. Las aguas termales me sientan de maravilla para las articulaciones.

En ese momento, la cazadora nos condujo a otro edificio que se adosaba a una roca.

En la sala a la que entramos había estanterías alineadas en las que había armas aquí y allá; y la chica señaló hacia la izquierda.

—Ahí pueden cambiarse los hombres —luego miró hacia la derecha—, y ahí las mujeres. Las armas se dejan aquí, en el vestíbulo. —Luego corrió hacia una tercera puerta, que abrió solo un poco. Nos llegó el vapor—. Estos son los baños. —Nos asomamos y pude ver el interior de una enorme cueva en la que se veían varias fuentes termales. Hombres y mujeres, así como un par de niños, estaban acomodados en ellas—. Estas instalaciones están a disposición de todos en cualquier momento.

Inmediatamente sentí la necesidad de meterme en una de esas piscinas y disfrutar de su calor.

—Me gustaría darme un baño ahora mismo —dijo Fely a mi lado, expresando lo que yo pensaba.

—Creo que *todos* deberían bañarse —dijo Eline riendo—. Porque en verdad apestan.

CAPÍTULO 16



Sé que mis amigos evitan a Caronte.
Pero también sé que puede ser más que un dios arrogante.

Del diario de la princesa Elena

Jadina

UNOS MINUTOS MÁS TARDE, todo mi grupo estuvo sentado en una de las fuentes termales y ninguno de nosotros pudo reprimir un gemido de placer.

Entendí por qué era el lugar favorito de Eline. Ella, Flavia e Ida nos dejaron allí para retirarse a sus cabañas. Pero no sin antes prometernos que volverían más tarde para continuar con la visita guiada por el asentamiento.

Con los ojos cerrados, tumbada en el agua hasta la barbilla, me pregunté dónde pasaríamos la noche. La cabaña de Eline solo tenía un lecho estrecho y era demasiado pequeña para todos nosotros.

—Ay, qué bien se siente —suspiró Fely a mi lado, e incluso Nayda parecía completamente relajada.

—¡Joder! ¡Qué bien se está aquí! ¡Se siente incluso mejor que follar! —maldijo la jinete de dragón y las mujeres nos echamos a

reír.

Los dos hombres daban la impresión de que se iban a quedar dormidos en cualquier momento. Desde nuestra huida de Gronus, habíamos estado bajo una tensión constante y nos sentaba bien poder liberarnos de ella, al menos por un momento.

Éramos conscientes de todo lo que nos esperaba y de que tampoco aquí estábamos a salvo, pero el agua caliente nos hacía olvidar esos sucesos por un momento.

—¿Creen que podremos sacar a las mujeres y a los niños de Dragonfall en secreto? —interrumpió Dex el silencio y, con ello, el momento de relajación total.

—Flavia dijo que todavía había al menos dos espías rebeldes en el castillo, así que estoy segura que podría organizarse. La maldita pregunta es cómo llegar al palacio sin ser vistos y luego infiltrarnos. Descubrirían a nuestros dragones desde la lejanía. —Nayda se pasó la mano por la cara, que quedó cubierta de pequeñas gotas de agua.

—¿Y cómo sacamos a tanta gente del castillo? —preguntó Lenn —. Recuerden que la única forma de salir es a lomos de un dragón. —El chico sacudió la cabeza como si pensara que esa empresa estaba condenada al fracaso.

—Los dragones —dijo Dex—. Tenemos que ponerlos al corriente y pedirles que saquen a las mujeres y los niños del castillo. Bastará con que los lleven hasta el pie de la montaña. Desde allí tendrán que correr hasta el asentamiento. Al fin y al cabo, Eline y Flavia también lo consiguieron.

—Pero ¿cómo nos haremos invisibles para que no nos descubran antes de entrar? —preguntó Fely, y Lenn soltó un gruñido de frustración antes de sumergirse por completo en el agua. Limycu, que estaba sentado detrás de mi cabeza en un pequeño charco fuera de la piscina caliente, parloteaba emocionado. Al parecer, se estaba divirtiendo.

—Ahora sé cómo tejer un escudo, pero tampoco puedo hacerme invisible.

El parloteo de Limycu se hizo cada vez más fuerte. Curiosa, me volví para mirarlo. Saltaba emocionado en el agua.

—¿Te gusta, pequeño? —le pregunté, pero su parloteo se volvió cada vez más agresivo. ¿Supuse mal? ¿No se estaba divirtiendo?—. ¿Qué pasa?

Preocupada, me volví hacia él.

—¿Quizás el charco está demasiado caliente? —caviló Fely y metió un dedo en él.

—¿Demasiado caliente para un fénix? ¿No se rodea de fuego? —cuestionó Dex nuestras dudas.

—No, el agua en realidad está fría. Quizás deberíamos añadir un poco de la fuente —dijo la vile volviéndose hacia mí.

Saqué agua con las manos y la dejé caer lentamente en el pequeño baño del pajarillo. Mientras tanto, Fely siguió controlando la temperatura.

—Ahora debería estar bien —dijo, pero el estado de ánimo de Limycu no mejoró con el aumento de la temperatura. Seguía saltando arriba y abajo, cacareando con fuerza.

—¿Qué pasa? ¿Te duele algo? ¿Tienes hambre? ¿No te encuentras bien? —le pregunté mientras le acariciaba con un dedo. Se detuvo y se inclinó hacia mi mano—. Ah, ¿te faltaba un poco de cariño? —me reí y seguí acariciándolo.

—Tenemos que encontrar una forma de entrar en el maldito castillo sin que nos vean. Y eso es imposible —jadeó Nayda ahora que Limycu se había calmado—. No me gusta decirlo, pero creo que podemos olvidarnos de esta operación de rescate.

—Nayda tiene razón —coincidió Lenn, que emergió del agua en aquel momento, y Dex también asintió con tristeza.

—No lo descartemos todavía —les pedí a los tres.

—Exacto —intervino Fely—. Quizás aún encontremos una manera.

—No lo creo, pero podemos dormirnos sobre ello antes de decirle a Ida que no tenemos ningún plan. O solo medio plan. —Nayda salió del agua y los dos hombres levantaron la cabeza hacia el techo con un movimiento seco, avergonzados—. Ahora voy a ver si encuentro a ese cazador arrogante para hablar con él sobre nuestro plan de entrenamiento. —Agarró una de las toallas apiladas por todas partes y corrió hacia la puerta que daba al vestuario de las mujeres.

Poco después, Dex también se levantó.

—Voy a buscar la biblioteca.

—Y yo algo más de comer —dijo Lenn sonriendo, y poco después solo quedamos Fely y yo en la fuente termal.

Con los ojos cerrados, me recosté contra la roca que formaba la piscina. Pero la calma y la relajación habían terminado. Tantos pensamientos daban vueltas en mi cabeza: el rescate de las mujeres y los niños, encontrar la rosa y, por supuesto, ese maldito dios.

Abrí un ojo y miré de reojo a Fely, que también tenía los ojos cerrados.

—¿Estás ahí, Fely?

Ella gruñó, lo que interpreté como un «¿sí?».

—¿Qué tan bien conoces al dios Caronte?

Abrió los ojos de golpe.

—¿Caronte? ¿Por qué? —En su voz se mezclaban el respeto, el miedo y el enfado.

—Se le mencionó en Aranga —dije con voz algo apagada, arrepintiéndome de haber sacado el tema.

Fely se sentó muy erguida.

—Por favor, no me digas que Elena sugirió pedirle ayuda. Le encanta hacer eso. —Me miró con los ojos muy abiertos.

—¿Quizás?

Fely resopló.

—No puede evitarlo —refunfuñó la vil—. Algún día nos llevará a la ruina con ese maldito dios. A más tardar, cuando acceda a permitir de nuevo la Gran Caza. —Me miró con curiosidad—. ¿Qué es exactamente lo que quiere pedirle?

—Que cree un portal para que el ejército de Ellyllia pueda llegar a Eclaria.

Su mirada se volvió severa y cruzó los brazos sobre el pecho. De alguna manera, parecía bastante amenazadora cuando se enfadaba.

—¿Y nada más?

—No. —Mi voz sonó un poco estridente en retrospectiva. Esperaba que mi amiga no se diera cuenta.

—¿Jadina?

¡Mierda! ¡Ojalá no hubiera sacado el tema!

—¿Sí? —Intenté con todas mis fuerzas parecer inocente, pero mis dedos se clavaban con fuerza en mis muslos.

—Eso no es todo, ¿verdad?

No podía engañarla. Instintivamente, agaché la cabeza y levanté los hombros. Tenía un aspecto peligroso.

—No, no lo es —cedí al fin.

—¡Suéltalo!

Su dedo índice bailó delante de mi nariz. Dios mío, nunca la había visto así.

—El Señor de los Dragones propuso que Caronte venga a Eclaria a través de un portal para que nos ayude a encontrar las dos rosas y derribar la cúpula —solté de golpe, y me sentí bien al poder compartir por fin ese peso con alguien—. Quiere pedírselo a Elena.

Los ojos de Fely se agrandaron y, sobre todo, el miedo que reflejaban me puso nerviosa.

—Pero seguro que no aparecerá aquí. Es un dios. Y los dioses suelen ser arrogantes y no aceptan que les digan nada. ¿O no? —intenté tranquilizar a Fely con mis propias palabras, pero ella solo negó con la cabeza.

—Sí, los dioses son arrogantes, pero no conoces el poder de persuasión de Elena. Sobre todo cuando se trata de él. —Se pellizcó el puente de la nariz con el pulgar y el índice y gimió—. Si además tenemos que lidiar con Caronte…

—Ya tenemos suficientes problemas, lo sé —dije, y ella asintió.

—¿Sabes cuándo piensan enviarlo?

—No. Puede aparecer aquí en cualquier momento. Hoy. Mañana. Dentro de unos días.

—Entonces espero que sea más tarde que pronto. —La vile suspiró—. ¡Es una mierda! —maldijo, compitiendo con Nayda. La miré sorprendida. Ella nunca maldecía.

—¿De verdad es tan malo?

—Peor. —Me miró y el cansancio se reflejó en sus rasgos—. Como tú misma has dicho. Es un dios. Arrogante. Engreído. Sabelotodo. Y, para colmo, increíblemente… sexy. —Una sonrisa se dibujó en la comisura de sus labios.

¿Acababa de decir que Caronte estaba *bueno*?

—¿Qué? —exclamé, tapándome la boca con la mano y riendo. Esas palabras de Fely. Yo había conocido a lord Marek y sabía que era un hombre muy atractivo.

—Es irritantemente guapo —confirmó su afirmación anterior y no pudo evitar reírse.

—Eso no mejora las cosas —dije entre risas.

—No, desde luego que no. —Me guiñó un ojo y luego volvió a ponerse seria. La preocupación le daba un aspecto pálido—. Deberíamos guardárnoslo por ahora y esperar que no aparezca por aquí.

—Tienes razón. —Le puse una mano en el hombro—. No debería habértelo contado. Siento haberte preocupado tanto.

—No pasa nada. Me alegro que me lo hayas contado. Somos amigas. —Una cálida sonrisa iluminó sus ojos.

—Lo somos. —Le devolví la sonrisa.

A veces no podía creer lo mucho que había cambiado mi vida desde aquel fatídico día en que Kayden, Nayda, Lenn y Dex me encontraron en el desierto.

Antes estaba sola. Me sentía sola, aunque nunca lo percibí de aquella manera, ya que no había conocido otra cosa.

Pero ahora tenía amigos, un alma gemela, un dragón vinculado y un pequeño fénix.

Me volví hacia Limycu. El pequeño estaba acurrucado junto al abrevadero y dormía.

—Por suerte, se calmó —dijo Fely, que también miraba a Limycu.

—Sí. Se durmió —acepté pensativa.

¿Qué quiso decirnos con su parloteo?

CAPÍTULO 17



El conocimiento es poder y los libros son conocimiento.
Todas las bibliotecas del mundo poseen tesoros incalculables,
que yacen ocultos entre las páginas de sus libros.
Solo hay que saber encontrarlos.

De las notas de Dex,
jinetes de dragones de la primera temporada

Jadina

Fely y yo disfrutamos del agua caliente en silencio durante un rato más, hasta que decidimos que queríamos ir a buscar a los demás.

Poco después, recién bañadas y vestidas con ropa prestada pero limpia, nos paramos frente a la casa de baños y miramos a nuestro alrededor. Incluso Limycu estaba despierto, sentado en mi hombro.

La siesta en el asentamiento había terminado y la actividad se reanudaba en todas partes: hombres y mujeres salían de sus cabañas y los niños corrían gritando unos detrás de otros.

—¡Jadina! ¡Felycitia!

Ida vino corriendo. Detrás de ella, Eline intentaba seguir el ritmo de la vivaz cazadora. Llegó jadeando cuando Ida ya estaba delante

de nosotras riendo.

—¡Ja! Lo del baño fue una buena idea —dijo esta, y Eline, que aún no podía articular palabra, solo asintió con entusiasmo—. Vengan, les enseñaré el resto de edificios y sus cabañas.

Miró detrás de nosotras, como si buscara a alguien, y luego frunció el ceño.

—¿Dónde están los demás?

—Lenn volvió al salón en busca de otra comida. Dex está buscando la biblioteca y Nayda quería ir al campo de entrenamiento para…

—¡Oh, no! —Al oír mis últimas palabras, Ida abrió mucho los ojos y me agarró de la mano para llevarme con ella—. ¡Vamos, rápido! ¡Antes de que alguien salga herido!

La seguimos, y la respiración de Eline se convirtió cada vez más en jadeos debido al rápido ritmo.

Ida se dirigió al campo de entrenamiento y, desde lejos, pude ver por qué estaba tan preocupada.

Nayda estaba al borde del campo frente a Jako, y ambos sostenían un lado de un arco. Mientras tiraban cada uno de su lado, se gritaban el uno al otro.

—Sin mi permiso… —gritó Jako. Su cara estaba completamente roja y se le veía una vena marcada en la frente.

—¡Idiota presuntuoso! ¡Devuélveme el arco! —gritó Nayda con voz aguda. Miró a su oponente con los ojos entrecerrados.

—No sabes manejarlo —oí gritar al cazador. Ida soltó mi mano y echó a correr.

—¡No tienes ni idea! *¡Sé* manejarlo, maldita sea!

—No lo creo…

—¡Me importa un carajo lo que creas o no! *¡Quiero* entrenar ahora y no voy a dejar que un idiota como tú me lo impida!

En ese momento, Ida llegó hasta ellos y les arrebató el arco con energía, colocándose entre ambos.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó con voz severa. No esperaba que pudiera mostrarse tan resuelta.

Los dos contendientes cruzaron los brazos sobre el pecho y se miraron furiosos.

—Solo quería entrenar con el arco y las flechas y entonces llegó tu hermano estúpido y…

—Solo aquellos que hayan recibido formación con esta arma pueden entrenar con ella, además de mi…

Nayda dio un paso hacia él y Jako hizo lo mismo. Parecía como si los dos se hubieran olvidado de la pobre Ida.

—*Mi permiso* —repitió Nayda imitando al cazador y terminando la frase por él.

—¡Cuidado con lo que dices, mujer! —gruñó él y dio otro paso hacia mi amiga. Ida saltó a un lado. Nayda también acortó la distancia entre ambos. Ahora estaban tan cerca que las puntas de sus botas casi se tocaban.

—¿O qué? —siseó Nayda—. ¡Y no vuelvas a llamarme *mujer*! —espetó, solo para seguir mirándolo con fijeza.

—Por los dioses —susurró Fely a mi lado y se rio—. Solo espero que se lancen el uno sobre el otro. Esta tensión es insoportable.

Sorprendida, me volví hacia ella.

—¿Qué quieres decir?

—Mira cómo se miran. Como si quisieran arrancarse la ropa. —La vile se rio.

Aún sorprendida por sus palabras, volví a mirar a los dos contendientes para observarlos más de cerca.

¡Maldita sea! Fely tenía razón. Había una tensión casi palpable entre ambos; el fuego que ardía en sus ojos no se debía solo a su ira, sino sobre todo a una cierta atracción.

Me reí entre dientes, tapándome la boca con la mano.

—¿Qué… es… tan gracioso? —quiso saber Eline, sin aliento.

—Nada —respondí, haciendo todo lo posible por volver a poner cara seria.

Ida, que aún sostenía el arco en sus manos, se interpuso de nuevo entre Nayda y Jako y con todas sus fuerzas, los separó el uno del otro.

—¿De quién es este arco? —quiso saber.

—Mío —respondió Nayda, levantando la barbilla. Ida la miró con admiración. No sabía si era por el arco o por la perseverancia con la que discutía con su hermano. O quizá fuera por ambas cosas.

—Mientes —siseó Jako—. Estoy seguro que lo robaste en una de tus incursiones en las aldeas de cazadores.

—¿Ah, sí? —espetó Nayda con frialdad—. Entonces dime, ¿de dónde sacaste la daga con el escudo del rey dragón? ¡Seguro que se la arrancaste de las manos a un jinete asesinado!

¿Dónde había visto Nayda esa arma? Debía haberlo examinado muy detenidamente, porque, a primera vista, no encontré ninguna daga con ese emblema.

—¡Ya basta! —ordenó Ida con severidad—. Este problema solo se puede resolver si Nayda demuestra que sabe manejar el arco y las flechas. Si es así, tendrá permiso para entrenar en la plaza. —Le tendió el arco a mi amiga. Esta le dedicó a Jako una sonrisa agridulce y lo tomó.

—Pero… —volvió a intentar el cazador, dando un paso adelante para agarrar el arma. Pero Nayda fue más rápida.

Esquivó a Jako con un giro y, al mismo tiempo, con un movimiento ágil, sacó una flecha del carcaj que llevaba a la espalda y disparó al blanco al otro lado de la plaza.

Con la boca abierta, miré la flecha que se dirigía hacia su objetivo. Un objetivo tan lejano que solo un cazador experimentado podría alcanzarlo. Sin esperar a ver si su proyectil daba en el blanco, Nayda se volvió hacia Jako.

—Entreno todas las mañanas y todas las tardes —le informó, sin dejar de sonreír—. Nos vemos mañana al amanecer.

Con estas palabras, se echó el arco al hombro y abandonó el campo en el momento en que la flecha se clavó en el centro de la diana y se quedó allí.

—¡Ja! —exclamó Ida perpleja, mientras Jako se limitaba a mirar en silencio el proyectil en la distancia. Un instante después apretó la mandíbula con tanta fuerza que parecía que se le iban a romper los dientes. Al parecer, Nayda siguió practicando sin mí. La observé mientras se dirigía hacia el edificio en el que habíamos comido.

No pude evitar sonreír y sentir una cálida sensación de orgullo por mi amiga.

—Entonces está claro, hermano —dijo Ida sonriendo y le dio una palmada en la espalda a Jako.

—Vamos, vamos a buscar a los demás para que enseñarles el resto del asentamiento —nos dijo, guiñándonos el ojo con aire cómplice. Sin duda disfrutando de la manera en que mi amiga le dio una lección a su hermano.

No obstante, después de recoger a Nayda y Lenn en el comedor, no volvió a mencionar el tema. En su lugar, habló sin parar sobre el origen del asentamiento, las tareas de cada habitante y la rutina diaria. Finalmente llegamos a la biblioteca, una sala que no era muy grande, pero que estaba repleta de libros. Me recordó mucho a la casita de Horacio en la Ciudad Dorada. ¿Volvería a ver alguna vez al consejero de la reina Thalie? El anciano me había caído muy bien.

A Dex, al parecer no le molestó la falta de espacio y el caos. En su lugar estaba sentado en una silla que parecía a punto de romperse bajo su peso, con un libro en la mano y otros cinco apilados a sus pies.

Ida corrió hacia él con una sonrisa radiante en el rostro.

—Este es mi libro favorito —le dijo, señalando con el dedo índice el borde de la cubierta, que apenas podía contener las páginas. O era un libro muy popular o Ida lo había leído muchas veces.

Dex levantó la vista y dejó el libro en su regazo.

—El tema es muy interesante. ¿Has leído el cuarto volumen de la *Enciclopedia de los seres mágicos*? También se habla de ello allí.

Ida acercó un taburete y se sentó.

—No, pero me devoré *Las maravillas de la magia antes de la Gran Guerra*. ¿Conoces ese libro?

—Sí, y creo que es mejor que…

—Ey… Todavía estamos aquí —les recordó Nayda.

Las ratas de biblioteca nos miraron parpadeando hasta que Ida sonrió disculpándose.

—Lo siento, pero cuando se trata de libros, me olvido de todo lo demás. En realidad, no hay nada más que mostrar ni que contar sobre el asentamiento. —Se dirigió a Eline—. ¿Puedes enseñarles sus cabañas? Yo llevaré a Dex a la suya más tarde.

—Con gusto —dijo Eline y comenzó a sacarnos del lugar cuando Ida nos gritó—: ¡Nos vemos en la cena!

—¿Dónde está Flavia? —quiso saber Nayda mientras nos dirigíamos hacia dos cabañas que no estaban lejos de las de Eline—. Tengo cosas que hablar con ella.

—Flavia todavía está en su cabaña. Puedo llevarte a verla ahora mismo. Pero primero les mostraré dónde se quedarán. Lenn, esta cabaña es para ti y Dex, y esta otra es para Jadina, Nayda y Fely. Se ha preparado un campamento provisional para cada uno de ustedes. Todo lo demás lo encontrarán en los baños o en el comedor.

Nos sonrió con ternura.

—Gracias, Eline. Es maravilloso —dije en nombre del grupo. Esa noche no tendríamos que dormir en el duro suelo, expuestos a los elementos o fogghouls. Sin duda nos vendría bien.

—La cena se servirá dentro de una hora. No lleguen tarde, porque en cuanto caiga la noche, todos deberán estar en sus cabañas. —La mujer regordeta se dio la vuelta para marcharse, pero en el último momento se volvió hacia nosotros—. Ah, sí, antes de que se me olvide. Después de cenar, no se olviden de darse un baño rápido y usar el retrete, ya que por la noche estarán cerrados.

—¿Y qué pasa con el comedor? —quiso saber Lenn—. ¿Para tomar un tentempié nocturno?

Eline se rio.

—Aunque no se puede salir del alojamiento por la noche, el comedor y los demás edificios no se cierran. Solo la casa de baños.

La miré con sorpresa.

—¿Sabes por qué se hace así?

—No. Simplemente es así —respondió y asintió con la cabeza a Nayda—. Vamos. Te llevaré con Flavia.

Perdida en mis pensamientos, las vi entrar en uno de los alojamientos antes de seguir a Fely al nuestro. Algo de lo que Eline nos dijo me dejó intranquila.

CAPÍTULO 18



A menudo se subestiman los sueños.
Sin embargo, pueden ser tanto una guía para el futuro
como un medio de comunicación.

De la obra *Los sueños y su interpretación*
de la suma sacerdotisa Rosaria

K*ayden*

LE ACARICIÉ con suavidad el cabello negro, y ella ronroneó acurrucándose contra mí. Detuve por un momento el movimiento.

¿Es un sueño?

—No pares —me instó, y volví a acariciar su suave cabello. Su cabeza descansaba sobre mi pecho desnudo. Mi cuerpo estaba muy pegado al suyo, con un brazo alrededor de su cintura, y sentía los latidos de su corazón en mi vientre.

¡Jadina! ¡Está viva!, pensé. Las lágrimas de alivio nublaron mi vista por un momento.

—Te echo de menos —susurró, y su voz también delató sus emociones. Con un dedo le levanté la barbilla para que me mirara.

Sus ojos verdes brillaban y las lágrimas, que cesé con el pulgar, corrían por sus mejillas.

—Yo también —susurré y la besé en la nariz.

—Te necesito. Sin ti no puedo con todo esto —sollozó—. Vuelve conmigo. Por favor.

Su súplica me partió el corazón, pero no podía ser egoísta. Si cedía, sería su muerte. Pero ella no lo sabía.

—Ojalá fuera posible —respondí con suavidad, apartándole un mechón de cabello de la cara—. Pero entonces los pondría a todos en peligro.

—Pero aún no hemos intentado salvarte. Al menos intentémoslo —insistió mi esposa, y la idea de que pudiera llevar a cabo su plan me encogió el corazón.

—¡No! —insistí con vehemencia—. ¡Ni siquiera lo vayas a intentar! ¿Me oyes, gato montés? No debes ponerte en peligro. No por mí.

Sus ojos se agrandaron por un instante, buscando respuestas en los míos.

—¿Qué es lo que te pasa en realidad? —preguntó en voz baja.

—No lo sé —mis defensas cayeron sin que pudiera evitarlo. Cerré los ojos aturdido—. No lo sé —susurré de nuevo.

Sentí cómo sus dedos acariciaban mi barbilla y luego mi sien. Ávido por más, me incliné hacia su contacto. La deseaba tanto que sentía que me iba a romper por dentro.

—Dime dónde están ahora —intenté distraerla de mi destino. Bajó la mano, la posó sobre mi pecho y luego se giró sobre su estómago. Sentí su mirada ardiente sobre mí, lo que me obligó a volver a abrir los ojos.

Me costó sonreír, pero pareció tranquilizarla.

—¿Dónde están? —volví a preguntar.

Jadina suspiró.

—Estamos en el asentamiento de los rebeldes, junto al lago. Creemos que aquí hay una rosa. Pero los habitantes son muy reservados. Hasta ahora no tenemos ninguna pista sobre dónde podría estar.

—¿Con los rebeldes? Háblame de ellos. —Cualquier cosa que me distrajera me venía bien. Además, todavía me molestaba saber que mi dragona le mostró a Jadina el pueblo durante un vuelo nocturno, mientras que a mí me ocultó su existencia. ¿Elara no confiaba en mí?

Quizás, pensándolo bien, hizo lo correcto. Al fin y al cabo, era yo quien estaba atrapado allí, cautivo de sus propios demonios. ¿Lo intuyó?

—El asentamiento es sorprendentemente grande. Fue fundado por tres familias tras el estallido de la maldición, una de las cuales trabajó para Hakon y fue enviada por él a este valle. La madre ya falleció, pero sus hijos, Jako e Ida, ocuparon su lugar en el consejo fundador. —Se incorporó un poco más, apoyándose en mi pecho. Su cuerpo cálido y suave estaba tan cerca del mío—. Y no lo vas a creer, pero los dos son cazadores.

—¿Cazadores en un asentamiento de jinetes rebeldes?

—Sí. Por eso todos los guardias saben manejar el arco y las flechas.

Se detuvo y me miró con tristeza.

—Kayden…

—Descríbeme el asentamiento —la interrumpí, antes de que pudiera volver a suplicarme que la dejara salvarme. No sabía cuánto tiempo sería capaz de mantenerme firme.

Suspiró, pero aceptó la distracción.

—Las cabañas de los habitantes están construidas contra las rocas. Además, hay un gran campo de entrenamiento, una pequeña biblioteca —que Dex, por supuesto, ya se apropió—, unos baños comunitarios con aguas termales y un gran comedor. Todo es accesible para todos los habitantes. Solo que…

Su expresión se volvió pensativa y frunció el ceño.

—¿Qué?

—Por la noche. Se supone que debemos quedarnos en las cabañas, pero… —Volvió a hacer una pausa—. La casa de baños. Por la noche está cerrada.

—Pero ¿por qué, si de todos modos no se puede salir de la cabaña? ¿Esto también se aplica a los demás edificios?

Ella negó con la cabeza.

—Cuando Lenn preguntó si se podía acceder al comedor por la noche, Eline dijo que no estaba cerrado.

Me incorporé de un salto y abracé a Jadina. Mi voz temblaba cuando formulé mi pregunta.

—¿Eline está allí?

Mi mujer sonrió.

—Sí, Eline está con nosotros y está bien. —La abracé. Me invadió una sensación de felicidad. Todos mis seres queridos estaban juntos y a salvo—. Huyó junto con Lady Flavia, que quería protegerla de Gronus.

¿La entendí bien?

—¿Flavia está con los rebeldes?

—No te lo vas a creer, pero ha estado trabajando como espía para ellos todo este tiempo.

Miré a Jadina con asombro.

—Nunca lo hubiera imaginado.

Ella se rio entre dientes.

—Yo tampoco. Sobre todo, está cambiada. Ya no es tan gruñona y fría.

—Me alegro de que todos estén bien —susurré y besé a mi alma gemela en el pelo.

—Pero te echamos de menos.

—¿No es extraño lo de la casa de baños? —pasé por alto su comentario, aunque me dolía.

—Sí…

—Parece casi como si quisieran esconder algo allí.

Jadina me miró con los ojos muy abiertos.

—Tienes razón. ¿Y si allí está…?

—¿Una rosa? —completé su frase y ella asintió.

—Creo que solo hay una forma de averiguarlo —dije y posé mis labios sobre los suyos. Suaves y sensuales, se encontraron con los míos. Me aferré a ese beso. Me dejé llevar por él y saboreé su dulce aliento, mientras absorbía su embriagador aroma.

Mi Jadina. Mi alma gemela. Mi vida.

Al instante siguiente, la arrancaron de mis brazos y la oscuridad me envolvió.

Capítulo 19



Si bien los seres mágicos gozan de una percepción superior
a la de los seres no mágicos,
los sentidos de los dragones están muy por encima de los suyos.

Libro de texto del tercer año de la escuela de jinetes de dragones

Jadina

De un tirón, me desperté y me senté erguida en mi cama. Mi corazón latía con fuerza en mi pecho y sentía los labios hinchados. Con cuidado, los acaricié con dedos temblorosos.

—Kayden —susurré en la oscuridad, sabiendo que ya no estaba aquí, conmigo.

¿Fue un sueño? Confundida, seguí acariciando mis labios hinchados, en los que aún sentía el calor de Kayden. Podía saborearlo.

Instintivamente, busqué nuestro vínculo. Me aferré a él y tiré, en busca de él, de su presencia, de su amor, de sus palabras.

Pero no encontré nada más que oscuridad. Una oscuridad cada vez más cercana que devoraba nuestro vínculo.

—*¡Te amo, Kayden!* —grité a través del vínculo hacia el otro lado y, aunque cada palabra fue engullida por la pared de alquitrán, poco después sentí un ligero tirón en mi corazón. ¿Me escuchó?

—*¡Siempre te amaré!* —lo intenté de nuevo y dejé que toda mi magia fluyera en las palabras. Esta vez se sumergieron en la oscuridad como burbujas de aire y no tardé mucho en sentir la ansiada confirmación de que me había oído.

Una sonrisa se dibujó en mi rostro. Aunque no sabía qué significaba el sueño, aun cuando nuestra conversación pareció tan real, esto era real y era una forma de hacerle saber a mi marido que no estaba solo. Que no lo olvidaba, que estaba ahí para él y que todavía lo quería.

Mis pensamientos volvieron al sueño. En cómo me acurruqué contra él, en cómo me besó y me acarició. Una vez más, recorrí mis labios con los dedos. Casi como si pudiera retenerlo.

Qué feliz se puso cuando se enteró de que Eline también vivía en el asentamiento. Tenía tantas cosas que contarle, que compartir con él. Como habría hecho si estuviera conmigo ahora. Pero al final solo hablamos de la casa de baños.

¡La casa de baños!

«Parece casi como si quisieran esconder algo allí». Las palabras de Kayden resonaban en mis oídos. ¿Tenía razón? Si era así, teníamos que averiguarlo.

Decidida, aparté la manta bajo la que estaba tumbada, salté y tropecé con mis propias botas. Con un estruendo, logré agarrarme a una piedra que sobresalía sobre la fría chimenea.

—¿Jadina? —oí la voz somnolienta de Fely—. ¿Estás bien?

Busqué mis botas lo más silenciosa posible.

—Estoy bien. Sigue durmiendo.

Cuando encontré la primera bota, me la puse con rapidez y busqué la segunda.

En ese momento, una pequeña luz iluminó la cabaña y dos ojos cansados y azul agua me miraron con curiosidad.

—¿Adónde vas? —quiso saber. Su voz sonaba más aguda de lo que su aspecto agotado sugería.

Antes de responder tomé la otra bota y me la puse. Gracias a la luz de Fely podía ver con más claridad.

—Al baño. Tengo que ir —mentí sin mirarla.

—Jadina. La verdad —gruñó y, en ese mismo instante, Limycu salió gateando de debajo de mis mantas y también me miró expectante.

Suspiré y me di por vencida. Miré hacia el lecho de Nayda, que seguía vacío. Al parecer, la reunión con Flavia estaba durando más de lo previsto.

—Quiero ver por qué cierran los baños por la noche. Si quieren ocultarnos algo.

—¿Te refieres a algo como una rosa? —Asentí con la cabeza—. Bien —respondió y echó la manta hacia atrás para ponerse las botas —. Entonces vamos a explorar los baños. Yo sentí una sensación extraña al respecto.

Sonreí. ¿Cómo se me ocurrió que haría esto sola?

Poco después, salimos a hurtadillas de la cabaña. Limycu se metió en mi cuello y, con el corazón latiéndonos con fuerza, nos pegamos a las vigas de madera del alojamiento.

A lo lejos se veía a varios hombres y mujeres armados que patrullaban. ¿Qué castigo nos esperaría si nos pillaban? ¿Habría aquí algo parecido a una mazmorra? ¿Una cámara de tortura?

Al pensar en lo que le sucedió a Eline en el castillo, me sentí mal. ¿Serían igual de crueles aquí?

Ida no me parecía una mujer capaz de torturar a un ser humano. Pero tal vez yo aún no conocía ese lado suyo y tampoco sabía nada sobre los demás miembros del Consejo Fundador.

No podían descubrirnos. Fely puso su mano sobre la mía y la apretó una vez.

Decidida, desvié mi atención de los guardias hacia mi amiga. Ella señaló con la barbilla hacia la cabaña más cercana y yo lo entendí. Tendríamos que abrirnos paso a la sombra de los alojamientos hasta nuestro destino si queríamos pasar desapercibidas.

Volví a fijarme en la patrulla y esperé a que nos diera la espalda. Entonces corrimos hacia la cabaña más cercana, donde nos

pegamos de nuevo a la pared exterior de madera. Los guardias se dieron la vuelta y miraron en nuestra dirección.

¡Mierda! ¿Nos oyeron? Al parecer, no podían vernos en la sombra, porque sus miradas vagaron en busca de algo. Uno de ellos se separó del grupo y se dirigió hacia la cabaña en cuya sombra nos atrincheramos.

Fely me apretó la mano con fuerza y me invadió una sensación de calor al pensar que nos podían descubrir en cualquier momento. Aunque no nos encerraran en ningún calabozo, seguro que después nos pondrían bajo vigilancia.

Tenía que evitarlo. Pero, ¿cómo?

¡Una distracción! Necesitaba una distracción.

—*¡Jarok!* —grité desesperada a mi dragón—. *Por favor, vuela sobre el asentamiento. ¡Mejor si te acompaña otro dragón!*

—*¡Jadina! ¿Todo bien?* —preguntó mi compañero somnoliento y, en cualquier otro momento, me habría alegrado de su preocupación, pero ahora no había tiempo.

—*¡Ahora, Jarok! ¡Ya!*

—*¡Ya voy!*

Mi pulso se aceleró y cada paso del guardia sonaba como un cañonazo en mis oídos. Agarré la mano de Fely como si mi vida dependiera de ello y señalé con la barbilla hacia la casa de baños. En cuanto llegara la distracción, si llegaba a tiempo, tendríamos que correr.

Solo unos diez pasos más y el hombre, que llevaba armas por todo el cuerpo, llegaría a nosotras. Me apreté aún más contra la madera que tenía a mi espalda. Me hubiera encantado cerrar los ojos, pero tenía que permanecer alerta.

—*¡Jarok!*

El pánico se apoderó de mí cuando pude reconocer los rasgos faciales del rebelde. Estaba tan cerca de nosotros. ¡Solo ocho pasos más!

—¡Dragones! —gritó alguien del grupo detrás del hombre, y este se giró hacia ellos, viéndolos correr y colocarse en posición con las flechas preparadas. Sin dudarlo, el guardia se dio media vuelta y

corrió hacia el grupo. Todos los ojos estaban ahora fijos en el cielo y en las siluetas negras de los dragones.

—Ahora —le susurré a Fely y la saqué de la sombra. Agarradas de la mano, corrimos junto a varios alojamientos. Ahora también dirigí mi atención al cielo, donde los dragones casi habían sobrevolado todo el valle. Pero solo habíamos recorrido la mitad del camino.

—*¡Necesitamos más tiempo!* —le dije a Jarok mientras observaba cómo los siete dragones volvían a sobrevolar el asentamiento. Incluso el dragón de Julze se unió a ellos.

—¡No disparen todavía! ¡Solo cuando ataquen o quieran aterrizar! —oí gritar a uno de los guardias y sentí un gran alivio. No quería ponerlos en peligro.

Seguimos avanzando de sombra en sombra, hasta que finalmente llegamos a la casa de baños. Sin aliento, empujamos la puerta que daba al interior y, sin obstáculos, cedió ante nuestra fuerza.

La oscuridad nos esperaba tras la entrada cuando nos dejamos caer al suelo, agotadas.

—*¡Gracias, Jarok!* —le envié a mi dragón a través de la conexión.

—*Hagan lo que hagan, tengan cuidado y llámanos si necesitas nuestra ayuda* —me advirtió.

—*Lo haré* —prometí y volví a dirigirme a Fely.

—Tenemos que darnos prisa —le susurré.

Ella asintió y me ayudó a levantarme.

¿Podíamos arriesgarnos a encender una pequeña luz? ¿Y si se veía por debajo de la puerta?

—Será mejor que encendamos una luz dentro de la cueva —sugerí, y avancé a tientas por la pared hasta la puerta opuesta, que daba directo a las aguas termales. Fely estaba detrás de mí cuando nos asomamos y nos recibió la luz. Las mismas antorchas que habían ardido durante nuestro baño al mediodía seguían encendidas y bañaban la cueva con un cálido resplandor.

Sin embargo, el vapor que se elevaba de los baños impedía ver toda la cueva con claridad.

—¿Puedes ver si hay algún pasadizo que conduzca más adentro de la montaña? —preguntó la vile, dando unos pasos hacia el centro.

—No. Tendremos que buscar.

Mi amiga me miró de forma ostensible mientras sacaba una daga y agarraba el mango con fuerza. Tenía razón. No sabíamos lo que nos esperaría allí por la noche. Tenía que haber una razón por la que la cueva no era accesible a esas horas. Pero entonces, ¿por qué no cerraron la puerta con trancas?

Yo también saqué mi daga. Luego le hice un gesto con la cabeza. Ella iría por la derecha, a lo largo de la pared de la cueva, y yo por la izquierda.

Con cuidado, di un paso tras otro. Mis suelas apenas se oían y, sin embargo, temía que nos descubrieran solo por los latidos fuertes y demasiado rápidos de mi corazón.

Desde que desperté del sueño, tenía el pulso acelerado. Sin embargo, no sentía un miedo especial. Era extraño.

No dejaba de mirar a mi alrededor mientras palpaba las paredes con mi mano libre, buscando un nicho o un pequeño pasadizo.

—Jadina, cuando sobrevolé la casa de baños de regreso, percibí varios latidos en su interior. Tengan cuidado. No están solas —oí de pronto la advertencia de Jarok en mi cabeza.

—Llegas un poco tarde —gruñí.

—Más vale tarde que nunca —dijo el dragón con una de las frases sabias que más odiaba.

En ese mismo instante, las antorchas se apagaron una tras otra. Observé el espectáculo con los ojos muy abiertos e instintivamente di unos pasos atrás. Nos habían descubierto. Quería llamar a Fely, pero entonces sabrían dónde estábamos. Así que intenté permanecer en silencio.

En ese momento, se apagó la última antorcha y sentí el frío acero contra mi garganta.

CAPÍTULO 20



Demasiado tarde descubrimos
que compartíamos nuestro escondite con otro ser.
¿Maldición o bendición? No lo sabemos.

De los honores de una de las familias fundadoras de los rebeldes

Jadina

Con la respiración contenida, miré fijamente a la oscuridad y sentí cómo el dueño de la espada se colocaba justo detrás de mí. Un escalofrío recorrió mi espalda y mis pensamientos se agitaron en mi interior. ¿Qué debía hacer?

—¿A quién tenemos aquí? —oí la voz arrogante de Jako en mi oído—. *La reina* Jadina.

Un gruñido escapó de mi garganta al oír sus palabras, pero no dije nada. No tenía sentido intentar explicarme. ¿Qué iba a decirle? ¿Que de repente tuve la necesidad de darme un baño a medianoche?

—¿Tienes algún problema con las reglas? —siseó—. Porque yo tengo un problema con cualquiera que no respete las nuestras.

De repente, oí un susurro detrás de mí y, al instante siguiente, la espada desapareció de mi garganta.

—Y yo tengo un problema con los tipos arrogantes que no te creen cuando les dices que sabes manejar un puto arco y las flechas —oí la voz de Nayda y, en un abrir y cerrar de ojos, todas las antorchas volvieron a encenderse.

Confundida, me froté la garganta —estaba ilesa—, mientras me daba la vuelta. Nayda, que tenía a un Jako furioso en una llave de cabeza, me hizo reír con su sonrisa triunfante.

—¡Ja! ¿Qué haces aquí?

—No estoy sola. —Señaló con la barbilla hacia la derecha.

Miré al otro lado de la cueva, donde estaba Fely y a su lado descubrí Flavia, con el fuego que acababa de encender bailando en las yemas de sus dedos. A sus pies yacía el cuerpo de un hombre desconocido. Uno de los hombres de Jako.

—Pero lo más importante es preguntarse qué demonios están haciendo aquí —inquirió Nayda, mirándome con tanta ira en los ojos que me alegré de no ser su enemiga.

—¿Solo queríamos echar un vistazo?

Los ojos de la jinete se entrecerraron aún más.

—Bien —suspiré, rindiéndome. No se le podía ocultar nada—. Estamos aquí porque sospechamos que hay algo que quieren escondernos de esta montaña.

—¿Algo como una de las rosas malditas? —preguntó con una sonrisa—. Por eso estamos aquí.

—¿Y no nos lo dijiste para que las acompañáramos? —respondí indignada, poniendo los puños en mis caderas.

La sonrisa mi amiga desapareció y frunció el ceño enfadada.

—Quise hacerlo, pero resultó que cuando llegamos a la maldita cabaña, ya no había nadie ahí dentro.

—Oh. —Contrita, bajé los brazos. No podía mirar a mi amiga a la cara después de sus palabras. Seguramente estaba decepcionada y enfadada. Muy enfadada.

—Sí. «Oh».

Ahora fue ella quien suspiró.

—Por suerte, llegamos a tiempo, antes de que este imbécil «soy el mejor en el arco y las flechas» pudiera hacer alguna tontería. —Le dedicó una sonrisa diabólica a Jako.

Este intentó liberarse de su abrazo, pero eso solo limitó aún más su movilidad.

—No tienen ni idea de lo que están haciendo —graznó, luchando por respirar entre jadeos.

—Por eso te llevaremos con nosotras —respondió Nayda con la misma sonrisa dulce que le había dedicado tras su triunfo en la arena. Sus ojos se agrandaron y vi en ellos algo parecido al miedo. La niebla naranja rojiza sobre su cabeza confirmó mi sospecha.

—¿Qué encontraremos exactamente en la cueva? Dínoslo —insistí, pero su boca se curvó en una fina línea. Guardó silencio.

—Bueno, si no quiere hablar, que vaya delante. —Mientras Nayda lo seguía sujetando con una mano, con la otra le quitó todas las armas, que cayeron al suelo con un ruido metálico—. Recógelas, Jadina, y repártelas entre las cuatro —me ordenó, y yo me agaché para recoger las dagas, espadas, cuchillos, flechas y el arco. Luego le puse una espada en la mano libre y le metí una de las dagas en el cinturón de armas. La que tenía el emblema del rey de los jinetes de dragones. Yo me quedé con dos cuchillos y el arco y las flechas, y luego corrí al otro lado de la cueva para entregarle las armas restantes, cuatro en total, a Flavia y Fely.

Fely me abrazó por un momento antes de dejarme volver con Nayda, que entretanto había liberado a Jako del llaveo, pero le había clavado la punta de una espada entre los omóplatos. Tenía las manos atadas a la espalda.

—Camina, maldita sea —le espetó ella, y él se puso en marcha a regañadientes. Echó un breve vistazo a su compañero, que seguía inconsciente en el suelo—. Él se queda aquí —le informó Nayda, y por un instante me pareció ver alivio en su rostro.

—¿Qué nos espera? —volví a preguntar, y me sorprendió que esta vez me mirara.

—Nos espera la muerte —gruñó.

—Vaya, qué melodramáticos estamos hoy —bromeó Nayda—. ¿Venganza por mi éxito de la tarde?

El cazador no respondió.

Corrí detrás de ellos y volví a concentrarme en las paredes de la cueva. Buscaba un pasadizo. Palpé con las manos la piedra húmeda y sorprendentemente cálida.

—¡Aquí hay algo! —oí gritar de repente a Flavia—. Una grieta en la roca y detrás parece haber un túnel —Inmediatamente corrimos hacia el lugar que había encontrado.

—¡Mierda! —maldijo Jako y se volvió hacia mí—. No entremos ahí.

—¿Por qué? ¿Qué vamos a encontrar? —volví a preguntar y vi cómo se retorcía por dentro—. Entraremos de todas formas. Así podrás decirnos mejor contra qué tenemos que luchar. Quizás esa información también te salve la vida. —Lo miré desafiante—. Habla.

Se había acabado el tiempo de las cortesías. Él sabía algo y esa información podía salvarnos la vida.

—Yo… —tragó saliva—. No sé qué es —murmuró con la mandíbula apretada—. Solo sé que todos los que se bañaban aquí por la noche desaparecían a la mañana siguiente. Perdimos a varias mujeres y hombres hasta que nos atrevimos a entrar en los túneles durante el día. Pero lo único que encontramos fueron huesos roídos. Desde entonces, la casa de baños permanece cerrada por la noche.

Su confesión me provocó un escalofrío en todo el cuerpo.

—¿Durante el día, lo que habita allí dentro no está activo? —pregunté, y él asintió. Contemplé pensativa la abertura en la roca, solo para luego dirigirme a mis amigas—. Cada una decide por sí sola si quiere venir de todos modos. Si quiere poner su vida en peligro. No culparé a ninguna si deciden regresar a su cabaña.

Yo saqué mis cuchillos y me deslicé por la grieta hacia el túnel. Un segundo después, Fely, Flavia y, por último, Nayda me siguieron, también con las armas en alto. Me sentí aliviada al ver que estaba sola. Al parecer, dejó que Jako decidiera si quería unirse a nosotras o no. Pero poco después, él también entró en el túnel. Sus manos seguían atadas.

Nayda lo miró sorprendida.

—¿Qué haces aquí? Te dejé ir.

—No voy a quedarme de brazos cruzados viendo cómo corren hacia su perdición. Eso me convertiría en un asesino y en un mal líder. Así que voy con ustedes.

Le mostró sus ataduras. Una invitación silenciosa a que confiara en él. Una tregua entre los dos rivales.

Nayda puso los ojos en blanco, molesta, pero luego cortó la cuerda con la daga que luego le tendió. La daga con el emblema del jinete dragón.

—No me hagas arrepentirme —siseó antes de soltar el acero y dejar que se deslizara en su mano. Sin mirarlo una vez más, se dio la vuelta y corrió hacia el túnel. Jako la siguió, mirando constantemente a ambos lados. Estaba nervioso, lo que me inquietaba aún más.

Aun así, teníamos que enfrentarnos a ello, porque de alguna manera no podía quitarme de la cabeza la sensación de que en el sistema de túneles había algo más que la muerte.

Cuanto más nos alejábamos de la grieta en la roca, más oscuro se hacía, hasta que Fely y yo encendimos cada una, una luz para no tener que andar a tientas en la oscuridad total. Al fin y al cabo, quería poder mirar a la muerte a los ojos y no que me saltara desde la oscuridad.

Los túneles eran lo bastante altos como para que pudiéramos estar de pie y más amplios que los de Ascradia.

Por los dioses, que no nos volvamos a encontrar con una araña. El encuentro con una de su especie fue más que suficiente. ¿Se habría quedado enterrada bajo los escombros de la cueva? Sentí compasión por ella. Al igual que todos nosotros tras la maldición, solo había intentado sobrevivir.

Aparté esos recuerdos de mi mente y volví a concentrarme en mi entorno.

En silencio, seguimos adentrándonos en el sistema de túneles. Dejamos atrás una bifurcación tras otra, hasta que la angustiosa sensación de estar vagando por una red de túneles se hizo cada vez más presente y aterradora en mi mente. Una vez más, el pensamiento de Arachna se impuso en mi mente. Esos túneles eran como una telaraña. ¿Qué encontraríamos en su centro?

Aunque las temperaturas se enfriaban a medida que nos alejábamos de las aguas termales de los baños, tenía las palmas de las manos tan sudorosas que tenía que coger dos cuchillos con una mano para secarme la otra en los pantalones.

Los demás también estaban nerviosos. La determinación verde azulada que al principio rodeaba sobre todo a mis amigas dio paso a un miedo naranja rojizo. Todos sentíamos que Jako tenía toda la razón en lo que nos contó. Aquí acechaba la muerte.

Una y otra vez pisábamos huesos que claramente no eran solo de animales, y cuanto más avanzábamos, más numerosos eran los restos óseos. Un silencio sepulcral nos rodeaba y nuestros pasos parecían hacerse cada vez más fuertes. Resonaban en mis oídos como golpes de tambor o como un reloj de pie que anunciaba con su péndulo las últimas campanadas antes de la medianoche.

En el siguiente cruce, Jako se detuvo de golpe y nos indicó que guardáramos silencio. Luego se asomó a la esquina, solo para desaparecer de nuestra vista al momento siguiente. Nayda gruñó y, como no podía ser de otra manera, lo siguió sin dudar en la oscuridad.

Fely, Flavia y yo nos miramos desconcertadas. ¿Debíamos esperar allí? ¿O seguirlo también?

Flavia sonrió, pasó corriendo a mi lado y nos ahorró a las tres la decisión. En silencio, también nos asomamos a la esquina del cruce y me quedé paralizada al ver lo que se extendía ante nosotros.

Estábamos en una meseta desde la que un camino descendía en espiral a lo largo de un pozo circular. Sobre nosotros se había excavado un agujero circular en la roca, a través del cual podíamos ver las estrellas y la luna, que iluminaba por completo el cráter que teníamos debajo.

Pero lo más aterrador era lo que se encontraba en el fondo, brillando como marfil a la luz de la luna.

Una enorme montaña de huesos blancos roídos de diferentes formas y tamaños, que se elevaba tanto que se necesitarían dos dragones para reproducir su tamaño. Y en su cima reinaba una flor. Una rosa azul cuyo delicado brillo hacía que los pétalos parecieran un cielo estrellado.

CAPÍTULO 21



Nuestros hijos son educados sabiendo
que algún día tendrán que ir a la guerra por su país.
Nuestras vidas se han salvado
para que podamos usarlas para liberar nuestro país.

Extracto de los estatutos de la colonia rebelde del lago

Jadina

La rosa —susurré, y sentí cómo Nayda me agarraba de la manga. Solo entonces me di cuenta de que, sin darme cuenta, ya había bajado por el camino hacia la tumba.

Porque eso era. Una tumba. Los huesos brillaban de manera macabra compitiendo con los pétalos, pero ambos ocultaban un cruel secreto tras esa apariencia. La muerte y una maldición.

Tragué saliva y me volví agradecida hacia mi amiga, que me miró con insistencia y me llevó de vuelta a la meseta.

—Tenemos que tener mucho cuidado —susurró—. Ese maldito monstruo no estará lejos de su nido.

Como atraída por un imán, volví a mirar hacia la enorme montaña de huesos y entonces me di cuenta de que, en su cima,

alrededor de la rosa, se había formado un lugar para dormir. Un nido para un ser enorme. Un ser mortal, como atestiguaba el número de esqueletos.

—Volvamos mientras aún podamos —gruñó Jako y se dispuso a empujarnos de nuevo hacia el túnel.

—No lo haremos. Ni hablar —siseó Nayda, plantándose frente a él. Su mirada era un destello furioso—. Vete, si eres tan cobarde. Pero nosotras iremos a buscar la rosa.

Los ojos del cazador se agrandaron y, con la boca abierta, miró fijamente la flor en la tumba. Sabía lo que estaba pasando por su cabeza. Lo mismo que estaba pasando por la mía: miedo. Confusión. Ira. Determinación.

Aunque Nayda parecía haberse formado una opinión sobre Jako que no le favorecía, él no era en absoluto un «maldito cobarde».

Se volvió hacia mí sin reaccionar a las palabras de la jinete.

—¿Es esa *la* rosa?

—Sí —respondí lacónica, sosteniendo su mirada. Él cerró los párpados por un momento y se presionó el puente de la nariz con el índice y el pulgar.

—¿Estás segura?

—Totalmente.

Suspiró y volvió a mirar hacia abajo, al enorme montón de cadáveres que había dejado el monstruo.

—Iré —dijo de repente—. Solo.

—No voy a permitir que te lleves el mérito de esta misión —dijo Nayda indignada y, decidida, empujó a Jako para llegar al lugar donde se bajaba al foso. Pero el cazador la tiró hacia atrás por la correa de su arma.

—Te quedarás aquí —gruñó, empujándola detrás de él—. Arriesgar *una* vida ya es demasiado. Pero la mía es la más prescindible. —Su mirada pasó de Nayda a mí, de ahí a Fely y luego a Flavia. ¿Cómo se le ocurrió que nuestras vidas eran más valiosas? ¿Tenía tan mala opinión de su propio papel en este asunto? Era el líder de los rebeldes. El que entrenaba a todos los demás.

—Seguro que no nos vas a decir lo que tenemos que hacer —protestó Nayda de nuevo e intentó volver a pasar por delante de él

—. No pertenecemos a tus rebeldes, así que no tienes nada que ordenarnos. ¿Y qué es esa maldita tontería de que tú eres el más prescindible? —Resopló con desdén.

—Iremos todos —intervino Flavia en el momento en que el cazador iba a lanzar un contraataque verbal. Su voz reflejaba sus años de experiencia como líder de escuadrón e incluso hizo que Jako no volviera a protestar contra la objeción de Nayda.

Esta lo miró triunfante y le dio una palmadita en la mejilla al pasar.

—Puedes formar la retaguardia. Detrás de las *mujeres indispensables*.

Al tocarlo, él se tensó por un momento, solo para entrar justo detrás de ella por el camino descendente que llevaba al nido de la criatura. Como la sombra que había sido desde que entramos en los túneles.

Fely se detuvo a mi lado y se inclinó hacia mí.

—¿Qué te dije? Atracción. —Se rio entre dientes y luego se unió a los demás. Llevaba las alas pegadas a la espalda.

Flavia me puso una mano en la espalda.

—Ven. Yo iré detrás. —Me guio detrás de Fely y sus palabras no hicieron más que reforzar la inquietante sensación que tenía en lo más profundo de mi estómago.

—¿Sabes de qué bestia se trata? —le pregunté en voz baja.

—Tengo una sospecha —admitió, mirando a su alrededor con inquietud—. Recemos a los dioses para que esté equivocada.

No dijo nada más, solo me empujó para que siguiera adelante. Esta vez cedí y, como los demás delante de mí, me pegué con la espalda a la pared. Nos deslizamos de lado, con las armas en ristre, por el sinuoso camino. Como una espiral hacia el infierno.

Concentrada, intenté tenerlo todo a la vista. Toda la cueva. Delante, detrás, debajo y encima de nosotros. Pero seguía reinando un silencio sepulcral que hacía que mi corazón se acelerara. Que hacía que cada uno de mis pasos sonara demasiado fuerte.

De repente, un movimiento en mi cuello me distrajo y, al instante siguiente, asomó la cabecita de Limycu. Había olvidado que se escondió en mi ropa.

Un poco somnoliento, me guiñó un ojo.

—Hola, pequeño —le susurré sin dejar de mirarlo. Mi atención se centró en mi entorno—. No deberías estar aquí. Escóndete. Este no es un lugar para un bebé. Ni siquiera para un bebé fénix.

Sentí cómo Limycu seguía saliendo de mi cuello y luego se quedaba inmóvil. Un breve gemido salió de su garganta antes de callarse, lo que me hizo mirarlo. Ese sonido me llegó al alma.

Se quedó inmóvil en mi hombro, con la mirada fija en el montón de huesos que había debajo de nosotros y sus pequeños ojos redondos estaban muy abiertos. ¿Sabía quién era el dueño de ese macabro nido?

—¿Limycu?

De repente, saltó de una pata a otra, aleteó y volvió a emitir ese suave gemido que sonaba como un golpe mortal.

Donde antes había estado paralizado, ahora se apoderó de él una inquietud que quería apoderarse de mí. Su comportamiento me asustaba.

—Limycu. Por favor. Deja de hacer eso —le supliqué.

—¿Qué le pasa? —quiso saber Flavia, que estaba a mi lado, y se acercó más a nosotros.

—No lo sé. Se comporta así desde que miró hacia abajo.

Flavia miró al pequeño fénix y pude ver cómo se daba cuenta de algo. El miedo se apoderó de sus ojos. Miedo puro y absoluto.

—¿Qué crees que hay aquí, en los túneles? ¿De qué monstruo hablabas? —le pregunté de nuevo, pero esta vez con más insistencia. Esa mujer era fuerte y no conocía el miedo. Entonces, ¿qué era lo que podía asustarla tanto? Ella sabía algo. Al igual que Limycu, que aún no se calmaba.

La comandante tragó saliva y pude ver cómo se ponía cada vez más pálida mientras miraba a Limycu y luego a mí. Por un momento pensé en usar mi don de la visión para averiguar qué nos esperaba allí abajo, pero no tenía tiempo para ello.

—Creo que es un…

Un estruendo la interrumpió. Nuestras cabezas se giraron en una y otra dirección mientras nos apretábamos aún más contra las paredes exteriores. La tierra temblaba bajo nuestros pies y yo no

sabía si me tambaleaba por el terremoto o por el miedo que Flavia y Limycu me transmitían.

—¿Qué es eso? —gritó Fely a mi izquierda—. ¿Un terremoto?

—Creo que… —Tragué saliva y respiré hondo. Mi voz apenas se oía por encima del ruido—. Creo que no es un terremoto.

Fely me miró entrecerrando los ojos, pero enseguida centró su atención en el fénix.

—¿Qué le pasa? —preguntó preocupada, guardó su arma y ya se disponía a cogerlo.

—Él sabe qué monstruo es.

No necesité decir nada más y Fely también palideció. Su mano flotó en el aire por un momento antes de bajarla. Aún pegada a la pared a su espalda, su mirada se deslizó hacia la tumba. La seguí y vi que la montaña de huesos resistía a pesar de la sacudida que pronto me haría caer de rodillas.

Fely volvió a sacar su arma y la sujetó con ambas manos.

Silencio.

Tan repentinamente como habían llegado, los fuertes estruendos y temblores desaparecieron. Lo único que se oía era nuestra respiración, demasiado fuerte y rápida.

—Sea lo que sea, seguro que no ha sido un terremoto —susurró Jako.

—No, tampoco fue eso —confirmó Flavia sin tono. No miró a ninguno de nosotros, sino que se quedó mirando atónita el nido.

—¿Entonces qué fue, Flavia? —quiso saber Nayda, pero la jinete de dragón no le respondió. En lugar de eso, cerró los ojos por un momento y levantó el rostro hacia la luna. Sus labios formaron palabras mudas.

¿Estaba rezando?

—¡Maldita sea, Flavia! —siseó Nayda—. ¿Qué es?

A regañadientes, Flavia abrió los ojos y miró a Nayda. Todo el brillo había desaparecido de ellos. No se percibía ninguna emoción. Ni miedo ni esperanza. Estaban vacíos. ¿Había puesto fin a su vida con la oración? ¿Había aceptado un destino que parecía esperarnos a todos?

—Es una muerte segura —dijo, y cada una de sus palabras era como un veneno paralizante en mi sangre—. Un *wyrm*.

El mundo se congeló por un instante. El tiempo se detuvo.

Un wyrm.

Todo lo que había leído sobre esos monstruos revoloteó en mi cabeza.

—Y sabe que estamos aquí —susurró la comandante.

El horror, no, la mismísima Parca, me recorrió la espalda con sus garras voraces.

Flavia tenía razón. Era nuestra muerte segura.

En ese mismo instante, la pared justo encima de nosotros explotó. Las piedras volaron en todas direcciones, golpeando la roca con estruendo, como cañonazos.

Lo único que pude distinguir a través del polvo que se levantó fue una boca rojo sangre de la que goteaba saliva y tres ojos color rubí que nos miraron con fijeza.

¡Un wyrm!

CAPÍTULO 22



Muchos monstruos forman parte de nuestro mundo.
Tienen su propio hábitat,
y no dudarán en defenderlo hasta la muerte.

Extracto de la antología
Las criaturas mágicas de Brysalia, de Horacio

Jadina

¡Al suelo! —gritó Flavia, tirando de mí con ella—. ¡Cuidado con sus púas! Y no utilicen magia. Rebotará en su caparazón y nos puede alcanzar.

Caí de bruces con un golpe y dejando caer mis cuchillos, me presioné las manos contra la nuca. Sentí a Limycu en la curva de mi cuello. Temblaba como una hoja.

Cada vez caían más rocas desde arriba y el temblor de la tierra era tan fuerte que, incluso tumbada, me costaba seguir protegiéndome contra la pared.

Algunas piedras más pequeñas me golpearon en la espalda y las piernas y para poder esquivar las más grandes, giré la cabeza y miré hacia arriba entre mis dedos.

Justo encima de nosotros se abría ahora un agujero gigantesco, del que emergía un cuerpo tan grande y largo que me pareció infinito.

Tan redondo, liso y alto como los túneles que, ahora sabía, él mismo construyó. Era su red de túneles la que nos llevó directo a su nido. Directo a su trampa.

¿Cuánto tiempo llevaba el wyrm sabiendo de nuestra presencia?

—¡Síganme! —gritó Flavia por encima del ruido y, cuando levanté la cabeza, la vi arrastrándose por el camino de vuelta, hacia la meseta. La seguí sin dudarlo y sentí a Fely, Nayda y Jako justo detrás de mí. Teníamos que salir de allí.

¿Pero y la rosa? No, primero teníamos que ponernos a salvo y trazar un plan para conseguirla. Mi mirada se posó en la flor azul en lo alto de la enorme montaña de huesos, cuando de repente vi tres cabezas que se precipitaban hacia nosotros.

¡Por los dioses! ¿El wyrm tenía tres cabezas?

La boca de la cabeza central de la criatura se abrió y dejó al descubierto varias hileras de dientes afilados y puntiagudos, mientras sus ojos me miraban con hambre.

Su cuerpo rojo sangre se movía más rápido de lo que cabría esperar por su tamaño a la vez que se deslizaba hacia nosotros, acercando su boca abierta de forma amenazadora.

—¡Corran! —gritó Nayda en un chillido detrás de mí. Flavia, que estaba adelante, se puso en pie de un salto, arrastrándome con ella, y con los otros tres pisándonos los talones, echamos a correr.

Pero no lo bastante rápido. Por el rabillo del ojo vi cómo una de las cabezas volaba hacia mí. La baba me salpicó la cara cuando el wyrm lanzó un grito desgarrador.

El dolor se apoderó de todo mi cuerpo como un rayo y me paralizó. Incapaz de escapar, me desplomé en el suelo y me tapé los oídos con las manos.

Pero el sonido penetrante de la bestia era imposible de ignorar. Como un eco infinito, vibraba en mis entrañas y me calaba hasta lo más profundo. Sentí cómo la sangre caliente goteó por mis orejas y la nariz y mis ojos se revolvían en sus órbitas. Ese monstruo sería nuestra muerte.

En un intento por protegerme de lo que pudiera venir, me hice lo más pequeño posible y apreté mi cuerpo contra la pared de piedra detrás de mí.

Ya no podía percibir lo que hacían los demás, ni si les estaba sucediendo lo mismo que a mí. El dolor se superponía a cualquier sentido de mi cuerpo que hubiera sido capaz de hacerlo.

De repente, el grito se apagó y el dolor desapareció. Todavía acurrucada en posición fetal, yací en el suelo y solo oía un gemido que no sabía si venía de mí o de alguno de mis otros compañeros. Respiraba con dificultad y mi pulso se aceleraba y seguía sangrando por los oídos y la nariz.

Poco a poco fui tomando conciencia de lo que había ocurrido y mis sentidos se aclararon de nuevo.

¿Dónde está?

Abrí los ojos con pánico, pero ya era demasiado tarde. Los dientes afilados y largos como brazos y la infinita garganta del monstruo se abalanzaron de nuevo sobre mí. Esta vez tan rápido que no pude reaccionar.

Con la respiración contenida, miré paralizada la boca que se acercaba, solo para cerrar los párpados en el último momento y apretarme con más fuerza contra la roca que tenía a mi espalda.

Este era mi fin. Solo quedaría como un montón de huesos roídos entre muchos otros en el nido de esta maldita criatura. Para esta bestia, daba igual si era una pobre chica del desierto o una reina, sin magia o con talento mágico.

Con otra sacudida, los dientes golpearon la roca sobre y delante de mí, donde terminaba el saliente. La saliva babosa caía en enormes gotas junto con los escombros sobre mi cuerpo. Entonces, la oscuridad me envolvió y sentí que perdía la seguridad de la pared a mi espalda.

Gritando, resbalé y, al palpar el borde del camino, me aferré a él. De un tirón, todo mi cuerpo fue arrastrado hacia abajo por la gravedad, pero no lo solté.

Los bordes afilados de la roca me cortaron las manos, pero seguí agarrándome.

En ese momento, volvió a iluminarse todo a mi alrededor y sentí cómo el wyrm se alejaba.

¡Mierda! Colgada sobre el precipicio, era una presa aún más fácil para él. Necesitaba ayuda. Sola no podría levantarme y mis fuerzas en las manos y los brazos disminuían más rápido de lo que me hubiera gustado.

De repente, la cara de Flavia apareció por encima del borde. Me agarró las muñecas y empezó a tirar.

—Rápido, va a volver —me apremió, y yo apoyé los pies contra la pared para trepar con su ayuda.

—*¡Jarok!* —grité en mi mente. Si mis ojos no me engañaban, el agujero en el techo era lo bastante grande para que cupiera un dragón.

—*¡Ya voy! ¿Dónde están?*

Un nuevo y estridente grito del wyrm cortó como un cuchillo la conexión con mi dragón. El dolor me inundó y el deseo por taparme los oídos también se hizo más fuerte, pero no podía soltar el borde del camino. Con los dientes apretados y los párpados cerrados, intenté concentrar toda mi atención en mis manos.

A pesar del dolor, sentí que Flavia seguía agarrándome. Con menos fuerza que antes, pero tampoco sin soltarme. Sin embargo, mis manos seguían resbalando. No tardaría mucho en caer.

En ese momento, el grito del monstruo se desvaneció y un escalofrío me recorrió la espalda junto con un sudor frío. Al grito le siguió el ataque con la boca y los dientes.

—¡Limycu! ¡Ayúdame! —susurré con una esperanza que descansaba en lo más profundo de mi ser.

Antes incluso de haberme recuperado del grito, olí el aliento fétido del wyrm y sentí cómo se acercaba. No necesitaba darme la vuelta para saber lo que se me venía encima. La boca abierta, con muchas hileras de dientes afilados, baba y una garganta negra que conducía al cuerpo infinitamente largo de la bestia.

Por encima de mí, Flavia salió de su parálisis. Con los ojos muy abiertos y miró lo que se acercaba. Luego me miró y comenzó a tirar de mis brazos con más fuerza. Fely también apareció en el borde y tomó una de mis muñecas. Juntas tal vez pudieran lograrlo.

Me salvarán.

En el momento en que ese pensamiento cruzó por mi cabeza, una cruel oscuridad se apoderó de mí. Temblando, los dientes del monstruo golpearon la piedra y sacudieron el camino por el que Flavia y Fely seguían tumbadas, tirando de mis brazos.

Si no se ponían a salvo ahora, morirían conmigo. No podía permitirlo.

Miré hacia arriba con determinación. Una expresión de terror, ¿o era de comprensión?, se dibujó en el rostro de Flavia.

—No, no lo hagas —gruñó entre dientes apretados y me agarró la muñeca con más fuerza. Pero sería egoísta de mi parte dejar que sacrificaran sus vidas por mí.

Así que la solté. Desprendí mis dedos crispados del borde.

—¡No! —gritó Fely, y pude ver cómo le temblaban los labios y las lágrimas le caían por el brazo.

Con un movimiento rápido, giré mis muñecas hacia fuera para que las dos no pudieran seguir agarrándolas.

Entonces me precipité.

Mis pensamientos se dirigieron hacia Kayden y, por última vez, le envié todo mi amor a través del vínculo de nuestras almas. A mi izquierda y a mi derecha aparecieron dientes y supe que ya no tardaría mucho. Así que cerré los ojos y seguí cayendo. Directo a las fauces de la criatura, a la muerte.

Pero, en lugar de la oscuridad esperada, de repente me envolvió un resplandor deslumbrante. Una luz tan intensa que me quemó los ojos a través de los párpados cerrados.

Con un fuerte tirón, mi caída se amortiguó y unas enormes garras me sujetaron por los brazos. Entonces me levantaron.

Sorprendida, abrí los párpados y un sollozo brotó de mi garganta cuando vi que estaba colgado de las garras del fénix. *Limycu*.

Su plumaje ardiente se reflejaba en las paredes y un rugido furioso del wyrm, al que acababan de arrebatar su presa, sacudió todo el nido. Era diferente a un grito justo antes de un ataque.

Poco después, mi salvador me soltó y aterricé justo entre Flavia y Fely, que me agarraron y evitaron que volviera a caer al abismo.

Limycu, sin embargo, siguió volando, directo hacia el monstruo, atacándolo y arremetiendo contra él gracias a sus garras extendidas y sus enormes alas encendidas.

—¡Limycu! —grité asustada y quise ir hacia él. Pero Nayda me detuvo.

—Ya no es un bebé. Déjalo ir.

Tenía razón. Estaba lejos de ser indefenso. Voló hacia la cabeza central del wyrm y, tan rápido que apenas pude comprenderlo, hundió sus garras en uno de sus ojos y lo arrancó. La bestia se retorció gritando de dolor.

—Vamos, corramos de vuelta a la meseta mientras el monstruo está distraído —oí gritar a Jako detrás de mí, que nos empujaba cuesta arriba. Tenía razón. Limycu nos estaba dando la oportunidad de escapar.

Me temblaban las piernas por el esfuerzo, pero seguí a los demás por el sinuoso sendero de vuelta a la meseta, que conducía de nuevo a los túneles.

Mis músculos protestaban por la subida y al poco tiempo jadeaba tratando de recuperar el aliento. Pero me obligué a seguir corriendo. Había escapado de la muerte. No le daría otra oportunidad tan pronto para que me llevara con ella.

—*¡Jadina!* —resonó una voz familiar en mi mente.

—*¡Jarok! ¡Estamos en el cráter gigante de la montaña!* —respondí.

—*¡Lo sé! Estaremos con ustedes en cualquier momento.*

En ese mismo instante, una sombra gigantesca oscureció la luna sobre el agujero del nido y solo las llamas de Limycu iluminaron nuestro camino.

—¡Vienen los dragones! —grité a los demás, pero Nayda ya se había detenido y dirigía su atención hacia el cielo.

En ese momento llegué a la meseta. Miré con incertidumbre el oscuro túnel que, de alguna manera, nos llevaría de vuelta a los baños. En esa red de pasillos, al wyrm le resultaría muy fácil alcanzarnos.

—Saldremos volando con los dragones —anuncié con determinación. Jako, junto a Nayda, palideció al oír mis palabras y vi

en sus ojos el impulso de rebelarse contra esta propuesta. Su mirada se movió frenética del agujero negro que teníamos delante a la enorme sombra del dragón que volaba en círculos sobre la abertura. Tragó saliva y se pasó las manos temblorosas por el cabello.

—No temas, cazador *prescindible*, mi Molgar te llevará. Ya lo he hablado con él —dijo Nayda con una sonrisa descarada y, antes de que pudiera expresar mi sorpresa por la oferta de la amazona, un dragón rojo, más ágil de lo que cabría esperar por su tamaño, se deslizó en el nido de wyrm y se dirigió hacia mí. ¡Jarok!

—¡Súbete, Jadina! ¡Tenemos que salir de aquí!

Capítulo 23



Era inevitable repartir el poder
que mantiene la maldición de Eclaria.
De haberlo concentrado, no habría podido mantener a raya a toda la isla.
Tres rosas, distribuidas estratégicamente,
y protegidas por sus propias criaturas.

De los diarios de Attilus

Jadina

No me lo pensé ni dos veces. Di unos pasos hacia atrás para luego saltar con impulso sobre el ala extendida de mi dragón. Aterricé con un ligero rebote, todavía temblando. Desde allí me arrastré hasta la espalda, donde me sujeté a las correas. Solo entonces me permití respirar profundo.

Estábamos a salvo.

Por el rabillo del ojo vi cómo Nayda, maldiciendo, arrastraba a Jako, que tropezaba detrás de ella, también hasta el ala de su dragón. Elara se llevó a Fely, que ya no era capaz de volar por sí misma.

Jarok se dirigió a la salida que teníamos encima.

—¡Limycu! ¡Ven! —le grité al fénix, pero este no respondió y siguió atacando a la bestia. ¿Qué estaba haciendo? Estábamos a salvo. ¿Por qué lo empujaba cada vez más hacia un túnel que conducía al fondo del nido?

Entonces mi mirada se posó en algo azul. ¡La rosa!

¿Podría ser que no solo nos estuviera dando tiempo para escapar, sino también para recoger la rosa?

Con sus alas ardientes, el fénix atacaba una y otra vez. Ya le había sacado varios ojos a las tres cabezas y el wyrm no dejaba de rugir. Pero cada vez que intentaba levantarse para atacar, una pared de fuego lo empujaba hacia atrás.

—¡Jarok! ¡Tenemos que llevarnos la rosa!

—Lo sé. Esta es la única oportunidad que tendremos. Por suerte Limycu está mostrando esa voracidad. Es un gran guerrero. —Una risa recorrió mis pensamientos—. *Si vuelo por encima, ¿podrás recogerla?*

—Intentémoslo —respondí, esperando que funcionara. Un instante después sentí mi magia bajo mi piel, ansiosa por formar parte de la batalla.

Lo siento, pero hoy no vamos a luchar, le hice saber, lo que provocó una tormenta de fuerzas en mis venas. *Pero nos encargaremos de la parte más importante*, intenté tranquilizarla. *Tomaremos la rosa.* Mi magia de luz retrocedió.

Ya en el lago, en la cueva, cuando tomamos la primera rosa, temió la maldición que pesaba sobre la hermosa flor.

Volverás a unirte a la magia rompecursas. Como la última vez. Entonces también funcionó.

Mi magia de luz dudó un instante; no obstante, un instante después volvió a desplegarse en todo su esplendor. El rompecursas zumbaba lleno de expectación.

—¡Estoy lista! —le hice saber a Jarok. Sin más preámbulos se lanzó hacia la rosa.

Adelante, animé a mi magia y sentí cómo se extendía con un cosquilleo por mi piel. Mi luz iluminó toda la cueva y las nubes de niebla púrpura bailaron impacientes alrededor de mis manos. *¡Ahora!*

La luz se disparó hacia delante, hacia la rosa, mientras el rompecursas se movía a su alrededor para protegerla.

Jarok sobrevoló justo sobre la cima de la montaña de huesos. Estábamos tan cerca.

Un rugido aterrador se elevó detrás de nosotros, seguido de un tremendo temblor que sacudió las paredes a nuestro alrededor.

Mi magia casi había llegado a la rosa cuando otro rugido y otro temblor resonaron en el nido.

Un crujido espantoso siguió al ruido y, de repente, rocas enormes comenzaron a llover.

—*¡Jarok!* —grité asustada e instintivamente retiré mi magia para crear un escudo de aire y luz sobre nosotros que detuviera los enormes pedazos de roca.

—*Jadina, Jarok, ¿están bien?* —oí la voz preocupada de Elara.

—*¡Estamos bien!* —le informé mientras miraba al cielo. Allí vi que los otros dragones ya flotaban sobre la salida de la cueva. Solo Limycu y nosotros seguíamos dentro del nido.

¡Limycu!

Miré hacia abajo y me invadió el alivio al descubrir que el fénix había empujado al wyrm de vuelta a su túnel y estaba defendiéndose de las piedras que caían con sus alas ardientes.

Aunque el monstruo estaba acorralado, pude ver que su mirada no estaba dirigida al fénix que lo atacaba, sino a nosotros. ¿Estaba defendiendo su tesoro?

Por fin, el temblor cesó, al igual que la lluvia de piedras.

Aun así, mantuve el escudo extendido. No quería correr ningún riesgo.

—*¿Qué hacemos? No puedo mantener el escudo y recoger la rosa al mismo tiempo* —me quejé, suspirando y mirando la flor azul que había debajo de nosotros.

—*¿Por qué piensas eso? La magia es infinita. No conoce límites. Eres tú quien establece y determina sus límites al no creer en ti y en ella* —respondió mi dragón.

Tragué saliva al oír sus palabras.

—*Cuando volamos sobre el asentamiento, creías que solo podías extender tu escudo sobre ti y mi cuello. Pero cuando nos vimos en*

peligro, lograste cubrirme por completo.

Lo que decía era cierto. Mi miedo por él y por sus hermosas alas avivó mi voluntad de conseguir más y eso funcionó.

—Debes creer en ti. La Gran Madre te concedió estos poderes extraordinarios para que logres cosas extraordinarias. Hay mucho más en ti de lo que te atreves a soñar.

¿De verdad sería capaz de mucho más de lo que creía?

Con cuidado, escuché mi interior y un ligero tirón de mi magia me hizo detenerme.

¿Tú también lo crees? ¿Podemos hacerlo?

De nuevo sentí un tirón que se asemejaba mucho a un sí. Mi resplandor se intensificó por un momento. Mi magia rompe maldiciones zumbó satisfecha.

¡Bien, entonces intentémoslo!

—Acércanos más a la rosa, Jarok —le pedí a mi dragón.

—¡Así se habla, chica!

Sin dudarlo, se dirigió a la cima de la montaña de huesos. Debajo de nosotros, el wyrm se volvió loco. Rugía y hacía temblar toda la cueva, golpeando con su enorme cuerpo contra las paredes del túnel una y otra vez. No tardó mucho en volver a caer rocas, que mi escudo mantuvo a raya.

Magia de la luz, ahora depende de ti. Suspiré y respiré hondo. Solo teníamos que creer en nosotros mismos. *¡Podemos hacerlo! ¡Todos juntos!*, animé no solo a mi magia, sino también a mí misma.

Mi resplandor se intensificó de nuevo, separando una parte del escudo y dirigiéndola hacia la rosa. El rompecursas no perdió tiempo y se envolvió alrededor del rayo de luz para protegerlo. Juntos se lanzaron hacia la rosa.

Cuanto más nos acercábamos, más rugía el wyrm debajo de nosotros. En realidad, el nido de este monstruo había sido el mejor lugar para esconder la flor maldita. Este monstruo la defendía hasta la muerte. Si seguía así, reduciría todo su nido a cenizas. Lo enterraría debajo.

Ya casi lo logramos. Mi magia no se dejó distraer por mis palabras y se deslizó imperturbable hacia el tallo de la flor. Poco después, se enrolló alrededor del tallo y, con un fuerte tirón, arrancó

la rosa de la montaña de la muerte. Un instante después la recuperé.

—¡Tenemos la rosa, Jarok! ¡Vámonos!

—¡Limycu! ¡Ven! —le grité al fénix, que esta vez sí respondió a mi llamada. Sin preocuparse más por el wyrm, se elevó y nos siguió.

Poco después, todos atravesamos el agujero del techo. Un estruendo y unos chillidos furiosos nos siguieron y, cuando miré hacia abajo, mis ojos se abrieron con horror. El wyrm nos seguía. Su cuerpo rojo sangre se impulsó hacia arriba hasta que también se catapultó fuera de la abertura de su nido. Las tres cabezas se acercaron a todos nosotros con las fauces abiertas.

—¡Rápido, Jarok! ¡Tenemos que volar más alto!

Limycu intentó distraer al wyrm con ataques precisos, pero la bestia nos tenía en el punto de mira. Le habíamos robado su tesoro.

Nos elevamos verticalmente hacia las nubes y con la mirada fija en las fauces que se acercaban, me incliné aún más sobre el cuello de Jarok. Con mi magia, mantuve la rosa pegada a mi cuerpo.

Mi corazón latía a toda velocidad y la asombrosa velocidad que mostraba esta enorme criatura me helaba la sangre. ¡Teníamos que ganar altura!

La cabeza del medio se acercaba cada vez más y su olor putrefacto me alcanzó: a muerte y a cadáveres en descomposición. En ese momento, el enorme cuerpo dio una sacudida y se abalanzó sobre nosotros.

¡No, no, no! ¡Eso no podía suceder! Sentí náuseas.

La cola de Jarok ya había desaparecido dentro de esa horrenda boca babosa y podía ver la garganta justo debajo de nosotros.

¡Mierda!

—¡Agárrate, Jadina! —oí decir a Jarok en mi cabeza por encima del rugido del monstruo. Hice lo que me dijo y agarré los cinturones con las palmas de las manos. Ya tenía en carne viva y gotas de sudor corrían por ellas y me quemaban hasta el fondo. Aun así, no podía soltarlas.

—Tenemos que ir más rápido —le insistí a mi dragón, aunque sabía que no podía aumentar la velocidad.

En ese momento, Jarok hizo algo que me dejó estupefacta. Se dejó caer. Directo en la boca del wyrm.

Y presa del pánico, grité. La caída fue tan brusca que creí que todo el contenido de mi estómago saldría disparado en cualquier momento. La gravedad me atrajo hacia abajo y, por un instante, perdí el conocimiento.

Entonces Jarok apoyó las patas traseras en uno de los dientes afilados de la parte delantera de la boca y se impulsó desde ahí. Más rápido que antes, como un rayo rojo, volvimos a dispararnos hacia arriba, mientras la boca del wyrm se cerraba detrás de nosotros acompañada de un gruñido.

El monstruo permaneció en el aire durante un breve instante, para luego desplomarse como una cuerda floja. Con otro rugido, se precipitó hacia la entrada de su nido, arrancando todo el techo al impactar contra el suelo.

Los pedazos de roca cayeron sobre él hasta que quedó completamente enterrado.

Temblando, me pasé la mano por el cabello, que todavía tenía pegada la baba.

—*¿Estamos vivos?* —pregunté insegura, sin poder reprimir un resoplido de incredulidad.

—*¿Todavía lo dudas?* —Pude oír la sonrisa en las palabras de mi dragón—. *Yo no. No solo conseguimos la rosa, sino que también acabamos con esa horrenda criatura. Ya no detecto ningún latido debajo de los escombros.*

Exhalando, me incliné sobre su cuello y le acaricié las escamas con la mano.

Jarok ronroneó ligeramente bajo mi caricia mientras se unía a los otros dragones y a Limycu para volar hacia el asentamiento.

—*Gracias, Jarok. ¿Qué sería de mí sin ti?*

—*Ya no estás sola. Todos quieren ayudarte y estar ahí para ti. Incluso nuestro bebé Limycu se transforma en uno de los seres más fuertes por ti. Todos luchamos juntos.*

Asentí con la cabeza junto a su cuello. El cansancio se apoderó de mí y mi cuerpo se volvió más pesado.

»Ahora solo nos queda encontrar la tercera rosa, liberar a las mujeres y los niños del castillo de Dragonfall, destruir a Attilus y ganar una guerra. —Y salvar a mi alma gemela*. Salvar a Kayden.* Apenas podía respirar al pensarlo.

»Una cosa a la vez. Juntos somos fuertes.

Mis ojos se cerraron al oír sus palabras y, poco después, el batir constante de sus alas me arrulló en un sueño profundo.

CAPÍTULO 24



Solo los momentos con ella me mantienen con vida.

De los pensamientos del rey Kayden

Kayden

BAJO LA LIGERA MANTA, un temblor recorrió su cuerpo e inmediatamente me acurruqué más cerca de ella. Había rodeado su cintura con mis brazos y mi cabeza descansaba justo al lado de la suya.

Contemplé su rostro de cerca y absorbí cada pequeño relieve de su piel. Los contornos de su boca, los detalles de su nariz y de sus párpados, también los matices de su expresión serena y relajada. Conocía cada detalle y, sin embargo, tenía miedo de olvidarlo todo en algún momento.

¿Cuánto tiempo más podría seguir viéndola en mis sueños? ¿Cuándo se rompería el vínculo entre nosotros? Cuando seguía con la mano nuestro vínculo, podía sentir cómo la oscuridad lo devoraba lentamente desde mi lado.

¿Cuántos momentos tan preciosos con ella me quedaban aún? Momentos en los que me parecía estar acostado a su lado en la

cama. ¿Podría sentirla de verdad cuando la tocaba e inhalaba su dulce aroma?

¿Eran recuerdos? ¿Sueños? Pero ¿por qué me parecían tan reales? Sus relatos sobre el asentamiento de los rebeldes fueron tan detallados. ¿Mi propia mente me estaba jugando una broma? ¿O era el monstruo que llevaba dentro el que alteraba mis pensamientos? ¿Me hacía ver cosas que no existían?

Las pestañas de Jadina parpadearon y dejó escapar un gemido de placer.

—¿Kayden? —susurró sin abrir los ojos y acercó su cuerpo al mío. Casi como si también tuviera miedo de que la burbuja de jabón en la que nos encontrábamos estallara en cualquier momento.

—Sí, soy yo, mi gato salvaje. —Fiel a su apodo, ronroneó satisfecha y no pude evitar darle un beso ligero en los labios, que esbozaban una sonrisa de satisfacción.

Su sonrisa se hizo más amplia y, al instante siguiente, me rodeó el cuello con los brazos y me atrajo hacia ella. Sus labios se posaron ardientes sobre los míos y ese contacto fue como volver a casa. La nostalgia por ella, por mi vida a su lado, me abrumó y me hizo tambalear.

—Eres tú de verdad —suspiró feliz después de apartarse y mirarme tan intensamente con sus ojos verdes—. ¿Cómo esto puede ser un sueño? —Esa última frase no fue más que un susurro, pero expresó lo que yo sentía en mi interior.

—Yo también me lo pregunto —admití, acariciándole la mejilla con el dedo. Mi piel se estremeció donde nos tocábamos y los débiles restos de mi magia se convirtieron en fuegos artificiales en mi interior. Su respuesta fue inclinarse hacia mi caricia. Ávida de más, supe que me deseaba tanto como yo a ella.

La besé en la sien y, cuando volvió a mirarme, mi corazón, que latía como un caballo salvaje en fuga cautivo de ese monstruo, finalmente se calmó.

Sorprendida, Jadina respiró hondo y se llevó una mano al pecho. Luego me miró con los ojos muy abiertos mientras colocaba la otra mano sobre mi pecho.

—Nuestros corazones… —susurró con reverencia—, laten al mismo tiempo.

Confundido, bajé la mirada hacia sus manos.

—¿Qué quieres decir?

Jadina se incorporó, dejando que la manta se deslizara por sus hermosos pechos. Me costó mucho controlarme para no lanzarme sobre ella y explorar con la lengua el sabor de su piel en esa curva de su cuerpo. Tragué saliva y también me incorporé.

Para entonces, Jadina ya había tomado mis manos y las colocaba sobre nuestros corazones.

¿Era verdad? Latían sincronizados.

—Tienes razón —susurré y me quedé paralizado en ese momento embriagador. Cada latido de mi corazón era seguido al instante por uno suyo. Una sonrisa se dibujó en mis labios y me costó mucho separarme de ese ritmo constante—. ¿Qué crees que significa?

—No lo sé, pero no creo que esto sea solo un sueño normal, Kayden.

—¿Crees que…? —Apenas me atrevía a expresar mis pensamientos, tan hermosos y aterradores a la vez—. ¿Crees que nos encontramos en nuestros sueños? ¿Que hablamos entre nosotros? ¿Que existe una especie de conexión mental?

Ella asintió pensativa.

—La última vez te hablé de la casa de baños del asentamiento.

—Sí, el lugar al que no se puede acceder por la noche.

—Me aconsejaste que echara un vistazo allí. Lo hice y, al final, conseguimos otra rosa. ¿Te acuerdas? —Ladeó la cabeza y me miró con fijeza.

—Sí, lo recuerdo.

Exhaló aliviada.

—Creo que esta es nuestra forma de comunicación mental como almas gemelas. —Las comisuras de sus labios se crisparon ligeramente. Casi como si esperara mi confirmación de su afirmación antes de poder alegrarse.

La abracé y le besé la punta de la nariz.

—El destino nos ha tratado bien —dije sonriendo—. Este tipo de comunicación es mucho mejor que poder hablar solo por la mente.

Porque entonces no podría hacer esto.

De manera demostrativa, deslicé mi dedo desde su mejilla hasta su seno izquierdo y recorrí el contorno de su pezón. Un escalofrío recorrió su cuerpo y un suave gemido escapó de su garganta.

—Mucho mejor —asintió sin aliento, mientras me inclinaba hacia delante y acallaba con mi boca cualquier palabra que quisiera decir. El deseo ardía en mi interior y mi lengua se deslizó exigente en su boca.

Con sus brazos, rodeó mi cuello y yo hundí mi mano izquierda en su cabello. Con cuidado, la dejé caer sobre la cama y me acosté a su lado. Deslicé mi mano derecha por su vientre hasta llegar a su centro y, tan pronto como lo toqué, ella empujó su pelvis hacia mí. Un gemido, un suave grito pidiendo más, fue todo lo que pudo articular mientras acariciaba la parte más íntima de su cuerpo.

—Córrete para mí, Jadina —le susurré al oído. Quería ver cómo explotaba de deseo por mí y mientras mi pulgar trazaba círculos provocativos, dos de mis dedos se abrieron paso en su interior. Me envolvió cálida, y mi alma gemela gimió temblorosa en mis labios. Los sonidos que emitía eran música para mis oídos. Mi orquesta personal.

—Córrete —le pedí, y en ese mismo instante un espasmo recorrió todo su cuerpo. Gritando mi nombre, su deseo se derramó y la hizo temblar.

—¡Kayden! —gritó de nuevo.

—Jadina —susurré, sin poder apartar la mirada de su hermoso rostro. De sus ojos cerrados y su sonrisa de satisfacción.

Entonces todo se vio envuelto en la oscuridad y ella desapareció.

Capítulo 25



Aunque los dioses ya no gobiernan nuestro mundo,
siguen formando parte del universo.
Su poder supera todo lo que conocemos.
Es mejor evitar hacer tratos con ellos.

Antigua tradición

Jadina

Jadina —oí susurrar con reverencia la voz de Kayden mientras me derretía de placer. Me abandoné por completo a esa maravillosa sensación. En sus brazos me sentía segura. Me sentía protegida. Con él, junto a él. Cuánto lo echaba de menos.

Un dolor agridulce se entremezcló con el éxtasis del clímax y me dejó completamente destrozada.

—Kayden —susurré mientras mi cuerpo volvía a este mundo.

—No me llamo así, pero si ese nombre te provoca tal éxtasis, puedes llamarme de esa manera, pequeña rompe maldiciones —oí de repente una voz masculina suave como el terciopelo, cuyo tono divertido y a la vez frío me dejó paralizada por el miedo.

¿Dónde estaba? Ese no era Kayden. Entonces, ¿quién?

Aterrada, abrí los ojos de par en par. Estaba tumbada en mi cama, en la cabaña del pueblo de los rebeldes. Kayden había desaparecido. Mi mirada recorrió la pequeña habitación, iluminada solo por una vela, hasta que se detuvo en una figura que emergía de las sombras.

Una suave luz lo rodeaba, lo que me permitió ver cada detalle de su aspecto. Piel bronceada, ojos azul claro que podían ver hasta lo más profundo de mi alma, cabello rubio, casi blanco, recogido en un moño. Este hombre, que me miraba con la cabeza ladeada y hambre en los ojos, era de una belleza impresionante. La avidez que ardía como carbones encendidos en sus iris claros no era lujuria, sino algo totalmente diferente. Algo mucho más aterrador. Algo que me hizo sentarme de forma abrupta y retroceder.

Todos mis instintos gritaron que ese hombre era peligroso.

Sus labios se curvaron en una sonrisa cruel mientras me observaba. Como un depredador a su presa.

Irradiaba tanto poder que me mareé.

—¿Quién eres? —balbuceé mientras buscaba a tientas mis cuchillos, que ya no sentía en mi cinturón. Entonces formé una bola de luz en mi mano y la lancé contra el desconocido. Se disolvió en el aire a mitad de camino. La sonrisa del desconocido se hizo más profunda mientras me observaba darme cuenta de que estaba desarmada, y adquirió un aire diabólico.

Con paso lento, casi felino, se acercó a mí mientras se pulía las uñas de la mano izquierda con la camisa de extraños colores florales. Tenía la mano derecha metida con indiferencia en el bolsillo de sus pantalones blancos de lino. Se detuvo junto a mi cama y se agachó frente a mí. Nada en su rostro delataba sus intenciones y, con horror, me di cuenta de que no había ninguna neblina de color sobre su cabeza que indicara sus sentimientos.

—Soy tu salvación, pequeña rompe maldiciones —susurró, mirándome con tanta intensidad que me sentí desnuda. No de manera física, sino emocionalmente—. ¿Qué me ofrecerías a cambio de tu salvación? ¿Y *la suya*?

Al pronunciar estas últimas palabras, se acercó tanto a mí que pude ver cómo el color de sus ojos cambiaba de azul claro a negro

intenso y cómo me olía. Me quedé paralizada en mi lecho, incapaz de moverme, mientras él se acercaba poco a poco, hasta que sus labios casi tocaron mi mejilla.

—El hombre que te hizo correrte de esa manera. Aquel que lleva en su interior una oscuridad que lo destruye —susurró en mi oído y su aliento helado recorrió mi piel. El dolor se apoderó de mi cuerpo y, si hubiera podido moverme, habría saltado y echado a correr. Pero ni siquiera podía parpadear—. Kayden. —Pronunció el nombre de mi alma gemela lentamente, como si quisiera saborear cada letra en su lengua.

Tragué saliva. ¿Quién era este tipo? Un pensamiento terrible atravesó mi mente y mi interlocutor se rio entre dientes. Un escalofrío me recorrió la espalda al oír ese sonido.

—Pequeña y astuta rompe maldiciones —dijo, levantando una mano y antes de que pudiera reaccionar, me agarró la barbilla.

Si antes creía que su aliento helado me dolía, ahora sabía que eso no era nada comparado con el verdadero contacto de este sujeto. Como garras invisibles, el dolor se clavó en todo mi ser y se me escapó un gemido.

—Ahora solo tienes que atreverte a decir en voz alta mi nombre y tu ofrenda —me susurró, y sentí que su mirada se adentraba en lo más profundo de mis pensamientos.

—¿Mi ofrenda? —balbuceé, esperando distraerlo para que no penetrara demasiado en mi mente.

—El trato que me ofreces a cambio de salvar a tu alma gemela, pequeña rompe maldiciones. Prefiero almas o recuerdos.

Volvió a inclinar la cabeza y sus ojos se iluminaron.

—Recuerdos tan bonitos —dijo con asombroso entusiasmo, y yo no quería saber qué parte de mi vida lo ponía tan eufórico. Aquel pasado en el que había sufrido, sería una opción—. Casi tan valiosos como el recuerdo que le quité entonces a tu amiga, la pequeña estrella. —Su expresión cambió de repente y la insatisfacción brilló en sus ojos—. El que tuve que devolverle.

—¿Pequeña estrella? —grazné, y con cada palabra era demasiado bajo aquel intenso dolor. ¿A quién se refería?

Su sonrisa divertida volvió a aparecer en su rostro mientras me observaba.

—Tu amiga, la que me ha enviado aquí. Me ha prometido mucha diversión. Una guerra, combates, muchos muertos y muchas almas por saborear. —Se detuvo un momento y me miró expectante—. Quizás debería empezar por tu alma —reflexionó, para luego soltar una risa espeluznante. Por fin soltó mi barbilla y, por reflejo, intenté ponerme en pie para huir.

—Ts, ts, ts, pequeña rompe maldiciones. ¿No querrás irte ya? Aún no hemos negociado lo que voy a recibir a cambio de salvar a Kayden.

Me quedé paralizada.

Kayden.

¿Qué hacía yo aquí? Tenía varios dones, había sobrevivido a una prueba de jinete de dragón y a otras batallas y era, malditos sean los dioses, la reina de Eclaria. Pero ante este hombre me comportaba como una niña asustada.

Tenía que recomponerme y enfrentarme a él como exigía mi rango, como exigía mi ser. Con valentía, firmeza y dignidad.

Así que respiré hondo e intenté reprimir ese miedo instintivo que me impulsaba a huir del hombre que tenía delante. Necesité tres respiraciones para controlar al menos mi instinto de huida. Dos más para enderezar los hombros y mirarlo. Otras tres para sacudirme el temblor interno que me delataría en cuanto hablara.

Entonces me volví hacia él.

—No, Caronte. No voy a hacer ningún trato contigo.

Era la única respuesta correcta. Lo sabía. Hacer un trato con un dios era casi como firmar tu propia sentencia de muerte. Mi corazón se encogió al pensar que este dios probablemente podría salvar a Kayden. Pero los dioses eran arrogantes y volubles. Al final, quizá nos quedáramos con menos de lo que teníamos ahora.

Levanté la barbilla de forma ostensible y, aunque Caronte era sin duda dos cabezas más alto que yo, me erguí en toda mi estatura. Resoluta, sostuve su mirada ardiente.

De repente, la puerta se abrió de golpe y la luz del sol inundó la pequeña habitación.

—Jadina, nosotros... ¡Mierda! ¡Caronte! —oí maldecir a Fely.

—Saludos, Felycitia. Te has perdido algunas de esas *encantadoras* fiestas navideñas en casa de Elena —dijo el dios con esa voz aterciopelada, sin apartar los ojos de mí.

—¿Qué estás haciendo con Jadina? —preguntó la vile con dureza, sin entrar en su comentario. Sin embargo, su miedo era evidente. Al parecer, ni siquiera se perdía cuando se había encontrado con este hombre cientos de veces antes. Cuando luchó codo con codo con él en la guerra—. Y ponte otra cosa. Esa ropa humana no pega nada aquí. —Luego murmuró algo sobre una «estúpida camisa *hawaiana*» y un «*look surfero*», pero no entendí nada. Poco después, se colocó a mi lado y la admiré por su valentía, que *yo* había perdido por completo hasta ese momento.

—Solo estaba comprobando si Jadina merecía mi ayuda. —Una risita se escapó de su garganta—. Al principio parecía que sería mejor ofrecerle un pasaje al reino de los muertos. Pero entonces… —Su mirada se volvió intensa de nuevo y sentí que volvía a deslizarse en mis pensamientos. Solo por un instante. De repente, sus ojos volvieron a ser azul claro y dio un paso atrás.

Inmediatamente me sentí más cómoda. Esa increíble frialdad que emanaba de él y el dolor asociado a ella disminuyeron. Sin embargo, no desaparecieron por completo. Solo entonces me di cuenta de que había estado conteniendo la respiración desde que rechacé el trato. Exhalé aliviada.

—Gracias por señalar mi vestimenta y su inadecuación para este lugar —susurró, mirando a Fely. Su tono frío delataba su descontento con el comentario de ella. Sin embargo, un instante después, llevaba una armadura de cuero blanco.

—Quizás también deberías moderar un poco ese brillo. Tanto poder asustará a algunos por aquí y necesitaremos a todos los guerreros posibles si llega a producirse una batalla.

—Me tienes a mí. Reemplazo a todo un ejército —dijo con calma, pero aun así hizo lo que Fely le pidió—. ¿Mejor?

—Sería mejor si no estuvieras aquí —respondió mi amiga, y al oír sus palabras, di un paso hacia ella. No debía provocarlo así.

—Estoy totalmente de acuerdo. No debería estar aquí. Por un lado, porque no merece la pena perder mi tiempo y, por otro, porque ya he infringido demasiadas veces nuestra ley divina de no interferir en los asuntos de los seres inferiores. —Suspiró con gesto exagerado —. Pero ya conoces a Elena. No puedo negarle nada.

Su mirada se volvió lobuna cuando se inclinó hacia Fely.

—Pero, aunque estemos de acuerdo en este punto, no deberías enfadarme, *pequeña sanadora* —gruñó su título.

—Sabes lo que piensa Elena cuando amenazas a sus amigos —respondió la vile con firmeza, pero se notaba un temblor en su voz.

—Elena no está aquí —replicó el dios, pero se retiró para volver a pulirse las uñas, como si todo aquello no fuera asunto suyo. Y, en realidad, tenía razón.

—Bueno, ¿pueden resumirme la situación para que pueda resolver este problema cuanto antes y volver entre los mundos? —preguntó sin mirar a ninguna de nosotras. Fely me había dicho que Caronte era ciego, pero hasta entonces tenía la impresión de que, a pesar de su falta de visión, veía más que nadie.

Por suerte, Fely se encargó de esta dolorosa tarea y le contó al dios lo que había sucedido hasta entonces. Parecía que ya sabía algunas cosas por Elena, porque no dejaba de insistirle en que se saltara algunos puntos. Aproveché ese tiempo para observarlo con detenimiento. Ahora entendía lo que Fely quiso decir cuando habló de él. «Es un dios. Arrogante. Engreído. Sabelotodo. Y, para colmo, increíblemente… sexy».

Caronte era todo eso y más. Nunca antes había conocido a un hombre tan guapo. O, como lo describió mi amiga: tan sexy. Reprimí ese pensamiento. Caronte era un dios. Peligroso, cruel e impredecible. No había nada de bello en él.

—No temas, pequeña rompe maldiciones —ronroneó de repente la divinidad con satisfacción—. Todas las mujeres que me conocen piensan lo mismo. Alma gemela o no. A Elena le pasó lo mismo y nuestra pequeña sanadora también se siente atraída por mí. —De nuevo esa horrible risita.

Fely, a mi lado, rechinó los dientes al oír sus palabras, pero no le contradijo. Las mejillas se me ruborizaron y el sabor de la traición se

me instaló en la lengua. Amargo y punzante.

Kayden.

En ese momento, Limycu se desprendió de mi cuello y llamó la atención del dios.

—¡Un fénix! —exclamó este con entusiasmo, mientras observaba al pequeño con intensidad—. Y además con un don tan extraordinario.

¿Podía ver el don de Limycu?

—¿Cuál es? —pregunté sin pensar. Al instante me arrepentí, porque ahora la atención del dios se centraba de nuevo en mí. Una sonrisa triunfante y demasiado arrogante, casi como si ya hubiera salvado el día, se dibujó en sus labios prohibidamente sensuales.

—Puede hacerse invisible a sí mismo y a todos los que le rodean, pequeña rompedora de maldiciones.

CAPÍTULO 26



Ayuda a la reina Jadina a destruir la maldición.
¡Nada de coqueteos inapropiados ni negociaciones!
Confío en ti.

Extracto de una correspondencia
entre la princesa Elena y el dios Caronte

Jadina

Fely y yo nos miramos incrédulas. ¿De verdad Caronte acababa de afirmar que Limycu podía hacerse «invisible»? Y no solo eso. No, según el dios, también podía hacer que nadie a su alrededor pudiera percibirlo.

—Invisible —susurré aturdida—. Tenemos que ser invisibles para entrar en el castillo de Dragonfall.

Fely asintió y pude ver en su rostro cómo encajaban las piezas del rompecabezas de esta revelación. Entonces se le iluminó la cara y corrió hacia la puerta.

—Voy a reunir a los demás. ¡Nos vemos en el comedor! —gritó antes de volverse hacia mí—. No lo pierdas de vista —dijo, señalando con la barbilla en dirección a Caronte—. Y no hagas

ningún trato con él. No importa lo que te ofrezca a cambio. —Se dio la vuelta para marcharse, pero al poco rato volvió a girarse—. ¡Y tampoco te dejes convencer para participar en la Gran Caza! —añadió, pero el gesto amenazante con su dedo índice iba dirigido al dios, cuyos ojos adquirieron un brillo siniestro al oír sus palabras.

—No te preocupes —la tranquilicé—. Ya rechacé un trato y no voy a ser tan estúpida como para cambiar de opinión. Y en cuanto a la Gran Cacería, antes me cuelgo de la torre más alta de Dragonfall que volver a revivir esa «fiesta».

A mi lado, Caronte soltó un suspiro de fastidio.

—No tienes ni idea de lo que te estás perdiendo.

Entonces Fely desapareció y, con ella, la sensación de tener una aliada contra ese dios a mi lado.

—¿Cómo puedo hacer que Limycu se vuelva invisible? —pregunté antes de que se le ocurriera continuar con el tema que había abordado antes de la llegada de Fely. Su ayuda para rescatar a Kayden y el precio que me exigía a cambio.

—¿Limycu? —repitió un poco escéptico, mientras su mirada se deslizaba sobre el fénix—. ¿Le pusiste nombre a un ser tan magnifico como este? ¿Y además uno como Limycu?

—Sí —respondí, cruzando los brazos sobre el pecho, lo que parecía la reacción de un niño rebelde. Pero no me importaba—. Le gusta su nombre —dije con firmeza.

—Sé sincera. —Caronte se acercó un paso más, y sus ojos ciegos casi me devoraron—. Al principio no sabías que el pequeño era un fénix. Lo confundiste con otro pájaro. Hasta que de repente se transformó.

¿Por qué este hombre era tan molesto y sabiondo? ¿Y por qué, por desgracia, tenía razón?

—Es posible —respondí evasiva y observé cómo la leve sonrisa burlona de sus labios se convirtió en una cruel mueca.

¿Por qué Elena tuvo que enviarnos precisamente a él para ayudarnos?

Caronte siguió mirándome con fijeza, como si esperara una respuesta sincera. Ese cabrón. De verdad quería regodearse en mi ignorancia.

—¡Sí! —exclamé al fin, molesta, enfadada y avergonzada—. ¡Tienes razón! Al principio pensé que era un polluelo de águila. ¿Ya estás contento?

—¿Al principio? —insistió sin piedad.

—No, durante bastante tiempo —admití con voz apagada.

—Y entonces crees que no necesitas mi ayuda —resopló, acercándose un poco más. Su aliento helado rozó mi rostro y retrocedí un poco. Solo lo suficiente para que el dolor que me provocaba esa sensación fuera soportable—. ¿De verdad crees que puedes salvar a tu amada alma gemela sin mí? —preguntó, volviendo a hurgar en la herida.

No debo dejar que me convenza para hacer un trato. Por muy difícil que sea no debo agarrarme a ese salvavidas.

—No —dije, levantando la barbilla y echando los hombros hacia atrás. Quizás esa actitud le convenciera de que no iba a conseguir nada conmigo—. Rescatar a Kayden no es una prioridad.

Omití deliberadamente las palabras «sobre Eclaria» y «el momento actual». Por supuesto, nada deseaba más que ir ahora mismo a rescatar a mi marido. Pero no podía dejar que él lo supiera.

—¿A quién engañas? ¿A ti misma? ¿O a mí? —preguntó el dios, mirándome con el ceño fruncido. Sin responderle, levanté aún más la barbilla. Suspiró—. Incluso después de todos estos milenios, las mujeres siguen siendo un misterio para mí. —Finalmente, se retiró y se dirigió hacia la puerta—. ¿Vienes? No querremos perdernos la reunión.

Me quedé parada, desconcertada. Me había preparado para tener que mantener toda una discusión sobre el tema de Kayden, ¿y ahora se rendía tan rápido?

¿Qué se trae entre manos?

—Date prisa, o se me ocurrirá alguna tontería. Y tú tienes que vigilarme. —Entonces desapareció por la puerta, hacia la luz del sol.

—Mierda —gruñí. Con movimiento bruscos busqué mis botas y corrí tras el dios con ellas en la mano.

—Limycu, si no te gusta tu nombre, dímelo, por favor —le susurré al fénix, que seguía asomando por mi cuello. Respondió con

un arrullo y luego acurrucó su cabecita contra mi cuello. Lo interpreté como una aceptación del nombre.

Satisfecha, alcancé al hombre, que —a todas luces— estaba fuera de lugar en ese asentamiento, y no pude evitar esbozar una sonrisa triunfal. Bueno, al parecer, incluso un dios arrogante podía equivocarse.

—Habría aceptado cualquier nombre —dijo a mi lado, impasible, borrándome la sonrisa de la cara con esas palabras. ¿Cómo pudo escuchar mi susurro desde tan lejos? Aunque, ¿por qué me sorprendía?—. El pequeño se ha unido a ti y quiere hacerte feliz.

—¿Se ha unido a mí? —balbuceé. ¿Era eso posible?

—Sí —dijo lacónico, mirando a Limycu—. Es algo poco común. Los fénix prefieren vivir en secreto y no mostrarse al mundo. —Me miró con curiosidad y sentí cómo me invadía un cierto orgullo. Limycu me escogió—. Pero no te hagas ilusiones. La arrogancia no te sienta bien, pequeña rompe maldiciones —ronroneó mientras me daba una bofetada verbal.

Oh, qué contenta me sentiría cuando volviera a desaparecer por uno de sus portales.

Por suerte, en ese momento llegamos al edificio donde se encontraba el comedor. Todos los residentes con los que nos cruzamos por el camino nos evitaron, y no podía culparlos. Yo también sentía en lo más profundo de mi ser la necesidad de huir. Lo más lejos posible de su alcance. Aunque aquí fuera redujo su poder de forma considerable, seguía rodeado de un ligero resplandor.

No quería ni imaginar lo que pasaría si liberara todo su poder. ¿Nos cegaría a todos con su luz? ¿Desearíamos morir de miedo?

Mi mirada recorrió el comedor y se detuvo en una mesa larga. La única mesa que seguía ocupada después de que los pocos visitantes que descubrieron a Caronte huyeran de la sala.

Nayda, Lenn, Dex, Flavia, Ida y Jako nos miraban con los ojos muy abiertos, tras lo cual Fely les susurró algo, lo que provocó que una de esas crueles sonrisas se extendiera por el rostro de Caronte.

—¿Por qué esa sonrisa? —le pregunté, sorprendida de mi propio valor. ¿Era prudente creer que no me mataría solo porque aún no lo hacía?

—Qué linda. La pequeña sanadora intenta convencerlos de que no me muestren su miedo, pero puedo olerlo desde aquí. —Lo miré horrorizada. ¿Podía oler cada emoción que sentíamos? No quería saberlo. Ese hombre era… espeluznante y, cuanto más aprendía sobre él, más aterrador se volvía.

Sin prestarme más atención, se dirigió hacia el grupo. Pero en lugar de seguirlo, primero me puse las botas. Después iría a los baños públicos. Al fin y al cabo, ahora ya no era una zona peligrosa luego de haber matado al wyrm.

Sin embargo, intuía que nunca volvería a relajarme en las aguas termales como lo hice antes de saber que había un monstruo viviendo en los pasillos detrás de los baños.

Seguí al dios, que ya había ocupado una de las sillas, dejando libres los dos asientos a su derecha e izquierda. Los dos únicos asientos libres de la mesa. Así que no me quedó más remedio que sentarme a su lado.

Ahora estaba tan cerca de él que sentía el frío que irradiaba punzando en mi piel. Así que me acerqué un poco más a Fely, que estaba a mi otro lado. Sin embargo, no pude escapar del aura de su poder. Apreté los dientes y tragué ese instinto de huida que siempre surgía cuando estaba cerca de ese dios. ¿Cómo conseguía Elena ser amiga suya si en su presencia uno se sentía como un cervatillo perseguido por un lobo hambriento?

Los ojos de mis amigos, paralizados por el miedo, se desviaron del dios hacia mí. Al parecer, se esperaba que yo dirigiera esta reunión.

—Bueno… estamos aquí… porque… —balbuceé, mientras sentía la mirada divertida y a la vez burlona de Caronte sobre mí. Lentamente, se inclinó hacia mí.

—¿Quieres que me encargue yo? Parece que te supera formar frases completas en mi divina presencia, pequeña reina —se burló, con su aliento rozándome la mejilla. El dolor me robó todos los sentidos por un instante, pero sus palabras despertaron en mí una ira que se abrió paso como un fuego y relegó todo lo demás a un segundo plano.

—No, gracias, Caronte. Yo me encargo —siseé, y me alegré cuando se retiró. Pero no sin antes soltar una risita.

Odio a este hombre.

Decidida, enderecé los hombros e ignoré a la molesta divinidad.

—Estamos aquí porque por fin sabemos cómo liberar a las mujeres y los niños del castillo de Dragonfall —dije al grupo—. Jako, tú no estabas presente cuando surgió esta idea y espero sinceramente que nos apoyes en esta operación de rescate junto con tus guerreros.

El cazador al que me dirigía apretó los dientes y vi que quería decir algo, pero su atención, impregnada de miedo, se centraba cada vez más en Caronte.

—Di lo que tengas que decir —le insté—. No le hagas caso. —Señalé al dios y este resopló con desdén. ¿O estaba ofendido?

Jako apartó la mirada y carraspeó.

—Sea cual sea tu plan, está condenado al fracaso. No hay forma de entrar en el castillo sin ser descubierto kilómetros antes de llegar al destino.

—Lo sabemos —respondí, y no pude evitar esbozar una pequeña sonrisa al pronunciar las siguientes palabras—. Pero no nos verán, porque seremos invisibles.

—¿Invisibles? —preguntó Nayda levantando una ceja—. ¿Qué quieres decir?

—Invisibles —respondí, y saqué con cuidado a Limycu de mi cuello—. Gracias a nuestro fénix.

Todos miraron al pequeño pájaro bebé, que se posó en mi mano con el pecho hinchado.

—Limycu tiene el don de hacerse invisible a sí mismo y a los que le rodean —anuncié, esperando que el dios tuviera razón en este asunto.

CAPÍTULO 27



Caronte es un cabrón arrogante.
Si pudiera, lo expulsaría de nuestras vidas.
Pero Elena lo quiere como a un hermano.

De las notas del príncipe Lucian

J*adina*

LA REUNIÓN DURÓ HORAS, durante las cuales perfeccionamos nuestro plan. Ahora sabíamos a quién llevaríamos con nosotros en esta misión, qué dragones nos transportarían y cómo trasladaríamos a las mujeres y a los niños.

Lo único que aún no habíamos decidido era *cuándo*. Yo estaba a favor de actuar lo antes posible, mientras que otros opinaban que debíamos esperar un poco más para estar mejor organizados. Además, aún teníamos que recuperarnos del encuentro con el wyrm.

A pesar de la tensión que el dios provocaba en la mayoría, el ambiente era festivo. Al fin y al cabo, habíamos encontrado otra rosa.

El propio Caronte estuvo extrañamente callado durante ese tiempo y ni siquiera interfirió ni intentó imponernos sus ideas.

Cuando por fin salimos del comedor, el sol ya se estaba poniendo y yo solo quería ir a las aguas termales para luego dormir toda la noche.

Entonces me di cuenta de que no teníamos ningún lugar donde dormir para Caronte. Así que me dirigí a Ida, que quería volver a visitar la biblioteca con Dex.

—Ida, necesitamos otra cabaña para Caronte —le dije, y la acompañé del brazo—. ¿Queda alguna libre?

Me miró con aire de disculpa.

—No, por desgracia están todas ocupadas. Pero quizá pueda quedarse con Lenn y Dex. —Miró a Dex, que caminaba justo a su lado, con aire de invitación.

—Ni hablar —protestó este con vehemencia—. Ese tipo da miedo. Capaz nos mata a Lenn y a mí mientras dormimos.

—Por favor, Dex —le supliqué. Caronte era un imbécil arrogante, pero no podía dejarlo dormir afuera, en la plaza del pueblo. Seguro entonces se abalanzaría sobre nosotros.

—No —insistió él con firmeza.

—Todas las demás cabañas ya están llenas —señaló Ida con contrición.

¡Mierda! Entonces tendría que pensar en algo.

—Solo en la cabaña de Eline se podría poner otra cama —dijo de repente, pensativa.

—¿Eline? No, ya ha pasado por bastante. No puedo cargarla con un dios manipulador.

Se me ocurrió una idea que no me gustaba nada, pero que al parecer sería la única solución al problema.

—Eline se mudará con Fely y Nayda. Caronte y yo nos quedaremos en su cabaña —dije apretando los dientes.

—¿Por qué no dejas al dios solo en la cabaña de Eline y duermes en la cama con una de las chicas? —se preguntó Dex, mirándome con desconcierto. Entendí su asombro, después de todo, nadie querría compartir una cabaña con ese hombre por voluntad propia.

—No quiero dejarlo solo —respondí.

—Qué *amable* por tu parte. ¿Te preocupa mi bienestar? —susurró Caronte de repente a mi lado. Demasiado cerca.

—Más bien me preocupa el bienestar de los aldeanos si te dejo sin vigilancia —le respondí sin mirarlo, y enseguida me mordí la lengua. ¿Por qué no podía controlarme en su presencia? Al fin y al cabo, era un dios muy poderoso al que no debía enfadar.

—No te preocupes. Me gustan las mujeres con carácter —dijo cerca de mi oído y, de nuevo, el dolor recorrió todo mi cuerpo—. Pero no te pases. No te conviene enfadarme.

Entonces me volví hacia él y miré sus iris negros, en los que bullía ese poder que él reprimía con tanta fuerza y que, aun así, seguía siendo demasiado.

—Entendido —susurré, y me costó todas mis fuerzas controlar mi miedo.

—¿De verdad quieres compartir una cabaña con él? —susurró Ida preocupada a mi lado.

—No tengo otra opción —respondí sin molestarme en bajar la voz. Caronte podría oírlo de todos modos, como lo confirmaba su sonrisa de satisfacción.

—Tantas horas juntos —ronroneó—. Nos lo *pasaremos* de maravilla. Al fin y al cabo, ya sé los delicados sonidos que emites cuando te lo pasas *bien*. Créeme, conmigo tú…

—No —le interrumpí antes de que terminara la frase. No quería saber qué hacía con sus compañeras de cama. Aunque, ¿podía estar con una mujer o con un hombre? Había sentido el dolor que me invadía con cada pequeño contacto suyo. Sí, incluso su proximidad me causaba dolor.

—Qué pena. ¿Entonces quizá una partida de cartas?

—Vamos a dormir —respondí irritada—. Cada uno en su propia cama —añadí.

—¿Te he dicho que yo no duermo? —preguntó con aire inocente.

—¿Nunca?

—¡Nunca!

Me sonrió satisfecho y vi cómo mi plan de dormir toda la noche se esfumaba como una burbuja ante mis ojos. Suspiré y me separé de Ida. Ya estábamos delante de la biblioteca e Ida y Dex miraban impacientes hacia la puerta, detrás de la cual se encontraban sus queridos libros.

—Que pasen una buena noche. Voy a enseñarle a Eline su nuevo alojamiento y a buscar una cama extra.

—Por favor, Jako, consíguenos una. —Ida pidió a su hermano, con la mirada fija en el dios que estaba a mi lado, antes de dirigirse a mí—. Y avísanos si necesitas ayuda.

—Lo haré. Gracias.

UNA HORA MÁS TARDE, Eline se había mudado y Jako había traído otra cama a la cabaña con uno de sus compañeros, que a partir de ahora compartiría con un dios insomne y extremadamente peligroso.

Esperaba que al menos esa noche me dejara en paz, aunque dudaba que pudiera pegar ojo en su presencia.

Mi nuevo compañero de habitación yacía estirado en su nuevo lecho y su poder vibraba en la pequeña habitación como una colmena. Mi cabeza ya zumbaba por el constante conflicto interno con mi instinto de huida. Todo mi cuerpo estaba tenso como la cuerda de un arco y, en mi mente, maldecía a Elena por su *magnífica* idea de enviarlo aquí.

—¿Sueles soñar a menudo con tu alma gemela?

Su pregunta, sin rastros de arrogancia, me sorprendió. Suspirando, me volví hacia él y me senté también en mi cama.

—Hace solo unos días que empecé a soñar con él —le revelé, sorprendida de mi propia franqueza. Pero él sonó tan comprensivo, todo lo contrario a su comportamiento habitual—. Pero creo que no son sueños normales basados en recuerdos y deseos, sino nuestra forma de comunicación mental, que suele ocurrir entre almas gemelas.

—Sí, lo sé. La pequeña estrella también tiene ese tipo de conexión con su Lucian.

¿Noté una especie de celos —o tal vez tristeza— en sus palabras? Seguía tumbado en la cama, sin mirarme, y me pregunté qué estaría pensando. ¿Se sentía solo? Sin duda. Con todo ese poder que tenía en su interior, ni siquiera podía tocar a otro ser. Y eso llevaba así miles de años, o más.

—No me mires como a un cachorro al que lo han golpeado —gruñó de repente, destruyendo así cualquier compasión que hubiera surgido en mí.

—No lo hago —afirmé sin sonrojarme.

—No me mientas. No lo soporto. Y no me subestimes solo porque mis ojos estén ciegos. Veo, oigo, siento y huelo más que nadie.

—Ya lo sé —murmuré y, antes de que pudiera enfadarse de nuevo, cambié de tema.

—¿Cómo puede Limycu activar su don? ¿Sabe que lo tiene? ¿O aún tiene que descubrirlo?

Caronte también se sentó erguido y miró al pajarito al que se refería, que se había acomodado en una cesta junto a mi cama.

Al verlo, el dios sacudió la cabeza con un suspiro y se masajeó las sienes, como si, al igual que yo, tuviera dolor de cabeza.

—El *fénix* es un ser antiguo y majestuoso, aunque su aspecto actual sugiera lo contrario.

Entonces mi mirada se posó en Limycu, que había escondido la cabeza de forma poco majestuosa en el paño de su cesta, de modo que solo sobresalía su trasero emplumado. No pude evitar sonreír.

—Así que ya no tiene que encontrar nada —continuó imperturbable—. Su don está desarrollado y puede utilizarlo en cualquier momento. Solo tienes que pedírselo.

Miré al dios con asombro.

—¿Así que solo tengo que decírselo?

—Sí, así nada más.

Acaricié con un dedo el plumaje de Limycu, que sacó la cabeza del paño y se acurrucó contra mi mano.

—Tanta confianza —susurré, preguntándome cómo un ser tan poderoso y antiguo podía depositarla en mí—. Asombroso.

La mirada de Caronte era penetrante y sentí que quería volver a sondear mis pensamientos. Tenía que impedirlo.

—¿Cómo te va en el amor? —fue lo primero que se me ocurrió, y si hubiera podido, habría retirado cada una de las palabras. Horrorizada por mi propia pregunta, que solo pretendía distraerlo, lo miré con fijeza.

Una sonrisa cruel se dibujó en sus labios y un hambre insaciable brilló en sus ojos. Una máscara que debía ocultar un dolor ancestral.

—¿Por qué lo preguntas? —ronroneó con calma, pero yo sabía que había tocado un punto sensible—. ¿Acaso no necesitábamos esa cama extra?

Me miró desafiante y sentí cómo se me subían los colores a las mejillas.

Ese cabrón.

—Te lo pregunto… porque… tú también me preguntaste por… mi alma gemela —dije con cierta torpeza.

—Solo lo hice porque quería saber cuántas veces podría esperar verte gemir de placer mientras dormías. Me gustó lo que vi hoy, aunque susurraste el nombre equivocado.

Sus ojos se volvieron penetrantes y su sonrisa aún más cruel. Mi cara ardió por una mezcla de ira y vergüenza.

En ese momento, la puerta se abrió de golpe y Lenn irrumpió en nuestra cabaña. Lo que más me apetecía era abrazarlo y besarlo por haber interrumpido aquella situación tan incómoda.

—¡Tenemos que irnos! —dijo con urgencia.

—¿Adónde? —pregunté, al tiempo que me levantaba de la cama con un salto y buscaba mis botas.

—A Dragonfall. Flavia ha recibido noticias de su dragón. Gronus quiere partir al amanecer. Con las mujeres y los niños. —Apretaba los dientes mientras lo decía—. ¡Vamos! Volaremos cuando todos estén listos.

Y entonces desapareció.

Con movimientos rápidos me até los cuchillos al cinturón y me colgué el arco y el carcaj con las flechas a la espalda. Esa noche íbamos a liberar a las mujeres y los niños del castillo de Gronus.

—Qué pena, parece que hoy no voy a poder dormir ni soñar —susurró Caronte cerca de mi oído, para dejarme sola en la cabaña un momento después.

Aproveché el momento para respirar hondo y relajar mi cuerpo al menos por un instante antes de salir volando al rescate. A un lugar al que, en realidad, no deseaba volver.

CAPÍTULO 28



Se dice que en el pasado los fénix, junto con todos los demás seres, permanecían en nuestro mundo.
En los mitos se les describe como individuos majestuosos.

De las notas de Horacio

Jadina

Junto con Limycu, salí de nuestra cabaña y miré a mi alrededor en la plaza, iluminada con muchas antorchas. A pesar de lo tarde que era, todo el pueblo estaba despierto y algunos hombres y mujeres con armadura de guerra se despedían de sus seres queridos.

—*¿Jarok?* —llamé a mi dragón y sentí de inmediato cómo su conciencia rozaba la mía—. *¿Vienes a buscarme?*

—*Ahora mismo voy y me he encargado de que algunos dragones de nuestro clan nos acompañen* —oí su profunda voz en mi cabeza. Dirigí mi mirada al cielo. Varios dragones volaban en círculos sobre nosotros y me di cuenta de que, en efecto, eran más que los que nos habían llevado al palacio de Eclaria. Había suficientes dragones para transportar a todos los que participaban en esta misión. En el

castillo de Dragonfall esperaban aún más para poder traer aquí a las mujeres y los niños.

—Mis informantes se encargarán de que todas las mujeres y los niños se reúnan en una de las plataformas que solemos utilizar para el aterrizaje de los dragones —informó Flavia a mi lado. Su mirada se posó en Limycu, que estaba sentado en mi hombro—. ¿El pequeño está preparado para esta tarea?

Sentí su presencia antes de que él respondiera por mí.

—Los fénix siempre están listos para entrar en combate —susurró Caronte, y vi cómo Flavia se tensaba mientras el dios se acercaba a mí. En el instante todo mi cuerpo se tensó en una clara advertencia para huir.

—Si ella lo permite, entonces vuela delante con Elara —le dije a la jinete de dragón, sin prestar atención al dios—. Ve con ella, yo se lo pediré.

Flavia me miró agradecida y al momento siguiente salió corriendo. Al menos una de nosotras no tendría que seguir lidiando con ese arrogante pedante y su molesta aura.

—Elara, por favor, deja que Flavia vuele contigo. Ustedes irán delante, ya que ella sabe dónde están las mujeres y los niños —le dije a la dragona de Kayden.

Kayden. Debería estar aquí ahora. A mi lado, en lugar de este dios.

—Sabes que puedo cumplir ese deseo —ronroneó demasiado cerca de mi oído—. Proponme un trato y ya no tendrás que limitarte a soñar con él.

—No hay problema. —La voz de Elara impidió que respondiera a la seductora oferta de la divinidad—. *Cuídate mucho, pequeña cazadora.*

—Lo haré. Tú también.

—¿En qué dragón puedo volar? —preguntó de repente Eline a mi lado. La pequeña mujer había cambiado su vestido con delantal por un uniforme de cuero y su determinación se reflejaba más que nunca en sus rasgos.

—¿Estás segura de que quieres hacerlo? —le pregunté con delicadeza. Le habían hecho cosas crueles en las mazmorras del

castillo. Demasiado crueles como para querer volver a enfrentarse a esos recuerdos.

—Sí, lo estoy. Hija mía, si no lucho ahora, ¿para qué habré sobrevivido?

La entendía, pero por otro lado también me preocupaba por ella. Pero Eline no había pasado toda su larga vida como doncella, antes de la maldición fue jinete y después, jinete de dragones. Al igual que yo, superó las pruebas para convertirse en una jinete dragontina. Aunque no sabía qué le había ocurrido a su dragón, sabía que esta mujer tenía el coraje, el espíritu de lucha y la voluntad de cualquier otro guerrero de nuestra escuadra.

—Ármate. Estoy segura que Jako podrá ayudarte. Volarás en el dragón de Julze.

Los ojos de Eline brillaron de alegría y, por un momento, me abrazó.

—No te arrepentirás, te lo prometo —susurró y me apretó contra ella, solo para soltarme después y correr más rápido de lo que esperaba hacia Jako, que estaba repartiendo las armas en el campo de entrenamiento.

—¿Y yo dónde volaré? —preguntó Caronte, y su expresión inocente me hizo intuir lo que vendría a continuación—. ¿Detrás de ti, en tu dragón?

—Por supuesto que no —siseé, y la idea de tener que sentarme tan cerca de él me provocó un escalofrío por todo el cuerpo—. Haz un portal o algo así. No debería ser ningún problema para ti.

—Me prometieron una aventura —dijo con sorprendente vehemencia—. ¿Qué tiene de aventurero crear un portal, algo que hago todos los días, cuando todos los demás pueden volar en dragones?

Suspiré molesta.

—Pues búscate un dragón que te lleve. Pero conmigo seguro que no vas a volar.

Me miró indignado. Al parecer, no estaba acostumbrado a que le rechazaran un deseo.

Pero ni de broma iba a poner su trasero divino en mi dragón.

De repente, su rostro se iluminó y una sonrisa de satisfacción se dibujó en sus labios. No quería oír lo que iba a decir a continuación. Seguro que era algo que no me iba a gustar.

—Yo volaré en el fénix —anunció sin aceptar ninguna objeción—. Dos hermosas rarezas irán juntas a la guerra.

Al oír sus últimas palabras, no pude evitar poner los ojos en blanco. Era un dios arrogante. Sin embargo, quizá su idea no era tan mala. Al fin y al cabo, ambos eran muy poderosos. Además, no estaba segura de hasta qué punto los dragones podrían soportar el poder que emanaba Caronte.

—¿Estás lista para subir? No puedo aterrizar aquí —dijo Jarok en ese momento y, cuando miré hacia arriba, lo vi justo encima de nosotros.

—Estaré lista en un momento. Espera un segundo —respondí mientras levantaba a Limycu de mi hombro y lo dejaba en el suelo delante de mí.

Esperaba que se transformara cuando se lo pidiera.

—Limycu, por favor, transfórmate —le pedí. Pero él solo me miró con sus grandes ojos redondos—. Pequeño, por favor, conviértete en un fénix —volví a intentarlo, hablando con especial paciencia y cariño. Lo único que hizo el pájaro fue inclinar la cabeza para seguir mirándome con fijeza.

—Creo que tienes que trabajar un poco más en tu comunicación con él —dijo el dios, que observaba divertido cómo me agachaba ahora frente a Limycu para seguir hablándole con dulzura. Toda la misión dependía de este pequeño y de su magia.

¡Mierda! ¡Quizás debería haber practicado más con él!

—Limycu, creo en ti. Tú puedes —intenté esta vez con palabras motivadoras, pero el fénix siguió sin hacer nada, excepto mirarme.

—Estás haciendo algo mal —comentó Caronte sobre este intento.

—Ya lo sé. ¿No tienes nada mejor que hacer que molestarme? —Estaba enfadada conmigo misma y con la situación. Por desgracia, concentré esa ira y la descargué sobre la persona equivocada. Al instante siguiente, una mano fuerte me agarró por la barbilla y me levantó.

Unos iris negros me fulminaron con la mirada y el dolor me paralizó la cara, así como todo el cuerpo. El miedo me impidió respirar.

—No me gusta repetirme, pero no me provoques, pequeña rompe maldiciones. No olvides a quién tienes delante —siseó cerca de mi oído. Cada palabra intensificaba el dolor como otra puñalada en las entrañas—. ¿Entendido?

Incapaz de articular ni un solo sonido, parpadeé dos veces. Tan rápido como me había agarrado por la barbilla, me soltó y yo jadeé luchando por recuperar el aliento. Todo mi cuerpo tembló y la sensación paralizante tardó en desaparecer.

Tenía que tener más cuidado con cómo lo trataba, o acabaría sellando mi muerte.

—Bien. Entonces inténtalo de nuevo —indicó con amabilidad, mientras se limpiaba con los dedos una mota de polvo invisible de su armadura de cuero blanco.

Mi mirada se dirigió hacia Limycu, que no se había inmutado a pesar del ataque que sufrí. La desesperación se apoderó de mí. ¿Y si fracasaba? Tantas vidas dependían de que consiguiera que el pequeño utilizara su magia. Sentí cómo algo se rompía dentro de mí.

—Por favor, ayúdanos, Limycu —susurré con voz temblorosa. No podía fallar en esto. Seguramente Kayden sabría qué hacer y qué decir. Al fin y al cabo, fue él quien provocó la primera transformación de Limycu. Sus palabras. Su petición.

¿Por qué no estás conmigo, Kayden? Deberías estar aquí conmigo. Afrontar todo esto juntos. Te echo mucho de menos.

De repente, no pude contener las lágrimas. Ya no conseguía ser fuerte. Por mucho que intentara apartar de mi mente los pensamientos sobre mi marido, él no estaba aquí conmigo y, por lo tanto, me faltaba una parte de mí misma. ¿Cómo iba a ignorarlo?

En mi dolor, me cubrí los ojos con las manos y caí de rodillas. Llorando. Solo quería llorar. A solas.

—Bueno, quién lo diría —oí canturrear a Caronte con satisfacción en ese momento—. Ahora seca esas lágrimas tontas y súbete a tu dragón. Tenemos una misión que cumplir.

Sus palabras me sacaron de mi tristeza y, atónita, levanté los párpados, solo para quedar deslumbrada por un resplandor cegador. Ante mí, Limycu estaba desplegando sus gigantescas alas de fuego.

Una oleada de alivio recorrió mi cuerpo y mis sollozos anteriores se convirtieron en una risa liberadora.

—¡Gracias, Limycu! —grité al orgulloso ser, que me miraba con sus ojos inteligentes. De alguna manera, no podía evitar la sensación de que el fénix, al igual que Caronte, podía ver hasta lo más profundo de mi alma.

El dios ya se había subido a su espalda y, justo antes de levantar el vuelo, vi cómo su armadura de cuero blanco se reforzaba con placas metálicas doradas brillantes en las articulaciones. Además, ahora llevaba un casco que relucía a la luz de la luna. En la espalda cruzaba dos lanzas y alrededor de la cintura llevaba un cinturón con dos espadas.

En un abrir y cerrar de ojos, Limycu se elevó del suelo y yo solo pude quedarme boquiabierta mirándolos.

Dos hermosas rarezas. Las palabras de Caronte resonaron en mi mente y tuve que admitir que el dios tenía razón en este asunto. Ambos eran una rareza y de una belleza impresionante.

—Jadina, tenemos que irnos —interrumpió Jarok mi ensimismamiento y, cuando miré a mi alrededor, me di cuenta de que todos los demás ya estaban en el aire sobre sus dragones.

Secándome las lágrimas con un último movimiento, me obligué a concentrarme.

—Ven a buscarme.

—Tendrás que saltar sobre mi pata delantera y desde ahí subirte a mi lomo. Hay demasiada gente del asentamiento como para que pueda aterrizar aquí.

Primero miré a la multitud que saludaba con la mano al dragón que se alejaba volando y luego al gigantesco dragón rojo que estaba justo encima de mí. Si aterrizaba, podría asustar mucho a algunas personas.

Sus alas levantaron la arena bajo mis pies mientras descendía hacia mí. En cuanto una de sus patas delanteras estuvo a mi

alcance, me impulsé con su garra para subirme a su espalda boca abajo.

Al mismo tiempo, Jarok ya estaba volviendo a elevarse en el aire para seguir a los demás.

Hacia el castillo de Dragonfall y, con suerte, no hacia una muerte segura.

Capítulo 29



La magia, sea cual sea su forma, nunca se dejará dominar.

De los escritos de Hakon

Jadina

El vuelo hasta nuestro destino fue más corto de lo esperado. Elara con Flavia, Limycu con Caronte y Jarok conmigo formábamos la vanguardia. Nerviosa, me deslizaba de un lado a otro en mi silla de montar, solo para limpiarme las manos cada poco tiempo en mi uniforme de cuero.

Ya había sido difícil conseguir que Limycu se transformara. ¿Y si el pequeño, al contrario de lo que afirmaba Caronte, no podía hacerse invisible?

—*Deja de dar vueltas* —gruñó Jarok con bonhomía—. *Todo irá bien. Créelo.*

—*Es más fácil decirlo que hacerlo. ¿Y si…?*

—*Y si, y si, y si. Confía en Limycu y en ti misma.*

Jarok tenía razón. Tenía que confiar en Limycu. Mi inquietud podría contagiarse a él y yo sabía por experiencia propia lo difícil que

era, bajo presión externa, utilizar una magia que aún no se dominaba por completo.

Así que me senté erguida en la silla y respiré varias veces.

—En pocos minutos podremos ver el castillo. Limycu es como un faro, así que en ese momento también nos descubrirán. Deberías dejar que utilice su magia de camuflaje —dijo mi dragón, y yo estiré el cuello para distinguir entre la oscuridad las siluetas de Dragonfall, pero aún no se veía nada.

—Está bien. Acércame más a Limycu —le pedí, y un instante después nos encontrábamos justo al lado del fénix y, por desgracia, también al lado del dios. Su poder me golpeó como un puñetazo en la cara y, una vez más, tuve que reprimir cualquier instinto de huida. ¿Dejaría mi cuerpo de reaccionar así alguna vez?

Reprimí ese sentimiento y miré a los dos.

Orgulloso y majestuoso, aquel hombre insoportablemente guapo estaba sentado sobre el lomo de Limycu. Su mirada fija al frente. ¿Podría ver el castillo desde aquí? Tal vez.

—Pequeña rompe maldiciones —oí de repente su voz en mi cabeza y cada palabra me golpeó como un hielo que se extendía por mis venas. Un escalofrío recorrió mi cuerpo. No quería tenerlo en mi cabeza, en mis pensamientos. Ese lugar estaba reservado solo para Jarok, Elara y, con suerte, algún día, para Kayden.

¡Fuera! ¡Tenía que desaparecer de mi cabeza!

Su risa burlona resonó en mi interior.

—Siempre es divertido ver cómo ustedes, seres inferiores, creen que tienen el poder de expulsarme de sus pensamientos. Pero les encanta pensar en mí. En el hombre «insoportablemente*» guapo* —ronroneó, provocando de nuevo que la ira se apoderara de mí.

—El énfasis está en insoportable —le respondí con sarcasmo, solo para arrepentirme al instante de mis propias palabras. ¿Es que no aprendía? Conteniendo la respiración, esperé a que su magia gélida me castigara por mi lengua suelta.

No te metas con un dios. Solo puedes perder la batalla.

—Me gustan las mujeres ariscas. Por eso me encanta tanto la Gran Caza —dijo entusiasmado*,* y yo respiré aliviada—. *Primero*

huyen, para luego derretirse como cera entre mis manos. Si quieres, más tarde te puedo enseñar…

—*No* —gruñí y, de nuevo, una risita resonó en mi cabeza, que esta vez se sintió como una agradable lluvia fresca. No pude detener mi siguiente pensamiento. ¿Cómo podía una mujer disfrutar de sus caricias? El dolor era insoportable.

La risita se detuvo de forma abrupta.

—*Seguro que no estás aquí para hablar de mis conquistas femeninas. Ni tampoco de las masculinas.* —Su voz tenía ese tono cruel que encajaba con su sonrisa, que pude reconocer a pesar del casco.

—*Estoy aquí porque Limycu tiene que hacernos invisibles a todos. El castillo de Dragonfall pronto estará a la vista y, de lo contrario, nos descubrirían* —expliqué.

—*Mmh. Entonces te sugiero que te encargues de ello.*

Idiota, por eso estaba aquí.

—*Me gustan los apodos cariñosos. Pero para la próxima vez prefiero algo como* «el hombre más guapo del mundo» *o* «dios del sexo» —ronroneó.

Argh. No escuché lo último. O, mejor dicho, intenté borrarlo de mi memoria como si fuera una herida purulenta.

—¡Limycu! —grité por encima del viento, pero mi voz se perdió antes de llegar al fénix.

—*Tontita* —me reprendió Caronte—. *Habla con él a través de tu conexión mental.*

—*¿Qué?* —exclamé atónita. ¿Me estaba diciendo que también podía comunicarme con Limycu mediante el pensamiento?

—*El fénix se ha vinculado a ti. Por supuesto que puede comunicarse contigo, al igual que los dragones. Oye, ¿no sabes nada sobre los fénix? Debería darte una lección sobre estas maravillosas criaturas* —dijo indignado, para luego continuar con suavidad—. *Puedo darte una lección sobre muchos temas. Tanto teóricos como prácticos. A Kayden le encantaría que la próxima vez que se encontraran en sueños le dijeras…*

—*¡Caronte!* —grité, y solo obtuve una risita como respuesta.

—*Abre tu mente al fénix y verás lo fácil que es.*

«Abre tu mente». Más fácil decirlo que hacerlo, cuando después de su discurso sobre lecciones prácticas no dejaba de aparecer en mi mente imágenes de un dios semidesnudo, que yo apartaba con vehemencia. Pero en lugar de disminuir, cada vez eran más. Caronte con el torso desnudo en el lecho de nuestra cabaña. Caronte saliendo desnudo de una de las fuentes termales. Caronte desabrochándose el botón superior de los pantalones con una lentitud tan desesperante.

¡Alto!

—¿Es posible que seas capaz de manifestar imágenes en mi mente? —gruñí incrédula.

—Me pillaste —respondió divertido.

—¡Déjalo ya!

—Déjame divertirme un poco. Al fin y al cabo, solo vine aquí para eso.

Decidida, lo bloqueé de mi mente. Al menos lo intenté, y él me lo permitió, no sin antes guiñarme un ojo de forma burlona. Entonces hice lo que me aconsejó. Abrí mis pensamientos a Limycu.

Al principio no había más que un vacío abrumador, un silencio que quería llenarse con mis mayores preocupaciones. Pero me obligué a no pensar en Kayden.

Entonces, cuando ya estaba a punto de rendirme, apareció un crepitar que se asemejaba al sonido de las llamas en una chimenea abierta.

—¿Limycu? —pregunté con suavidad, y fue como un empujón mental cuando pude sentir todo su poder en mis pensamientos. Ese gesto me pareció un saludo, así que continué.

—Necesitamos tu ayuda para que los jinetes del castillo no nos vean desde lejos —expliqué sin rodeos. El tiempo apremiaba. La siguiente oleada de su poder fue como una invitación a seguir hablando—. *Caronte me ha dicho que puedes hacerte invisible a ti mismo y a todos los que te rodean.*

Mi mirada se dirigió al fénix, que seguía mirando al frente, completamente ajeno a nuestra conversación mental.

—¿Podrías usar esa magia ahora, por favor? —Algo que me pareció una pregunta se manifestó en mi mente—. *¿Por qué volamos*

al castillo de Dragonfall? —expresé ese sentimiento con palabras.

Como un sí, una respuesta afirmativa a mi pregunta, la magia de Limycu recorrió mi cuerpo.

—Gronus quiere atacar los pueblos de los cazadores al amanecer y utiliza a las mujeres y a los niños como carne de cañón. Queremos sacarlos del castillo y llevarlos a un lugar seguro. A la colonia de los rebeldes.

Silencio.

¿No estaba de acuerdo con nuestro plan? ¿O por qué no respondía?

—Jadina, tienes que darte prisa. En unos segundos dejaremos atrás la ladera de la montaña y, si para entonces no somos invisibles, nos verán desde el castillo —insistió Jarok, y su voz tenía un temblor que yo apenas le conocía. Excepto en situaciones en las que era realmente peligroso.

—Limycu, por favor —le insistí al fénix silencioso.

—¡Jadina! —gritó Jarok, y yo dirigí mi atención hacia delante. Ante nosotros, en la lejanía, aparecieron los primeros contornos del castillo.

No. No. No. Esta misión no podía fracasar.

—¡Limycu! ¡Ahora! ¡O todos estaremos perdidos!

En ese mismo instante, una niebla brillante nos envolvió. No sabía de dónde venía. Solo apareció de repente.

Miré a mi alrededor, pero aún podía ver a los demás. Observé con incertidumbre al fénix y al dios que lo montaba. Por más que lo intentara, no me atrevía a preguntarle si éramos invisibles. Si esa niebla nos ocultaba.

—¿Jarok? —le pregunté a mi dragón—. *¿Somos invisibles?*

El dragón suspiró aliviado.

—Sí. Justo a tiempo. Limycu parece tener una inclinación por el dramatismo.

—Por suerte. No estaba segura, ya que todavía puedo ver a todos a mi alrededor.

—Eso es porque todos volamos bajo el mismo hechizo. Si Limycu solo se hubiera envuelto en la niebla, también habría sido imposible verlo para nosotros.

Limycu realmente nos había hecho desaparecer.

—*Gracias, pequeño* —le dije a través de la conexión con el fénix.

Sentí la mirada penetrante de Caronte posada sobre mí. Aunque no quería provocar al dios para entablar una nueva conversación, lo miré.

—*¿Qué pasa?* —me atreví a preguntar.

Me miró divertido y una sonrisa se dibujó en sus labios. Sorprendida, me di cuenta de que no era cruel.

—*Lo conseguiste. Muy bien hecho, pequeña rompe maldiciones* —respondió.

—*No fue tan grandioso* —murmuré, esperando que después me dejara en paz.

—*No subestimes tu hazaña. Los fénix viven de forma tan recluida porque no quieren interferir en asuntos que no les corresponden. Esta criatura es muy parca con su magia y no suele compartirla con otros. Y mucho menos con un grupo tan grande*. —Miró a su alrededor de forma ostensible, solo para volver a fijar su mirada en mí—. *Por lo tanto: muy bien hecho, pequeña rompe maldiciones* —repitió su elogio, que ahora, tras su explicación previa, sonaba muy diferente.

—*Pero…* —tragué saliva. Estuvimos a punto de estar perdidos. Molesta, me volví hacia el dios—. *¿Por qué no me lo dijiste antes? Entonces no habría corrido el riesgo* —protesté con más vehemencia de la que me convenía.

—*Precisamente por eso te lo oculté.* —Ahora su sonrisa se volvió cruel. En el futuro tendría que sopesar muy bien sus propuestas y consultar con otros antes de aceptarlas.

Dios estúpido y arrogante.

—*Ay, otra vez esos apodos cariñosos. Pero ya sabes cuáles son mis favoritos. ¿No puedes guiarte por ellos?* —susurró en mi cabeza, solo para añadir una risita espeluznante.

Pero mi atención se centró en el castillo que se alzaba ante nosotros y me pregunté si de verdad estábamos a salvo bajo el manto de la invisibilidad.

CAPÍTULO 30



Ellos vendrán y nosotros los esperaremos.

Del diario de Gronus

J*adina*

PARA MI SORPRESA, solo unas pocas ventanas del castillo de Dragonfall estaban iluminadas. El resto de ese gigantesco edificio estaba sumido en la oscuridad.

Nos deslizamos silenciosos por la noche y, cuando Elara pasó volando por la izquierda de las primeras torres, la seguimos. Esperábamos que las mujeres y los niños hubieran logrado reunirse en uno de los salientes sin ser vistos. ¿Cuántos serían?

Durante mi estancia en el castillo, había conocido a algunas mujeres, pero la mayoría de ellas formaban parte de un escuadrón. Entrenadas para la guerra. Excepto en el baile de compromiso. Allí vi muchas caras desconocidas. Mujeres con elegantes vestidos que nunca habían empuñado una espada.

Los niños eran separados de sus familias a una edad temprana, como me explicó Nayda en aquel entonces, para que pudieran comenzar su formación como jinetes de dragón desde pequeños. En

la sala de entrenamiento, a menudo entrenaban junto con los adultos. No pude pasar por alto los rostros tristes y desafortunados que vi en aquella época.

Haríamos lo correcto al sacarlos de allí. Sin embargo, no debíamos ponernos en peligro.

Asustada, contuve la respiración cuando, a menos de diez metros de nosotros, apareció un guardia en uno de los salientes del tejado. Jarok frenó y, al igual que todos los demás, se quedó volando en el aire.

El guardia miró en nuestra dirección.

¿Podía vernos? ¿O quizás oírnos?

El sudor brotó de mi frente y me sentí mareada al pensar que tal vez éramos visibles después de todo.

¡Mierda! Estamos tan cerca de nuestro objetivo.

Despacio, saqué un cuchillo de mi cinturón y lo sujeté entre el pulgar y el índice para apuntar al hombre. Tenía que neutralizarlo antes de que pudiera pedir refuerzos.

Sentí cómo se me tensaban los dedos mientras observaba al guardia. No estaba segura de si realmente nos estaba mirando.

—*No cometas ningún error* —oí decir a Caronte en tono de advertencia. Al parecer, notó que saqué mi cuchillo. Pero ¿se refería con ese comentario a mi puntería o a sacar el cuchillo en general?

Pero entonces el guardia se dio la vuelta y siguió mirando en dirección opuesta, hacia la noche.

Respiré aliviada, aun así no volví a guardar el cuchillo en su sitio. En lugar de eso, seguí sujetándolo por la punta. Preparado para cualquier emergencia.

—*Somos invisibles* —gruñó el dios—. *Relájate y disfruta.*

¿Disfrutar? ¿Hablaba en serio? Al parecer sí, porque estaba sentado en el fénix con aire muy satisfecho, observándolo todo como si esperara en cualquier momento una representación teatral para su entretenimiento.

Probablemente, nuestros problemas y esta situación le resultaban divertidos, ya que, como dios, actuaba desde un nivel de conciencia mucho más elevado. ¿Sabía lo que nos esperaba? ¿Tenía la misma

visión que las nornas, esas diosas del destino a las que había engañado muchas veces en mi vida?

De forma inesperada, Elara y Flavia se lanzaron en picado hacia la capa de nubes con las alas extendidas. Confusos, las seguimos.

—Elara, ¿qué pasa? Las plataformas están mucho más arriba en la montaña —le pregunté, mirando hacia las grandes cuevas que los dragones utilizaban para recoger a sus jinetes. En una de esas cuevas la había conocido por primera vez.

—Los otros dragones se han reunido aquí. Los que quieren ayudarnos a transportar a los refugiados —me informó—. *Limycu tendría que entretejerlos en su magia para que tampoco se les vea.*

En ese momento, escamas de diferentes colores brillaron entre las nubes. Como una tormenta de rayos arcoíris. Todos los dragones volaban sin sus jinetes y se ocultaban entre las nubes. Eran más de los que esperaba.

—Se lo pediré. —Esperaba que ahora fuera más fácil convencer al fénix. En un abrir y cerrar de ojos, establecí la conexión mental con este poderoso ser. Sentí su presencia directo en mi cabeza y una pregunta me inquietó. Quería saber por qué me había puesto en contacto con él.

—Limycu, los dragones quieren ayudarnos. Sin embargo, solo podrán hacerlo si tú también los haces invisibles —fui directo al grano.

Sin más preguntas ni dudas, el fénix extendió la capa de niebla sobre nuestros aliados.

—Gracias, pequeño —le envié, aunque lo de «pequeño» ya no era realmente apropiado.

Elara y Flavia se unieron a un dragón de escamas amarillas que nos guio a todos desde la capa de nubes de vuelta hacia el castillo.

La tensión en mi interior aumentó. En cualquier momento nos encontraríamos con las mujeres y los niños. Solo cabía esperar que hubieran podido reunirse sin ser vistos.

Las palmas de mis manos se humedecieron y tuve que secármelas en los pantalones, pasando el cuchillo de una mano a la otra. No quería soltarlo.

Aunque mi magia era ahora más poderosa y estaba bien desarrollada, desde mi juventud sabía manejar las armas y estas me daban una sensación de seguridad, mientras que mis dones aún eran nuevos para mí.

Entonces vimos ante nosotros la entrada de una cueva, en la montaña bajo el castillo. Estiré el cuello para ver mejor. Pero lo único que pude distinguir fue la oscuridad que se extendía en su interior.

¿No lo habían conseguido? ¿Los descubrieron antes de que llegáramos?

¡No, eso no podía ser!

Entrecerrando los ojos, seguí mirando el oscuro agujero al que nos acercábamos.

¡Ahí! ¡Un movimiento! ¡Y otro más! Siluetas de mujeres y niños emergían de la oscuridad. Uno tras otro, hasta formar un grupo de varias docenas.

—¡Jarok! Nayda y Jako deben volar con la mitad de los rebeldes presentes, Lenn y Dex deben montar guardia con la otra mitad frente a la entrada de la cueva. Flavia, Fely, Eline y yo recibiremos a las mujeres y a los niños y los distribuiremos entre los dragones. Pero no podemos aterrizar con los dragones en la cueva. No hay espacio suficiente. Por favor, transmite esto.

—Ya está hecho —me aseguró mi dragón y se dirigió a la entrada de la cueva, donde Fely había aterrizado entretanto. Qué práctico era tener alas.

Me desabroché el cinturón con un movimiento rápido, volví a guardar el cuchillo en el cinturón y esperé a que Jarok se acercara lo suficiente a la entrada de la cueva.

—¡Ahora! —gritó en mi mente y tomé impulso sobre su lomo para saltar por encima de su cola hacia la entrada de la cueva.

Aterricé con fuerza sobre el suelo rocoso y tardé dos latidos en recuperarme del todo. Flavia y Eline aterrizaron justo a mi lado poco después. La pequeña y regordeta doncella también aterrizó como un gato. Me sorprendía cada vez.

Entonces, una mujer vino corriendo hacia nosotros. Era alta, llevaba su largo cabello rubio trenzado en una corona y vestía un uniforme de cuero.

Se abalanzó directo sobre Flavia.

—Estábamos muy preocupadas por ti —la oí susurrar al oído de la otra jinete.

—Hester —suspiró aliviada la antigua líder de la escuadra, y me pareció ver lágrimas brillando en sus ojos. Pero entonces apartó a la otra mujer y miró detrás de ella al grupo reunido.

—¿Ya todos están aquí? —le preguntó, y la tristeza que vi en la mirada de Hester en ese momento me hizo estremecer.

—No —respondió, y entonces vi a una mujer llorando, a la que las demás retenían con fuerza—. La hija de Ariane se ha perdido por el camino. Quiere volver a buscarla, pero tememos que la descubran. —Con la cabeza gacha, señaló a la mujer que se retorcía.

Se me partió el corazón al ver a esa madre que no quería abandonar a su hija bajo ninguna circunstancia. Lo vi en la determinación que se abría paso entre la tristeza de su mirada. Preferiría morir antes que huir sin su hija.

Sin pensarlo demasiado di un paso hacia ella.

—¿Cómo se llama tu hija, cuántos años tiene y qué aspecto tiene? —le pregunté.

Sus ojos se agrandaron cuando me reconoció.

—Su Majestad —me miró suplicante—. No puedo huir sin Mascha.

—Lo sé. Por eso voy a ir a buscarla. Pero necesito saber cómo es.

Flavia se abalanzó sobre mí.

—¡No, Jadina! ¡Es demasiado peligroso!

—No dejaremos a nadie atrás —dije con determinación—. Tú, Fely y Eline, encárguense de ayudar a los demás a subir en los dragones. Yo iré a buscar a Mascha.

Flavia ya estaba abriendo la boca para protestar, pero la interrumpí de inmediato.

—Sin discusiones. Y ahora, vamos. No tenemos mucho tiempo. —Luego me volví hacia Ariane—. Dime, ¿dónde te diste cuenta de que ya no estaba? —le pregunté, ignorando el gruñido enfadado de Flavia a mi lado.

—Debió de ser a la altura de la biblioteca real —reflexionó.

En medio del castillo. Gemí para mis adentros y me pregunté por qué hice esa estúpida sugerencia, pero la gratitud en los ojos de la madre disipó todas mis dudas.

—Mascha tiene trenzas rubias y cinco años. Gracias, mi reina.

—Sí, está bien. Ve con los demás. Yo la encontraré. —No sabía de dónde sacaba esa confianza, pero pasé junto al grupo de mujeres y niños y me adentré en la cueva. Cerré los párpados por un momento y visualicé dónde más o menos nos encontrábamos en la estructura laberíntica del castillo y a qué distancia se encontraba de la biblioteca real. Esa habitación que Kayden me obsequió antes de que supiera que era el rey. El lugar donde me besó por primera vez.

Las lágrimas nublaron mi vista por un momento.

Kayden.

Entonces descubrí una grieta en la roca que servía de entrada y de salida. Corrí decidida hacia ella, mientras volvía a sacar mi cuchillo del cinturón. Me acerqué despacio a la grieta por la pared rocosa y miré con cuidado a través de ella.

Pero no se veía a nadie detrás. Me deslicé por el agujero y repetí el procedimiento con el pasadizo que conducía directo al interior del castillo. Pero aquí tampoco había guardias.

La biblioteca estaba tres pisos por encima de mí. A mi izquierda había una escalera. Con el pulso acelerado y conteniendo la respiración, subí los primeros escalones. Una y otra vez me detenía para escuchar antes de seguir avanzando.

La piedra en mi espalda me trajo muchos recuerdos. Buenos y malos. Aun así, intenté centrar mi atención en el entorno. Al llegar al siguiente piso, corrí hacia los escalones que me llevarían más arriba. Avanzaba despacio, pero sin ser vista. Cuando llegué al siguiente piso, miré a mi alrededor hacia el amplio pasillo que se extendía desde la escalera y ya estaba a punto de correr hacia la siguiente escalera cuando percibí un movimiento.

¡Un guardia de seguridad! *¡Mierda!*

Conteniendo la respiración, retrocedí y me pegué a la pared con la espalda. Oí cómo los pasos del hombre se acercaban cada vez más desde la dirección en la que tenía que ir. Agarré con todas mis

fuerzas el mango de mi cuchillo y, al mismo tiempo, desplacé mi peso para estar preparada para un ataque.

Solo por un instante dirigí la mirada hacia los escalones que volvían a bajar, pero descarté esa idea tal y como vino.

Los pasos retumbaban ahora en mis oídos como golpes de tambor. El sudor brotó de mi frente y apreté la espalda contra la roca con tanta fuerza como si pudiera fundirme con ella.

Justo detrás de la pared, el jinete de dragón se detuvo.

¡Sigue adelante! ¡Sigue adelante!, recé a los dioses, aunque ahora, después de conocer a Caronte, ya no estaba segura de si ellos me ayudarían o se divertirían viéndome si me descubrían.

Pero, al parecer, hoy tuvieron piedad de mí, porque al momento siguiente el hombre se dio la vuelta y corrió en la dirección de la que había venido. Cuando sus pasos se desvanecieron, exhalé por lo bajo y miré con cuidado a la esquina del pasillo. Estaba vacío.

Subí corriendo las siguientes escaleras y, al llegar al siguiente piso, miré hacia el corredor; tampoco encontré a nadie.

La puerta de la biblioteca estaba entreabierta.

Con el cuchillo en la mano, me acerqué lo más sigilosa posible a la puerta, escondida entre las sombras de los grandes jarrones del suelo, y unos segundos más tarde entré en la magnífica sala. Solo para detenerme, paralizada.

Allí, en el sofá en el que tantas veces me había acomodado, estaba sentada una niña rubia con un libro en el regazo. Y junto a ella estaba Gronus.

CAPÍTULO 31



La niña yacía allí como si estuviera dormida.
Y, sin embargo, se intuía
que llevaba el mal en su interior.

De las notas de un jinete que escapó de la maldición

Jadina

EL VIEJO REY me miró sorprendido, pero se recuperó con sorprendente rapidez y, al momento siguiente, se levantó con una sonrisa arrogante en el rostro.

—Vaya, mira quién se une a nosotros, Mascha. Eres la última persona que esperaba ver aquí, sucia rata del desierto.

Sus ojos irradiaron tanto odio que me mareé. El miedo se apoderó de mí. ¿Qué hacía Gronus aquí? ¿Sabía de nuestra operación de rescate? Sentí un sudor frío recorriendo mi espalda. No se debía subestimar a este hombre.

—¿Estás bien, Mascha? —dirigí mi atención a la niña pequeña, que estaba sentada demasiado cerca del padre de Kayden, con el labio inferior tembloroso. Un escalofrío me recorrió la espalda. Algo no estaba bien aquí.

—Oh, está muy bien. Le he leído un cuento, el cuento favorito de Kayden cuando era pequeño. —El anciano miró detrás de mí, casi como si esperara que alguien entrara por la puerta en cualquier momento—. ¿Dónde está mi *hijo*?

¿Debería contarle lo que le ocurrió a mi marido? Como su padre, tenía todo el derecho a saberlo. Sin embargo, como nuestro enemigo, no sería nada inteligente decírselo y revelarle así que no podíamos contar con el poder de Kayden en la batalla.

Al parecer, mi reflexión le pareció demasiado larga, porque, antes de que pudiera decidirme, sentí un calor intenso detrás de mí. Se oyó un crepitar y las primeras volutas de humo flotaron en el aire.

No necesitaba mirar atrás para saber que la puerta, la única vía de escape, estaba truncada por el fuego.

Instintivamente, me acerqué un poco más al sofá, haciendo bailar una bola de luz en la palma de mi mano. Miré al viejo rey con desafío, aunque la idea de tener que enfrentarme a él y a su poder me daba náuseas.

Pero tenía que salvar a la niña, que ahora lloraba en silencio. Y la única forma de salir de allí era derrotando a Gronus.

Este, ahora que se había asegurado de que su pequeña rehén no pudiera escapar, se levantó para acercarse también.

—Dime, rata del desierto, ¿cómo convenciste a mi hijo para que se escapara como un traidor? —siseó, y su rostro se puso rojo por la ira reprimida que bullía en su interior.

—No finjas, Gronus, que no sabes que no teníamos otra opción que huir. Al fin y al cabo, fuiste tú quien ordenó nuestro asesinato. ¿Sigues enfadado porque nos escapamos de tus manos? —No debía provocarlo, pero este hombre, que en nuestro primer encuentro me había amenazado con romperme, sacó la sangre de debajo de mis uñas solo para aterrorizarme.

Sin embargo, su expresión de sorpresa me hizo dudar.

—¿Quería que los asesinaran? —preguntó ladeando la cabeza.

—Sí, igual que a la sacerdotisa Rosaria y a nuestro guardia Samir.

—Rosaria se quitó la vida y a Samir lo mataron porque se interponía en su huida —gruñó el anciano.

—¡Ja, Gronus! ¿De verdad conoces tan mal a tu hijo como para creer que asesinaría a uno de sus propios hombres? —respondí negando con la cabeza. Se habían simplificado mucho las cosas aquí en el castillo al achacar estos dos asesinatos a sangre fría al suicidio y a nosotros—. No matamos a nadie y Rosaria no se ahorcó.

De nuevo, algo brilló en su mirada. ¿Una revelación? ¿Una verdad?

—Quiero oírlo de mi hijo. ¿Dónde está? —insistió, y volvió a mirar detrás de mí, hacia la puerta, que entretanto se había envuelto por completo en llamas mágicas. La intensidad del fuego disminuyó, como si quisiera despejar el camino para mi esposo.

—No vendrá —dije con voz apagada, tratando de ocultar el dolor que me causaba esa verdad.

Gronus me observó como un lobo.

—¿Qué le hiciste, rata del desierto? —gruñó, acercándose de forma amenazadora hacia mí—. ¡Dímelo! ¿Lo mataste por la espalda con una de tus flechas? Ustedes, los cazadores, tienen excelente mano para eso. —Un temblor ligero era apenas perceptible en su voz, pero no se me escapó. El hombre que tenía delante no solo estaba enfadado y lleno de odio. No, también tenía miedo. Miedo por su hijo. Sorprendida por este descubrimiento, lo miré con atención.

Gronus le hizo la vida increíblemente difícil a Kayden y lo había tratado más como a un prisionero que como a un hijo. Incluso lo maltrató. Entonces, ¿por qué ahora esa preocupación?

—No le hice nada. Ese fuiste tú —le espeté, incapaz de contener las lágrimas. Una vez más, me vinieron a la mente las imágenes del pequeño Kayden siendo golpeado por su padre. Cada golpe imaginario me hacía estremecer por dentro.

La tristeza se apoderó del rostro del anciano. Y la culpa. Aun así, no pude evitar seguir atacando.

—Le causaste más sufrimiento del que debería soportar toda una vida inmortal. No era más que un niño débil e indefenso que anhelaba el amor de su padre.

Gronus miró por un momento a Mascha, como si pudiera reconocer en ella la versión pasada de su hijo. Tanto

arrepentimiento, pesar y tristeza se reflejaron ahora en el rostro de ese hombre terrible que tuve que dar un paso atrás.

—¿Dónde está? —preguntó con mucha menos fuerza.

—No está aquí. Y tampoco vendrá —respondí, y mi corazón se contrajo de dolor. Porque Kayden debería estar aquí. Conmigo.

La preocupación rozó por un momento el caos emocional del viejo.

—¿Por qué?

Contemplé pensativa al hombre que tenía delante. Parecía haber envejecido siglos en los últimos segundos e incluso vi que le temblaban las manos. Gronus parecía cansado, como si él mismo estuviera destrozado. Pero ¿qué era exactamente lo que lo había destrozado?

—Está luchando contra sus demonios internos y por eso no puede estar aquí —solté al fin, sin explicar con más detalle qué le pasaba con exactitud ni dónde se encontraba.

Pero él abrió los ojos con sorpresa.

—Entonces, lo que temía sucedió —dijo más para sí mismo.

¿Qué quería decir con eso? Fruncí el ceño y lo miré. El padre de Kayden no quería saber qué le pasaba a su hijo. No, más bien parecía como si ya supiera lo que le ocurrió a mi marido. ¿Nos había hecho vigilar por espías, pero no había creído la noticia de que su hijo estaba atrapado en una cueva en Ascradia?

—¿Qué temías? —insistí, esperando que siguiera tan comunicativo. Quizás sabía algo que nos pudiera ayudar a salvar a Kayden.

—Que por tu culpa, pequeña rata, se volvería imprudente —me espetó, mirándome de nuevo con odio. Cualquier preocupación o tristeza por su hijo se había borrado de su rostro con esas palabras. El fuego en mi espalda se avivó de forma notable y el calor que irradiaba se volvió poco a poco insoportable.

—¿Qué quieres decir con *imprudente*? —me atreví a preguntar.

—Que agotó su magia —respondió para mi sorpresa.

—Ha utilizado sus dones para salvar a Eclaria. A su pueblo, al que tú quieres condenar a una muerte segura.

—Dones que ahora lo consumen por dentro, como la sepsis consume el cuerpo —gruñó y dio otro paso hacia mí. En su mano se formó una bola de fuego.

—La Gran Madre le confió ese poder porque sabía que él podía soportarlo. Solo tú lo has menospreciado toda su vida y no le has dejado utilizarlo a plenitud. ¿Temías que pudiera superarte? ¿Que te superara y se hiciera con el trono? ¿Fue la envidia lo que te llevó a ello? —grité por encima del crepitar de las llamas—. No me culpes por algo de lo que tú eres responsable.

Como una marioneta a la que le hubieran cortado los hilos, el espíritu luchador de Gronus se derrumbó. Dejó caer la mano en la que hasta hacía un momento sostenía la bola de fuego y se desplomó en el sofá junto a la pequeña Mascha, que entretanto temblaba de miedo. Tenía que sacar a la niña de allí. Las llamas seguían lamiendo la única salida de la sala. Mientras Gronus no las hiciera desaparecer, no había forma de salir de la biblioteca.

—La Gran Madre me concedió lo que siempre había deseado: un hijo que tuviera más poder que yo. Un verdadero rey que pudiera liderar a los jinetes. Debería haber ascendido al trono después de Ryland —comenzó a contar para mi sorpresa. Las comisuras de sus labios se crisparon apenas, como si pudiera volver a sentir la alegría que al parecer sintió cuando nació Kayden—. Desde el principio lo eduqué con mano dura para que pudiera convertirse en lo que Ryland nunca fue. Un señor de la guerra. Un conquistador. Un líder al que todos respetaran.

Un escalofrío me recorrió la espalda. Kayden era tan amable y bondadoso que no quería imaginar lo dura que debía de haber sido la mano de Gronus para sacarle a golpes esos valiosos rasgos de carácter.

—Pero entonces llegó la maldición y tuvimos que huir. Elzira, la madre de Kayden, mi… —respiró hondo y vi la abrumadora tristeza que le invadía al pensar en su esposa—, ella estaba en ese momento en el palacio de Eclaria. Mi hijo y yo estábamos de excursión en el bosque. Nunca más la volvimos a ver. Nadie en el palacio sobrevivió. —Hizo una pausa y se pasó las manos por la cara con cansancio. Aproveché el momento y le indiqué a Mascha que se acercara a mí.

Se levantó con mucho cuidado y, en cuanto estuvo cerca, la puse a mi espalda, donde se agarró a mis piernas.

Gronus, que no se había percatado de su desaparición o no le dio importancia, cerró los ojos antes de continuar. Estaba absorto en las complicaciones del pasado.

—Llevábamos días viajando y vagando entre gigantescas montañas que nos resultaban tan extrañas como el desierto a una sirena. Cuanto más avanzábamos, más grande se hacía nuestro grupo. Habían sobrevivido más jinetes de lo que me atrevía a esperar y… Un día hicimos un descanso en un valle. Kayden fue enviado con otros niños a buscar leña para una hoguera. Pero él… —Se le cortó la respiración y, por un momento, pareció contener el aire mientras miraba al techo, como si pudiera ver allí lo que había sucedido. Exhaló temblando—. Kayden se separó del grupo mientras buscaba leña. —Su voz se fue apagando. Sonaba agotado, cansado de su propia historia—. En algún momento, todos los niños regresaron al campamento, todos menos mi hijo. Ya estaba anocheciendo, así que salí con unos cuantos hombres a buscarlo. Estaba muy enfadado con él. Porque debía ser un ejemplo para todos los demás, un modelo a seguir, y no ese mocoso que se escapaba o, peor aún, que se perdía.

El viejo rey me miró y una ola de culpa se apoderó de su rostro, por lo general tan estoico. Nunca antes había visto en Gronus otras emociones que no fueran el odio.

—Finalmente lo encontramos —continuó sin tono—. La flecha de un cazador se le había clavado en el pecho. Justo debajo del corazón.

Jadeé asustada. Por supuesto que conocía la cicatriz que Elara cerró con su magia curativa. Pero… en el momento en que los jinetes vagaban por las montañas, aún no habían hecho ningún pacto con los dragones. Algo no cuadraba aquí.

Miré al anciano con recelo. Estaba ocultando algo importante. Lo sentía.

—No me estás contando todo. ¿Qué pasó con la flecha? —pregunté con dureza. No iba a permitir que jugara conmigo. Ya lo

había hecho en el pasado y no iba a permitir que siguiera haciéndolo en el presente.

—La flecha era tan negra y maldita como la tierra misma —exclamó, para luego suspirar y pellizcarse el puente de la nariz con el índice y el pulgar—. Una flecha que dejó una herida negra y abierta en mi hijo. —Su expresión se volvió dura e implacable—. Kayden lleva la maldición dentro de él desde entonces.

Capítulo 32



Nunca podré olvidar el día
en que violé todos los límites éticos de mi don mágico.
En el que le quité los recuerdos a alguien.
Por orden de mi rey.

De los registros del comandante de la escuadra de jinetes de dragones reales

Jadina

Las palabras de Gronus me llegaron muy lentamente. Como el agua que se abre paso a través de la roca, la comprensión de lo que el viejo rey acababa de decir se fue abriendo paso en mi interior.

—¿La maldición? ¿En Kayden? —balbuceé, y solo pude mirar al tirano, que por primera vez era más que eso. Pero al mismo tiempo empecé a encajar todas las piezas del rompecabezas. Sin embargo… no encajaban.

—Kayden me contó una historia muy diferente sobre su cicatriz —dije al fin, sin mencionar la magia curativa de Elara. No sabía hasta qué punto el viejo rey estaba al tanto de ello.

—Solo pudo contarte lo que sabía —respondió Gronus con cansancio—. Le quitamos la flecha con cuidado y la herida se cerró con el tiempo, pero después su magia cambió. Se volvió impredecible, oscura y peligrosa. Ese poder brotó de él y atacó a los que estaban a su alrededor. Cuando yo quería animarlo a ser más fuerte y poderoso que todos los demás, me vi obligado a frenarlo, a mantenerlo a raya y a prohibirle que utilizara sus poderes. En algún momento tuve que alejarlo por completo de su magia. Así que lo dejé entrenar demasiado joven para las pruebas de jinete de dragón, que se podían superar sin magia, como tú misma lo has demostrado. —Su mirada se volvió despectiva, pero yo quería que continuara, así que lo dejé estar.

Suspirando, se inclinó hacia delante y apoyó los codos en los muslos para colocar las manos entrelazadas bajo la barbilla, como si estuviera rezando.

—Después de que se convirtiera en jinete, se me ocurrió una idea. Una solución al problema. Poco antes de la ceremonia de vinculación, dejé que Kayden volara con un escuadrón leal a mí en una misión para visitar a los cazadores. El líder de la escuadra tenía el poder de manipular los recuerdos. No era muy pronunciado, pero suficiente para nuestros propósitos. Volvió a clavar una flecha en su vieja herida y le quitó todos los recuerdos de lo sucedido antes de eso y de la flecha maldita. Así lo llevó medio muerto a los dragones en medio de la ceremonia de unión. Sabía que Elara poseía una magia curativa especial. Era una apuesta arriesgada, pero esperaba que se vinculase a él y lo curase. Kayden se estaba desangrando, lo que requería una acción rápida. Además, había lanzado un hechizo sobre la maldición para que ella no la descubriese. Después de la curación, había tanta magia suya en Kayden que cubrió la de la maldición. —Una fea sonrisa convirtió su rostro en esa mueca que me resultaba tan familiar—. Los dragones son seres sentimentales que, contrariamente a su reputación, prefieren salvar vidas antes que quitarlas.

Su relato me mareó. Solo por Mascha me mantenía en pie. ¿Estaba diciendo la verdad? Por desgracia, no pude evitar creer cada una de sus palabras.

—¿Y la magia de Kayden? —pregunté, y pude oír lo frágil que sonaba mi voz.

—Gracias a la magia de dragón que hay en su cuerpo, pudo volver a usar sus dones, pero aún no al máximo de su potencial. Le encargué a su maestro de magia que lo entrenara solo en la magia del viento. Pero solo hasta cierto punto. Le prohibí usar su segundo don. Tanta magia habría acabado con él.

Kayden había sacado todo el partido posible a su magia del aire en la cueva donde encontramos la primera rosa, y recordé el temblor, que no encajaba en absoluto con ese don. ¿Era posible que también tuviera magia de la tierra?

Gronus se rio sin humor.

—Bueno, ahora sí que lo ha destruido.

—No —protesté. A pesar de su historia, no quería ni podía renunciar a mi marido—. Aún no está perdido. Podemos salvarlo.

—¿Salvarlo? —Ahora soltó una risa cruel—. Tú, pequeña rata del desierto, eres tan impotente contra la maldición como todos nosotros. Si hubiera sabido lo inútil que serías, ni siquiera habría mandado buscarte.

Sus ojos se volvieron penetrantes mientras se levantaba del sofá. Pude ver claramente el cambio en él. Mientras se colocaba frente a mí, recuperaba cada uno de los gramos de su crueldad y su fuerza. Las llamas detrás de mí se dispararon y, en un abrir y cerrar de ojos, unas bolas de fuego floraron sobre las palmas de sus manos. Yo también invoqué dos bolas de luz y me preparé para repeler su próximo ataque.

—Solo te queda un propósito. —Inclinó la cabeza, como un animal salvaje que observa a su presa. El padre preocupado había desaparecido—. Me darás la salvación. Con tu muerte. Los cazadores me quitaron la esperanza, así que es justo que yo les quite la suya.

Di un paso atrás, con Mascha todavía aferrada a una de mis piernas.

—¿Cómo puedes estar tan seguro de que fue un cazador quien le disparó a Kayden?

—Era una flecha de la guardia real de cazadores. Solo los cazadores de alto rango poseían esos proyectiles especiales.

Llevaban el escudo de la familia real de Eclaria —gruñó, y el odio hacia mi pueblo, que había guardado en su interior desde aquel día, brotó de sus fríos ojos.

Entonces, todo sucedió muy rápido. Gronus nos lanzó bolas de fuego mientras levantaba un muro a nuestro alrededor. Solo pude crear un escudo protector alrededor de Mascha y de mí, de lo contrario también habríamos ardido en llamas.

—La niña es inocente, Gronus. Es una de los tuyos. ¡Déjala ir! —grité por encima del crepitar del fuego.

—¿Para que aproveches la oportunidad para escapar? ¿Por quién me tomas? La pequeña no importa. —Oí cómo su voz se movía a nuestro alrededor, casi como si nos estuviera rodeando. Buscando un punto débil en el escudo.

Rápidamente revisé mi red. Era estable. No había ningún punto débil. Nayda y Jarok habrían estado orgullosos de mí.

¡Jarok!

—*Necesito ayuda* —grité a través de nuestra conexión. Sin embargo, parecía que mis palabras no encontraban apoyo y se desvanecían como pompas de jabón al viento—. *¿Jarok?* —lo intenté de nuevo, pero fue en vano. No obtuve respuesta, ni pude sentir su presencia en mis pensamientos.

—Llamas a tu dragón en vano —me informó el antiguo rey con una risa maliciosa—. He protegido la sala con un escudo mágico. La magia de los dragones está bloqueada aquí.

¿La biblioteca estaba protegida contra la magia de dragón? Entonces me di cuenta que solo pude leer los sentimientos de Gronus por sus expresiones o en su postura, pero no con el don que recibí de Jarok. Ese don que había interiorizado tanto que ya no tenía que pensar en él cuando lo usaba. Por eso, solo ahora me percaté que ni una sola vez se había formado una niebla de colores sobre su cabeza que hubiera revelado sus emociones. Ahora también entendía por qué me invadió una sensación tan extraña al entrar en la habitación.

Gronus no estaba fanfarroneando. Decía la verdad. Jarok no podía oírme y tampoco podría acudir en mi ayuda.

El viejo rey daba por sentado que no me defendería y que por eso me atrincheraba tras un escudo protector porque era demasiado débil, pero nada más alejado de la realidad. Me hubiera encantado dar rienda suelta a mi magia y doblegarlo con ella. Pero temía dañar a la niña en el camino; por eso me contenía.

Estaba subestimándome. Pero tal vez eso no fuera malo, porque la arrogancia lo hacía descuidado. ¿Arrogancia? Conocía a alguien que dominaba esa personalidad a la perfección. *Caronte.*

No me gustaba ponerme en contacto con él. Prefería mantenerlo lejos de mis pensamientos. Pero esta vez no tenía más opciones.

—¡Caronte!

Nada.

—¡Caronte!

De nuevo, no hubo respuesta. ¿De verdad no me oía? ¿O le divertía escucharme llamándolo?

El círculo de llamas detrás de mi escudo se acercaba cada vez más y Mascha se aferraba incluso más fuerte a mi pierna. Cuando Gronus lanzó bolas de fuego contra el escudo, la niña se estremeció con cada impacto sibilante.

—¡Caronte! —le grité al dios. Ese cabrón seguramente se estaría divirtiendo con mi situación y mi voz que se volvía cada vez más aguda por llamarlo.

Suspiré molesta y puse los ojos en blanco antes de empezar a hablar. Necesitaba un nuevo enfoque. Guantes de seda en lugar del látigo.

—Caronte, tú, el poderoso, y… —¿Qué apodo fue el que pidió?—*. Tú, el hombre más hermoso del mundo…* —Ignoré su otro apodo. Sin embargo, me sentí mal—. *Por favor, ven a salvarme. Es algo que solo tú puedes hacer.*

Cada palabra sabía a agua estancada, pero sabía que no me quedaba más remedio que superar mis miedos si quería sacar a la pequeña Mascha sana y salva de aquí. Se lo había prometido a su madre.

—Por favor, por favor, por favor, *Caronte* —le supliqué con la voz más amable que pude reunir.

Pero ni siquiera entonces respondió. Era un arrogante idiota .

Mientras tanto, los ataques de Gronus se volvían cada vez más agresivos. Bombardeaba el escudo con bolas de fuego y las primeras grietas comenzaban a aparecer. Una vez más volví a tejer mi magia. Si no recibía ayuda pronto, tendría que lanzar un ataque contra ese tirano y eso podría resultar peligroso. Mirando a Mascha, pensé en ponerla debajo de la mesa y cubrirla con un escudo protector. Aunque la idea de hacerle eso me inquieto. Y tampoco sería seguro para ella.

—*¡Caronte, mueve tu arrogante trasero divino hasta aquí y ayúdame!* —le grité enfadada a través de la conexión. En ese momento, me rozó una suave risita.

—*Si lo pides de esa forma tan amable* —ronroneó divertido en mis pensamientos—, *¿cómo voy a decir que no? Aunque preferiría un* «trasero divino y sexy*» en lugar de un* «arrogante trasero divino*». Pero no voy a ser tan quisquilloso.*

¡Oh! ¡Esa arrogancia divina! ¡Increíble!

Entonces, una luz brillante me deslumbró y sentí cómo mi magia protectora se expandía. El poder que ahora presionaba desde dentro de sus muros era tan enorme que, por un instante, el mundo se vio sacudido. El frío fluyó como lava sobre mi piel y sentí cómo mi escudo se tambaleaba en sus cimientos. Solo con toda mi concentración pude evitar desmayarme, así como el colapso de nuestra cúpula protectora.

Temblando y sudando, me cubrí los ojos con las manos para mirar con ira al hombre que apareció frente a mí, saliendo de la luz.

Mascha gimió en voz baja y yo le acaricié el cabello para tranquilizarla.

—¿Por qué no respondías? —le espeté—. Te llamé varias veces.

—Ah, ¿te referías a mí? —respondió con un tono tan inocente como el de un niño al que acaban de pillar robando caramelos.

—No te hagas el tonto. Me escuchaste.

Pero Caronte ya no prestaba. En cambio, miraba a su alrededor confundido.

—¿Por qué te escondes en esa burbuja en lugar de destruir a ese pavo real engreído que está ahí fuera? —me preguntó, levantando una ceja con desdén.

—Porque no estoy sola —respondí con simpleza, señalando en silencio a la niña, que seguía agarrada con fuerza a mi pierna.

—Nunca he entendido por qué le dan tanta importancia a la vida de sus hijos. —Puso los ojos en blanco de forma ostensible—. De todos modos, se morirán algún día.

Respiré hondo. No debía dejar que me provocara.

—¿Serías tan amable de sacarnos de aquí? —le pregunté con toda la paciencia del mundo.

—Dame un segundo. Es lo único que necesito para destruir al gusano que hay ahí fuera. Sus bolas de fuego me sacan de quicio y me dan dolor de cabeza.

—No, Caronte —dije con más severidad de la que pretendía—. Se lo merece, pero nosotros dos no somos quienes para juzgarlo.

Kayden era quien había sufrido los terribles actos de su padre y era quien debía decidir qué hacer con él.

—Qué pena —respondió con un puchero, solo para empujarnos un momento después hacia una luz deslumbrante que casi me dejó ciega.

Entre el rugido de las llamas que dejábamos atrás, creí oír el grito furioso de Gronus.

Capítulo 33



La profecía puede arruinar mis planes.
Pero no si convierto sus peones en los míos.

Del diario de Attilus

Jadina

De forma brusca y poco elegante, aterricé de culo en la cueva donde se habían reunido las mujeres y los niños.

—¡Mascha! —oí sollozar a una voz femenina y la niña, que hasta entonces se había aferrado a mí, se soltó y salió corriendo.

—¡Mami! —gritó con voz temblorosa.

Me puse en pie y sacudí el polvo y la arena del uniforme.

Caronte estaba a mi lado, como si todo aquello no fuera asunto suyo.

—Gracias por sacarnos de ahí —le dije sin mirarlo. No podría soportar esa sonrisa petulante que tenía. No después de todo lo que Gronus me contó. El dolor por Kayden era demasiado profundo.

—De nada —ronroneó con aire complacido—. Pero no lo conviertas en un hábito. Podrías haber acabado fácilmente con ese

gusano. La niña no era más que una excusa para no usar tus poderes.

—Yo… —empecé a decir para defenderme, pero enseguida cerré la boca. ¿Tenía razón? ¿Solo utilicé a Mascha como excusa para no tener que luchar contra mi suegro? En el pasado, le había tenido miedo al viejo rey y a su poder. Pero ahora era mucho más fuerte que él. ¿Aún no asimilaba del todo esa idea?

Antes de que pudiera seguir hablando, Caronte ya había desaparecido por un portal.

—¡Jadina! Por fin estás aquí. —Fely corrió hacia mí y me abrazó —. Ya estábamos preocupados.

—Todo va bien. Solo hubo una pequeña complicación —respondí —. Pero ya les contaré más tarde. Primero salgamos de aquí.

Miré a mi alrededor. Los dragones ya se habían llevado a todas las mujeres y los niños fuera de la cueva. Solo Mascha y su madre seguían junto a Flavia y Eline.

—Mi reina, no sé cómo agradecérselo —dijo la mujer mientras abrazaba a su hija para protegerla.

—Me alegro de que vuelvan a estar juntas —respondí, guiñándole un ojo a Mascha para animarla. La pequeña me dedicó una tímida sonrisa. Seguramente había pasado mucho miedo y esperaba que ese momento no la persiguiera mientras dormía, como sin duda me ocurriría a mí.

En ese momento, un dragón aterrizó en la plataforma y Flavia las empujó hacia él.

—Hija mía, me alegro de que hayas vuelto sana y salva —dijo Eline, y también me abrazó—. Fue muy arriesgado ir a buscar a la niña. Sola. No vuelvas a hacer algo así, a menos que desees que me muerda de angustia.

—Lo intentaré —prometí sin mucho entusiasmo. Más tarde, en el asentamiento, también tendría que contarle a ella los nuevos descubrimientos sobre mi marido. ¿Podría ella añadir algunas piezas al rompecabezas que representaba aquella situación sobre mi esposo?

—¡Rápido, tenemos que irnos! —Flavia interrumpió mis pensamientos y la pequeña y regordeta mujer corrió hacia el dragón

amarillo que acababa de aterrizar. Con cariño y sollozando, la vieja doncella acarició su boca escamosa y él también la empujó con suavidad. Luego se subió con gran destreza a su espalda y se alejaron volando.

—¡Ahora ustedes dos! —ordenó Flavia—. Aunque no puedan vernos, ya se habrán dado cuenta de nuestra presencia. A más tardar, cuando Caronte desplegó su poder para llegar hasta ti. Debió haberlo utilizado en gran medida, porque en realidad no debería serle posible guiar a seres dentro de Eclaria a través de un portal.

Levanté la vista sorprendida. Tenía razón. La magia negra de la cúpula que cubría Eclaria impedía viajar a través de portales. Sí, Caronte solo podía atravesar ese escudo mágico gracias a sus puertas dimensionales, pero esta vez no había estado solo. Nos llevó a Mascha y a mí con él. ¿Cuánto le costó? ¿Y por qué lo hizo?

Fely corrió hacia el borde y se fue volando. En ese mismo instante, mi dragón aterrizó en la plataforma.

—¡Jadina! —resonó la voz de Jarok en mi cabeza. Su llamada denotaba preocupación—. *¿Qué ocurrió? Intenté contactar contigo, pero solo encontraba vacío. Casi como si no existieras.*

¿No existir? ¿Como si estuviera muerta?

Trepé por su pata delantera hasta su espalda.

—Lo siento. Es una larga historia, pero primero tenemos que ponernos a salvo.

En ese momento oí gritos y pasos procedentes del interior de la cueva.

¡Mierda! ¡Nos había descubierto!

Flavia se colocó en posición de combate, de espaldas a nosotros. ¿Estaba loca? Estaba segura que Gronus había enviado a medio ejército para capturarnos.

—¡Flavia! ¡Ven! —le grité a la valiente guerrera. Vacilante, se giró un poco hacia mí. Pero entonces su rostro se llenó de determinación.

—¡No, yo los detendré! ¡Váyanse!

—¡No era una petición, sino una orden! ¡No nos servirás de nada en una posible guerra si estás muerta! —le grité, poniendo toda mi autoridad en mis palabras—. ¡Súbete! ¡Ya!

Ni siquiera Flavia se atrevió a desobedecer una orden de su reina. Una especie de gruñido salió de su garganta antes de enfundar su espada y trepar por la pata delantera de Jarok hasta su lomo.

Justo a tiempo, porque en ese momento un gran grupo de hombres de Gronus irrumpió en la cueva. Bolas de fuego y rayos de hielo nos alcanzaron; aún así, pude envolvernos a los tres en un escudo protector. Los proyectiles rebotaron en su exterior.

—¡Vamos, Jarok! —animé a mi dragón, que aceptó en silencio la presencia de Flavia. Al momento siguiente, se dejó caer desde la plataforma.

Nos sumergimos en una capa de nubes y luego en la brillante niebla de la magia de Limycu.

Miré a mi alrededor. Los soldados estaban al borde de la salida de la cueva y miraban completamente perplejos hacia la oscuridad de la noche. Ya no podían vernos y no sospechaban nada de la increíble cantidad de dragones que formaban nuestro grupo. ¿Todo este era el clan? Excepto, por supuesto, los dragones que se habían unido a Gronus y querían derrocar a Kargon, el señor de los dragones.

Entre nuestro grupo descubrí también a algunos novatos que, junto con Troas, volaban de un lado a otro entre los dragones más viejos. ¿Estaban jugando al pilla-pilla? Tendríamos que pensar en algo para que los dragones pudieran convivir unos con otros.

Nuestra comitiva se alejó del castillo y, salvo algunos ataques a medias con bolas de fuego que ya no nos alcanzaban, nos dejaron en paz.

—¿Me vas a contar ahora lo que ocurrió ahí dentro en el castillo? —se impuso Jarok en mis pensamientos.

—Sí, lo haré, pero Elara también debería escucharlo. Se trata de Kayden —respondí y, al instante siguiente, sentí la presencia de la dragona en mi mente.

—Pequeña cazadora, estábamos preocupados. Jarok quería asaltar el castillo para rescatarte.

En agradecimiento, acaricié con cariño el cuello de mi dragón. Me habría salvado. Saberlo me llenó de una agradable sensación de

calidez.

—Jarok mencionó que tenías noticias sobre Kayden —dijo Elara, y su voz estaba tan llena de esperanza que me dejó sin aliento.

—Sí, las tengo, pero por desgracia no son nada agradables. —No, eran devastadoras.

—No importa lo que sea. También encontraremos una solución para eso —intentó Jarok animarnos a todos, pero yo sabía que no era así. Para esto no había solución ni esperanza.

—Elara, ¿recuerdas el día en que curaste a Kayden? —le pregunté, sin entrar en las bienintencionadas palabras de Jarok.

—Sí, claro. A pesar de la inminente ceremonia de unión, lo llevaron a una misión y luego lo trajeron herido de gravedad a la arena. Tenía una flecha clavada en el pecho, a la altura del corazón. Sentí la llamada de curarlo y lo hice, solo para vincularme a él después —resumió y las coincidencias con la historia de Gronus me dejaron sin aliento por un momento.

—¿Notaste algo extraño en su magia? —insistí.

Elara lo pensó un momento.

—¿En su magia? No. Solo que estaba muy débil por la pérdida de sangre. Y el propio Kayden estaba algo confuso —recordó la dama dragón.

—¿Cómo confundido? ¿Desorientado? ¿O alucinando?

—No paraba de susurrar que la flecha era negra, cuando en realidad era una flecha de madera marrón común y corriente. La vi cuando la extrajeron. Pero tuve que usar mi magia, porque no podía perder más sangre. Me instaron a que usara mi don, y yo también sentí que había que actuar con rapidez. Después, Kayden se desmayó.

—Jadina, ¿qué tiene que ver todo esto con lo que pasó hoy en el castillo? —interrumpió Jarok la conversación entre Elara y yo, y sentí que a ambos dragones les quemaba esta pregunta en el alma.

—Me encontré con Gronus en su biblioteca —solté.

—¿Qué? —exclamó Elara, y Jarok soltó un gruñido peligroso, como si con ello pudiera asustar a Gronus desde la lejanía.

—Tenía a Mascha retenida ahí. Al parecer, sospechaba que algo estaba sucediendo. Pero lo que no esperaba era mi presencia. —Me

encantó recordar su expresión cuando fui yo quien entró en la biblioteca y no una de sus súbditas—. *Gronus quería saber dónde estaba su hijo. Así que se lo conté. Entonces, de repente se convirtió en un hombre destrozado mientras contaba con dolor que Kayden había sido alcanzado por una flecha cuando era niño. Una flecha a la que se había adherido la maldición. Pensó que un cazador debía de haberla disparado contra Kayden. Eso fue antes de que se encontraran con ustedes, los dragones. Desde ese día, la magia de Kayden fue impredecible, oscura y peligrosa.*

—Pero Kayden ya no era un niño cuando lo curé —intervino Elara.

—Es cierto, porque antes de la ceremonia de vinculación, le quitaron a Kayden el recuerdo de esa flecha y le perforaron la herida con una nueva flecha de los cazadores. Cuando la pérdida de sangre fue tan grave que había que actuar con urgencia para salvarlo, lo llevaron a la arena. Gronus conocía tu don y estaba seguro de que no dudarías ni un momento en utilizarlo con Kayden.

—Y lo curé. Dejé que mi magia fluyera a través él. Magia que suprimió un poco la maldición —concluyó horrorizada.

—Sí. Sin embargo, la maldición permaneció todo el tiempo en su cuerpo y, cuando él llevó su magia más allá de los límites, la maldición no dudó en clavar sus garras en mi alma gemela.

—Entonces Kayden está perdido —susurró Elara, y sus palabras se enroscaron heladas alrededor de mi corazón. Kayden estaba perdido.

Capítulo 34



Los recuerdos son un bien precioso.
Sin ellos, perdemos nuestra identidad.
Por eso, a todos los seres mágicos se les prohíbe
jugar con los de los demás.

Extracto de la obra
La magia y sus portadores, de Hakon

Kayden

El dolor me despertó. Pero esta vez era un dolor que no parecía ser mío. Casi me desgarraba por dentro y pesaba sobre mi pecho. Tan pesado que apenas podía respirar.

¡Jadina!

El sentimiento debía provenir de ella. ¿O era de Elara? No lo sabía, pero tampoco me atrevía a averiguarlo.

Cuando me encerré en esa burbuja de destrucción, también interrumpí la conexión con mi dragona. No quería que sintiera cómo me sentía. No quería que sufriera. No por mi culpa.

Sin embargo, a veces deseaba no haberlo hecho. En los momentos en que la soledad y la desesperanza amenazaban con

ahogarme. La echaba mucho de menos. Su voz en mi cabeza. El suave murmullo cuando no compartía mi opinión. La risa burbujeante cuando algo le divertía. Las palabras tranquilizadoras cuando algo me alteraba emocionalmente. Y, por supuesto, echaba de menos volar. La libertad en lo alto del cielo sobre el lomo de Elara. Entonces, cuando el mundo se hacía cada vez más pequeño debajo de uno y las preocupaciones parecían muy lejanas.

Pasé el dedo por las escamas justo debajo de mi corazón. Solía hacerlo a menudo. La magia que había en ellas me tranquilizaba. Apaciguaba mi propia magia. Pero ni siquiera eso parecía ayudar en ese momento contra la agitación constante que sentía en mi interior. Nada apaciguaba ese poder oscuro que tenía clavadas sus garras en lo más profundo de mi interior.

No recordaba cómo me había alcanzado la flecha, pero sí cómo Elara me salvó. Cómo su don calmó el caos que reinaba en mi interior.

Una vez más, mi interior se contrajo. Y, de nuevo, no pude determinar de quién era el dolor que sentía. ¿Quizás de Jadina?

—¿A quién le importa? —se oyó de repente esa voz interior. Se había vuelto tan fuerte que me estremecí—. *Lo importante es que por fin me dejes salir. Que dejes que despliegue mi poder destructivo.*

Con una mirada interna revisé las cadenas con las que había atado a ese monstruo dentro de mí. Un escalofrío me recorrió la espalda. Mi magia, que lo ataba, se debilitaba cada vez más. Sabía que era solo cuestión de tiempo antes de que ya no pudiera controlarlo. Antes de que se abriera paso a través de mi escudo y me convirtiera por completo en una marioneta de su voluntad.

Eso no podía suceder. Prefería morir antes que permitir que por mi culpa redujera nuestro mundo a cenizas.

Una risa cruel atravesó mis pensamientos y llenó de miedo todo mi ser.

—Por favor, otra vez no. Ahórrame esos pensamientos depresivos sobre la muerte.

Sí, ese sentimiento dominaba desde hacía tiempo mi pequeño mundo en el aislamiento de esa burbuja. Pero la esperanza de volver

a ver a Jadina me impedía llevarlo a cabo. Era egoísta. Pero me había jurado a mí mismo que llevaría a cabo mi plan después de ver a mi esposa por última vez. En uno de esos momentos de ensueño en los que ella yacía entre mis brazos y yo podía tocarla, sentirla, saborearla y olerla.

Después de eso, pondría fin a todo esto.

—Ja. Como si tuvieras el valor suficiente para hacerlo —se burló la voz y pude sentir cómo su poder se rebelaba contra mi magia.

Quizás tenía razón y ya era demasiado tarde para eso. La idea me asustó, pero al momento siguiente la oscuridad volvió a arrastrarme consigo.

Capítulo 35



El poder de un vínculo espiritual es insondable.
Con cada nueva alma gemela aprendemos algo nuevo.
Sin embargo, nos sentimos
como si aún estuviéramos en los inicios de nuestros estudios.
Esta magia no se puede descifrar.

Extracto del libro
Los conectados, de Horacio

Jadina

Agotados, nos sentamos todos juntos en el comedor y calentamos nuestros dedos congelados con una taza humeante de té de hierbas que Ida nos preparó. La joven estaba tan abatida como todos los demás en la mesa y miraba pensativa sus manos.

Después de asegurarnos de que todas las mujeres y los niños estuvieran alojados en las salas comunes y de que los dragones, bajo el mando de Jarok, se hubieran instalado en un valle cercano, vinimos aquí y les informé a todos de lo que Gronus me contó.

Desde entonces, guardábamos silencio. El escuadrón de Kayden se había puesto notablemente pálido y en los ojos de Nayda, así

como en los de Eline, se podían ver lágrimas silenciosas. Sin embargo, este debería ser un momento de alegría. ¡Logramos rescatar a todos!

Aun así, la noticia nos había afectado de igual manera. Incluso Caronte, que nunca se contenía con comentarios inapropiados, estaba callado. De vez en cuando me miraba con curiosidad. Casi como si esperara una reacción por mi parte.

Pero yo no podía llorar ni gritar al mundo mi ira por esta situación. Todo en mí se sentía apagado y pesado. Sin esperanza.

Gronus, sin ser consciente de ello, logró cumplir su amenaza. Me destrozó. Mi alma y mi corazón.

Desesperada, me aferré a mi taza. Ni siquiera tenía fuerzas para beber.

—Pero esto no puede ser el final —rompió Lenn el silencio. Su voz era una súplica.

Levanté la vista y lo miré. Una sonrisa forzada y a la vez alentadora se dibujó en la comisura de sus labios. Pero esta vez no pude corresponderla.

—Kayden está perdido —susurré sin fuerzas—. Y con él, nuestra oportunidad de romper la maldición.

—Quizás la sirena se equivocaba y podemos salvar Eclaria sin la magia de Kayden. —Dex me miró con insistencia. Casi como si quisiera decir: *no te rindas tan rápido.* Pero dentro de mí reinaba un vacío que amenazaba con devorarme.

—Hakon y Horacio son dos eruditos y también opinaban que solo con el poder unido sería posible romper la maldición —respondí, deseando al mismo tiempo tener una cama para poder dormir.

—Quizás Dex tenga razón y ese poder también pueda significar *nuestras* fuerzas combinadas —intervino Nayda en la discusión.

—El poder combinado de las almas gemelas de la profecía —respondí con cierta brusquedad—. Por desgracia, ustedes no están incluidos en eso.

En cuanto pronuncié esas palabras, me arrepentí de mi respuesta. Pero ya había barajado todas las posibilidades en mi cabeza. Hasta que llegué a la conclusión de que no podíamos salvar nada ni a nadie.

Sin embargo, no tenía derecho a quitarles la esperanza.

—¿De verdad no hay otra forma de destruir ese maldito escudo que cubre la isla? —quiso saber Jako—. Al fin y al cabo, tenemos a un dios de nuestro lado. Tiene que servir para algo.

Sentí cómo se hinchaba el poder de Caronte incluso antes de que Jako pronunciara sus últimas palabras. Se esparció por el aire con violencia y el dolor del frío, que ya me resultaba demasiado familiar, recorrió mi piel.

—No estoy en Eclaria para interferir en sus asuntos insignificantes. Solo estoy aquí en calidad de asesor —siseó la divinidad, mirando a Jako con desprecio. Este, para mi sorpresa, permaneció impasible ante esa amenaza.

Ya sabía que Caronte no podía interferir en los acontecimientos, pero ya lo había hecho al rescatarme del castillo. Lo que no entendía era por qué fue tan lejos y me liberó de las garras de Gronus.

¿Era más bondadoso de lo que daba a entender? ¿Menos cruel de lo que sugerían sus palabras y su espeluznante sonrisa?

Ahora era yo quien lo observaba con curiosidad. ¿Cuáles eran sus intenciones? ¿Por qué estaba aquí?

—Yo también creo que no debemos rendirnos tan rápido —interrumpió Fely—. Planifiquemos los próximos pasos y veamos cómo se desarrolla el destino. No podemos quedarnos de brazos cruzados viendo cómo Gronus libra la guerra contra los cazadores. Cómo la sirena se come a Julze, ni cómo Eclaria se hunde.

—Fely tiene razón. Mientras mi corazón siga latiendo, seguiré luchando —determinó Nayda, golpeando la mesa con fuerza con el puño. La vibración de la madera me atravesó como un golpe de tambor. Los demás estuvieron de acuerdo con ella. No quería ser yo quien les quitara el espíritu de lucha. Pero tampoco podía dejar que se lanzaran a su perdición.

Ya no teníamos esperanza.

—¿Por qué crees que la situación es desesperada? Aunque nadie en esta sala esté de acuerdo contigo —oí la astuta voz de Caronte en mi cabeza.

—¡Vete! —le grité mentalmente—. *Sal de mis pensamientos. Solo me pertenecen a mí.*

—No si ponen en peligro la misión —respondió con ese tono complaciente que tanto odiaba de él.

—Una misión que nos llevará a todos a las puertas del Hades —resoplé y lo miré de reojo con los ojos entrecerrados. Sin embargo, él fingió no darse cuenta de mi presencia, y mucho menos estar hablando conmigo.

Su mirada se dirigía a Dex, que estaba hablando de la ubicación de las diferentes torres de vigilancia de los jinetes de dragones para analizar desde qué direcciones podría atacar Gronus a las aldeas de los cazadores.

—Aunque me encantaría llevar cada una de sus almas a Estigia, en especial tu molesta y pequeña alma, aún no ha llegado la hora. Hades tendrá que esperar un poco más. Lo cual no le resultará para nada difícil, teniendo en cuenta que se acerca su aniversario con Perséfone y a los dos les gusta pasar días enteros en la cama con salvajes…

—¡Caronte! —exclamé indignada—. *No quiero saber nada sobre la vida sexual de los dioses. Ni la tuya ni la de ningún otro.*

—Está bien —respondió con un tono algo ofendido—. *Aunque hay mucho que contar.*

—¡Caron…!

—Solo quería decir que Hades no tendría tiempo para ustedes de todos modos. —De repente, sentí su penetrante atención sobre mi piel—. *¿Estás lista para dejar atrás la desesperanza y liberar a tu alma gemela?*

Lo miré. ¿Qué juego era ese? Él sabía tan bien como yo que habíamos perdido a Kayden.

—No es divertido hacerme creer que Kayden aún puede salvarse cuando en realidad… —No podía decirlo. Me volvería a romper el corazón. Mi mirada se volvió suplicante. Era consciente de ello, pero no me avergonzaba ni de eso ni de las lágrimas que ahora rodaban silenciosas por mis mejillas.

—¿Recuerdas con qué nombre te llamo siempre? —continuó imperturbable. Sus ojos, casi blancos, eran realmente bondadosos. Sin esperar mi respuesta, siguió hablando. Las voces de los demás

se fueron desvaneciendo poco a poco—. *Pequeña rompe maldiciones.*

«Pequeña rompedora de maldiciones».

—Creo que a veces tú misma olvidas los poderes que hay en ti. Dones que no aprovechas. Cuyo alcance ni siquiera conoces.

Resoplando, me aparté de él.

—Sé que poseo la magia de romper maldiciones. Sin embargo, ni siquiera puedo caminar sobre la tierra maldita que rodea el palacio de Eclaria sin sentir dolor. Ahí queda la magia de romper maldiciones.

—Realmente careces de cualquier tipo de formación mágica, ¿verdad? —quiso saber el dios de forma desafiante. Me resultaba incómodo admitir ante él ese hecho. Era vergonzoso. Ser una persona tan poderosa que no podía utilizar su poder con plenitud

—Por supuesto que sé manejar mi magia —afirmé, pensando en las pocas enseñanzas de Kayden sobre su magia del aire. Como si eso pudiera ocultar mi mentira, crucé los brazos sobre el pecho.

—Sí, claro —se burló con una risa sarcástica—. *Y yo no soy el ganador indiscutible de las últimas quinientas Grandes Cacerías.*

¡Por los dioses! ¿Iba a volver a hablar de todas sus aventuras sexuales?

—Te lo contaré en otra ocasión —dijo en tono burlón. De verdad no podía entender a ese hombre. Y mucho menos comprendía sus motivaciones.

—Puedes liberar a Kayden —insistió, y yo lo miré con incredulidad—. *Y te enseñaré cómo.*

—¿Por qué eres así?

—¿Qué? ¿Ser guapo? —preguntó con una sonrisa arrogante. Sabía a qué se refería mi pregunta.

—¿Ayudarme? ¿Ayudarnos?

—¿Qué otra cosa puedo hacer? ¿Aburrirme hasta la muerte? En esta maldita isla ni siquiera hay ninfas para un poco de…

—Lo entiendo, Caronte. No hace falta que vuelvas a revelar los detalles de tus aventuras amorosas.

Sin embargo, no me creí esa explicación. Había algo más detrás. ¿Era su amistad con Elena lo que le hacía ser tan servicial? De

alguna manera, no podía imaginarlo.

—*¿Cómo crees que podría liberar a Kayden de las garras de la maldición?* —le pregunté, consciente de que cada palabra sonaba como un desafío.

—*Con la ayuda del vínculo del alma* —ronroneó, acercándose demasiado a mí—. *Y la conexión mental que poseen, que ahora mismo solo utilizan para…* —Se acercó tanto que pudo susurrarme las siguientes palabras al oído—: follar en sus sueños.

Un escalofrío, mezclado con un dolor punzante, recorrió toda mi piel y no supe decir con certeza si se debía al aliento helado de Caronte, que me rozaba la mejilla, o al anhelo por Kayden que sus palabras despertaron en mí.

—*Por cierto, eso es algo que me gusta mucho de ti. Sobre todo ahora que compartimos habitación y puedo ser testigo de cómo al menos alguien más se* divierte *un poco.*

Dios o no, en otras circunstancias le habría saltado al cuello por decir eso. Lo que podría haberme costado la vida y haberme enviado al Hades más rápido de lo que me hubiera gustado. Pero sus palabras me afectaron. Despertaron una pequeña voz que quería saber si tal vez tenía razón. Una voz llamada esperanza.

¡No! No debo dejar que me confunda. Quizá solo intentaba sumirme en la desgracia para deleitarse con mi dolor y mi desesperación. O me presentaría el precio de su *ayuda*. Una parte de mi alma o mis recuerdos más preciados. Pero Caronte solo me miraba en silencio.

¿Acaso tenía razón?

—*¡Jarok!* —llamé a mi dragón mientras miraba al dios con los ojos entrecerrados. ¿Cuál era su motivación? No era su gran corazón, de eso estaba segura.

—*¿Sí?* —Como siempre, la presencia de mi dragón fluyó cálida por mis venas.

—*Caronte afirma que, con mi magia para rompecursas y nuestra conexión mental, podría salvar a Kayden. ¿Es cierto?*

—*¡Uf!* —exclamó Jarok pensativo—. *Suena lógico. Pero no puedo decírtelo con certeza. Es seguro que mi padre sabría si es cierto.*

—*¿Dónde está? ¿Puedo hablar con él?*

Se produjo un breve silencio que me inquietó. No había podido distinguir a Kargon, el señor de los dragones, entre los demás dragones.

—Mi padre es el dragón de Gronus. Los dos están conectados. El antiguo rey utilizó esa conexión para capturarlo.

CAPÍTULO 36



Tengo que corregir mi error.
Antes de que pueda destruir todo
todo lo que me es querido y preciado.

De los escritos de Caronte

Jadina

KARGON ERA PRISIONERO DE GRONUS? Cuando creías que no podían surgir más problemas, ya se presentaba uno nuevo.

—¿Cómo puede Gronus tener tal poder sobre Kargon? —pregunté, pasándome la mano cansada por el cabello—. *Tu padre es un dragón poderoso y el viejo rey no es tan dotado para la magia como creía al principio.*

—Mi padre, al mismo tiempo que acordaba unirnos a los jinetes de dragones, hizo otro pacto con Gronus. Para demostrar su lealtad, se unió a él como dragón y, a su vez, juró permanecer a su lado y luchar, sin importar lo que sucediera. En aquel momento, mi padre aún no tenía ni idea de lo que tramaba su jinete ni de cuáles eran sus objetivos.

—¿Entonces Gronus tiene acceso a los dones de Kargon? —exclamé asustada. ¿Acaso ese sujeto también podía incursionar en los sueños?

—No a todos. Al igual que la mayoría de los dragones, mi padre solo compartió uno de sus poderes con Gronus. En ese sentido, fue más cauteloso. No le concedió ser caminante de sueños —me explicó Jarok. Sin embargo, no pudo ocultar la preocupación que resonaba en su voz.

—Tengo que hablar con tu padre —insistí—. *Necesito respuestas.*

—Hemos perdido el contacto con él desde que liberamos a las mujeres y los niños de Dragonfall. Al igual que te pasó a ti cuando te encerraron con Gronus en la biblioteca, es casi como si ya no existiera.

—Entonces también utilizó la barrera mágica con él. —Preocupada, miré a Caronte, que no me quitaba los ojos de encima. ¿Podía oír también nuestra conversación? ¿Al igual que mis pensamientos, cuando no los ocultaba?

—¿Crees que podré seguir encontrándome con él en sueños? —le pregunté a mi dragón.

—No lo sé. Su magia está completamente protegida.

¡Mierda! ¿Podría pedirle a Caronte que me llevara al castillo de Kargon a través de otro portal? Pero ¿y si me topaba de frente con los hombres de Gronus?

¡Por los dioses! Molesta por esta situación que parecía no tener salida, gemí. Entonces tendría que confiar en el dios en este asunto.

—Yo también creo que no te queda otra opción —ronroneó en mis pensamientos y, al instante siguiente, una sonrisa cruel adornó sus labios con sensualidad. ¿Cómo podía alguien tan hermoso ser tan repugnante?

—No te hagas ilusiones. No tengo otra opción —le espeté.

—Siempre hay más opciones —me apuñaló Caronte con las mismas palabras que yo en muchas ocasiones le señalé a Kayden. Derrotada, apreté los labios. Esperaba no arrepentirme de esto.

—Dime tu precio —le exigí al dios. Sabía que no haría nada sin cerrar un trato.

—¿Precio? ¿Por qué crees que espero algo a cambio de mi ayuda?

Resoplé con desdén.

—Porque eres un ser egoísta y hasta ahora siempre has exigido algo a cambio.

Aunque, ¿lo había hecho?

—Por supuesto que soy egoísta —admitió y se rio entre dientes —. *Por eso soy tan viejo.*

Lo miré con el ceño fruncido.

—Pero si eres inmortal. Nada te puede matar —me sorprendió y, al mismo tiempo, me pregunté cuántos años tendría.

—Hay peligros que pueden matar a un dios. Pregúntale a Elena. Ella me salvó la vida una vez.

De ahí su lealtad hacia la princesa de Ellyllia. Le debía la vida y, por eso, entre otras cosas, le hacía el favor de ayudarnos.

—Dime qué quieres a cambio y podemos negociar —volví a centrar la conversación en el tema principal.

Me miró pensativo.

—Quiero el libro de magia negra que tiene Attilus.

¿Por qué todo el mundo quería ese maldito libro?

—No, eso no. Elige otra cosa —respondí con voz firme, cruzando mis brazos sobre el pecho. Esperaba parecer firme, al menos en apariencia.

—¿Por qué no puedo tenerlo? —Su rostro era una máscara de serenidad, pero su tono delataba cierta tensión.

—Porque ya se lo prometí a alguien más.

—¿A quién?

¿Sería prudente mencionar el nombre de Garmaan? ¿O eso desencadenaría una nueva guerra? ¿Guerra entre dioses y dragones? El rey dragón Garmaan quería el libro para romper la maldición que pesaba sobre él. Pero… ¿para qué lo quería Caronte?

—¿Garmaan? —en ese momento, la voz del dios atravesó mis pensamientos, que, por supuesto, leyó. *¡Maldición!* ¿Acaso algo parecido al pánico se reflejó en el rostro del dios? Solo por un instante. Por un abrir y cerrar de ojos. Sin embargo, lo vi. ¿Cometí un error al cerrar el trato con Garmaan?

—*Exacto. Entonces elige otra cosa* —intenté responder lo más relajada que pude. Pero la incertidumbre sobre mi trato con el rey de los dragones dejó un caos en mi interior.

—*Entonces quiero que te concentres en encontrar la última rosa*.

¿Qué? ¿Hablaba en serio? Mi postura firme se desvaneció y lo miré con los ojos muy abiertos. Por supuesto que teníamos que buscar la tercera rosa, pero hasta ahora no teníamos ninguna pista sobre dónde podría estar. Pero ¿por qué le importaba tanto que la encontráramos?

—*Eh… ¿Trato hecho?* —balbuceé insegura. ¿De verdad era ese el trato que Caronte quería hacer conmigo a cambio de su ayuda?—*. ¿Puedo preguntarte qué ganas tú con que encontremos la rosa?*

—*Entonces podré volver por fin a casa. Hay otras cosas de las que tengo que ocuparme* —dijo con sorprendente severidad, y me pregunté si esas «cosas» podrían tener algo que ver con un rey dragón—. *Así que te propongo que dejes que tus amigos busquen la ubicación de la rosa en lugar de planear una guerra sin sentido contra Gronus. Mientras tanto, recuperaremos a tu alma gemela.* — Lo dijo como si fuéramos a recoger a Kayden de un viaje y no a liberarlo de las garras de una poderosa maldición.

—*Eh…* —fue lo único que pude responder en ese momento.

—*¡Ahora! De lo contrario, se los pediré y no será tan amable como les gustaría.*

¿Por qué de repente tenía tanta prisa? Entrecerré los ojos y miré al hombre que tenía delante. Desde que se enteró de mi trato con Garmaan, parecía otra persona. Su actitud arrogante, que con demasiada frecuencia se divertía a costa mía, se había convertido en un comportamiento autoritario e impaciente que no encajaba en absoluto con él.

—*Primero quiero saber qué te pasa* —se me escapó y maldije mi lengua suelta. Caronte levantó una ceja, sorprendido.

—*¿Ahora pones condiciones? ¿Por* mi *ayuda?*

—*¿Sí?* —respondí en voz demasiado baja.

Caronte suspiró y se pasó las manos por la cara. Esperaba que se enfadara, que me amenazara con su poder o que tal vez me enviara

directo al Hades. Pero en lugar de eso, solo me miró con ojos muy cansados.

—Incluso un dios perfecto en todos los sentidos puede cometer errores que luego tiene que reparar.

—¿Y qué ha hecho mal este dios, seguramente imperfecto, que tiene que enmendar? —pregunté con cautela.

—Abrí una puerta al mundo para alguien que hubiera sido mejor mantener cerrada —confesó conteniendo la respiración, y yo intuí que esa información era todo lo que sabría sobre el tema.

—Así que, en realidad, nos estamos ayudando el uno al otro —aclaré—. *Porque, al parecer, me necesitas para corregir tu error. No en vano formo parte de la profecía que puede destruir la maldición de esta isla.*

Como si lo hubiera atapado, apretó los labios. Ver a Caronte derrotado me produjo tanta satisfacción que no pude evitar sonreír. No me gusta regodearme en la desgracia ajena. Pero Caronte se había mostrado tan arrogante conmigo hasta ahora que disfrutaba viéndolo tan abatido.

—Se podría decir así —espetó. No parecía nada contento.

—Si te prometo no seguir insistiendo en este tema, ¿me prometes tratarme de igual a igual y no intercalar constantemente comentarios sexuales en nuestras conversaciones?

Era una apuesta arriesgada, pero tenía que intentarlo. Esperaba que al menos cumpliera con el primer punto. No tenía mucha confianza en mi segunda petición. Al fin y al cabo, era su forma de ser, su personalidad y sus insinuaciones sexuales formaban parte de él.

—Haré todo lo posible, pequeña rompe maldiciones —dijo con una sonrisa torcida que no parecía presagiar nada bueno. Pasé por alto lo de «pequeña» rompe maldiciones—. *¿Puedes pedirles a tus amigos que busquen la última rosa?*

Asentí y, al momento siguiente, me volví hacia los demás. Seguían enzarzados en una acalorada discusión sobre dónde podrían tener lugar los primeros ataques de Gronus.

—Es importante que lo descifremos para poder repeler a tiempo un ataque contra los cazadores y evitar una guerra entre pueblos —

dijo Nayda en ese momento.

—Hay que evitar una guerra entre pueblos a toda costa —intervine—. Pero Gronus ya no tiene los medios para lanzar un ataque grande. Le faltan soldados y dragones. Creo que deberíamos centrarnos más bien en encontrar la última rosa.

Todos me miraron sorprendidos. En su entusiasmo, se olvidaron por completo de esa parte de nuestra misión. Se les notaba en la cara y en el atisbo de culpa que apareció en sus miradas. Había escondido la bolsa con las dos rosas en mi cabaña. Pero cada vez que la abría, su brillo me cautivaba. Así que era imposible que se me olvidara la última.

—Jadina tiene razón, deberíamos concentrarnos en encontrarla —coincidió Dex, y el brillo de sus iris revelaba lo mucho que le apetecía volver a sumergirse en los libros que trajimos del palacio de Eclaria.

—Dex, elige un grupo que te ayude con eso, mientras yo elaboro con los demás una estrategia de ataque contra Gronus —pidió Nayda a su compañero.

—Ida, Fely y Jadina revisarán conmigo —decidió el jinete sin pensárselo dos veces.

—Entonces Lenn, Flavia, Eline y… —Nayda miró al cazador, que tampoco había dejado de mirarla hasta entonces. Tragó saliva de forma notable—, y Jako se quedarán conmigo.

Lo miró durante demasiado tiempo con fijeza. ¿Qué estaba ocurriendo entre esos dos? Me alegraría por mi amiga si el interés fuera mutuo. Sin embargo, Jako no parecía menos fascinado por la jinete de lo que ella lo estaba por él.

—Vamos a la biblioteca —ordenó Dex en ese momento y se levantó—. Traigan todos los libros que trajimos del Palacio de Eclaria.

Fely e Ida asintieron y se pusieron en marcha para buscar los libros en nuestras mochilas. Para hacer sitio a las rosas, yo ya le había dado la mía a Dex.

Cuando nos alejamos un poco de la mesa, alcancé a Dex y me detuve justo delante de él.

—No podré ir. Por favor, inventa una excusa para justificar mi ausencia —le pedí. Me miró hasta que su mirada se posó en Caronte, que estaba justo detrás de mí. Era como si una tormenta de emociones barriera su rostro.

—Van a intentar salvar a Kayden —dedujo una vez más con total acierto. Solo asentí en silencio y me alegré de que no preguntara por los detalles—. Traigan de vuelta a mi amigo —dijo con la voz contenida por la nostalgia, antes de darse la vuelta y salir corriendo de la sala.

—No fallaremos. —Susurré una promesa que sabía que él ya no podía oír. Caronte se colocó a mi lado y, por primera vez, su presencia, que casi siempre se sentía dolorosa, me resultó reconfortante.

—No fallaremos —repitió mis palabras, que sonaban tan seguras en su boca que me dieron esperanza. Esperanza de volver a ver a mi alma gemela.

Mi corazón dio un salto al pensar en ello, antes de contraerse. Pero, ¿y si la esperanza se desvanecía? ¿Me rompería definitivamente?

Capítulo 37



Caronte es el ser más incomprendido
que conozco.

Del diario de la princesa Elena de Ellyllia

Jadina

Ven, pequeña rompe maldiciones. Busquemos un lugar más tranquilo —me pidió el dios con sorprendente amabilidad mientras miraba a su alrededor. El salón se había convertido en un auténtico hervidero. Todas las mujeres y niños rescatados se apiñaban alrededor de las mesas; comían y charlaban. El ambiente era distendido y el alivio, palpable.

No sabían que esa sensación de seguridad era solo engañosa. No duraría mucho, porque aún nos esperaban muchos otros peligros.

Suspirando, seguí al dios hasta la plaza del pueblo.

—Vamos a nuestra cabaña —decidió—. Allí también hay una cama. —Me guiñó un ojo y me sonrió con descaro.

—¡Caronte! —exclamé indignada—. ¿Ni siquiera puedes cumplir nuestro acuerdo por un ratito? ¡Nada de insinuaciones sexuales!

¡Este dios me estaba volviendo loca!

—¿Qué puedo hacer yo si tienes fantasías tan obscenas que, al parecer, me incluyen a mí y a mi cuerpo tan divino? —respondió, mirando sus uñas con inocencia, para luego pulir su armadura de cuero blanco—. La cama está pensada, por supuesto, para que puedas dormir y así encontrarte con tu amado en sueños. —Levantó la mirada y el hambre brilló en sus iris casi blancos—. Aun así, si insistes…

—No, no insisto en nada.

—Si lo hago, ya sabes dónde encontrarme.

Sí, por desgracia, en la cama justo al lado de la mía.

—Así es, justo *ahí* —sonrió y me guiñó un ojo de nuevo, a lo que respondí con un ostentoso gesto de incredulidad.

Qué arrogante tan idiota. Pero la idea de mi cama no estaba mal. Al menos la parte en la de dormir para encontrarme con mi marido en sueños.

—¿Me explicas ahora cómo voy a poder liberar a Kayden de la maldición? —pregunté impaciente. Estaba muy bien que dijera que yo era capaz de hacerlo, pero necesitaba una explicación más detallada.

—En cuanto lleguemos a la cabaña —respondió lacónico y se apresuró a seguir adelante, mientras todos los que se cruzaban con nosotros se apartaban con cuidado de aquel hombre tan llamativo.

Una vez más, sentí una pizca de compasión por el solitario dios que tenía delante.

De repente, se volvió hacia mí con un brusco movimiento. El fuego ardía en sus iris negros como el azabache y su voz era un profundo gruñido. Nunca había visto ni sentido su magia tan salvaje como en ese momento. El frío que emanaba de él me calaba hasta los huesos y no pude evitar retroceder unos pasos.

—Nunca. No vuelvas a tratarme como a un cachorro que va al matadero. —Levantó un dedo tembloroso en señal de advertencia—. ¿Lo has entendido?

Asentí con rapidez y, al mismo tiempo, intenté borrar cualquier emoción de mi rostro y de mis pensamientos.

Su mirada se suavizó, el negro de sus iris dio paso al azul claro habitual y suspiró mientras bajaba el dedo.

—Lo siento —dijo, y ya no pude ocultar mi sorpresa por esas dos palabras.

—No pasa nada —respondí y volví a acercarme a él—. Entremos en la cabaña.

Mientras tanto, la plaza se quedó desierta. El pequeño arrebato de ira de Caronte había asustado tanto a todos que prefirieron huir a sus casas. El dios fingió no darse cuenta y continuó su camino hacia nuestra cabaña. Lo seguí en silencio y me prohibí cualquier pensamiento que tuviera que ver con él.

En silencio, llegamos a nuestra vivienda y, tan pronto como entramos, cerré la puerta. De inmediato, al otro lado volvió a haber ruido y los habitantes continuaron con sus actividades cotidianas.

Cuando me di la vuelta, Caronte ya estaba sentado en su cama. No encajaba en absoluto en ese entorno. Su poder, el cual reprimía visiblemente, se arremolinaba brillante alrededor de su gran cuerpo de acero y todo su ser irradiaba algo sobrenatural. Ese hombre estaba tan fuera de lugar aquí como un fogghoul sobre las nubes.

Pero era nuestra salvación. Aunque me costara admitirlo. Tenía que confiar y llegar a un acuerdo con él.

—Ay, echaré de menos el tiempo que hemos pasado juntos aquí —suspiró de forma teatral.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, en cuanto vuelva tu alma gemela, ya no habrá sitio para mí en esta cabaña. Además, solo me gusta ver cómo se divierten los demás cuando sé que puedo unirme en cualquier momento.

—Ah… —fue lo único que pude decir, mientras esperaba que no siguiera hablando del tema.

—A ver quién me acoge en su casa entonces —reflexionó en voz alta.

Nadie. Pero no se lo dije. Tampoco era necesario. Él lo sabía a la perfección.

El dios me miró y señaló mi cama.

—Siéntate.

A regañadientes, dejé mi lugar junto a la puerta y me acerqué a Caronte. Con cada paso que daba, sentía su poder más fuerte y,

finalmente, tuve que luchar contra cualquier instinto de huida hasta que llegué a mi cama.

—¿Y ahora qué? —pregunté para distraerme del frío que me producía su proximidad.

—Ahora te acostarás, soñarás con tu alma gemela y usarás tu magia para romper maldiciones. Luego despertarás sabiendo que lo liberaste —resumió de forma pragmática. Levanté una ceja con escepticismo.

—Eso nunca funcionará —dejé claro.

—¿Por qué no?

—Porque mi poder no es lo bastante fuerte para ello. Además, no sé cómo utilizarlo. ¿Debo dirigirlo hacia Kayden? ¿O hacia nuestro entorno?

—Al vínculo espiritual que los une, por supuesto —respondió con cierta impaciencia.

—¿El vínculo espiritual? —susurré, y al instante abrí los ojos como platos. ¡Por supuesto! Esa era la solución. Caronte tenía razón. El vínculo espiritual unía nuestras almas, al igual que nuestra magia. El lado de Kayden se estaba volviendo cada vez más negro, la maldición se extendía por él.

Miré al dios con nerviosismo.

—¿De verdad crees que puede funcionar?

—Estoy convencido —respondió con aire de suficiencia.

—¿Y si no? —pregunté, sintiendo cómo la incertidumbre volvía a apoderarse de mí. El manejo de la magia para romper maldiciones era aún demasiado nuevo para mí como para poder evaluar cuán grande era en realidad mi poder.

—Entonces, ¿por qué ni siquiera puedo caminar sobre suelo maldito? —Me había hecho esa pregunta desde que la magia se había despertado en la batalla contra Garmaan.

—Porque luchas contra el rompecursas que hay en ti en lugar de dejarlo salir. Eso también explica el dolor que sientes. Tu magia quiere salir y combatir la maldición, pero tú la bloqueas. —Tenía sentido—. Pero estaré contigo, si eso te tranquiliza.

—¿En mi sueño? —pregunté escéptica.

—Sí. En tu sueño —dijo, guiñándome un ojo—. Así que compórtate si no quieres que vea más de lo que ya he visto.

A pesar de esa insinuación, saber que él estaría presente me provocó una inesperada sensación de alivio. No estaría sola. Él estaría a mi lado y podría ayudarme si no lo conseguía.

—Bien —dije, antes de poder cambiar de opinión, y me tumbé en la cama—. Hagámoslo. —Vi cómo se le levantaban las comisuras de los labios y me di cuenta de mi error—. Me refiero a salvar a Kayden, por supuesto —añadí con rapidez.

Una pizca de decepción se deslizó por sus rasgos cuando se sentó en el borde de la cabecera y me miró. Cerré los párpados y esperé a que llegara el sueño.

Pero no venía. Ni ahora ni treinta minutos después. Tenía la cabeza demasiado llena.

—No funciona —gemí exasperada—. No puedo dormir.

—Sí. Ya me di cuenta —respondió demasiado cerca y sentí cómo su risita vibraba en la madera de mi cama—. ¿Quieres que te ayude?

Desconfiada, abrí un ojo. Se había inclinado demasiado sobre mí y me miraba divertido.

—¿Y cómo piensas hacerlo? ¿Cantándome una canción de cuna?

—No. Aunque tengo una voz excelente para cantar. —No esperaba otra cosa de un *dios perfecto en todos los sentidos*—. Ahora te voy a revelar algo que solo saben los dioses. El sueño no es más que otro mundo. Un mundo con dos puertas. Una puerta conduce al mundo de las pesadillas y la otra al de los sueños —resumió, como si estuviera resolviendo un problema matemático y no revelando un secreto aparentemente divino—. ¿Y quién puede abrir cada puerta en el mundo?

Aunque no quería alimentar su vanidad, no pude evitar sonreír.

—Tú.

—Exacto. Así que cierra los ojos y déjame abrirte una puerta a ese mundo.

Hice lo que me dijo y, al instante, una intensa luz azulada brilló detrás de mis párpados cerrados. Era tan brillante que tuve que apretar los ojos con más fuerza. Por un instante, se me pasó por la cabeza que Caronte podría estar abriendo una puerta a otro mundo,

como el inframundo. Pero enseguida descarté esa desconfianza. Ese molesto dios era muchas cosas, pero hasta ahora siempre había cumplido su palabra. Tenía que concederle esa confianza.

Al momento siguiente sentí una fuerza que me empujaba y tiraba de mí hasta que me solté y me dejé llevar. La oscuridad me engulló, solo para escupirme de nuevo al momento siguiente.

Esta vez no aterricé sobre mi trasero, sino que me depositaron con cuidado sobre una superficie blanda. ¿Era una cama? ¿Podía Caronte intervenir también en los sueños? ¿Diseñarlos? ¿La cama era obra suya?

—*No, pequeña rompedora maldiciones* —le oí sonreír—. *Esta vez no tengo nada que ver con la cama.* —Ante eso abrí los ojos y miré a mi alrededor buscando al dios. ¿Dónde estaba?—*. No puedes verme. Sin embargo, estoy aquí.*

Sus palabras solo me llegaron a medias, porque entonces vi a Kayden, que yacía dormido a mi lado con los párpados cerrados. Su pecho subía y bajaba, y su rostro parecía tan relajado. Le acaricié la mejilla con suavidad.

Un gemido de placer escapó de su garganta y, cuando se volvió hacia mí, la manta se deslizó hasta sus caderas. Su torso musculoso estaba ahora tan cerca de mi cuerpo que despertó en mi interior la necesidad de tocarlo.

Kayden. Mi Kayden.

Completamente embriagada por su presencia, dejé que mi mano bajara por su pecho y por su abdomen. Entonces, por fin, levantó los párpados y me miró como si yo fuera todo para él. Como él lo era todo para mí.

—Jadina —susurró, y en mi nombre había tanto amor que me incliné y lo besé sin pudor. Kayden me devolvió el beso con la misma intensidad y sus dedos se hundieron en mi cabello mientras me atraía hacia él con tanta pasión. Yo me dejé llevar desbordada por el gusto. Lo deseaba. Y lo necesitaba hasta el punto de doler.

—¿De verdad eres tú? —susurró entre dos besos.

—Sí, es ella —resonó una voz grave justo detrás de nosotros. Kayden y yo nos separamos de golpe, y mi alma gemela se inclinó sobre mí para protegerme—. Y no está aquí para compartir la cama

contigo. —Caronte me miró con reproche—. ¿O no, pequeña rompedora de maldiciones?

—¿Quién eres? —quiso saber Kayden, y yo le agradecí que me protegiera aún más del dios, para que este no pudiera ver el rubor que sus palabras provocaron en mis mejillas.

—Soy Caronte. Un dios —dijo, señalando ostentoso todo su imponente cuerpo—. Estoy aquí con tu… alma gemela. Esa mujer que, en el fragor de la batalla, ha olvidado el verdadero motivo de su visita.

¡Por los dioses! ¿No podía solo quedarse en la primera reprimenda?

—¡Ya está bien, Caronte! —le espeté—. Lo agarré, ¿de acuerdo? ¿Podemos dejar de hablar de ello?

El dios levantó una ceja mientras yo apartaba el cuerpo de Kayden para tener una vista clara de aquel hombre arrogante. Claramente se estaba divirtiendo; así lo demostraban las comisuras de sus labios en una arrogante sonrisa.

—¿Por qué están aquí? —interrumpió mi alma gemela nuestro intercambio silencioso y miró del dios a mí.

—Para salvarte —respondí y vi cómo el miedo se extendía por su rostro. Miedo por mí.

CAPÍTULO 38



La magia negra es como un parásito.
Se aferra a su huésped
hasta que ocupa su alma.

De las notas de Attilus

Kayden

MIRÉ A JADINA HORRORIZADO. ¿Cómo se le había ocurrido la idea de enfrentarse a mi monstruo? El monstruo que me dominaba y me arrastraba cada vez más hacia una oscuridad de la que no tenía escapatoria. Nunca me dejaría marchar.

Yo mismo había perdido hacía tiempo la batalla por mi libertad. Sin ser consciente de ello.

—No hay tiempo para explicaciones —dijo mi amor con nerviosismo—. Pero te liberaremos.

—¡No! —exclamé, envolviéndome las caderas con la sábana y poniéndome de pie. Para poder decir lo que necesitaba, tenía que alejarme físicamente de esta hermosa mujer. De mi mujer—. Vete, Jadina. Esto es demasiado peligroso.

—No. No lo haré —respondió con suavidad, pero con ese tono de rebeldía en su voz. Mi gata salvaje estaba a punto de sacar las garras. Conocía muy bien esa implacabilidad suya. Ella también se levantó y, para mi alivio, vi que no estaba desnuda, como temía. No se me había escapado la mirada hambrienta del dios cuando nos arrancó de nuestro encuentro apasionado.

—¿No puedes hacer por una vez lo que te pido? —le supliqué. No podía hacer más. Ella no me iba a escuchar.

—Kayden, confía en mí. Te salvaré.

Rodeé la cama y le agarré las manos. Eran tan pequeñas y su piel tan suave. Al instante, el contacto despertó en mí un deseo destructivo.

Por supuesto que confiaba en ella. Pero no confiaba en ese dios extraño, que a mi parecer tenía demasiado poder, ni en el monstruo que me tenía entre sus garras. También se abalanzaría sobre ella si se le daba la oportunidad.

—Sé que crees poder ayudarme. Pero te equivocas. El poder que me mantiene cautivo es demasiado fuerte. Te arrastraría consigo y mi vida no vale tanto la pena para correr ese riesgo.

—Estoy de acuerdo —intervino el dios—. Pero, por desgracia, no tenemos otra opción. Te necesitamos para que se cumpla la profecía. —Me sonrió y un escalofrío me recorrió la espalda—. Créeme, he intentado ocupar tu lugar. Ya sabes, consolar a tu mujer. Ayudarla a superarte. Pero hasta ahora no me ha dejado entrar en su cama. —Se acercó y su poder me dolió en la piel—. *Aún* no.

Los celos bulleron en mi interior. Solté las manos de Jadina y apreté los puños. La decepción se extendió por su rostro mientras miraba sus manos vacías y su dolor se convirtió en el mío.

—¡Caronte! —exclamó indignada, pero no se me escapó el rubor que tiñó sus mejillas. Era la prueba de que él decía la verdad. Había intentado abrirse camino en su cama y en su corazón, y seguramente no sería el último que se atrevería a cortejar a mi esposa. A *mi* mujer.

—*Creo que nos entendemos* —oí de repente la voz del dios en mi mente y receloso, miré su rostro divertido—. *Confía en su poder. Es mayor de lo que crees. Muéstrale ese respeto.*

Sorprendido, miré al hombre que, en presencia de Jadina, manifestaba abiertamente su interés por ella y en su cuerpo. Solo para luego reprenderme en silencio y dejar de hablar de ella como un objeto de su deseo, sino como una persona poderosa y digna de respeto.

Si incluso un dios estaba convencido de que mi esposa podía salvarme, ¿podía atreverme a esperar que fuera cierto? Pero ¿y si solo se trataba de una trampa? Los dioses no podían interferir en nuestros asuntos. Entonces, ¿por qué este iba a hacerlo?

—¿Qué ganas tú si tenemos éxito? —le pregunté de forma directa—. ¿O es que nuestro beneficio reside más bien en nuestro fracaso? Los dioses nunca hacen nada sin pedir algo a cambio. —Rápidamente me volví hacia Jadina—. ¿Qué le ofreciste a cambio de su ayuda?

Mi alma gemela miró con inquietud de mí a Caronte y viceversa. No presagiaba nada bueno. No, para nada. Temía lo peor.

—No tu alma, ¿verdad? —susurré. Jadina sería capaz de sacrificarse por alguien a quien ama. Temblando, la abracé—. ¿Por qué lo hiciste? —Las lágrimas quemaron en mis ojos y febrilmente busqué una salida.

—Tómame en su lugar —le ofrecí al dios, esperando que aceptara.

—Es muy amable por tu parte ofrecerte, pero la pequeña rompe maldiciones y yo no hacemos tratos —respondió sin tono, sin molestarse siquiera en responderme de forma mental.

Asustado, mantuve a Jadina a un brazo de distancia de mí.

—¿Es cierto? ¿No hay trato?

—No hay trato, Kayden —contestó, sonriéndome un poco avergonzada.

Eso era aún peor de lo que temía. Inmediatamente empujé a mi esposa detrás de mí y me volví hacia el dios, que puso los ojos en blanco y suspiró de forma exagerada.

—Tu alma gemela es un hombre muy desconfiado. ¿Estás segura de que no quieres volver a intentarlo conmigo? Yo no conozco ni los celos ni la desconfianza, ya que siempre sé lo que piensa el otro —le dijo a Jadina.

—¿Con quién trabajas? ¿Con quién has hecho un trato? ¡Habla! —gruñí, tratando de ignorar sus palabras.

Caronte cruzó los brazos sobre el pecho y me miró desde arriba. ¿Siempre había sido tan alto?

—¿Quién crees que eres para darme órdenes? —Sus iris, antes de color azul claro, se volvieron negros y sentí cómo su poder amenazaba con hacerse más fuerte.

De repente, Jadina salió corriendo de detrás de mí y se interpuso entre nosotros con los brazos extendidos a ambos lados.

—¡Dejen ya este absurdo pavoneo! —exclamó indignada, mirándonos a ambos con ira—. Kayden, deja de cuestionarlo todo. Confía en mí cuando te digo que Caronte no nos traicionará. —Luego se volvió hacia el dios—. Y tú, deja de sembrar más desconfianza en él. Tú también quieres que tengamos éxito con esto.

Los iris del dios volvieron repentinamente a su color original y levantó las manos en señal de defensa con una sonrisa torcida.

—Me comportaré, pequeña rompe maldiciones. Lo prometo.

Como si su promesa valiera algo, pensé, lo que me valió una sonrisa maliciosa del otro hombre.

—Como si alguna vez pudieras controlar tus celos —dijo mientras se daba la vuelta y se sentaba en un sillón que había aparecido de la nada frente a él—. Empecemos, así podré dedicarme antes a otros asuntos más importantes.

¡Es idiota! Apreté los dientes con todas mis fuerzas para no responderle. No habría sido nada amable y no quería decepcionar a Jadina.

—¿Qué tengo que hacer? —le preguntó Jadina. Parecía confiar en él. ¿Cómo la había engañado? Jadina solía ser muy cautelosa con los desconocidos y aún más desconfiada que yo. Sin embargo, no podía preguntarle al respecto. Tenía que confiar en ella en este asunto. Por muy difícil que me resultara.

—Tómalo de las manos para que haya un contacto tangible.

Sin siquiera meditarlo, tomó mis manos y entrelazó sus dedos con los míos. Se sintió tan bien que, sin darme cuenta, di un paso hacia ella. Tan cerca que nuestros cuerpos se tocaron.

Una sonrisa se dibujó en sus labios y su mirada se posó en mi boca. Me hubiera encantado cumplir su deseo y besarla en ese momento, pero no se me escapó que el dios se había adelantado en su sillón para poder vernos mejor. No iba a hacerle ese favor.

—¿Y ahora qué? —le pregunté en su lugar, y no se me escapó la nueva decepción que vi brillar en los ojos de mi esposa.

—Ahora tu alma gemela debe atacarte con su magia para romper maldiciones. Aquí, a nivel espiritual y, al mismo tiempo, a través del vínculo que une sus almas —dijo, y pude oír la satisfacción en su voz. Rebosaba de absoluto placer. Estaba disfrutando de la situación.

Jadina apretó los labios y asintió, luego me miró a los ojos.

—Lo siento —se disculpó. La miré confundida. ¿Por qué se disculpaba? Al momento siguiente, vi cómo una niebla púrpura salía disparada de su cuerpo y se abalanzaba sobre mí. El dolor me alcanzó tan de repente que, por un instante, no pude respirar. Al principio fue mi cuerpo el que ardió en llamas, pero luego sentí cómo su magia también se abría paso a través del vínculo de nuestras almas, y tuve que soltar sus manos para sujetarme la cabeza. El dolor era como una tortura y me hizo perder el equilibrio.

Me invadió un mareo y, en un abrir y cerrar de ojos, el mundo se inclinó hacia un lado. Solo percibí de forma muy vaga cómo mi cuerpo se retorcía, se sacudía y caía al suelo sin control.

—¡No te librarás de mí tan rápido! —gritó la voz en mi interior. Entonces atacó, hundiendo sus garras codiciosas en mi alma—. *Eres mío. He esperado este momento durante décadas. Ni siquiera esta pequeña cazadora me lo arruinará. No me rendiré sin luchar. ¡Por supuesto que no!*

Con sus últimas palabras, mi ser se hundió en una oscuridad insondable de dolor.

Capítulo 39



Se necesita algo más que magia poderosa
para romper una maldición.

Anónimo

Jadina

¡Kayden! —grité horrorizada y quise correr hacia él. Quería abrazarlo y quitarle el dolor que le estaba causando.

—¡No! —gritó Caronte con un tono tan severo que me detuve en seco. Me miró sin piedad—. ¡No pares! No es tu magia la que lo ha dejado inconsciente, sino la maldición, que no quiere abandonarlo.

¿Cómo lo sabía? Volví a mirar a mi alma gemela. Seguía convulsionando y sus ojos ahora eran cavidades blancas, ya que se habían girado hacia atrás. Estaba sufriendo. Por mi culpa.

Un sollozo brotó de mi garganta y liberó las lágrimas que se habían acumulado en mi interior.

—¡Deja que tu magia rompecursas siga fluyendo! Solo así podrás salvarlo. No puedes rendirte ahora. Kayden no lo querría.

—Pero… está sufriendo —gemí, sin apartar mi poder de mi alma gemela.

—Entonces no mires si no puedes soportarlo —dijo Caronte con una voz tan suave.

—Es lo mínimo que puedo hacer. Mirar y sufrir con él —respondí con determinación, y Caronte asintió. ¿Era orgullo lo que cruzó por su rostro?

Apreté los labios y me concentré en mi magia. El rompecursas, al que acababa de pedir ayuda para liberar a Kayden. Ni siquiera dudó: se metió bajo mi piel y, desde allí, se abalanzó sobre mi marido sin hacer más preguntas.

Al principio me dolió, como cuando pisé la tierra negra que rodeaba el palacio de Eclaria, pero después de soltarme y dejar que mi magia se desplegara con libertad, el dolor desapareció. Tal y como Caronte dijo. ¿De verdad no sabía lo que había en mi interior? ¿Lo fuerte que era en realidad?

Kayden se retorcía de nuevo en el suelo delante de mí, gimiendo, y se me revolvió el estómago al verlo. Temblando, mantuve mis manos, de las que salía una niebla púrpura, apuntando hacia él. Era lo más difícil que había tenido que hacer nunca. Torturar deliberadamente a mi amor con mi poder.

—Pequeña rompedora de maldiciones, no te tortures así —oí decir a Caronte en mis pensamientos—. *Lo estás haciendo muy bien y Kayden te estará eternamente agradecido en cuanto recupere la libertad.*

A través de un velo de lágrimas, miré al dios, que seguía mirándome con ánimo. Sin él, ya habría renunciado e incluso habría desperdiciado nuestra única oportunidad de salvación.

De repente, sentí que algo se oponía a mi magia. Algo oscuro, cruel. Un escalofrío recorrió mi espalda. Era la maldición, que no quería rendirse.

Me costó mucho resistir. Con todas las fuerzas que pude reunir, presioné mi cuerpo y la magia correspondiente contra el enemigo y seguí avanzando. En el vínculo del alma, mi magia rompecursas ya había avanzado hasta la mitad del lado de Kayden.

La oscuridad se enroscó primero alrededor de los pies de mi marido, luego alrededor de sus manos, y lo que sucedió a continuación me hizo palidecer. Como una marioneta, su cuerpo se

elevó en una posición erguida y de repente flotó frente a mí. Una sonrisa cruel, que rivalizaba con la de Caronte, se dibujó en sus labios.

—¿Kayden? —susurré, sin poder respirar.

—Ríndete, pequeña cazadora —gruñó, pero la voz con la que hablaba no era la suya. Esta era más grave y tan fría que retrocedí sin darme cuenta.

No era Kayden. Era la maldición quien utilizaba su cuerpo.

—¡No! —grité—. ¡Deja ir a Kayden!

Una risa triste sacudió el cuerpo que tenía delante, al que conocía mejor que el mío propio.

—¿De verdad crees que tu insignificante magia puede hacerme daño? —anunció con calma, pero la mandíbula apretada y el temblor constante de su cuerpo lo decían todo. La maldición tenía dificultades para combatirlo.

Eso me impulsó a mí y a mi magia. Decidida, di un paso hacia adelante y lo bombardeé con otra salva de mi poder.

Por un instante, el cuerpo que tenía delante se derrumbó, como si le hubieran cortado los hilos a una marioneta. Cuando se enderezó, la sonrisa había desaparecido y ahora daba paso a un gruñido obstinado, incluso furioso.

—¡Deja de hacer eso! —chilló la maldición en Kayden—. Si no lo haces, lo lamentarás.

No reaccioné a esa amenaza vacía, sino que, en cambio, puse aún más fuerza en mi poder, que seguía concentrado en el enemigo. No me dejaría chantajear.

Así me acerqué un paso más hacia Kayden y sentí cómo el vínculo espiritual entre nosotros cobraba nueva vida. Cómo el primer resplandor iluminaba las zonas oscuras.

Pero en lugar de volver a desplomarse, Kayden, controlado, comenzó a carcajearse, solo para extender la mano al momento siguiente, en la que se habían formado largas garras negras, y comenzaba a arrastrársela por el pecho.

Un grito escapó de mi garganta al ver cómo se clavaban en su carne profundamente y la sangre brotaba de las heridas.

—¡No! —sollocé y casi retiré mi magia por el susto, si Caronte no se hubiera apresurado a mi lado y me hubiera sujetado las manos. El dolor explotó en mi cuerpo y me distrajo de la espantosa escena que se desarrollaba ante mí.

—No te rindas —susurró—. La maldición se rebela porque no sabe cómo escapar. Al contrario de lo que ha dicho, eres demasiado poderosa para él.

—No puedo, Caronte —gemí entre lágrimas.

—Sí que puedes. ¿O quieres sellar la muerte de tu esposo? —inquirió con voz firme, sin apartar la mirada de mí ni soltar mis manos—. Ha luchado contra la maldición, ha intentado mantenerla a raya. Pero ahora está demasiado débil para continuar haciéndolo. Si apartas tu magia, estará perdido y la maldición lo consumirá por completo. ¿Es eso lo que quieres?

Las lágrimas corrían sin control por mis mejillas.

—No —logré articular.

—Entonces no te rindas.

Con estas palabras, retiró las manos y dio unos pasos atrás. El dolor desapareció de inmediato.

—Lo siento, mi amor —susurré y apreté los dientes mientras pedía a mi magia que lo diera todo.

Una vez más, Kayden se golpeó el pecho con una mano cubierta de garras negras. La visión era insoportable. La sangre brotaba de las heridas y se formaba cada vez más en un charco rojo a sus pies. La maldición impedía la curación que su magia en circunstancias normales, ya habría hecho posible. ¿Le quitó sus dones?

Sin embargo, hice lo que Caronte me dijo y resistí mientras veía cómo Kayden se destrozaba el torso con manos temblorosas.

El charco de sangre se hacía más grande y sus movimientos cada vez más lentos. Aun así, no paraba. La maldición era más fuerte de lo que esperaba. Sin embargo, Kayden ya estaba más débil de lo que pensaba.

—¡Morirá si no hacemos algo! —grité presa del pánico cuando el monstruo volvió a clavar una garra en el estómago de mi marido.

Apenas podía mantenerme en pie. Todo mi cuerpo temblaba y el uso de mi magia estaba pasando factura. Con mi siguiente golpe

mágico, mis piernas se doblaron y caí de rodillas.

—No puedo —susurré, con los ojos fijos en el cuerpo casi muerto de mi alma gemela—. No podré salvarlo.

Caronte maldijo.

—Me había jurado a mí mismo que nunca volvería a hacer esto. Pero…

Al momento siguiente sentí su mano sobre mi hombro y el dolor casi me desgarró. El tormento fue aún más intenso que cuando me tocaba fuera de esto, y me costó todo de mí para no desmayarme.

—Lo conseguiremos, pequeña rompedora de maldiciones. Juntos.

Entonces sentí que el dolor desaparecía y, en su lugar, un calor desconocido fluyó por mi cuerpo en el lugar donde estaba la mano de Caronte. Un calor que me dio nuevas fuerzas, hizo brillar mi magia y me llenó. Nunca antes me había sentido tan poderosa.

—Usa mi poder con sabiduría —susurró en mi oído y el aliento frío que rozó mi mejilla no me causó ningún dolor.

Lo miré con asombro.

—¿Acabas de compartirme de tu poder?

Esbozó una sonrisa torcida.

—Te he dado una pizca. Créeme, si lo hubiera compartido, ahora estarías muerta.

Si ya estaba prohibido interferir en nuestros asuntos, seguramente también lo estaba compartir sus poderes divinos con un ser mágico como yo.

Caronte me sorprendía una y otra vez.

—Y ahora levántate y acaba con esto de una buena vez —me ordenó mientras me ponía en pie.

Sentí cómo mi magia para romper maldiciones casi se desbordaba, tan poderosa como estaba ahora. Lista para destruir todo lo que se interpusiera en su camino.

Sin embargo, mi mirada se desvió insegura hacia el cuerpo medio muerto de mi marido.

—Eso ya no salvará a Kayden —susurré aturdida.

—En cuanto notes que la maldición se debilita, envía a tu alma gemela algo de la magia que comparten a través del vínculo

espiritual —me aconsejó el dios—. Y ahora, vamos. Este mundo no aguantará mucho más.

Asustada, miré a mi alrededor. Se habían formado grietas en la bóveda del entorno soñado, así como en el suelo, e incluso la cama se desmoronaba lentamente hasta convertirse en polvo.

Con nueva determinación, me puse de pie con las piernas abiertas. El poder de Caronte fluyó agradable por mis venas para unirse a mi magia.

La siguiente descarga que liberé de mis manos fue tan fuerte que casi me tiró hacia atrás. En el último momento, me recuperé y planté los pies en el suelo.

—¡No! —chilló la voz falsa en Kayden—. ¡Eso no es posible! ¿Cómo…?

No pudo continuar, porque la siguiente descarga púrpura envolvió el cuerpo de mi esposo por completo, mientras los pequeños hilos se abrían paso hacia su interior. A través de la boca, la nariz y los oídos, se adentraron en él para derrotar al enemigo.

Con un golpe sordo, mi marido se desplomó hacia el suelo, justo sobre el charco de su sangre.

Me hubiera gustado correr para abrazarlo, pero aún sentía los últimos restos de la maldición en él, que debían ser eliminados.

Sin embargo, no me quedaba mucho tiempo, porque el vínculo del alma, que ahora había recuperado su brillo resplandeciente, se debilitaba cada vez más a su lado a pesar de su curación. Kayden estaba muerto.

Tengo que hacer algo, pensé desesperada, mientras destruía los últimos rastros del intruso en su cuerpo. Aquellos que se habían aferrado a él desde su infancia, bajo su corazón. La oscuridad se desvaneció como la niebla en el viento.

Su pulso era débil y su respiración se producía con largas pausas. Sin embargo, las últimas chispas de la maldición seguían ancladas en él. Tenía que ser minuciosa si no quería que volviera a caer en manos de ella.

—Envíale tu magia al mismo tiempo para estabilizarlo —me recordó Caronte, que ahora estaba a mi lado. Era extraño poder soportar su proximidad de repente, ya que no sentía el dolor que

siempre sentía en su presencia. ¿Reclamaría lo que me había concedido?

Con cuidado, liberé mi magia de luz, que se enroscó juguetona alrededor del rompecursas y lo hizo brillar con un intenso color púrpura. Luego añadí mi magia verde, solo para terminar devolviendo a su amo los poderes azules que recibí de Kayden durante la ceremonia de vinculación.

Las brutales heridas que le había infligido la maldición se cerraron una por una y su pulso se hizo más fuerte. Un suspiro desgarrador salió de su garganta.

—La maldición se ha roto —me informó Caronte, agarrándome las manos e interrumpiendo el flujo de mi magia—. Ahora tienes que despertar, o quedaremos sepultados en este mundo.

Un preocupante estruendo nos llegó desde el techo y vi que este estaba a punto de derrumbarse.

—¿Qué pasará con Kayden? —quise saber, y ya estaba a punto de soltarme de Caronte cuando, de repente, todo a mi alrededor se vio envuelto en una luz brillante, para luego dar paso a una oscuridad que lo consumió todo. Una oscuridad más negra que la maldición que acababa de expulsar de mi marido.

CAPÍTULO 40



Siempre fue ella.
Nunca otra.

Del diario de Attilus

J*adina*

Kayden —me oí murmurar y, entonces, me desperté. Con los ojos muy abiertos, miré al techo de mi cabaña. Un techo que estaba intacto y que no amenazaba con derrumbarse en cualquier momento, como los del mundo de los sueños.

—Ah, por fin estás aquí —oí decir a Caronte cerca de mi oído. Asustada, me senté y, cuando me invadió el mareo, me sujeté la cabeza—. No tan rápido. Casi te agotas mágicamente. Dale tiempo a tu cuerpo para recuperarse —me advirtió, sentado justo a mi lado. Tan cerca que nuestras piernas se tocaban.

Pero no sentí la necesidad de alejarme de él.

—¿Cómo…? —me pregunté, mirando el lugar donde nos tocábamos. Sin sentir ese fuerte dolor.

—Ahora llevas una parte de mi magia dentro de ti —explicó con calma—. Por eso puedes soportar mejor mi proximidad. Sobre todo

ahora, poco después de haberla compartido contigo, no sientes ningún dolor. Con el tiempo eso cambiará, pero incluso entonces el dolor será soportable.

—¿Entonces no me quitarás tu poder? —pregunté sorprendida. No me lo esperaba.

—No. Puedes conservarlo. Pero no se lo digas a Hades, si alguna vez te lo encuentras. Él ya ha compartido su poder dos veces con una chica guapa y yo siempre me he burlado por eso. No quiero perder esa ventaja. Siempre se enfada cuando lo menciono que luego se olvida de por qué me ha mandado llamar.

Caronte me sonrió con descaro y esa sonrisa me recordó un poco a otro hombre.

—¡Kayden! —grité, presa del pánico, y miré a mi alrededor en la cabaña—. ¿Dónde está?

—Sigue donde estaba —respondió el dios a mi pregunta, visiblemente irritado por el cambio tan brusco de tema.

—¿En el mundo de los sueños? —exclamé asustada.

—No —me tranquilizó—. Donde estaba la última vez en este mundo. En las ruinas de la cueva cerca de Ascradia.

—Tengo que ir por él —dije apresurada y me levanté. Fue un gran error, porque al instante volví a sentir mareos y Caronte me sujetó antes de que pudiera caer al suelo.

—Primero te quedarás aquí y descansarás. Conmigo. En nuestra cabaña —dijo, con un tono vez burlón y suave. Aun así, intenté liberarme de su agarre.

—Pero Kayden…

—En este momento, su dragón lo está liberando y lo está trayendo hacia aquí.

—¿Se lo dijiste a Elara? —pregunté sorprendida—. ¿Cuánto tiempo he estado dormida?

—Sí, hace un momento, y en cuanto a tu segunda pregunta: tres días —respondió con seriedad, mientras me empujaba con fuerza hacia la cama.

—¡Tres días! —exclamé asustada y me senté de golpe—. ¿He dormido tres días? ¿Y acabas de avisarle a Elara? Entonces Kayden seguramente ya estará muerto.

Caronte se rio entre dientes. ¿Por qué le parecía tan gracioso? Acabábamos de liberar a mi marido de la maldición y ahora quizás ya estuviera cerca de la muerte otra vez. ¿O acaso ya se encontraba a las puertas del Hades? ¿Y este hombre que tenía delante se reía?

Mi ira desplazó la tristeza que debería estar sintiendo.

—¿Para qué lo salvaste, si después ibas a dejarlo morir?

—Lo siento, pero tu cara es demasiado graciosa —dijo entre risas —. Solo has dormido tres minutos, no tres días.

—¡Dios, eres un arrogante! —protesté y le di un puñetazo en el brazo con todas mis fuerzas. Sin embargo, Caronte ni siquiera pestañeó, mientras que a mí me invadió un dolor indescriptible en la mano. Probablemente me la rompí.

Tragué en silencio el dolor y esperé a que mi magia curara la fractura. Gracias a la magia de Caronte, fue cuestión de segundos.

—Fue tu culpa —dijo. Luego miró mi cama—. ¿Cómo vas a entrar en este pequeño lecho junto a tu alma gemela?

—¿Por qué? Podemos juntar las dos camas —respondí, sorprendida por su pregunta, aunque al mismo tiempo no me extrañaba.

—Con todo mi cariño, pero no pienso acurrucarme entre los dos.

El dios puso cara de asco.

—Pero tú ya no dormirás aquí —le recordé.

—No creerás que alguien más compartirá su cabaña conmigo por voluntad propia —replicó, cruzando los brazos sobre el pecho—. Y con la falta de espacio que hay, seguro que no me darán una cabaña para mí solo.

Lo miré apretando los dientes, sabiendo que, por desgracia, tenía razón. Tendría que compartir una cabaña con mi alma gemela y un dios que solo ansiaba formar parte de un trío. Y yo deseaba tanto a Kayden que seguramente me resultaría muy difícil no tocarlo.

En ese momento, la puerta se abrió de golpe y Dex apareció jadeando en el umbral.

—Tenemos… una pista —anunció con dificultad, antes de detenerse y mirarnos a ambos con recelo. Debía parecerle muy… bueno, sospechoso, vernos sentados tan cerca el uno del otro en mi cama. Así que hice lo único que se me ocurrió en ese momento.

—¡Rescatamos a Kayden! —grité—. Elara está yendo a recogerlo a Ascradia.

La desconfianza en el rostro del jinete desapareció y fue sustituida por una amplia sonrisa.

—¿Cómo lo consiguieron? —quiso saber.

—Es una larga historia y tuve ayuda. —Mi mirada se deslizó hacia el apuesto dios a mi lado, que, por supuesto, aceptó encantado el mérito.

—¿Por qué están sentados tan cerca el uno del otro? —preguntó Dex, y la sonrisa anterior se desvaneció.

—Quería levantarme, pero casi me desmayo, así que Caronte me sujetó —respondí, tratando de parecer lo más natural posible. Como si fuera algo cotidiano que un dios te salvara de caer.

—Pero ¿cómo puedes sentarte tan cerca de él sin derretirte de dolor?

Bueno, ahí estaba, la pregunta que temía. ¿Podía contarle a Dex que Caronte me había cedido una pizca de su poder? El dios me pidió que no se lo mencionara a Hades, pero ¿qué pasaba con mis amigos? Miré a Caronte de reojo, pero él, una vez más, miraba sus uñas con total indiferencia. Eso no ayudaba en absoluto.

—Eh… —susurré, mientras buscaba una excusa y, al mismo tiempo, ponía algo de distancia entre la divinidad y yo—. ¿Me estoy acostumbrando poco a poco al dolor? —cavilé de forma poco convincente. Cualquiera que se hubiera acercado alguna vez a Caronte y hubiera sentido el tormento que provocaba su presencia sabía que eso era mentira. Dex nos miró con recelo a ambos.

De repente, su rostro se iluminó y supe que no era nada bueno.

—Te dio un poco de su poder. Así ha podido ayudarte a liberar a Kayden —dedujo mi amigo con acierto. Por un lado, aliviada de que no me atribuyera una aventura con Caronte y, por otro, horrorizada por su rápida capacidad de comprensión, suspiré.

—Sí, tienes razón. Pero, por favor, no se lo digas a nadie. Caronte no quiere que nadie lo sepa.

—A más tardar en la próxima batalla, en la que tendrás que usar tu magia, la mayoría se dará cuenta —dijo, quitándome toda esperanza de poder mantener este detalle en secreto.

—Quizás deberías recuperarlo —le dije a Caronte.

—No —respondió con un gesto de desprecio—. Lo regalado, regalado está.

—Pero…

—No hay peros. Es mi poder y yo decido qué hacer con él —dijo con un tono que acalló cualquier protesta por mi parte. Se levantó con determinación y me tendió la mano—. Vamos a buscar algo de comer para que recuperes fuerzas.

Por miedo a que me volviera a invadir el mareo, acepté su mano de mala gana y, en el momento en que la toqué, supe por qué no había retirado su poder.

—¿Alguna vez le has dado de tu poder a otra persona? —le pregunté mentalmente mientras me levantaba con cuidado.

Me miró con recelo.

—¿Por qué quieres saberlo?

—Por nada —mentí, sabiendo que él se daría cuenta de inmediato. Pero, contra todo pronóstico, no se enfadó. No, su hermoso rostro se entristeció.

—A mi gran amor —me confesó, y esa pequeña frase me oprimió la garganta. Algo me decía que esa mujer había existido hacía mucho tiempo pero, aun así, el recuerdo de ella lo seguía destrozando.

—¿Qué pasó? —le pregunté con confianza, sin que Dex nos oyera, mientras pasábamos junto a él y salíamos a la luz del sol.

—Otro dios la mató —respondió, y el frío de su voz me hizo estremecer.

—¿Por qué? —No podía dejar de pensar en esa pregunta—. *¿Fue por el poder que le compartiste?* —¿Ahora yo también estaba en peligro?

—No tuvo nada que ver con que le hubiera dado una parte de mi poder —dijo sin tono—. *La mató por nuestro amor.* —Ahora podía percibir un atisbo de odio en su voz. Le habían arrebatado a la mujer que amaba. Con la que había compartido su poder para poder estar cerca de ella.

—¿Has vuelto a compartir tu poder con alguien desde entonces?

—No.

Seguía sosteniendo mi mano y yo la apreté una vez. Lo entendía mejor de lo que jamás hubiera imaginado. Al fin y al cabo, yo había vivido sola en el desierto durante trece años sin tocar a otro ser viviente durante toda esa época. Eso no era nada comparado con el tiempo que este dios había tenido que soportar sin poder tocar a nadie. Su insistencia en reinstaurar la Gran Caza, que mencionaba tan a menudo, y sus supuestos innumerables logros en la cama, ¿eran una farsa? ¿También formaban parte de su máscara? ¿Esa cara que llevaba todos los días para ocultar su propio dolor y soledad?

—Voy con ustedes —interrumpió Dex sin darse cuenta nuestra conversación—. Así podré contarles la pista que hemos descubierto y ustedes me contarán lo del rescate de Kayden.

¡Kayden!

—Elara, ¿ya estás con él? —le pregunté a la dragona de mi alma gemela. Lo que más me apetecía era volar tras ella con Jarok, pero el riesgo de desmayarme sobre el lomo de mi dragón era demasiado grande.

—Ya lo tengo, pequeña cazadora —oí su respuesta en voz baja en mi cabeza. Debían estar aún muy lejos—. *Ahora volamos de vuelta al asentamiento.*

—¿Cómo está?

—Todavía está débil, pero cada vez tiene más fuerzas. Cuando lleguemos, será casi el de siempre.

Una sonrisa de felicidad se dibujó en mis labios y no pude evitar dar unos saltitos de alegría.

Caronte, que por supuesto había escuchado la conversación, me acercó un poco más a él y me rodeó los hombros con un brazo.

—Me alegro de verte tan feliz —me susurró al oído, y supe que lo decía en serio. Luego me soltó, pero sin alejarse de mí. Al parecer, también se había dado cuenta de las miradas escépticas de los aldeanos que nos cruzábamos.

Por fin llegamos al comedor y, en cuanto Ida nos vio, se dirigió hacia nosotros cargada con bandejas y cuencos.

—Kayden va a volver —le dijo Dex con una amplia sonrisa y vi cómo ella corría hacia él, solo para detenerse en el último momento.

Estuvo a punto de lanzarse a sus brazos. Dex no parecía entender en absoluto la situación. Sin embargo, Caronte sí, como me dejó claro al darme un codazo en el costado.

Al momento siguiente me senté en una de las mesas libres, con el dios siempre a mi lado. A ver cuánto tardaba en volverme loca con su cercanía. Por supuesto, disfrutaba de sentir por fin de nuevo el calor de otro cuerpo. Sin embargo, no podía imaginar que Kayden fuera muy comprensivo al respecto. Al fin y al cabo, no se llevaron del todo bien en el mundo de los sueños.

Kayden. Pronto volverá a estar conmigo. Me movía inquieta en mi silla. Estaba deseando abrazar a mi alma gemela. Besarlo.

Pero primero tenía que averiguar dónde estaba la tercera rosa.

—Dex, ¿qué pista encontraron? —le pregunté a mi amigo, que se sentó frente a nosotros, mientras Ida elegía con vacilación la silla de al lado.

—Fue Ida quien se fijó en un pasaje de los diarios de la reina Adayla —respondió, mirando a la mujer que tenía al lado. Las mejillas de la cazadora se sonrojaron.

—¿Qué pasaje? —quise saber con impaciencia—. En realidad, no importa. Dime una cosa: ¿dónde está la última rosa?

—En el Palacio Eclaria —respondió Dex sin mirarme.

CAPÍTULO 41



Dejé mi corazón en Ascradia.
Pero aquí, en el Palacio de Eclaria,
la elegante joya del paisaje eclariano,
he encontrado uno nuevo.

Cita de un poema de la reina Adayla

Jadina

¿En el Palacio Eclariano? —exclamé sorprendida—. Pero si ya estuvimos allí y no vimos nada. —Me froté la frente pensativa—. ¿Están seguros?

—Absolutamente seguros —respondió Dex y sonrió a Ida con cierta timidez—. ¿Puedes contarle a Jadina lo de la pista? —¿Qué estaba pasando aquí? Confundida, miré del a uno y a otro. ¿Dex no se estaba adornando con sus plumas académicas? Entonces debía de ser algo serio.

—No, hazlo tú, Dex. Al fin y al cabo, tú estás mucho más familiarizado con el tema que yo —dijo, colocándose un mechón de cabello detrás de la oreja.

—Pero el honor te corresponde a ti, Ida. Por favor, acláraselo a Jadina.

—Chicos, no tenemos tiempo —interrumpí el tira y afloja, de lo que me arrepentí al momento siguiente al ver las caras de mis amigos, que parecían como si los hubiera pillado haciendo algo indecente.

—*¡Ja!* —se rio Caronte en mis pensamientos—. *Así es como se ven los dos.*

—*Fuera de mi cabeza* —siseé molesta.

—*Está bien* —dijo, y un instante después sentí cómo su presencia desaparecía de mis pensamientos. ¿Por qué podía comunicarme de esta manera con ese pesado arrogante y no con mi alma gemela?

—*En cuanto a eso…* —la voz de Caronte volvió a interrumpir mis pensamientos.

—¡Fuera de mi cabeza! —grité en voz alta y vi dos caras confundidas, aunque la de Ida todavía estaba cubierta por un rubor de vergüenza. Exhalé e ignoré las risitas a mi lado—. Bien, ¿quién de ustedes me explicará por qué creen que la última rosa se encuentra en el Palacio Eclariano?

Dex asintió con la cabeza a Ida para animarla y esta tragó saliva antes de empezar a hablar.

—Ya saben que cada lugar donde se escondía una rosa representaba una de sus cualidades. Tal y como las enumeró la sirena. Belleza, elegancia y peligro —explicó, mirando solo a Dex—. La belleza representaba Ascradia, la patria de la reina Adayla, donde encontraron la primera rosa. El peligro reflejaba el lugar de vacaciones de su familia aquí, en el lago, donde casi se ahogó cuando era niña. Así que solo queda la elegancia. Y ya hemos revisado todos sus diarios.

—Otra vez —añadió Dex.

—Así es. Pero entonces me llamó la atención un pasaje de un poema escrito por la reina. —Se detuvo y me miró con la boca abierta—. Bueno, de la reina anterior, quiero decir. No de usted, Alteza… eh… Jadina, ¿reina Jadina?

—Jadina —la guie para que no siguiera enredándose. ¿Dónde estaba la valiente cazadora que formaba parte del consejo de los

rebeldes? ¿Era la presencia de Dex la que la había cambiado de repente?

—Por supuesto, *Jadina*. —Miró a Dex con incertidumbre—. ¿Por dónde iba?

—En el pasaje del poema de la reina anterior —respondió él sonriendo.

—Ah, sí. En dicho poema, ella describe su nuevo hogar con palabras poéticas. Los jardines del palacio, el pueblo junto al lago, los campos de rosas y también el propio palacio. Lo describe como la *elegante joya del salvaje paisaje eclariano*.

—Elegancia —murmuré—. Quizás tengas razón. ¿No hay ningún otro pasaje en el texto en el que utilice esa palabra?

—No —me aseguró Dex.

—Pero, ¿dónde puede estar la rosa dentro de ese maldito palacio? ¿No debería habernos llamado la atención en nuestra primera visita?

—No necesariamente —señaló el jinete—. Después de todo, encontramos las dos primeras cerca del agua. Aunque sacamos agua potable del pozo del palacio, nadie bajó nunca a ver el manantial.

Cierto. La primera rosa estaba en medio de un lago subterráneo. La segunda, cerca de las aguas termales y del antiguo lago donde se bañaba la familia de la reina Adayla. Mi familia, si era cierto que mi madre era prima de ella.

—Eso significa que tenemos que volver al palacio.

Mis propias palabras me pesaron en el estómago. Al fin y al cabo, fue ahí donde me encontré con Attilus y donde casi me mata. ¿Estaría esperándome para terminar lo que comenzó?

—Sí, no tenemos otra opción —coincidió Dex—. Pero esta vez tienes a un dios que no se apartará de tu lado. No puede salir nada mal.

Miré con incertidumbre a Caronte, que una vez más fingía que todo aquello no le incumbía, y puse los ojos en blanco ante su expresión indiferente.

—No, puedo cuidar de mí misma —aclaré—. Y seguro que no volveré a caer en sus trucos de transformación.

—No lo digas tan pronto —me advirtió Caronte, ahora, de repente, demasiado interesado—. Imagina que Kayden entra en esta habitación ahora mismo. Corres hacia él y te lanzas a sus brazos. Se besan. Él desliza su mano bajo…

—Ve al grano —le espeté.

—Bueno, una cosa lleva a la otra, él te lleva a *nuestra* cabaña. A solas. Y justo cuando estás dispuesta a entregarte a él, te revela que no es Kayden, sino Attilus. —Para enfatizar el dramatismo de su historia, dio un golpecito con los dedos índices sobre la mesa—. Y ¡bum! Volvió a pasar.

—¿Qué? —pregunté riendo—. Nunca pasaría algo así.

—No me gusta darle la razón a Caronte, pero en este caso… Tendremos que ser muy cautelosos cuando estemos en el palacio y no confiar en nadie. Ni siquiera en nuestros mejores amigos o nuestras almas gemelas. Attilus puede adoptar la forma de cualquiera. —Dex me miró contrito.

—Entonces tenemos que encontrar una solución. Una señal secreta individual o algo así —sugerí, tratando al mismo tiempo de ocultar mi inquietud. Por supuesto, sabía desde el principio que Caronte tenía razón. Sin embargo, por un lado, no quería alimentar su ego y, por otro, no quería admitirlo, ya que alimentaba mi peor temor. Quién sabía qué más tenía Attilus bajo la manga, al fin y al cabo, poseía el libro de magia oscura. Era capaz de todo y, sobre todo, de cosas que quizá ni siquiera llegaríamos a imaginarnos en un millón de años.

—*¡Ya vienen!* —oí de repente la voz de Jarok zumbando en mi mente. Poco a poco, mi cabeza se fue llenando gracias a las numerosas conexiones mentales. Solo faltaba una voz. La de Kayden.

—¡Kayden viene! —grité y, al mismo tiempo, me levanté de un salto para correr hacia la plaza del pueblo.

Por fin volvería a mí. Podría tocarlo de verdad, sentirlo. Oler su aroma tras el aire frío de la noche en el desierto y el cuero, y saborear sus besos.

Salí corriendo por la puerta hacia la plaza bañada por el sol. Sentí a Caronte justo detrás de mí, pero seguí corriendo. Mi atención se

centró en el cielo. En el dragón azul que estaba descendiendo.

En lo alto, sobre su lomo, reconocí la figura de un hombre. Mi marido. Su cabello negro y ondulado estaba aún más revuelto de lo habitual y levantó una mano con incertidumbre para saludar, mientras Elara aterrizaba en el suelo.

—Oh, oh, ¿problemas en el paraíso? —susurró Caronte en mi oído. Lo miré por un momento con el ceño fruncido. ¿Qué quería decir?

Pero no dejé que el dios me distrajera más. En lugar de eso, eché a correr. Directo hacia el dragón y su jinete.

Las lágrimas se abrieron paso hasta la superficie, solo para rodar en grandes ríos por mis mejillas. Al mismo tiempo, me reí.

Volvió.

En cuanto Kayden se bajó de Elara, me lancé a sus brazos. Sollozando y riendo, deslicé mis manos primero por su rostro y luego por su torso.

Estaba ileso. ¿Cómo?

—Estoy bien. Gracias a ti y a tu magia —susurró tembloroso en mi cabello. Sentí sus besos por todas partes. En mi coronilla, en la oreja, en la frente, en los ojos, en mis mejillas y, finalmente, en mi boca.

Lo abracé con fuerza mientras caíamos juntos de rodillas. Abrazados. Sumergidos en un beso.

—Jadina —susurraba una y otra vez como un mantra en mis labios, solo para pedir entrada con su lengua poco después. Con mucho gusto le concedí ese deseo. Bailó alrededor de la mía y la dulzura de su aliento llenó mi boca.

Me besaba con avidez y en mí también despertó un deseo que nuestro vínculo espiritual no hacía más que avivar.

Olvidamos todo lo que nos rodeaba cuando nos detuvimos un momento y nos miramos. Contemplamos el fuego del deseo en los iris del otro, que ardía más fuerte que nunca.

El siguiente beso fue exigente, devastador, y un gemido, que fue respondido con un gruñido, se escapó de mi garganta.

—Kayden —gemí, bañada en placer, mientras él deslizaba su lengua desde mi oreja hasta mi clavícula.

—Algunos de nosotros, yo en particular, disfrutamos mucho de este tipo de exhibicionismo. Pero deberían tener en cuenta que también hay niños en este asentamiento que ya los están mirando con los ojos muy abiertos —la voz divertida y a la vez cruel de Caronte interrumpió el momento.

Asustada, me detuve, reprimí el deseo en el que me había envuelto el vínculo de mi alma y me concentré en mi entorno.

¡Por los dioses! ¿De verdad nos abalanzamos el uno sobre el otro en medio de la plaza del pueblo? Avergonzada, levanté la mirada y me encontré con innumerables rostros que nos miraban con las emociones a flor de piel: horror, éxtasis, ira y, en algunos, incluso descubrí algo parecido a la vergüenza ajena. En primera fila se arremolinaba un grupo de niños, algunos de los cuales sus madres ya los estaban apartando.

Solté el abrazo con el que tenía a Kayden apretado contra mí, como si pudiera escaparse en cualquier momento. Él también bajó las manos, confundido. Pero su mirada estaba puesta en mí. ¿No se había dado cuenta de la multitud que nos miraba boquiabierta?

Caronte me tendió la mano y me ayudó a ponerme en pie. En ese momento, Dex se abalanzó sobre Kayden y lo tiró al suelo.

—¿Dex? —pregunté sorprendida. Al principio pensé que lo estaba abrazando, pero entonces vi que se sentaba sobre su espalda y le inmovilizaba las manos—. ¿Qué estás haciendo?

—Jadina, hazle una pregunta cuya respuesta solo él conozca —ordenó con severidad.

—¿Qué? ¿Por qué? —quise saber y di un paso más hacia los dos hombres en el suelo.

—Para comprobar que no es Attilus —respondió, mientras seguía manteniendo a Kayden presionado contra la arena.

—¿No crees que el espectáculo que acabamos de dar sea suficiente? Me miró confundido—. Sé que es Kayden. Aunque todos los hombres del mundo me besaran, podría reconocer a mi alma gemela entre ellos. Además, está el vínculo espiritual, que creo que ninguna magia del mundo podría imitar —respondí con la mayor calma posible—. Así que suéltalo.

Al parecer, mi respuesta lo convenció, porque al momento siguiente soltó las manos de su amigo y lo ayudó a levantarse.

—Lo siento, pero nunca se puede ser demasiado precavido —se disculpó, dirigiéndose a mi marido, quien no lo dudó y lo abrazó con cariño.

—Tienen exactamente una hora libre en *nuestra* cabaña —me susurró Caronte—. Para entonces ya tienen que haber terminado. Al fin y al cabo, ha sido un día agotador y hasta un dios necesita descansar de vez en cuando.

Puse los ojos en blanco, pero estaba demasiado contenta por el tiempo que iba a pasar con mi esposo como para decir algo que pudiera molestar a la divinidad. No quería que se replanteara su oferta bajo ningún concepto.

Solo entonces me di cuenta de la mirada recelosa que mi alma gemela nos lanzó a mí y al dios, quien una vez más se había acercado demasiado a mí.

Una mirada que podía matar.

CAPÍTULO 42



Lucian no soporta a Caronte.
¿Será el vínculo espiritual el que habla por él?

De las notas de la princesa Elena

J*adina*

Qué te había dicho? Problemas en el paraíso —se burló Caronte con increíble complacencia en mi cabeza.

—No, Kayden no es así. Se lo explicaré todo y lo entenderá —respondí imperturbable—. *Aunque quizá una hora no sea suficiente para ello.*

Sonriendo, miré al dios, que vio claramente mi intento de ganar más tiempo a solas con mi alma gemela.

—Una hora. No más —dijo con firmeza.

—Ve a los baños —le sugerí—. *En cuanto entres, los tendrás para ti solito. Toda la paz y el silencio que puedas desear mientras te relajas en unas aguas maravillosamente cálidas.*

—¿De verdad estás intentando convencerme de las ventajas de la soledad con la que lucho día tras día? —preguntó, y su risita

divertida desapareció de repente, al igual que mi impulso de deshacerme de él. Nunca antes lo había visto tan sincero.

—*Lo siento* —respondí y lo tomé por la mano. No le deseaba la soledad a nadie, ni siquiera a él.

—¿Puedo saber qué sucede aquí? —La voz de Kayden interrumpió nuestra discusión. Tenía los ojos entrecerrados y miraba con fijeza nuestras manos entrelazadas.

La ira ardía en sus iris y vi que, al mismo tiempo, intentaba controlarse. Tenía las manos cerradas en puños y le temblaban ligeramente.

¡Mierda! Mi confianza en que Kayden comprendiera la extraña relación entre Caronte y yo… Bueno, ¿qué era lo que en realidad teníamos? ¿Conexión? ¿Compañerismo en el sufrimiento? ¿O incluso amistad?

¿Entendería mi marido que Caronte no buscaba mi cercanía por motivos sexuales, sino únicamente para escapar de la eterna soledad de su existencia durante su estancia? Desde el principio le había mostrado a Caronte cuáles eran los límites y, aunque a veces podía ser un idiota, nunca traspasaría los límites de una mujer, de ninguna. De eso estaba segura. Sí, le gustaba coquetear. Le gustaba mucho y lo hacía a menudo. Pero eso era todo.

—No es nada —respondí, soltando la mano de la divinidad—. Solo somos… amigos. —Sentí cómo Caronte se estremecía a mi lado y se ponía tenso—. Te lo explicaré todo con calma.

La palabra «amigos» me sorprendió tanto como al dios, que me miró con los ojos muy abiertos. Me parecía lo correcto. Desde que apareció aquí, siempre ha estado ahí para mí. A su manera retorcida y, a veces, incluso demasiado molesta. Pero me ha ayudado, escuchado e, incluso, ha creído en mí durante los momentos decisivos. ¿No es eso lo que hacen los amigos?

Sin embargo, a Kayden no parecieron gustarle mis palabras. Con una expresión sombría en la cara, me miró con los labios apretados.

—Puedes comunicarte mentalmente con él —espetó. No era una pregunta, sino una afirmación. Descubrí el dolor que eso le causaba entre las llamas que ardían en su mirada.

—Eh… —Sorprendida de que Kayden lo supiera, miré en busca de ayuda a Caronte, que seguía mirándome como si fuera la primera vez que me veía.

—Todos los dioses pueden hacerlo —intervino Dex, y nunca le había estado tan agradecida como en ese momento por su infinito conocimiento—. Por suerte, aún no he tenido el placer, pero, en teoría, Caronte puede comunicarse con cualquiera de nosotros de esa manera.

Kayden asintió, pero no parecía que esa explicación lo fuera a suavizar. Así que le agarré la mano cerrada en un puño y lo llevé a nuestra cabaña, que, como también tendría que confesarle, compartiríamos con Caronte.

No pude contener un suspiro de tristeza. Me había imaginado nuestro reencuentro de otra manera.

Sin embargo, no podía culpar a nadie por ello. Los celos en parte irracionales de mi marido estaban alimentados por nuestro vínculo espiritual, y la dependencia de Caronte era el resultado de sus milenios de soledad. Y yo me encontraba entre ellos, sin estar dispuesta a renunciar a ninguno de los dos. Ni a mi alma gemela ni a mi nuevo amigo.

Kayden me dejó llevarlo a nuestra cabaña sin protestar. Lo empujé por la puerta, hacia el interior de la habitación, bastante oscura.

Cuando me giré para cerrar la puerta detrás de mí, mi mirada se posó en Caronte, que seguía en la plaza del pueblo mirándome. ¿Era miedo lo que veía en su rostro?

Suspirando, rompí el contacto visual, tranqué la puerta y me volví hacia Kayden, que estaba de espaldas a mí, algo perdido en la habitación. Tenía los hombros caídos hacia delante y los brazos y las manos colgando flácidos a ambos lados del cuerpo.

Estaba irritado y miraba de un lado a otro entre las dos camas. Quizás no había sido buena idea traerlo aquí. El poder de Caronte llenaba el aire de la sofocante habitación y Kayden también se dio cuenta de quién era el dueño de la cabaña.

—¿Lo amas? —preguntó en voz baja y cansada.

—¿Qué? —exclamé, sorprendida por su pregunta.

—Lo entendería. Después de todo, pensabas que nunca volverías a verme. Quizás necesitabas consuelo y él te lo dio.

—¡No! —protesté indignada, pero él no me dejó seguir.

—Si es él a quien quieres, no me interpondré en tu camino.

Con un tirón, lo giré hacia mí.

—No quiero ni deseo a nadie más. Te amo más que a mi vida y no puedo imaginarla sin ti —las palabras brotaron de mi boca—. El tiempo sin ti fue una auténtica tortura y solo el conocimiento de mi responsabilidad hacia los pueblos de Eclaria me mantuvo en pie. —Deslicé mis manos por su pecho—. Pero sin ti, mi vida es solo la mitad y… no estoy completa.

—Entonces, ¿por qué ha dormido aquí, en tu cabaña? —estalló, pero se contuvo al instante—. Puedo sentir su presencia en todas partes, incluso en tu cama.

—Nadie quiere compartir cabaña con él y no hay capacidad para asignarle una propia. Como soy con quien mejor se lleva, accedí a vivir con él. Pero no pasó nada entre nosotros.

—Estaba en tu cama —repitió, insistiendo en esa afirmación que parecía no darle paz.

—No estaba *en* mi cama, sino *sobre* mi cama. Y eso fue después de evitar que me desmayara y cayera al suelo.

—¿No te encontrabas bien? —preguntó, mirándome preocupado y me tomó de las manos, las que aún mantenía sobre su pecho. Podía sentir sus latidos demasiado desenfrenado bajo su piel e inmediatamente los míos se sincronizaron con los suyos.

Así que tomé una de sus manos y la puse sobre mi pecho. Sus ojos se agrandaron. Podía sentir los latidos combinados.

—Caronte es solo un amigo que me ha ayudado en muchas ocasiones. Entre otras cosas, a salvarte. Por eso le estaré eternamente agradecida. Pero nada más. Mi corazón solo late por ti y contigo. Eso nunca cambiará.

Las lágrimas llenaron mis ojos y sumergieron al hombre que amaba en una confusa maraña de colores. Una maraña que se acercó a mí hasta que sentí sus labios sobre los míos. Dulces, tiernos y cautelosos. Como si no quisiera asustarme. Aunque mi pasión por

él rebosaba, refrené mi impulso de abalanzarme sobre él con todo mi amor y mi deseo anhelante.

En cambio, respondí al beso con la misma suavidad y moderación.

—Yo también te amo por encima de todo, Jadina. No puedo perderte —gimió contra mis labios. Mi nombre, pronunciado por su boca, se deslizó como chocolate por mi garganta y rompió toda la moderación que intentaba mantener con todas mis fuerzas.

—Soy tuya en cuerpo y alma —susurré temblorosa, solo para soltarme al momento siguiente y conquistar con avidez su boca, su lengua, su ser, ansiando mucho más de él—. Para siempre.

El vínculo espiritual entre nosotros latía al ritmo de nuestros corazones y nuestra magia bailaba entrelazada bajo nuestra piel. Mucho más tierno de lo que dejaba entrever el deseo tormentoso con el que ahora me devolvía el beso, deslizó sus dedos mi cabello y acercó su cuerpo al mío.

Yo, por mi parte, tiré de la abertura de su uniforme de cuero con impaciencia. Estaba roto en diferentes partes.

—¿Tan impaciente, mi gato salvaje? —inquirió sonriendo en mis labios.

—Bueno, no tenemos mucho tiempo —respondí con una sonrisa pícara, mientras le tomaba de la mano y lo llevaba a mi cama.

—Nos tomaremos todo el tiempo del mundo —me susurró al oído y sus palabras hicieron que todo mi cuerpo se estremeciera de placer. El calor se acumuló entre mis muslos y, con un suave gemido, cerré los párpados. Me olvidé de Caronte y de su hora. Kayden tenía razón. Este reencuentro requería un breve momento de atemporalidad.

Decidido, tomó mi almohada y mi manta para extenderlas sobre el suelo de madera. Confundida, lo observé hasta que me tomó en sus brazos y me tumbó sobre el nuevo lecho.

—Así apesta menos a dios —dijo sonriendo mientras me acostaba sobre la manta con suavidad, solo para hundir su nariz en mi cabello y provocarme con la lengua detrás del lóbulo de la oreja. Un nuevo escalofrío recorrió todo mi cuerpo, hasta la punta de los dedos de los pies.

—Te deseo —gemí—. Ahora.

Su boca recorrió un camino caliente hasta mi clavícula, mientras al mismo tiempo desabrochaba mi ropa con agilidad y la deslizaba hasta mis caderas. Su lengua rodeó mi pezón. Solo ese contacto me hizo arquear la espalda y presionar mi pelvis contra la suya. Sentí que él me deseaba tanto como yo a él.

—Pequeña rompe maldiciones —oí de repente otra voz masculina ronronear en algún lugar de mi cabeza. Pero en ese momento, la lengua de Kayden se deslizó hacia mi ombligo, solo para bajar el resto de mi uniforme hasta mis rodillas de un tirón.

—Eres tan hermosa y tan suave —gruñó Kayden en mi piel, justo encima de mi centro. Cada una de sus palabras vibró en lo más profundo de mi ser.

Bromeando, besó la parte interior de mis muslos, acercándose cada vez más a mi deseo palpitante. Anticipándome a su contacto allí, hundí los dedos en la manta que tenía debajo. Buscaba apoyo antes de que me empujara por el precipicio.

—Pequeña rompe maldiciones —volvió a sonar esa voz masculina en mi cabeza, la cual solo debería girar en torno a la hábil lengua de mi marido, quien estaba a punto de conquistar mi centro—. *Sé que ahora no es el momento adecuado, pero…*

—¡Vete! —intenté decir con la mayor dureza posible, pero las palabras se difuminaron en un gemido y simultáneo que no pude reprimir.

—Vaya, veo que el momento es realmente inoportuno. ¿Quizás pueda ayudarte a acelerarlo? —ofreció, y pude oír lo ásperas que sonaban sus últimas palabras.

—¡Vete! —repetí. Esta vez, sin embargo, con la vehemencia necesaria. En ese momento, Kayden apartó mis bragas y me introdujo un dedo. Las estrellas bailaban ante mis ojos.

—Está bien. No quiero interrumpirlos, pero…

—¡Ahora no! —gemí.

—Solo quiero decir que…

En ese momento, la puerta se abrió y Kayden se inclinó sobre mí para protegerme. Por encima de su hombro, vi a Nayda y a Flavia, que estaban en la puerta, jadeando.

—*…tienen visita* —terminó diciendo el dios entre risas.

—El maldito de Gronus está atacando las aldeas de los cazadores —exclamó Nayda—. Tenemos que partir ya.

Capítulo 43



Son conocidas por su belleza, elegancia y peligro,
pero no se menciona solo a una, sino a tres.

El enigma de la sirena de las aguas negras
de la tierra maldita frente al palacio de Eclaria

Jadina

Será mejor que se vistan. Todos se han reunido en el comedor y solo los están esperando a ustedes —añadió Nayda sin mirarme, y un parpadeo después tanto ella como Flavia habían vuelto a desaparecer.

—*Gracias por avisarme a tiempo* —le gruñí a Caronte.

—*De nada* —respondió divertido.

—Ahora entiendo lo que querías decir cuando decías que teníamos poco tiempo —jadeó mi marido mientras intentaba volver a subirme la ropa. Sin embargo, se detuvo, me tomó el rostro entre las manos y me besó con increíble ternura, primero en los labios y luego en la punta de la nariz—. Lo siento —susurró.

—¿Te arrepientes? —pregunté con la voz temblorosa, conmovida por la intimidad que representaba ese beso.

—Por no haber confiado en ti, por no saber controlar a veces mis celos y por haberme dejado llevar por mi magia…

—No fue culpa tuya —le interrumpí.

—¿Qué no fue culpa mía? —quiso saber.

—No te dejaste dominar por tu magia. —Suspiré y esta vez fui yo quien le puso las manos en las mejillas. Acaricié su piel con el pulgar —. No lo recuerdas, pero cuando eras niño te alcanzó una flecha en cuya punta estaba adherida la maldición. Así es como penetró en tu cuerpo y se ancló en ti. Con el paso de los años se fue haciendo cada vez más fuerte y solo esperaba su oportunidad, un momento de debilidad. Probablemente, la situación emocional provocada por mi desaparición te hizo vulnerable a ella.

—¿Qué? ¿Cómo se te ocurrió algo como eso? Solo una flecha me ha alcanzado en toda mi vida y no estaba maldita. Lo recordaría, y Elara también. —La incredulidad se reflejaba en sus ojos y me partía el corazón tener que decirle la verdad.

Entonces repetí la confesión de Gronus: la historia de la flecha que marcó la infancia de Kayden y la prohibición de usar su magia. Le expliqué que el plan de su padre no había sido más que un cruel aplazamiento del destino, una red de mentiras que incluyó el robo de sus memorias y el uso de la magia de Elara para remendar lo que nunca debió romperse.

Durante todo ese tiempo, le sostuve la cara, le acaricié y recogí las lágrimas que brotaron de sus ojos, causadas por el dolor.

—Siento mucho todo lo que te ha pasado —le susurré y lo besé con ternura en la punta de la nariz.

—¿Capturaron al que me disparó la flecha? —quiso saber.

—No, te encontraron con ella clavada en el pecho. El arquero ya se había dado a la fuga. Pero tu padre está convencido de que se trata de un cazador. De ahí su odio hacia mi pueblo.

—¿Por qué alguien dispararía una flecha maldita a un niño? —reflexionó, y puso sus manos sobre las mías—. ¿Quién haría algo así?

¿Quién tendría interés en imponer una maldición sobre la tierra, ligada al futuro heredero al trono de los jinetes?

—Attilus —susurré horrorizada, y Kayden me miró con la misma comprensión en sus ojos—. ¿Y si todo esto no fuera una coincidencia, sino algo intencionado? Attilus también conocía la profecía. Sabía quién eras y en qué te convertirías.

Kayden se puso de pie y me arrastró con él. Con destreza, me abrochó el uniforme.

—Ven, tenemos que hablarlo con los demás —insistió, y juntos salimos de la cabaña hacia el comedor.

Estaba abarrotado. Había hombres y mujeres con uniformes de cuero sentados y de pie por todas partes. Solo alrededor de una mesa en el centro todos hacían un gran rodeo. Me dirigí hacia ella y descubrí a mis amigos, así como a un dios que estaba recostado en una silla con los brazos cruzados.

—¡Maldita sea! ¡Por fin llegan! —exclamó Nayda con un tono reprochador—. Vestirse no pudo haberles llevado tanto tiempo. —Nos miró a los dos con escepticismo y su mirada hizo que se me subieran los colores a las mejillas.

Pero poco después, todos se abalanzaron sobre Kayden. Lo abrazaron, le dieron palmadas en la espalda o, como Eline, le acariciaron suavemente las mejillas. Todos se habían preocupado por él, lo habían echado de menos. Aunque el tiempo para un verdadero reencuentro era demasiado corto, las emociones eran intensas. Incluso en los ojos de Nayda descubrí lágrimas, que no tardó en ocultar ante nosotros antes de pedir a todos con severidad que volvieran a sentarse para que la reunión pudiera continuar.

—Jadina me contó lo que sucedió cuando era niño. Cómo la maldición entró en mi cuerpo —explicó Kayden y se sentó junto a Lenn, quien lo abrazó de nuevo con alegría y amistad.

—Me alegro de tenerte de vuelta —dijo el jinete.

—Me alegro de haber vuelto —coincidió, dándole una palmada en el hombro a su amigo.

Caronte señaló con un gesto despreocupado uno de los dos asientos libres a su lado.

—Siéntate, pequeña rompe maldiciones —ronroneó con una sonrisa maliciosa.

Miré a Kayden con incertidumbre y él me hizo un gesto con la cabeza. ¿De verdad estaba bien? Por supuesto, él no tenía nada que decir sobre dónde me sentaba, pero tampoco quería atormentarlo.

Vacilante, me senté junto al dios, pero alejé un poco mi silla de él. Al fin y al cabo, no tenía por qué sentarme casi en su regazo.

—Creemos que no fue una casualidad que alguien me disparara con una flecha maldita —continuó Kayden—. Attilus también conocía la profecía. Además, sabía quién era yo y lo poderosa que era mi magia a pesar de mi corta edad. ¿Y si quería impedir que se cumpliera la profecía?

Dex lo miró frunciendo el ceño.

—Puede que tengas razón. Si Gronus no hubiera hecho el pacto con los dragones y no te hubiera dejado curarte en parte gracias a uno de ellos, el resto de la historia, tal y como la conocemos, no habría podido desarrollarse.

—Al parecer, Attilus tenía visión de parte del futuro, pero aún así no pudo prever algunas cosas. Por ejemplo, la aparición de los dragones.

—¿Y si eso tampoco fuera una coincidencia? Los dragones fueron enviados por su oráculo. ¿Es probable que esa haya sido la razón de su alianza con los jinetes? —añadí, y de repente todo cobró sentido. Se produjo un breve silencio en nuestra mesa.

—Malditas sean las nornas. Esas brujas también meten mano en todo —oí maldecir en voz baja a Caronte a mi lado.

—Estas tramas del destino nos han llevado a un punto en el que ya no podemos evitar la lucha. —Fue Flavia quien rompió el silencio, levantándose de su asiento. Todos la miramos—. Gronus está cumpliendo sus amenazas de exterminar al pueblo de los cazadores. Ya sea por odio, porque cree que ellos han maldecido a su hijo, o por razones estratégicas. Va a lanzar un ataque y tendremos que frustrarlo si queremos volver a ver este país unido algún día.

—Ya hemos dividido las tropas y los dragones están listos para volar. Vamos a entrar en una maldita guerra —añadió Nayda, levantándose también.

—Pero ¿qué pasa con la última rosa? ¿Tenemos una nueva pista? —quise saber. Teníamos que encontrar esa rosa. Ya.

Nayda miró a Dex, quien me dedicó una sonrisa tímida mientras también se ponía en pie.

—Decidimos que lo mejor será que sean ustedes dos quienes vuelvan al Palacio Eclariano para buscar la rosa. Así habrá menos posibilidades de que Attilus los engañe. Gracias al vínculo espiritual que tienen, sabrán si es él quien está ante ustedes o es su alma gemela.

Esta consideración tenía sentido. Poco a poco, todos mis amigos se fueron levantando.

—Por supuesto que no irán a buscarla sin mí —intervino Caronte. Su silla chirrió contra el suelo y me miró con aire altivo—. Siempre estaré a tu lado, pequeña rompe maldiciones.

—No esperaba otra cosa —dije, poniendo los ojos en blanco. Kayden y yo también nos levantamos.

—Sí, tendrán que llevar a Caronte con ustedes —dijo Dex, mirando al dios con incertidumbre—. Ha insistido en eso.

—En cuanto encuentren la rosa, asegúrense de seguir las instrucciones de la sirena para que puedan llegar los refuerzos del continente —nos recordó Flavia—. Necesitaremos a todos los hombres y mujeres, sobre todo si Attilus también entra en guerra.

—Lo conseguiremos. Juntos —dijo Lenn, pasando la mano por el centro de la mesa. Dex puso la suya sobre la de su amigo y le sonrió con un poco de melancolía. Ida siguió su ejemplo y acarició con ternura la piel de Dex con el pulgar, quien a su vez la miró profundamente a los ojos. Jako fue el siguiente, seguido de Nayda, Flavia, Fely, Eline, Kayden y yo.

El cuerpo de Caronte se estremeció, pero luego se detuvo.

—Tú también eres parte de esto —le susurré para animarlo.

Vacilante, extendió la mano y luego la posó sobre la mía.

—Juntos salvaremos Eclaria —dije en voz alta y me sorprendió que nadie se hubiera echado atrás ante la mano de Caronte. Ni siquiera cuando esta comenzó a brillar y hermosas cintas de luz de colores se desprendieron de su piel para envolver al momento siguiente todas las manos entrelazadas. Cuidadosas de no causar dolor a nadie con su magia, las cintas de luz flotaran sobre nuestra piel sin tocarnos.

Así que liberé mi magia de luz y envolví mis cintas alrededor de las de Caronte para protegerlas. Juntos atamos los hilos con más fuerza alrededor de nuestras manos unidas y sellamos nuestro pacto.

A nuestro alrededor, los espectadores se habían acercado y contemplaban con reverencia este espectáculo. Veían cómo un jinete, un cazador, una vil y un dios se unían para salvar nuestra tierra. Para enfrentarse juntos al enemigo y reclamar la libertad que antes era un bien natural en este reino.

—*Estamos listos* —oí decir a Jarok en mi cabeza y, cuando miré a mi alrededor, me di cuenta de que los otros dragones también informaron a sus jinetes.

Mi magia se retiró con suavidad y las coloridas cintas de Caronte también se desvanecieron cuando separamos nuestras manos.

—Cuídate mucho, hija mía —dijo Eline y se acercó a mí para abrazarme. Me envolvió con fuerza y yo deseé sumergirme en esa sensación de seguridad.

—Tú también ten cuidado —le susurré al oído, entre su cabello que olía a hogar. Entonces me soltó para dirigirse a Kayden. Fely fue la siguiente en rodearme con sus brazos y apretarme contra ella.

—Nos vemos cuando Marek, Elena y Lucian estén aquí —dijo, y escuché tanta esperanza en su voz que por un momento me mareé.

—Sí, seguro —respondí, y también rodeé con mis brazos su delicado cuerpo.

—Maldita sea, vengan aquí las dos —maldijo Nayda, y sentí cómo otro par de brazos nos rodeaba y nos abrazaba.

Era una despedida temporal. Sin embargo, después del camino que habíamos recorrido, fue más dolorosa de lo esperado.

Lenn me acarició la espalda mientras me susurraba un «hasta pronto». Dex me aseguró una vez más que la rosa se encontraba sin duda en el palacio de Eclaria, antes de pasarme un paquete con provisiones que —estaba segura— Ida preparó.

Todos se abrazaron y se despidieron. Algunos con lágrimas en los ojos, otros con cierta frialdad. Solo Caronte se quedó un poco apartado.

—¿Vas a tomar un portal para llegar al palacio? —le pregunté mientras me acercaba a él.

—¿Qué? ¿Y perderme toda la diversión del viaje contigo y ese aspirante a rey? —Su mirada se posó en Kayden, que se despedía de su escuadrón—. No, tomaré al Fénix.

—¿A Limycu? ¿Dónde está ese pequeño? —miré a mi alrededor , pero no lo vi sobre los hombros de nadie.

—El *pequeño* ya nos está esperando fuera. En todo su esplendor.

¿Se había transformado sin que yo se lo pidiera? Abrí mi mente y de inmediato sentí su presencia.

—¿Ahora me crees? —Caronte rompió nuestra conexión mental y me sonrió con picardía. Había tantas voces en mi cabeza. Mi mirada se posó en Kayden. Solo faltaba la suya*—. En cuanto a eso* —intervino de nuevo en mis pensamientos*—. Ustedes…*

—Jadina, ven. Tenemos que irnos. Si no, no llegaremos al palacio antes del atardecer —interrumpió Kayden las palabras de Caronte y sin esperar, lo seguí hasta la plaza.

Aunque sentía que el dios seguía tirando de mi conciencia, sabía que Kayden tenía razón. Teníamos que darnos prisa.

CAPÍTULO 44



El inframundo conoce muchos monstruos.
Algunos son incluso mortales para los seres mágicos.

Extracto de la antología
Los seres mágicos de Brysalia, de Horacio

Jadina

Tras un largo vuelo, finalmente aterrizamos justo delante de las puertas del palacio. El sol bañaba el paisaje con un cálido tono rosado y solo el palacio, cubierto de rosas negras, y el suelo maldito que lo rodeaba parecían absorber todos los rayos del sol.

Cansada, me deslicé de la espalda de Jarok y aterricé con los pies en la arena oscura. Me eché al hombro la bolsa que tomé de la cabaña antes de partir.

—¡Jadina! —exclamó Kayden asustado y, al momento siguiente, estaba flotando sobre el suelo—. ¡Te tengo!

Confundida, miré primero a mi alma gemela y luego a la tierra que había debajo de mí. Intenté apartar de mi mente la risita de Caronte.

—No creo que esas medidas sean necesarias —dijo el dios mientras se deslizaba por la espalda de Limycu. Elegante y sublime como siempre.

—Caronte tiene razón. —No me gustaba, pero debía darle la razón—. Ahora sé controlar mi magia.

A pesar de la incertidumbre en su rostro, Kayden me dejó bajar con cuidado y al instante sentí cómo despertaba mi magia rompe hechizos. Pulsando, se disparó bajo mi piel y una niebla púrpura se enroscó primero alrededor de mis manos y luego también alrededor de mis pies. Sin dolor. Sonriendo, miré a los dos hombres y di un primer paso hacia la entrada del palacio.

—¡No puede ser! —exclamó mi marido sorprendido y señaló con la mano extendida una huella cubierta de hierba detrás de mí. Mi huella.

—¿Cómo? —balbuceé igual de sorprendida y di otro paso, solo para ver cómo se extendía otra huella verde sobre la tierra negra.

—Tu magia está contrarrestando la maldición. Aunque todavía es a pequeña escala, es un comienzo —explicó Caronte y me sonrió satisfecho.

—¡Es increíble! —susurró Kayden y se acercó a mí para abrazarme—. ¡Eres increíble! —Me besó en la punta de la nariz—. ¿Con qué me he casado con una mujer fantástica y poderosa?

—Yo también me lo pregunto constantemente —oí murmurar a Caronte detrás de mí, pero no le presté atención.

—Entremos —sugerí, pero no sin antes darle a Kayden un suave beso en la comisura de los labios.

El interior del palacio no había cambiado. La entrada seguía brillando con el mármol blanco y el retrato de la reina Adayla con el rey Ryland colgaba justo enfrente de la entrada. Allí donde la escalera se dividía a izquierda y derecha.

¡Por los dioses! Me detuve de inmediato y desenvainé mi espada con un solo movimiento.

—No estamos solos —les susurré a los dos. Caronte levantó una ceja y Kayden miró a su alrededor mientras también desenfundaba su arma.

—¿Cómo lo sabes? —quiso saber mi alma gemela.

—El retrato —señalé con la cabeza en dirección a donde estaba colgado—, lo descolgamos para llevárnoslo a la biblioteca. ¿Recuerdas?

Los ojos de Kayden se agrandaron al oír mis palabras.

—Tienes razón —coincidió Caronte—. Siento la presencia de un poder desconocido para mí. Una magia bastante fuerte para sus estándares.

—Attilus —maldije en voz baja mientras daba una vuelta sobre mí misma para tener una visión general.

—Pero no está aquí —dijo el dios con serenidad.

—¿Entonces dónde? —preguntó Kayden mirándolo con expectación.

—Allí —respondió la divinidad, señalando el suelo con una mano.

—¿Debajo de nosotros? ¿En las bodegas? —pregunté, y tuve que tragar saliva. ¿No habíamos estado ya bastante tiempo bajo tierra en las últimas semanas? ¿No podíamos encontrar una de las rosas en un valle, en un claro o en medio de la estepa? Cualquier sitio menos en otro túnel subterráneo o cueva.

—Más abajo.

—¿Es eso posible? —preguntó Kayden con desconfianza.

—Claro que sí, *pequeño rey*. —Caronte miró furioso a mi alma gemela y este apretó los dientes. Este tipo de enfrentamientos entre los dos prometía ser divertido.

—Entonces propongo que bajemos —intenté distraerlos.

—¿Ahora? ¿No quieres descansar primero? —me miró preocupado.

—Ahora mismo. Se nos acaba el tiempo —dije con determinación —. Nuestros amigos y los refuerzos del continente nos necesitan.

—¿Alguno de ustedes sabe cómo llegar allí? Porque tengo la sensación de que el lugar donde se concentran las vibraciones mágicas del otro ser ya no se encuentra en este edificio. —Caronte me miró con curiosidad y yo miré a Kayden. El tiempo que pase en este palacio, fue en una cama en un cuerpo sin vida, mientras mi alma estaba a resguardo en Aranga.

—En aquel entonces descubrimos un pozo en las bodegas. Puedo llevarnos allí, pero no había pisos debajo —le espetó Kayden al dios.

—Quizás no los encontraron —respondió irritado ante la acusación tácita de una suposición errónea.

—Veamos primero ese pozo. Al fin y al cabo, las ubicaciones anteriores de las rosas siempre tenían algo que ver con el agua —intervine antes de que la situación se agravara.

—Buena idea, pequeña rompe maldiciones —ronroneó Caronte.

—Exacto. Buena idea —gruñó Kayden y se adelantó con el arma desenfundada.

—Te has elegido a un compañero muy desconfiado —dijo Caronte en mi cabeza mientras bajábamos unas escaleras hacia el sótano. Kayden se había llevado una de las antorchas encendidas del vestíbulo. Sus llamas bailaban agitadas con las sombras de las paredes. Casi como si quisieran advertirnos de un peligro que aún no detectábamos.

—Dale tiempo para que acepte tu presencia —respondí con la mayor neutralidad posible.

—Ahí está el pozo —nos informó mi marido y se detuvo. Delante de nosotros, reconocí una bóveda de sótano. En su centro se alzaba un pozo, construido en piedra blanca. Me acerqué con cautela, mientras los dos hombres buscaban en las paredes indicios de un posible paso.

Me incliné sobre su borde, solo para mirar dentro de un agujero negro. No me costó ningún esfuerzo encender una bola de luz en la palma de mi mano, que dejé flotar poco a poco dentro del charco.

Al principio solo se veía la piedra con la que estaba construida la fuente, pero entonces esta desapareció y en su lugar aparecieron rocas rugosas. Rocas que formaban una cueva, en cuyo centro había un lago. Sentí como si estuviera viviendo un déjà vu.

—¡No! —murmuré—. No puede ser.

—¿Qué no puede ser? —preguntó Kayden, acercándose a mí.

—Mira hacia abajo —dije sin tono, y al momento siguiente él también se inclinó sobre el borde del charco.

—¡Mierda! —maldijo—. Esto me trae malos recuerdos —añadió, y supe que estaba pensando en la cueva subterránea de los túneles de Ascradia. Esa cueva que terminó derrumbándose.

Pero entonces se me ocurrió otra cosa.

—¿Fue de aquí de donde estuvieron sacando agua durante nuestros días en el palacio? —pregunté—. ¿También el agua que bebí después de despertar?

—Sí. Siempre nos turnábamos para venir a buscarla. No encontramos otra fuente —explicó con el ceño fruncido.

—Entonces la rosa no puede estar en este lago —dije aliviada, preguntándome al mismo tiempo dónde estaría.

—¿Cómo puedes estar tan segura? —preguntó mi alma gemela.

—Porque de lo contrario no habría podido beber sin sentir un fuerte dolor. Como con el agua del lago de la otra cueva.

—No está ahí abajo, en el pozo —coincidió Caronte en ese momento, y me volví hacia él. Estaba delante de un pasadizo en la pared del sótano que antes no estaba allí—. Por aquí.

—¿Cómo? —Miré el pasadizo con los ojos muy abiertos. Antes solo había una pared desnuda.

—Un mecanismo oculto en la piedra. No es nada del otro mundo —dijo con su aire complaciente y, al instante siguiente, atravesó la abertura que se había creado. Cuando quise seguirlo, Kayden me detuvo.

—¿Confías en él? —preguntó. Le dediqué una sonrisa suave y tomé su mano entre las mías.

—Sí. Igual que confío en ti —respondí, y él asintió una vez.

—Entonces también tendré que hacerlo —dijo con determinación y me llevó con él hacia el pasadizo. En el momento en que cruzó el umbral, una ráfaga de viento apagó su antorcha y nos envolvió en la oscuridad. Un escalofrío me recorrió la espalda. ¿De dónde venía esa corriente?

—¿Dónde están? —gritó Caronte impaciente delante de nosotros. Era ciego y tenía otro tipo de visión que no era la de los ojos. Para él, la oscuridad que se extendía ante nosotros no suponía ningún problema.

—¡Ya vamos! —respondí, haciendo bailar otra bola de luz en la palma de mi mano. Un momento después, todo quedó envuelto en un cálido resplandor.

Justo delante de nuestros pies, unos escalones descendían hacia profundidades desconocidas. Al verlos, di un paso atrás. Un paso

más y habríamos caído. Muy abajo. Mi corazón se aceleró al pensar en ello y supe que el de Kayden también latía con fuerza en su pecho.

—Parece que alguien no quiere que lleguemos vivos a nuestro destino —susurró—. Vamos, estamos en el camino correcto.

Me tomó de la mano y me acarició la piel con el pulgar para tranquilizarme. Luego seguimos juntos a Caronte hacia las profundidades. Escalón a escalón.

Cuanto más bajábamos, más inquietante se volvía el silencio y más opresivo el aire. Al principio aún podíamos escuchar una gota por aquí o por allá, pero al cabo de un rato ese ruido también se acalló. Solo nuestros pasos resonaban en las paredes, que se estrechaban cada vez más.

La escalera se adentraba en la tierra como una espiral y el tiempo parecía interminable. La mano de Kayden se convirtió en mi ancla a la realidad. Agarrada con fuerza, era mi único apoyo.

Las numerosas vueltas y giros del descenso me mareaban y, en algún momento, dejé de saber cuánto tiempo llevábamos bajando. ¿Minutos? ¿Horas? ¿Días?

De repente, una voz interrumpió el torrente de mis pensamientos.

—Nos están esperando —dijo Caronte con severidad en mi cabeza—. *Desenvainen sus armas y prepárense para formar un escudo.*

Kayden, a mi lado, parpadeó irritado, pero al momento siguiente sacó su espada de la funda. Me alegré de que esta vez Caronte no se hubiera comunicado solo conmigo.

A regañadientes, solté la mano de mi marido y también desenfundé la mía de manera silenciosa. El acero estaba frío como la muerte sobre mi piel, que antes había sentido el calor de Kayden.

—Apaga la luz —ordenó el dios. ¿Estaba sin aliento? ¿O solo era mi imaginación?*—. Quedan veinte escalones. Después, tendrán que caminar veinte pasos más en línea recta. Cuando* lo *diga, tejeremos juntos un escudo. ¿Entendido?*

—Entendido —respondí, sin atreverme a preguntar qué nos esperaba que requiriera incluso un escudo tejido por un dios.

Apagué mi bola de luz y me concentré en cada uno de los escalones que nos llevaban hacia abajo.

Quedaban quince, luego diez y, por último, solo dos pasos antes de llegar al descansillo. Nos esperaba un olor nauseabundo. A muerte y descomposición. Apenas me atrevía a respirar mientras avanzaba los otros veinte pasos a través de la oscuridad, como si estuviera vadeando barro. Esperaba que Caronte no se hubiera equivocado en el recuento. ¿Acaso mis pasos no eran más cortos que los suyos?

El pánico provocado por la ceguera se apoderó lentamente de mí. ¿Fue un susurro lo que escuché a mi derecha? ¿Un jadeo justo detrás de mí?

Agarré mi arma con ambas manos, lista para atacar. El sudor se había acumulado en mi frente y mi espalda. Sudor de miedo. Sentía el peligro que nos esperaba aquí abajo. Que ya estaba aquí, envuelto en la oscuridad, pero aún no podía verlo.

Entretanto, terminamos de recorrer los veinte pasos y me detuve. A mi izquierda sentí a Kayden, que también se detuvo. A mi otro lado se deslizó la tranquilizadora presencia del dios.

—*Gírense para que quedemos espalda con espalda* —nos indicó, y yo hice lo que dijo. Despacio y lo más silenciosamente posible—. *¡Ahora!*

Mi magia también pareció percibir el peligro, porque salió a la superficie con una fuerza y una velocidad nunca antes vistas. Sin dudarlo, la entretejí con el poder de Caronte y de Kayden y, en un abrir y cerrar de ojos, formamos un escudo incandescente a nuestro alrededor.

Su luz disipó la oscuridad que nos rodeaba y la sumergió en un suave color naranja que recordaba a un amanecer. Sin quererlo, retrocedí al ver lo que nos esperaba aquí abajo, y choqué contra la espalda de los dos hombres. Kayden, a mi lado, se había quedado paralizado, y Caronte, que casi todo se lo tomaba a modo de broma, sostenía dos largas espadas en las manos.

A nuestro alrededor se levantaban del suelo unas criaturas que nunca antes había visto en mi vida.

—*Son Ankou* —me informó el dios—. *Bestias mortales traídas del infierno. Del inframundo.*

Capítulo 45



Encuéntrenlas a todas, pero tengan mucho cuidado,
porque el mundo doble las protege.

El enigma de la sirena de las aguas negras
de la tierra maldita frente al palacio de Eclaria

Jadina

Del inframundo? ¿Qué hacían aquí con nosotros y cómo llegaron hasta aquí? ¿Con quién del inframundo estaba confabulado Attilus? No podía tener tanto poder como para comandar a los monstruos del infierno. ¿O sí?

Tantas preguntas que me hubiera gustado hacerle a Caronte, pero no hubo tiempo, porque la manada se acercaba a nosotros, con numerosos pares de ojos que nos miraban con avidez como carbones ardientes.

Se parecían un poco a los fogghoul, pero eran más pequeños y robustos. Su pelaje oscuro se había erizado al vernos y gruñían mostrando sus dientes del tamaño de una mano, de los que ya goteaba saliva.

Cada paso que daban hacia nosotros iba acompañado del chasquido de sus enormes y afiladas garras sobre el suelo de piedra. Como el tictac de un reloj que anunciaba nuestro fin.

—Sus garras segregan un veneno que es mortal para los seres mágicos, ya que les priva de su magia. Así que intenten no ser alcanzados.

Las palabras de Caronte resonaron en mi mente como cañonazos. Las criaturas que teníamos delante eran absolutamente mortíferas y nuestra inmortalidad no valdría nada en una lucha contra ellas.

Con un gruñido ensordecedor que hizo temblar la tierra, uno de los monstruos se abalanzó sobre nosotros. Por suerte, ya habíamos levantado el escudo. Aquí dentro no podía hacernos daño.

En ese momento, la bestia pasó sus garras renegridas por el escudo y, con los ojos desorbitados, miré los agujeros que se formaron en nuestra barrera mágica.

¡El veneno! ¡Destruyó nuestra magia!

—¡Rápido! ¡Hay que restaurarlo! —gritó Caronte en voz alta y sentí cómo todos canalizábamos nuestro poder hacia nuestra protección. Pero aún no habíamos reparado del todo los agujeros cuando otro Ankou se abalanzó y lo cortó en otro lugar. Sus garras atravesaron nuestra magia combinada como si fuera mantequilla.

—¡Dejen que su magia siga fluyendo! —ordenó Caronte, y vi cómo apretaba con más fuerza sus espadas. Se preparaba para el momento en que nuestro escudo fallara por completo.

—¿Por qué tu alma gemela se contiene con su magia? —gruñó el dios en mi mente—. *No está aprovechando todo su potencial. ¿Quiere matarnos?*

Sorprendida, miré a Kayden. Tenía el rostro tenso, los dientes apretados y el cuerpo le temblaba por el esfuerzo. Y había algo más que reconocí. Miedo. Flotaba en estrías naranja rojizas sobre su cabeza y nublaba su mirada.

Pero no era el miedo a los monstruos que teníamos delante lo que lo paralizaba, sino el miedo a lo que lo había atormentado durante décadas, reprimiendo su magia.

—La maldición ya no puede hacerte daño —le dije—. Tu magia ya no es peligrosa. Puedes usarla sin restricciones.

—Lo sé —jadeó—. Pero no puedo dejarlo ir. No quiero hacerte daño. Otra vez.

Su magia de la tierra derrumbó la última cueva en la que estuvimos buscando juntos una de las rosas y casi me había sepultado bajo sus escombros. Fue Limycu quien me salvó.

—Yo creo en ti. Concédeme la misma confianza —le pedí mientras intensificaba mi flujo mágico y, por un breve instante, hice brillar el escudo con el color de mi poder verde.

Hipnotizado, miró el juego de colores y luego volvió a mirarme. El miedo desapareció de sus ojos y una nueva determinación se abrió paso hacia la superficie. Asintió con la cabeza y, al momento siguiente, sentí cómo su magia fluía con más fuerza y poder que nunca hacia el escudo.

—*Mejor* —comentó Caronte sin tono alguno—. *Puedo trabajar con eso.*

—*¿Qué quieres decir?* —pregunté, pero él interrumpió mi pregunta con una orden fuerte y urgente.

—Pequeña rompe maldiciones. ¡Mira detrás de ti!

Confundida, miré por encima del hombro y solté un grito ahogado al descubrir un objeto entre los Ankou que se acercaban. Un espejo enorme con un marco dorado.

Al mirar más de cerca, me di cuenta de que la superficie del espejo estaba ondulada y, en lugar de mostrarnos a nosotros y a los monstruos de la cueva, solo brillaba con intensidad.

—¿Qué es eso? —susurré sorprendida.

—Es una especie de portal. Tu camino hacia la última rosa —respondió a mi pregunta.

—Querrás decir *nuestro* camino —le corregí, mientras dirigía mi mirada al dios que estaba a mi lado.

—No, *tu* camino —dijo con suavidad—. Nosotros nos quedaremos aquí y lucharemos contra los Ankou mientras tú cumples tu misión.

—Pero…

—Caronte tiene razón —me interrumpió Kayden, y sentí un cariñoso tirón en nuestro vínculo espiritual—. Nosotros detendremos

a los monstruos y te mantendremos el camino libre mientras vas a por la rosa. Puedes hacerlo.

—Las dos últimas veces tampoco lo habría conseguido sin ayuda —le hice notar.

—Ahora eres mucho más poderosa que antes —replicó, desestimando mi objeción.

—Al fin y al cabo, ahora también posees magia divina —se jactó Caronte, y sentí cómo mi marido giraba la cabeza en nuestra dirección.

—¿Qué? —exclamó—. ¿Compartió su magia contigo?

¡Ups! Al parecer, se me olvidó mencionarlo.

—Solo una gotita —dije contrita—. No vale la pena mencionarlo.

—¿Que no vale la pena mencionarlo? —jadeó ahora el dios indignado—. ¿Sabes lo raro que es que un dios comparta su poder con un ser inferior como tú? —El resto de su protesta se convirtió en un murmullo ininteligible, pero me pareció oír las palabras «mujeres jóvenes» y «Hades». Al parecer, a este le gustaba mucho compartir su poder con criaturas como yo.

—¿Por qué me lo ocultaste? —quiso saber mi alma gemela, claramente molesto, mientras la voz de Caronte en mi cabeza decía «criatura ingrata».

—¡Lo haré! —exclamé—. Iré a buscar la rosa. Ahora.

Con estas palabras, me di la vuelta y corrí hacia el espejo. Cualquier cosa era mejor que tener que quedarme con esos dos enfadados.

La manada de Ankou, que había seguido en silencio nuestra discusión, se puso en movimiento de inmediato. Me pregunté si habrían entendido alguna palabra de lo que habíamos dicho, porque ahora prestaban toda su atención a cada uno de mis pasos.

—¡Espera! —gritó Caronte, y sentí cómo él y Kayden corrían tras de mí y volvían a compactar el escudo que había ampliado con mi repentina partida—. El espejo está sellado mágicamente. Y con una magia que no es de este mundo. Es un poder oscuro el que protege el portal.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Hará todo lo posible para impedir que lo atravieses. Así que no te dejes engañar por él. Su superficie no muestra la realidad, sino solo la apariencia de lo que crees ver.

¿Qué quería decir con eso? Sabía que no era un espejo normal, pero ¿cómo iba a impedirme cruzar al otro lado solo con mi reflejo?

—Está bien —respondí, confiada en que no sería tan malo como Caronte lo estaba dando a entender.

—Nosotros nos quedamos aquí —dijo Kayden y me hizo un gesto de ánimo con la cabeza.

—Los Ankou sienten que te estás acercando a lo que deben proteger —siseó la divinidad, mirando hacia la manada, que se había acercado mientras tanto—. Atacarán juntos en cualquier momento. En cuanto se abalancen sobre nosotros, bajaremos el escudo.

—¿Qué? ¿Estás loco? —preguntó Kayden, sin apartar la vista de los monstruos. Su magia fluía hacia el escudo.

—Solo así podremos involucrarlos en una pelea y distraerlos de tu alma gemela —respondió el dios con una sonrisa cruel—. ¿O es que tienes miedo de las garras de estos gatitos, pequeño rey?

—Por supuesto que no tengo miedo de luchar —gruñó mi esposo, sacando una segunda espada de su cinturón. Luego se volvió hacia mí con mucha más suavidad—. Te daremos el tiempo que necesitas.

—Ya casi es tiempo —lo interrumpió el dios—. Prepárense.

Había unos diez pasos hasta ese maldito espejo. Tenía que ser rápida y esperar que los dos hombres pudieran distraer el tempo suficiente a los monstruos.

Discreta, avancé mi pie derecho y flexioné ligeramente la rodilla. En ese mismo instante, vi cómo los primeros Ankou se impulsaban desde el suelo con un rugido estruendoso y las fauces babosas y se abalanzaban sobre nuestro escudo.

—¡Ahora! —gritó Caronte y, sin mirar atrás, eché a correr hacia el espejo. Sentí cómo mis compañeros retiraban su magia del escudo y este, sostenido solo por mi propio poder, se aferró a mí.

Solo cuando llegué justo delante del portal me detuve y eché un rápido vistazo por encima del hombro. Allí donde había dejado a Kayden y a Caronte. Sin embargo, lo único que pude ver fueron

muchos cuerpos oscuros y, entre ellos, el destello de las espadas de Caronte, que dejaban estelas rojas en el aire.

—*¡Ve!* —gritó el dios en mi mente y volvió a dirigir mi atención hacia el espejo.

Su superficie seguía ondulada, pero poco a poco se fue alisando y dejó ver una imagen. Tenía que atravesarlo cuanto antes. Con cuidado, extendí la mano hacia el portal para deslizarla a través de él, pero en ese momento me detuve. Me quedé mirando la imagen que se desarrollaba ante mí. Al principio creí que era mi reflejo: una mujer joven que extendía la mano hacia el espejo. Pero al mirar más de cerca, me di cuenta de que no era yo quien estaba frente a mí, sino mi madre.

Mi hermosa y cariñosa madre, a la que hacía demasiado tiempo no veía. Esa mujer que me leía cuentos y me arrullaba para dormir.

Sin que hiciera nada, la mujer del espejo inclinó la cabeza y vi tanto amor en sus ojos que mis piernas se doblaron y las lágrimas rodaron sin control por mis mejillas.

—Mamá —susurré mientras caía de rodillas.

—Jadina, mi pequeña —oí su voz y el sonido me arrancó un fuerte sollozo. La había echado tanto de menos. Había tenido que crecer sin ella. Cuántas veces lloré hasta quedarme dormida, esperando que la Gran Madre viniera a buscarme para llevarme a su lado al reino de los muertos.

—Te quiero, mi tesoro —susurró, y sentí sus palabras como una cálida brisa en mi rostro.

—Yo también te quiero —sollocé y extendí mi mano en su dirección. Pero en el momento en que la toqué, la imagen se volvió borrosa y amenazó con desaparecer.

¡No! No podía permitirlo. No podía dejarme. No otra vez. Así que retiré mi mano y exhalé aliviada cuando la superficie del espejo se estabilizó de nuevo. Mi madre me sonrió con cariño.

—Por fin estamos juntas—dijo—. Puedo volver a cuidarte y protegerte.

Sí, así sería. Ya no tendría que luchar por mí misma. Mi madre lo había hecho por mí cuando era pequeña, cuando necesitaba que me protegiera.

—Quédate a mi lado y no te pasará nada. Tu vida volverá a ser más fácil y despreocupada.

—Pequeña rompe maldiciones, no olvides lo que el espejo quiere impedir…

—No escuches a ese dios. Solo quiere alejarte de mí. Él no te quiere como yo lo hago —interrumpió mi madre a Caronte, y asentí mientras la miraba envuelta en un trance. Ella había vuelto. Ahora todo iría bien.

—¡Maldita sea! Ve de una vez…

—Sus palabras son como veneno. Solo quiere ponerte en peligro. Usarte para sus propios fines —continuó diciendo mi progenitora con suavidad—. Tú no significas nada para él. Solo yo te amo más que a mi propia vida. Nadie más.

—Nadie más —repetí como un mantra.

—Te amo, Jadina —resonó de repente la voz de Kayden en mi cabeza y sentí un claro tirón en el vínculo de nuestras almas. Mi alma gemela.

Mi madre en el espejo se retorció mientras gritaba de dolor.

—¡No le creas ni una palabra! —gritó, mirándome a los ojos. Pero en ellos ya no veía el amor que había visto antes. No, sus ojos ahora brillaban con un rojo intenso y en ellos se desataba un odio descarado.

—Siempre te amaré, mi gata montes. Hasta la muerte y más allá. —Las palabras de Kayden calentaron mi interior y secaron mis lágrimas.

—Yo también te amo —le envié a través del vínculo.

Poco a poco me puse de pie y me quedé frente a la mujer del espejo. Cuanto más la miraba, más se desvanecía el parecido con mi madre.

—Te quiero, madre. Pero no nos volveremos a ver hasta el reino de los muertos —le dije a mi reflejo en el espejo, solo para dar un paso adelante al momento siguiente y atravesar el portal con su chillido en mis oídos.

CAPÍTULO 46



Los portales no solo existen dentro de Brysalia,
sino también mucho más allá de sus fronteras.

Extracto de la antología
Las criaturas mágicas de Brysalia de Horacio

K*ayden*

Yo también te amo —escuché sus palabras en mi mente, mientras nuestro vínculo latía con fuerza.

—*Bien hecho* —me felicitó Caronte al instante siguiente y comprendí que Jadina había superado el enfrentamiento con una imagen falsa de su madre y había atravesado el portal.

Poco antes, el dios me explicó la situación en la que se encontraba mi alma gemela y me pidió que le asegurara mi amor, ya que era la única forma de traerla de vuelta a la realidad.

—*Pero no puedo hacerlo. No podemos establecer una conexión mental entre nosotros* —le había asegurado. Sin embargo, él no se dejó disuadir.

—*Eso es porque lo están haciendo mal. Llevo mucho tiempo intentando decírselo a la pequeña rompedora de maldiciones, pero*

no me escucha. No tienen que comunicarse entre ustedes como lo hacen con sus dragones o conmigo. No, tienen que utilizar el vínculo del alma para enviar sus palabras al otro.

Qué razón tenía. Me costó varios intentos desalentadores, pero finalmente mi declaración de amor bailó a través de nuestra conexión y llegó a Jadina al otro lado. En ese momento sentí una gran calidez y pude sentir cómo hacía latir más rápido el corazón de mi alma gemela.

El mío seguía latiendo al unísono con el suyo en mi pecho. Un ankou que quería abalanzarse sobre mí por la derecha me distrajo de mis pensamientos. Con una precisión letal, blandí mi espada y la clavé en el vientre de la criatura. Al igual que muchos otros antes que él, cayó exhausto al suelo. Sin embargo, los atacantes no disminuían. ¿De dónde venían todos ellos? Parecía que cada vez salían más de entre las sombras.

Caronte a mi lado, había cambiado una de sus espadas por una lanza larga y mantenía a raya a muchos de los monstruos y sus garras venenosas.

—¡Detrás de ti! —gritó, y justo a tiempo giré mis espadas, que se clavaron en otro cuerpo cuyas garras rozaron mi mejilla por muy poco.

—¡Por poco! —jadeó—. ¡Ten más cuidado! La pequeña rompe maldiciones me matará si te pasa algo.

No pude evitar sonreír. Jadina tenía a ese dios completamente en sus manos.

Estaba a punto de decírselo cuando un estruendo ensordecedor surgió del suelo. Todo tembló y, como si alguien hubiera invocado a los Ankou, todos desaparecieron en la oscuridad de las sombras. Al momento siguiente, nos quedamos solos en la bóveda.

Respirando con dificultad, miré a mi alrededor. Los escombros caían del techo y era como si la tierra rugiera bajo nuestros pies.

—¡Tenemos que salir de aquí! —me gritó y ya se apresuraba hacia las escaleras. ¿No podía crear un portal y escapar así?

—Por supuesto que podría, pero entonces tendría que dejarte solo —respondió sin que yo le preguntara—. Y como ya he dicho, no quiero ganarme el rencor de tu alma gemela.

Una sonrisa se dibujó en sus labios.

—¡Pero Jadina! —protesté—. Tenemos que ayudarla. Ya me quedé de brazos cruzados una vez cuando se derrumbó una cueva sobre ella. No volveré a hacerlo. —Miré a mi alrededor, pero no pude encontrar el maldito espejo por ninguna parte.

—La pequeña rompe maldiciones ya no está aquí. El portal la ha enviado a otro lugar. Al menos está a salvo del terremoto. Nosotros no, si no nos vamos ahora —exclamó por encima del estruendo y lo vi correr hacia las escaleras con una bola de luz en la mano.

Lo seguí y tan pronto como subimos los primeros escalones, oí cómo las piedras golpeaban el suelo y sepultaban la habitación en la que acabábamos de estar.

Sin mirar atrás, seguí subiendo y esperé que Jadina estuviera a salvo.

CAPÍTULO 47



He creado un mundo especialmente para ella.
Para ella y sus tormentos.

Extracto del diario de Attilus

Jadina

DE ALGUNA MANERA, esperaba encontrarme de nuevo en una cueva oscura o en una habitación tenebrosa tras atravesar el espejo, pero este lugar era todo menos aterrador y negro.

A mi alrededor se extendía un paisaje de colinas verdes que bordeaba un denso bosque. El sol brillaba cálido sobre mi piel y podía oler la primavera en el aire.

La hierba húmeda amortiguaba cada uno de mis pasos bajo mis botas. Era un lugar tan silencioso y, al mismo tiempo, tan lleno de vida. Los pájaros cantaban en los árboles del bosque y los insectos se deleitaban zumbando entre las flores y las briznas de hierba.

Así era como siempre había imaginado nuestra tierra, antes de que la maldición lo convirtiera todo en desierto y montañas. Antes de que le quitara toda la fertilidad al suelo.

Todo a mi alrededor parecía estar envuelto en paz y, sin embargo, sentía un peligro subyacente.

Con el arma aún desenfundada, corrí hacia la colina más cercana. No dejaba de mirar a mi alrededor, pero en ninguna parte descubrí una flor que se pareciera a las rosas que guardaba en mi mochila.

Por fin llegué a la cima de la colina y miré hacia abajo, al valle que se extendía ante mí. Se me cortó la respiración al ver la cabaña y el lago que había junto a ella, justo debajo de mí.

Sin pensármelo, me agaché y me tumbé boca abajo en la grama.

¿Quién vivía aquí? ¿Attilus? ¿Sería posible?

Mi pulso se aceleró en mi pecho y apenas me atreví a respirar. ¿Qué debía hacer? Fuera lo que fuera, tenía que bajar. No me extrañaría que guardara la última rosa cerca de él. Además, estaba el trato con Garmaan, el rey dragón. Le prometí entregarle el libro de magia negra que el mago llevaba consigo.

Tenía que llegar a la cabaña sin que me viera*. Por los dioses, que no esté allí.* Pero entonces no podría conseguir ese maldito libro. Un gruñido de frustración se escapó de mi garganta. ¿En qué me había metido?

Volví a mirar a mi alrededor y mi vista se posó en el bosque, que descendía hacia el valle junto con la colina y luego se acurrucaba cerca de la casa.

Con mucha suavidad y aún sin levantarme, retrocedí para seguir la cresta de la colina hasta el bosque; luego me deslicé entre los árboles, densamente alineados, y sus sombras no tardaron en envolverme en la oscuridad.

Tan silenciosa como pude, seguí un pequeño sendero que serpenteaba hasta la cabaña y el lago. Cada crujido y cada pequeño movimiento en las ramas me hacían sobresaltar, y me escondía detrás de uno de los gruesos troncos con mi arma en ristre.

Tardé una eternidad en llegar al pie de la colina. Sin embargo, el sol seguía alto en el horizonte. ¿Aquí nunca anochecía? Era extraño. ¿En qué mundo vine a parar? ¿O era una de las ilusiones de Attilus?

Pero, ¿cómo podía ser una ilusión si incluso podía saborear el aroma del bosque en mi lengua?

Avancé a través de la espesura hasta el borde del bosque y me escondí allí detrás de la vegetación. Justo delante de mí se encontraba la cabaña de madera, y el lago junto a ella brillaba de una manera inquietante y tranquila bajo el sol.

Una sensación incómoda se apoderó de mí, pero la reprimí con rapidez. Intuí qué monstruo lo asecharía y también de lo que era capaz. Al fin y al cabo, me encontraba en su mundo, el que él creó mientras dejaba que el nuestro se hundiera.

A sangre fría y sin ningún remordimiento.

En ese momento descubrí que una de las ventanas estaba abierta. Era mi oportunidad. Quizás la única que tendría.

Así que reuní todo el valor que pude y salí casi sin hacer ruido entre los árboles para recorrer los pocos pasos que me separaban de la cabaña sobre el suave musgo. Una vez allí, me pegué con la espalda contra la madera. El miedo me oprimía la garganta y, por temor a que me oyeran dentro de la vivienda, respiraba tan superficialmente que casi me mareaba.

Así avancé poco a poco hasta la ventana abierta. ¿Podría atreverme a echar un vistazo dentro?

No tenía de otra. Sería la única oportunidad de encontrar y recoger la última rosa. Pasara lo que pasara y por mucho miedo que le tuviera al mago, tenía que aprovechar este momento. Aunque eso pudiera significar mi muerte. Porque de eso estaba más que segura. Attilus haría todo lo posible para que no sobreviviera a un segundo ataque suyo.

Apretando los dientes, me acerqué a la ventana y miré con cuidado a través de la abertura. Vi un mobiliario escaso, que solo incluía lo necesario. Una cama, una mesa con su silla, un lavado y una chimenea encendida, en la que colgaba una olla de la que salía vapor.

Solo las numerosas estanterías con libros gruesos y delgados daban a la cabaña un aire acogedor. ¿Estaría entre ellos el libro que Garmaan deseaba? ¿O es que Attilus lo llevaba consigo?

El habitante no se veía por ninguna parte, pero no podía estar lejos, ya que un aroma especiado a guiso me llegó a la nariz desde la cacerola que estaba sobre el fuego. Pero entonces, ¿dónde

estaba? ¿Y dónde estaba esa maldita rosa? Tenía que seguir adelante. ¿Quién sabía cuánto tiempo me quedaba antes de que regresara?

Una vez más me agaché bajo la ventana y cerré los ojos un momento, mientras me pegaba a la madera que tenía a mi espalda. Solo entonces seguí avanzando hasta el final de la pared de la casa.

Mi pulso latía demasiado fuerte en mis oídos y contuve la respiración. Con ambas manos agarré mi espada; no me serviría de mucho en un encuentro con Attilus, pero me daba una sensación de seguridad. Algo a lo que aferrarme mientras el resto de mí se precipitaba en un profundo abismo de miedo.

Muy lentamente, miré a mi alrededor. El sudor brotaba de mi frente y la primera gota me cosquilleó en la sien. Pero no dejé que eso me distrajera. En cambio, concentré mi mirada en la parte delantera de la casa y en el lago, que desde cerca parecía más grande que desde la colina.

No vi a nadie por ninguna parte. Lo único que me llamó la atención fue una mesita delante de la casa, sobre la cual había un libro abierto. Se notaba que había sido manejado muchas veces y que sus páginas habían sido hojeadas en incontadas ocasiones. Un libro antiguo. ¿Podría ser? ¿Sería el tomo que necesitaba para el trato con Garmaan?

Volví a examinar los alrededores, pero seguía sin haber nadie a la vista. Así que me acerqué con sigilo a la mesilla, al amparo de la sombra del tejado de la casa, y eché un vistazo a las primeras líneas de la página abierta.

Solo con leer esas pocas palabras, mi magia se tambaleó, se retiró asustada y se retorció gimiendo. Tragué saliva y reprimí el impulso de agarrar el libro y arrojarlo al fuego de la chimenea de la cabaña. Todo en esa obra era falso.

Intentando tocarlo lo menos posible, lo cerré con el pulgar y el índice y observé la gastada cubierta de cuero. Al mirarlo más de cerca, se podían reconocer algunas palabras del título anterior y dos destacaban más que las otras: *Magia negra.*

Sin dudarlo, metí el tomo en mi bolso, sintiendo cómo se volvía más pesado. El contenido de ese volumen latía opresivamente contra

mi cuerpo a través de la tela y creí sentir un deseo repentino que se enroscaba en mi conciencia como una serpiente. Un sentimiento de anhelo por ese poder que sin duda encontraría entre sus páginas.

¿Intentaba seducirme? ¿Impulsarme a darle vida a uno de los hechizos negros que contenía?

¡Podría encontrar una contramaldición en ese libro y resolver así todos nuestros problemas!

¡No, no, no! No debía permitirme tener esos pensamientos. Estaba allí para encontrar la rosa. Solo ella podía ayudarnos a destruir la maldición. No otro de esos oscuros portadores de desgracias.

Concéntrate en tu tarea, repetí como un mantra y, al mismo tiempo, bloqueé los tirones y empujones del libro en mi conciencia.

Volví a pegarme a la pared de la casa. Sin perder de vista mi entorno. ¿Dónde podía estar esa maldita rosa?

Como atraída por una fuerza invisible, mi mirada se deslizó de nuevo hacia el lago y gemí por dentro. Estaba harta de ellos y otras masas de agua. Pero aquí no había nada más, salvo hierba y algunas flores de colores, ninguna de ellas azules.

Agachada, corrí hacia un gran árbol cuya copa proporcionaba suficiente sombra hasta la orilla. La corteza nudosa se clavaba en mi espalda mientras, jadeando, miraba hacia las colinas y el borde del bosque. No se veía ningún movimiento. Al parecer, seguía estando sola.

Debería probar con el libro y olvidarme de la rosa.

¡Argh! Esos pensamientos no eran míos y, sin embargo, sentí cómo el solo hecho de pensar en esa posibilidad hacía que una sensación de satisfacción fluyera por todo mi cuerpo. De alguna manera tenía que protegerme de la influencia de ese libro. Quizás un escudo protector interno podría ayudar. Es cierto que entonces brillaría como una antorcha en la oscuridad, pero si eso ayudaba, al menos no caería en la tentación de destruir toda nuestra misión por otra maldición.

Mi magia dudó al principio cuando le pedí que se manifestara. Se había retirado a lo más profundo en mi interior que me costó localizarla. El peligro de la magia negra la ahuyentó. ¿O quería

protegerme de mí misma? Al fin y al cabo, la necesitaría para lanzar una de las maldiciones mágicas.

Necesito tu ayuda para protegernos del libro, le hice saber. *Pero debemos darnos prisa, porque sus acciones son cada vez más agresivas.*

Imágenes de un Eclaria unida, conmigo como poderosa reina, se deslizaron por mi mente. Ambos pueblos se alineaban hombro con hombro en el camino hacia el palacio de Eclaria y me vitoreaban con entusiasmo. Todos parecían tan felices.

Maldita sea, ese libro era muy bueno en lo que hacía.

Por favor, ayúdame antes de que sea demasiado tarde. Quizás un escudo protector pueda detenerlo, o al menos debilitarlo.

Entonces sentí cómo se disparaba bajo mi piel a una velocidad insospechada. Con un cosquilleo, calor y un latido regular, desplegó su poder en mí y, en menos de un latido, un escudo se extendió por todo mi cuerpo, dejando solo la bolsa al descubierto.

Respiré aliviada cuando el tirón subliminal cesó y los deseos de poder absoluto en mis manos se desvanecieron.

Como no sabía si el libro tenía los medios para romper un escudo así, eché un último vistazo a mi alrededor y luego corrí hacia el lago.

Me detuve en la orilla e intenté ver qué había bajo la superficie del agua. Pero no encontré nada llamativo.

Suspirando, entré en el pequeño embarcadero de madera que conducía justo al centro. Ahora estaba expuesta a la vista de cualquiera que se acercara a la cabaña. Saberlo me impulsó a apresurarme y literalmente volé sobre las tablas, con la mirada fija en el líquido.

Poco antes de llegar al final del camino, me detuve y miré al agua con incredulidad.

Bajo la superficie lisa descubrí mi rostro. No, en realidad no era el mío, pero se parecía mucho a mí. Y ¿ese era el rostro de Kayden a mi lado? Me agaché con cuidado para poder ver mejor. Lo que vi me impactó como un golpe.

Justo debajo de la superficie del agua flotaban los cuerpos de dos personas: la reina Adayla y el rey Ryland. Pero había algo más

que llamó mi atención. Entre ellos se encontraba una flor en pleno esplendor. ¡La última rosa azul!

CAPÍTULO 48



Attilus es un mago poderoso.
Demasiado poderoso.
Ry también está preocupado por él.
Pero es nuestro amigo. Nuestro mejor amigo.

Extracto del diario de la reina Adayla

Jadina

ASUSTADA, retrocedí. ¿Cómo podía ser? Esa pareja real llevaba muerta casi un siglo y, sin embargo, los dos parecían estar durmiendo. Con manos temblorosas, volví a enfundar la espada y me arrodillé.

Con cuidado, me incliné de nuevo, apoyándome con las manos en el borde de la pasarela. Ahora mi rostro flotaba justo encima del de la anterior reina, mi antepasada. Tenía los ojos muy abiertos y creí descubrir horror en ese verde que tanto se parecía al mío. ¿Esa fue su última percepción, congelada en una ilusión del tiempo?

Inconsciente, extendí una mano hacia ella. ¿Su piel estaría fría o caliente? ¿Su cabello negro sería tan suave como parecía? Flotaba sobre su cabeza como una corona.

Miré con asombro mi mano, que seguía moviéndose hacia la superficie casi con voluntad propia. Pero por mucho que lo intentara, no podía detenerla. Al instante siguiente sentí el frío del líquido en mi dedo índice y una sacudida recorrió mi cuerpo, para luego extenderse en forma de ondas concéntricas sobre el lago.

Cuando al fin la retiré, la rosa, como si la tirara una cuerda invisible, siguió mi movimiento y se elevó del agua. Sorprendida, miré primero mi mano, que flotaba sobre ella, y luego la flor, que esta vez no estaba sujeta por mi magia contrahechizos. ¿Qué estaba ocurriendo?

No importaba qué extraño hechizo se estuviera produciendo allí. Lo único importante era que iba a conseguir la última rosa. Así que dejé que mi magia rompecursas se uniera a la de la luz y se enrollara alrededor del tallo de la flor azul. Luego tiré de la rosa hacia mí para meterla en la bolsa con las otras dos y el libro maldito. Una vez lo conseguí, cerré la bolsa y me puse de pie.

Tenía que volver al espejo. Pero… Me detuve en seco. ¿Qué hacía con la pareja real? ¿Podía dejarlos allí? No, pero ¿cómo podía llevármelos? ¿Y si de verdad estaban muertos?

Desde el lugar donde había tocado el agua, seguían formándose círculos en la superficie, lo que solo permitía entrever a las dos personas que flotaban allí ingrávidas.

¿La reina Adayla acababa de guiñarme el ojo? ¿O solo lo estaba imaginado?

El movimiento del agua impedía verlos con claridad; sin embargo, en ese mismo instante, surgieron burbujas de aire e instintivamente desenfundé mi arma cuando el rey y luego la reina también, salieron a la superficie resoplando.

¿Qué?

—¿Ves ahora de lo que somos capaces juntos? —se deslizó una voz femenina suave como la seda por mis pensamientos. Con la espada en posición, di una vuelta sobre mí misma. ¿De dónde venía esa voz? ¿Y por qué últimamente todo el mundo se comunicaba conmigo en mi cabeza?

Una risa burlona resonó en mi subconsciente.

—Sabes quién soy. Siento que tus pensamientos vuelven una y otra vez a mí y a las posibilidades que están escritas en mí.

¡El libro! ¿Cómo podía? Lo había desterrado de mi mente con mi escudo.

—No es tan fácil desterrarme, hija mía —dijo la voz con tono casi cariñoso. Como una madre que habla con su hija.

—¿Fuiste tú? —quise saber—. *¿La que hizo lo de la rosa y la pareja real?*

—¿Ahora ves que solo quiero ayudarte? Juntas podemos salvar este mundo —respondió sin entrar en mi pregunta. Pero yo ya sabía la respuesta, había sentido la magia extraña en el aire cuando mi mano tocó el agua sin que yo lo hiciera.

—¿Jadina? —la reina Adayla interrumpió mis pensamientos y me volví hacia la pareja real, que seguía flotando en la superficie, luchando por recuperar el aliento.

—¿Cómo sabes mi nombre? —pregunté con desconfianza y blandí mi arma de forma ostentosa, mientras hacía aparecer una bola de luz en mi mano libre.

—El parecido con Ada es inconfundible y, además, Attilus nos ha hablado mucho de ti. Nos informa cada poco tiempo de lo que sucede en tu mundo. Es su forma de tortura —explicó su marido.

—Dijo que estabas muerta y que el sobrino de Ryland había sido devorado por la maldición —resopló la reina mientras nadaba hacia el embarcadero.

—¿Cómo puedo saber que en verdad son ustedes y no una de sus ilusiones, una trampa? —En otra vida, me habría mordido la lengua por el tono informal, pero mi desconfianza me hacía ver todo bajo otra perspectiva.

—No puedes saberlo —respondió Ryland, acercándose también al embarcadero.

—Confía en tu instinto —me aconsejó Adayla, dedicándome una sonrisa un tanto familiar.

—Ya he caído una vez en una de tus ilusiones —le recordé—. Así que mi instinto no fue de mucha ayuda.

—Entonces deja que tu magia decida —sugirió el rey, agarrándose al borde del embarcadero mientras extendía el brazo

hacia su esposa para atraerla hacia él. La abrazó con cariño y se sonrieron como si yo ya no estuviera allí. Absortos en los ojos del otro. Comunicándose a través de un vínculo invisible a simple vista. El vínculo del alma.

Entonces lo sentí, en lo más profundo de mi ser, el reconocimiento. La verdad. Esos dos no eran una ilusión, eran la pareja real anterior, que se creía muerta. Como para darme la razón, mi magia bailó bajo mi piel y volví a enfundar la espada. Un momento después extendí mis manos hacia ellos.

—Vengan, los ayudaré a salir del agua.

Sorprendidos, ambos apartaron la mirada el uno del otro y se quedaron mirándome.

—Gracias, Jadina —dijo Adayla, recuperándose más rápido que su esposo. Al momento siguiente, la saqué del agua, mientras que Ryland subió por sí mismo al embarcadero.

Estaban empapados cuando se presentaron ante mí. Sus ropas eran elegantes y el vestido de la reina estaba bordado con muchos diamantes. Attilus debió haberlos capturado justo antes del anuncio de la profecía, al que la pareja real debía haber asistido.

—Tenemos que irnos —dije mientras los dos escurrían el vestido de Adayla, que estaba empapado—. Attilus puede volver en cualquier momento.

—Está cazando —informó Ryland y abrazó a su esposa, que temblaba de frío.

—¿Cómo llegaste hasta aquí? —quiso saber su esposa, y se apretó contra el rey en busca de calor.

—A través de un portal en forma de espejo —respondí, y en ese momento me di cuenta de que ya no lo veía al pie de la colina, donde entré en la ilusión. ¿Habría alguna forma de volver a Eclaria?

Una risa fría flotó sobre el lago hacia nosotros. Nos dimos la vuelta con un movimiento brusco y mientras yo desenvainaba mi espada una vez más, Ryland empujó a su mujer detrás de él para protegerla.

—¡Siempre me sorprendes, *Jadina*! —a pesar de la diversión en sus palabras, pude percibir la ira mezclada con odio al pronunciar mi nombre.

—Me alegro de no decepcionarte —respondí riendo también para disimular mi propio miedo.

Pero Attilus ya no me prestaba atención. Su atención se centraba exclusivamente en la reina. ¿Era dolor lo que veía brillar en sus ojos?

—Estás guapa, Ada. Como siempre —dijo, con la voz bastante más baja que antes.

—¿Qué hiciste, Atti? —susurró la reina, saliendo de detrás de su marido. Había tristeza en sus palabras—. ¿Por qué?

—Si *yo* no podía tenerte, entonces no pertenecerías a nadie —gruñó, y su mirada se posó en el rey—. Solo lo dejé con vida para que viera lo que te pasaba. Para verlo sufrir.

—Eras mi mejor amigo —susurró la reina horrorizada—. ¿Cómo pudiste hacerle esto a nuestro país y a nosotros?

—Entremos en la cabaña y hablemos de los buenos viejos tiempos mientras tomamos una taza de té —siseó—. De todos modos, ya no pueden salir de aquí.

¿Acababa de expresar mi mayor temor? ¿De verdad no había forma de volver a casa?

—No hay nada más que discutir —dijo Ryland con voz firme, poniendo la mano sobre el hombro de su alma gemela—. Los *buenos* viejos tiempos quedaron atrás hace mucho. Se hundieron en tu furia destructiva.

Con la siguiente respiración, se formó un anillo de fuego alrededor del lago.

—Entonces no me queda más remedio que destruirlos de una buena vez. Borrarlos de mi vida.

El calor nos golpeó y las llamas ardieron cada vez más alto, mientras la pared de fuego se acercaba hacia nosotros sobre el agua.

¡Mierda! Estas llamas no se podían comparar con las que había invocado durante nuestra lucha en el Palacio de Eclaria. Eran mortales e inevitables y se acercaban cada vez más.

—¿Qué podemos hacer? —quiso saber Adayla, mientras miraba con pánico el fuego mágico, cuyas llamas ya lamían el otro extremo del embarcadero.

—Rompe tu vínculo espiritual y cásate conmigo, Ada. Así podrás salvarte —oímos la voz del mago desde el mar de llamas.

—Nunca —susurró la reina, acurrucándose contra Ryland—. Prefiero morir contigo. —Su mirada se cruzó con la mía—. Lo siento, Jadina.

—No tienes por qué. Yo tomaría la misma decisión si me pusieran ante esa elección. —Al igual que ella, yo tampoco sería capaz de romper el vínculo espiritual con Kayden. Aunque eso significara mi muerte.

Sin embargo, hoy no quería morir. Sobre todo ahora que por fin tenía las tres rosas. Buscando una forma de escapar de este mundo falso, mire en diferentes direcciones.

—Déjame ayudarte —susurró la voz del libro en mi mente, con un tono seductor y atrayente—. *Entrégate a mí y vive.*

Un gruñido escapó de mi garganta.

—Nunca.

—Entonces morirás —gorjeó, y pude oír su cruel sonrisa entre líneas. Una cruel sonrisa que me recordó a otra persona. A un dios arrogante.

—¡Caronte! —lo llamé en mis pensamientos. No recibí respuesta —. *¡Caronte!* —volví a llamar.

—¿Qué pasa? Ahora no puedo —oí las apresuradas palabras de la divinidad—. *El ejercicio físico me sienta mejor en la cama que corriendo.*

—¿Qué? —jadeé sorprendida. ¿De qué estaba hablando?

—Si no es importante, me gustaría…

—¡Necesito tu ayuda! ¡Es una cuestión de vida o muerte! —lo interrumpí—. *Tienes que sacarme de aquí. Con uno de tus portales.*

Un suspiro de exasperación se deslizó por mi conciencia. Menos mal que aún no había mencionado a los otros dos, a los que también llevaría conmigo.

—Escóndete en algún sitio. Iré a buscarte en cuanto tenga tiempo —respondió con algo más de suavidad.

—Estoy rodeada de llamas mágicas que están a solo diez pasos de mí y Attilus amenaza con matarme con ellas —expliqué mientras me acercaba a la pareja real y extendía mi escudo sobre los tres. Mi

magia ardía bajo mi piel. Daba todo lo que tenía para mantener alejado de nosotros el calor de las llamas que ya se estaban formando—. *¡Pero tengo la rosa… y el libro!*

—¡Ahora voy!

Poco después, una luz azulada y brillante resplandeció a mi lado y Caronte pisó la pasarela, que crujió de una forma amenazadora, por la estabilidad que perdía con cada tabla que era devorada por el fuego.

El dios nos miró a los tres con enfado.

—Hablaste solo de ti, pequeña rompe maldiciones —me reprochó —. Espero que tus gritos no hayan provocado la muerte de tu alma gemela. Después de todo, yo estaba a punto de sacarlo de la bodega que se derrumbaba. —Sus palabras me causaron una gran conmoción y mi corazón se detuvo por un momento. Pero antes de que pudiera responder, frunció el entrecejo—. ¿Estos son los dos del retrato del palacio? ¿O es que tú y el pequeño rey tienen ahora dobles?

—No hay tiempo para preguntas —dejé la suya sin responder, con la esperanza de aumentar su curiosidad y, con ello, la posibilidad de que también los salvara. Y de que llegáramos a tiempo con Kayden—. Sácanos de aquí. ¡Rápido!

Quizás así podría evitar que le sucediera algo peor a mi alma gemela.

—¡Tienes el libro! —exclamó encantado, mientras miraba con fijeza mi bolso. Seguramente podía sentir la magia que había en él. En un abrir y cerrar de ojos, me encontré junto a Adayla y Ryland frente al palacio de Eclaria.

—Por fin podemos pasar a la parte divertida de la misión —oí la voz de Caronte susurrar en mi cabeza en el momento en que Kayden atravesaba la puerta sin aliento. Estaba vivo.

CAPÍTULO 49



Si todos creen
las atarán a la tierra.

El enigma de la sirena de las aguas negras
de la tierra maldita frente al palacio de Eclaria

Jadina

KAYDEN SE ABALANZÓ sobre mí y me abrazó con ambos brazos.

—Estás bien —susurró aliviado en mi cabello y yo, temblando, dejé caer la espada para acurrucarme contra él.

¡Está vivo!

—Tú también. —Mi voz temblaba y apreté mi rostro contra su pecho para evitar que se me escapara una lágrima.

—No hay tiempo para sentimentalismos —interrumpió Caronte —. Apresurémonos antes de que Attilus se dé cuenta de que ya no están en su círculo de fuego. Dame las rosas y tu magia combinada. Derribemos esta maldita cúpula para que pueda comenzar la batalla.

Un brillo siniestro apareció en sus ojos casi blancos. Por las razones que fueran, que yo no entendía, quería ir a la guerra, pero tenía razón. Teníamos que actuar con rapidez y traer aquí a nuestros

aliados del continente. Nadie sabía qué pasaría una vez que se levantara la maldición. Necesitábamos ayuda. Al parecer, Attilus también la había recibido del inframundo. Sin duda, no había comandado a los Ankou por sí solo.

Kayden rompió con suavidad nuestro abrazo y me dio un último beso en la punta de la nariz, luego se volvió hacia Caronte.

—Entonces vamos… —En ese momento descubrió a Adayla y Ryland, que se abrazaban con fuerza y miraban a su alrededor horrorizados.

—¿Tío Ryland? —preguntó sorprendido y dio un paso hacia la pareja real—. ¿De verdad eres tú?

—¡Kayden! —exclamó este con alegría—. Has crecido mucho, chico. La última vez que te vi, no medías más que un metro y te escondías detrás de las estatuas en los pasillos del palacio.

—Tanta alegría por un reencuentro —murmuró Caronte a mi lado, poniendo los ojos en blanco—. Pero lo cierto es que no tenemos tiempo…

El resto de su frase se perdió en un murmullo ininteligible que ninguno de los presentes prestó atención.

—¿Cómo están Elzira y su marido malcriado? —Mientras que Ryland pronunciaba el nombre de su hermana con mucho cariño, la pregunta sobre Gronus fue más bien un gruñido.

Kayden miró al suelo y su alegría por encontrar a su tío con vida dio paso a una tristeza infinita.

—Gronus está bien —respondió sin tono—. Mi madre… murió cuando la maldición se abatió sobre Eclaria.

—¿Elzira murió? —preguntó el antiguo rey, mirando a su sobrino con incredulidad, mientras el dolor parecía pesar sobre sus hombros como una roca. Con el rostro pálido, se inclinó hacia delante, encogiéndose, y Adayla lo abrazó para consolarlo.

—¿Sabes qué le ha pasado a mi familia en Ascradia, Kayden? —preguntó ella, y yo reconocí la esperanza que intentaba mantener a toda costa. Mi esposo tragó saliva y se limitó a negar con la cabeza.

—Ascradia no es más que un montón de ruinas. No sé si alguien ha sobrevivido allí.

Adayla bajó la mirada y besó con cariño a su marido en la mejilla. Luego enderezó los hombros y nos miró con determinación.

—Acabemos de una vez con todo esto. Según la profecía, ustedes son los únicos que pueden detener la maldición. Así que confío en los dos.

—Por fin alguien que entiende lo que significa actuar con rapidez. ¡Vengan! —exclamó Caronte y corrió hacia el lago. Justo antes de llegar a la orilla, se arrodilló y comenzó a cavar tres agujeros en la tierra negra.

—Pongan las rosas aquí y repitan exactamente lo que dijo la sirena —nos indicó.

Antes de que terminaba de hablar, saqué las rosas de mi bolso con ayuda de mi magia. Sin embargo, no se me escapó la mirada que Caronte echó al libro que también se encontraba allí.

—Eso no es para ti —le advertí—. *Se lo prometí al rey dragón. Aunque no me siento bien al entregárselo, mantendré mi palabra.*

—Lo sé —refunfuñó, descontento.

—Si lo quieres, tendrás que negociar con él.

—No lo entregará —respondió suspirando—. *El libro se encargará de ello.*

Comprendí lo que significaban esas palabras. Al fin y al cabo, también intentó seducirme para que lo conservara y, sobre todo, para que lo utilizara.

Con cuidado, dejé que las rosas flotaran hacia los tres agujeros en la tierra, solo para luego dejarlas deslizarse dentro de ellos.

—¿Y ahora qué? —preguntó Ryland, y Adayla también miró las hermosas flores que una vez habían sido un símbolo de su amor por el rey. ¿Cómo se sentiría al saber que precisamente esas flores encarnaban la maldición que destruyó a su país? Sin duda, debía de ser horrible para ella.

—Si todos creen, las atarán a la tierra —repetí las palabras de la sirena y miré también a las tres rosas, que no parecían estar atadas. Más bien parecían estar clavadas en ella.

—¿Es en serio? ¿No saben lo que significa? —suspiró Caronte, molesto, y miró de uno a otro. Como un profesor que ha puesto a su clase una tarea que ya han resuelto cien veces, pero ahora no dan

con la respuesta correcta—. Necesitamos magia de la tierra —urgió, tras esperar una reacción por nuestra parte, y miró a Kayden con aire desafiante.

Este miró a su alrededor horrorizado. Nunca había utilizado ese don, ya que era demasiado poderoso y alimentaba demasiado rápido la maldición de su cuerpo. Su magia también fluía en mí, pero yo solo había utilizado la magia del aire de él.

—Tú puedes —le animé y lo tomé de la mano—. La maldición ya no forma parte de ti. No tienes nada que temer.

Kayden asintió, pero seguía sin parecer convencido.

—Por si te sirve de ayuda, yo también poseo un poco de esa magia —interrumpió Ryland nuestra conversación y se colocó junto a su sobrino, lo tomó la mano y miró a su alma gemela—. ¿Adayla?

Su esposa se colocó a mi lado y tomó mi mano entre las suyas.

—Juntos lo conseguiremos —dijo, y nos miró a ambos con una sonrisa. Mi mirada se deslizó hacia nuestros dedos entrelazados. Tenía razón. Estábamos todos conectados. Por el destino, por nuestra responsabilidad hacia el país y por los lazos familiares. Quizás eso era lo que quería decir la sirena cuando dijo: «Con poder conjunto, enciendan su magia».

Kayden parecía pensar lo mismo, porque me acarició el dorso de la mano con el pulgar, con cariño y confianza. Luego enderezó los hombros y sentí cómo dejaba fluir su magia en la tierra. Ryland y Adayla hicieron lo mismo y yo también me abrí a este nuevo poder que dormía en mi interior. Con la esperanza de que decidiera que era el momento adecuado para desarrollarse.

Un estruendo, acompañado de un ligero temblor, indicaba que la magia estaba surtiendo efecto. Aunque todavía no sentía que nada nuevo despertara en mí, dejé que toda mi magia fluyera hacia la tierra.

Mientras el estruendo se hacía cada vez más fuerte, una mancha de hierba se extendió a mis pies y se expandió hacia las rosas. Decidida, la vegetación se abrió paso a través de la oscuridad, disipándola y esparciendo esperanza entre los presentes.

Con un crujido ensordecedor, la tierra se abrió en el lugar donde las rosas intentaban mantener el equilibrio en medio del temblor. Se

formó una grieta en el suelo, como una herida abierta. Seguidas por mi magia púrpura rompe maldiciones, las flores cayeron al vacío.

—Quita la maldición de las rosas —me ordenó Caronte—. *Toma suficiente magia de los demás para fortalecer tu rompecursas.*

Sin hacer nada, sentí cómo la magia fluía por mis dos manos. Una magia que no era mía, sino de los otros tres. Sus hilos de diferentes colores se unieron en mí. Se entrelazaron con la magia de Caronte para formar un hilo palpitante y poderoso. Demasiado poderoso. Mi cuerpo se tensó, mi garganta se cerró y, de inmediato, la pura fuerza que rugía en mi interior me hizo perder el conocimiento.

—Concéntrate en canalizar la magia hacia la tierra. No debes retenerla dentro de ti, de lo contrario será demasiado para tu cuerpo —oí la voz del dios más baja de lo habitual en la oscuridad—. *Solo debe fluir a través de ti.*

¡Transmitirla! ¡Tengo que transmitir la magia!, repetí las palabras de Caronte como un mantra y sentí cómo Kayden apretaba mi mano con más fuerza. Como si quisiera retenerme en el aquí y ahora.

Aturdida y con las rodillas temblorosas, dejé salir la magia acumulada en mi interior para canalizarla, junto con mi poder de romper maldiciones, hacia la grieta en la tierra. Tardé cinco latidos demasiado rápidos en recuperar la visión y que la fuerza volviera a mi cuerpo.

—Lo estás haciendo muy bien, pequeña rompe maldiciones —elogió el dios con ternura.

El poder recorrió mis venas con un crepitar, llenándome como nunca antes lo había hecho. Abrumador, destructivo y tan malditamente poderoso.

Todos mis sentidos estaban tensos como la cuerda de un arco y se centraban en mi rompecursas, que se deslizaba como una serpiente mortal por el camino hacia las profundidades de esta tierra maldita. Como una medicina que se aplica a una herida purulenta y carcomida para curarla desde dentro.

Mi luz se agitó inquieta y, antes de que pudiera reaccionar, se lanzó tras su hermano, envolviéndolo en un resplandor brillante para enfrentarse juntos al enemigo.

Una sonrisa se dibujó en la comisura de mis labios mientras levantaba la vista al cielo y columnas de luz como géiseres brotaban de mis ojos. Chocaron directo contra el escudo.

Nunca antes me había sentido tan viva, tan en mi lugar. Tenía que estar aquí. Aquí, en este preciso instante. En este momento había sido creado para mí. Para mí y mi magia, que cantaba dentro en mi interior una melodía triste y alegre, valiente y temerosa, clara y oscura, extraña y, al mismo tiempo, tan familiar.

Esta era yo en mi totalidad. No la cazadora sin magia ni la jinete de dragones coronada como reina, o la alma gemela que se había entregado al amor. Ese amor por su marido, sus amigos y su país.

No, esta era la mujer que siempre había descansado en mí. Libre de ataduras, de miedos, sueños y deseos. Un ser tan puro como bello. Peligroso y, sin embargo, tan delicado.

En un abrir y cerrar de ojos, mi magia envolvió las tres rosas y se dejó arrastrar por ellas hacia las profundidades, mientras se contraía, solo para explotar poco después con un estruendo ensordecedor.

Sentí cómo las otras tres eran arrastradas por la fuerza de la explosión y mis manos quedaron vacías. Solo yo flotaba sobre la grieta de la tierra, libre de las leyes de la gravedad, libre de cualquier límite.

Para mí no había dolor ni alegría, ni ayer ni hoy.

Mi magia se había convertido en una extensión de mí misma. Con ella, corrí bajo la superficie de la tierra a través del desierto y las montañas, atravesando lagos y ríos.

Devoramos la maldición como un monstruo hambriento devora a su presa; y esta se retorcía bajo mis garras, pero por mucho que se resistiera, que luchara y se enfrentara a mí, yo era el poder y él estaba indefenso a mi merced.

Por encima de mí, grietas doradas atravesaban el firmamento. Como una telaraña, mi luz se había extendido por la cúpula mágica, lista para destruirla también.

En una bella alfombra verde, se extendía a mis pies un paisaje montañoso que se parecía de forma aterradora a la ilusión de Attilus.

Vi con todos mis sentidos cómo cambiaba el mundo a mi alrededor, cómo se curaba y se disipaba la maldición.

Un fuerte estruendo atravesó las nubes y, al momento siguiente, llovieron estrellas del cielo. Fascinada, miré hacia arriba.

La cúpula cayó.

La tierra se liberó.

Y la felicidad me invadió y me hizo echar la cabeza hacia atrás, absorbiendo la vida con toda su belleza y sus desafíos. Me había puesto muchos obstáculos en el camino y, sin embargo, no me había rendido. No había huido de mi responsabilidad.

Mi magia hizo su trabajo y volvió a mí. En un instante, se adentró en mi cuerpo, inundó mi ser con demasiado poder a la vez y, al siguiente respiro, caí exhausta al suelo, hasta que la oscuridad me envolvió.

Hoy era un día excelente para morir.

CAPÍTULO 50



Con poder conjunto,
enciendan su magia.

El enigma de la sirena de las aguas negras
de la tierra maldita frente al palacio de Eclaria

Kayden

Como un ángel, cayó al suelo entre los restos estrellados de la cúpula y mi respiración se detuvo y el shock me paralizó por un momento.

Debajo de ella se extendía aún la enorme grieta hacia la que se dirigía sin poder detenerse.

—¡No! —grité, pero la palabra se me atragantó en la garganta. Impulsado por el miedo y el terror, me puse en pie y corrí hacia delante. Para atraparla, para salvarla. A mi gato salvaje, mi alma gemela.

Todavía me mareaba la explosión de su magia, que me había lanzado lejos de ella, y no estaba seguro de cuántas de las estrellas fugaces que veía eran consecuencia del impacto.

Sacudí la cabeza mientras seguía corriendo hacia la pendiente. Por el rabillo del ojo vi algo blanco surgir de la nada, que también se

acercaba a mi objetivo. Caronte. Él podría salvarla, ¿no era cierto?

¡*Yo* podía salvarla! Con mi magia. Con todas las fuerzas que me quedaban, activé mi magia de la tierra y me concentré en la grieta que había que cerrar. Ese don que llevaba tanto tiempo sin usar se abrió ante mí sin ninguna vacilación y me sorprendió lo mucho que se acurrucó contra mí, conectándose conmigo. Mucho más fuerte que mi magia de aire.

Con un fuerte estruendo, las dos mitades de la tierra volvieron a encontrarse y se cerraron trecho a trecho.

El dios pasó corriendo a mi lado, más rápido de lo que jamás había visto correr a nadie. Ni siquiera el don de Lenn podía igualarlo. Sentí un gran alivio y, por primera vez, agradecí tenerlo tan irritantemente cerca de ella. Casi siempre, lo que me atormentaba cuando los veía juntos eran los celos y la desconfianza. Él no se apartaba de su lado y ahora también la atraparía entre sus brazos antes de que chocara contra el suelo.

Pero… algo no iba bien. A pesar del esfuerzo físico al que estaba sometido, mi corazón latía cada vez más lento. ¡Demasiado lento! Preocupado, busqué nuestro vínculo espiritual y sentí que el lado de mi esposa se debilitaba cada vez más.

¡No! ¡Eso no podía suceder! Acabábamos de recuperarnos el uno al otro y aún teníamos toda una eternidad por delante. Juntos.

—*¡Se está muriendo!* —le grité mentalmente al dios y escuché el temblor en mi propia voz.

—*Lo sé* —espetó en respuesta. Más preocupado de lo que me hubiera gustado. Era un dios. Podía detener incluso a la muerte. ¿O no?

—*¡Haz algo!* —supliqué.

En ese momento, vi cómo Caronte la tomó y se arrodilló con ella en brazos. Su cuerpo colgaba flácido y sin vida, apretado contra el suyo. Reprimí el instinto de huida que me invadía cada vez que me acercaba al dios y me dejé caer junto a él en la hierba, que gracias a la magia de Jadina crecía suave y de un verde brillante.

Con cuidado, tomé su cabeza entre mis temblorosas manos y le di un beso en los labios fríos.

—Quédate conmigo —susurré sin aliento y luego miré expectante a la divinidad. Esta tenía cerrados sus espeluznantes ojos y sentí cómo su magia se hacía cada vez más fuerte.

¡Mierda! Si seguía emanando más aura mágica, no sobreviviría. El dolor se apoderó de mí, haciendo que mis dientes castañearan y mi cuerpo se retorciera. Sin embargo, me negué a alejarme de mi esposa.

—Sálvala —logré articular con mis últimas fuerzas.

—*Mantén firme el vínculo y no lo sueltes* —me ordenó, y volví a buscar mi conexión con Jadina para aferrarme a ella. Nunca la soltaría. Nunca.

Una sacudida hizo temblar la tierra bajo mis pies y, al mismo tiempo, vi a Jarok, el dragón de mi esposa, aterrizar justo a nuestro lado. Lanzó un rugido espeluznante, solo para extender sus alas a ambos lados un segundo después. Su mirada estaba fija en nosotros y entonces vi una bola de fuego que se formaba en su garganta.

¿Quería matarnos? La brillante bola seguía creciendo justo debajo de sus escamas y el pánico se apoderó de mí.

—*¡Elara!* —grité a mi dragona—. *¡Ayúdanos! ¡Tu marido quiere matarnos!*

—*Confía* —respondió, sin ser de mucha ayuda. Sin embargo, aterrizó junto a su compañero, con Troas a su lado. ¿Acaso tampoco confiaba en su compañero en este asunto?

Pero entonces ocurrió algo totalmente extraño. Ella y su hijo también formaron esa bola de fuego en sus gargantas. Ahora nos enfrentábamos a tres dragones de aspecto muy amenazador.

¡Maldita sea! ¿Qué pretendían hacer?

¿Por qué Caronte no hacía nada para detenerlos? Seguía con los ojos cerrados. Sin dudarlo me incliné para proteger a mi alma gemela. No fue demasiado tarde, porque solo un latido después, los dragones quedaron envueltos en una luz deslumbrante.

Por un momento me quedé estupefacto… No era fuego. Y tampoco venía hacia nosotros. Era magia de dragón en su forma más pura.

Nunca antes había visto algo así.

Y, fascinado por completo, miré con fijeza a los tres dragones.

Pero mi atención se desvió hacia el cielo sobre nosotros, que se oscurecía a simple vista. Nubes negras se acercaban y los relámpagos enviaban su luz a través del firmamento, como si quisieran dividir el mundo. ¿Era obra de Attilus? ¿Acaso ya había comenzado la guerra?

Al mismo tiempo, sentí cómo la piel de Jadina comenzaba a brillar debajo de mí y asustado, me levanté y miré a mi alma gemela, que ahora también brillaba con una luz dorada.

—*¡Mantén el vínculo del alma!* —me recordó Caronte con urgencia.

¿Se me había caído? Busqué a tientas, preso del pánico, solo para descubrir con alivio que todavía lo sostenía con fuerza. Mientras contemplaba su hermoso rostro, envié todo mi amor a mi gata salvaje.

—*Quédate conmigo* —susurré a través de nuestro vínculo. Esperando que ella pudiera oírme.

Capítulo 51



Así es como se destruye la maldición,
solo entonces liberaré a la muchacha.

El enigma de la sirena de las aguas negras
de la tierra maldita frente al palacio de Eclaria

Jadina

Ingrávida, me deslizaba por la oscuridad, que me envolvía como una cálida manta. No sentía dolor ni tristeza, solo una paz interior. Una tranquilidad que se apoderó de mí y me atrajo a una satisfacción que nunca antes había sentido.

Donde la vida había sido una lucha constante, la muerte era como un abrazo amoroso.

No sabría decir cuánto tiempo llevaba flotando así. El tiempo y el espacio no existían. Solo existía el ser.

Pero entonces, una luz brillante brilló justo delante y se dirigió hacia mí. Sabía que era bueno sin tener que cuestionarlo y dejé que se deslizara por mi interior, llenándome de su calor; curándome.

Recorrió mis venas y cada uno de mis nervios hasta llegar a la célula más pequeña de mi cuerpo. Como pequeños rayos, crepitaba

bajo mi piel y una nueva energía familiar animaba mi cuerpo ingrávido.

Mi ser sabía que era la magia del dragón la que me envolvía y, al mismo tiempo, me llenaba.

La oscuridad que me rodeaba se agrietó, dejando pasar la luz de la realidad. Esa realidad de la que acababa de liberarme de una maldición. Como gotas de una suave lluvia de verano, los recuerdos se filtraron en mi conciencia.

Se avecinaba la guerra. Debíamos derrotar a Attilus y detener a Gronus.

Entonces, algo tiró de mi alma. No, no era algo, sino alguien. Mi alma gemela, que no soltaba nuestro vínculo. Que no me dejaba marchar.

—*Quédate conmigo* —me llegaron las palabras de su súplica. Su voz era más clara que cualquier otra que hubiera podido oír en mi cabeza. Casi como cuando se escuchan los propios pensamientos.

—*Estoy aquí* —le hice saber, y mi respuesta bailó a través de nuestro vínculo hasta llegar a él. Sentí su alivio al oírla como si fuera mío en cada fibra de mi ser.

Una sacudida repentina recorrió mi cuerpo, mi corazón se aceleró y, con una respiración entrecortada, abrí los ojos y miré directamente a la realidad de nuestro mundo.

Nubes negras y siniestras se amontonaban en el cielo, atravesadas por relámpagos como si fueran golpes de espada. Irregulares y brillantes, anunciaban a su amo. Anunciaban a Attilus.

—Tenemos que encontrarlo —dije, y traté de incorporarme, pero cuatro manos fuertes me empujaron de nuevo hacia un regazo. ¿Eran Kayden y Caronte? ¿Y yo estaba en los brazos del dios? Miré a mi alrededor, confundida. ¿Desde cuándo trabajaban juntos y qué hacía Jarok con Elara y Troas aquí?

—*Pensábamos que estabas muerta* —oí decir al novato con descaro.

—*¿Muerta?*

—*Tu propia magia te devoró* —explicó la voz tranquila de Jarok, en la que resonaba el alivio—. *Tuvimos que darte nuestra magia para dominar la tuya.*

—Casi te perdemos, pequeña cazadora —añadió Elara.

—Lo hiciste muy bien, pequeña rompedora de maldiciones —intervino Caronte, dedicándome una sonrisa que nunca antes le había visto—. Justo antes de que te desmayaras, abriste un portal para el ejército de Elena. Todos tus aliados ya han llegado a Eclaria, incluso ese maldito pirata con sus barcos voladores. Estaba esperando justo detrás de la cúpula. Qué hombre tan impaciente.

—¿Todos están aquí? —pregunté sorprendida. Mis amigos cumplieron su palabra y no nos dejarían solos en esta batalla.

—Sí, todos. Incluso los dragones.

El rey de los dragones también cumplió su promesa. El libro. Tenía que llevárselo a Garmaan.

—¿Dónde es la batalla? Tenemos que unirnos a ellos.

—Descansa un poco primero —me instó mi alma gemela—. Nos has dado un susto tremendo.

Me acarició la mejilla con la mano y luego me dio un beso en la sien con ternura. Envuelta en su amor, cerré los ojos y lo abracé, presionando mis labios contra los suyos.

Eran suaves y cálidos, como volver a casa, y un gemido de placer escapó de mi garganta, al que respondió con un gruñido.

—No tenemos tanto tiempo —interrumpió la divertida voz de Caronte y, lentamente, me aparté de nuestro beso.

Sin quererlo, volví a abrir los párpados y dejé que la realidad se apoderara de mí. Estábamos en guerra y Attilus no descansaría hasta cobrarme la vida. Al fin y al cabo, fui yo quien levantó su maldición y, con ello, eché por tierra toda su obra.

Me senté despacio, con la ayuda de los dos hombres esta vez. Solo entonces me di cuenta de que estábamos en medio de un prado cubierto de hierba, cuyas briznas se mecían con el viento suave.

El paisaje era precioso. Más bonito incluso de lo que jamás hubiera soñado; y en ese momento, Adayla y Ryland se acercaron a nosotros.

—Estamos tan aliviados de que te encuentres mejor —dijo la antigua reina, que se acurrucó contra su marido.

—Gracias por confiarme su magia —respondí sonriendo. No era habitual que un ser mágico compartiera su poder con alguien más. Ni siquiera con familiares o amigos.

Ryland se limitó a asentir y luego dejó que su mirada se perdiera en el paisaje.

—¿Y ahora qué hacemos? —quiso saber.

—Nos uniremos a las tropas —intervino Caronte y se levantó, tirando de mí para que también me pusiera en pie. Un poco tambaleante, me agarré a él.

—¿Qué tropas? Attilus nos mencionó que el marido de mi hermana estaba tan arraigado en su odio que su único objetivo era destruir al pueblo de los cazadores. No tiene ningún interés en restaurar el país y unir a los pueblos —explicó Ryland, con la ira por esta situación reflejada en su rostro—. Y los cazadores por sí solos no son lo suficientemente fuertes. Además, parece que también tienen sus propios planes.

—Por desgracia, tienes razón, tío. Nuestros pueblos se han dividido a lo largo del último siglo y ahora luchan entre sí —asintió Kayden—. Pero Jadina ha conseguido encontrar aliados en el continente que vendrán en nuestra ayuda.

—La reina Thalie, la princesa Elena junto al príncipe Lucian, lord Marek y el rey dragón Garmaan me han asegurado su apoyo —añadí —. Así que no estamos solos.

—¿Has conseguido convencer a casi todos los reinos del continente para que acudan en nuestra ayuda? —preguntó Adayla, atónita, y vi cómo el orgullo se reflejaba en su rostro.

—Todo eso está muy bien —interrumpió Caronte la discusión—. Pero ahora tenemos que ponernos en marcha.

—Nosotros vamos con ustedes —dijo Ryland—. Facilítennos armas y lucharemos a su lado. Por nuestra tierra.

Adayla asintió con la cabeza y su determinación no dejaba lugar a objeciones.

El dios a mi lado suspiró, pero acto seguido creó de la nada dos espadas y un arco con flechas, que entregó a la pareja real.

Ryland tomó las dos espadas y Adayla, como buena cazadora, el arco.

—Adayla volará conmigo y Ryland contigo —le grité a Kayden mientras comprobaba el ajuste de mis armas y ataba la bolsa que contenía el libro de magia negra. Su magia seguía cantando seductoras canciones para ganarse mi favor. Pero yo no presté atención a esa suave voz femenina que me hablaba de poder y de una victoria contra el mago.

¿Cómo era eso posible? Antes no había podido rechazarla con tanta facilidad.

—Te dejamos un pequeño hechizo protector contra las fuerzas oscuras —respondió Jarok a mi pregunta. ¿Podía leer mis pensamientos?

—En realidad, los dragones no comparten su magia con otros seres. A lo sumo, un don. Pero cuando el oráculo nos envió aquí hace un siglo, profetizó que los dragones daríamos ese paso para salvar a aquellos que, a su vez, podrían salvar el país. Ahora estamos conectados contigo de una manera diferente a como lo estábamos antes. Nuestra magia sigue dentro de ti —dijo Elara.

—Bienvenida a mi mundo —gimió Troas—. *Ahora los dos sabrán cuando quieres hacer alguna travesura. Es muy molesto, créeme.*

No pude evitar sonreír ante su comentario.

Limycu aterrizó con sus alas llameantes justo al lado de Jarok y la reina, a quien ayudé a subir a la espalda del dragón, lo miró con incredulidad.

—¿Incluso tienen un fénix?

—Es Limycu. Pensamos que era un polluelo de águila, pero se transformó de repente y me salvó la vida —expliqué encogiéndome de hombros.

—Déjame adivinar. Prácticamente cayó a tus pies.

¿Cómo sabía que lo había encontrado?

—Sí, lo encontré en el alféizar de mi ventana —respondí algo insegura.

—Eres una reina nata, Jadina. Una verdadera líder —dijo, y se sentó frente a mí en la silla de montar—. Eres poderosa y sabes cómo reunir a la gente a tu alrededor, incluso a aquellos que en realidad no deberían estar aquí. —La mirada de Adayla se deslizó hacia Caronte, que estaba listo para volar sobre el fénix—. Eres una

gobernante que arde por su país y sus pueblos, y que incluso estaría dispuesta a morir por ellos.

—Ustedes dos son la verdadera pareja real de Eclaria —la contradije—. Cuando el país se haya recuperado, subirán al trono. Como debe ser.

—No creo que deba ser así. En mi opinión, fracasamos. Quizás nuestros corazones estaban demasiado apegados a otras cosas.

Antes de que pudiera preguntarle a qué cosas se refería, ya habíamos despegado y Adayla se aferró temblorosa al cinturón.

Si los dragones le daban miedo, lo había disimulado muy bien. Pero ahora que nos elevábamos, incluso a ella le estaba resultando demasiado.

—Por favor, Jarok, no hagas giros ni otras locuras con la reina a cuestas.

—¿No crees que podría divertirle?

—¡Espérenme! —gritó una voz femenina y, en ese momento, vi a alguien que venía corriendo hacia nosotros desde el lago. El cabello rojo le cubría el rostro, pero aun así supe quién era. ¡Julze!

La sirena cumplió su palabra y la liberó después de que Eclaria lanzara la maldición.

Sin pensarlo más tiempo, me solté y deslicé por la pata delantera de Jarok, volviendo al suelo. La suave hierba me amortiguó la caída. Unas respiraciones más tarde, la amazona estaba frente a mí.

—Me ha dejado marchar. —Miró a su alrededor con asombro—. Esta nueva Eclaria es tan bonita.

El sol lo bañaba todo con una luz dorada mientras se ocultaba tras el horizonte. No era el mejor momento para ir a la guerra, pero teníamos que unirnos a los demás.

—¿Vienes conmigo? Volamos a la guerra —le anuncié. Nadie debería verse obligado a luchar, aunque cada hombre y cada mujer contaran.

Pero Julze era una auténtica amazona. Asintió con determinación.

—¿Contra quién lucharemos?

—Contra las tropas de Gronus y contra Attilus, el mago que lanzó la maldición.

Sus ojos se abrieron por un breve momento al oír el nombre de su rey, pero su determinación no decayó.

—Gronus quiere exterminar a los cazadores —le expliqué, aunque ella ya lo sabía.

Apretó los dientes, como si la siguiente frase le causara dolor.

—Los jinetes de dragón y los cazadores son el pueblo de Eclaria. Me uniré a ustedes.

Desprendí mi espada del cinturón, esperaba que Caronte pudiera conseguirme una nueva más tarde y se la entregué.

—Me alegro de que la sirena no te haya devorado.

Ella me dedicó una sonrisa torcida.

—A mí también.

Luego volvió a mirar a su alrededor.

—¿Dónde está Dorzuk?

—Ya ha volado al combate con los otros dragones —respondí y, al mismo tiempo, me volví hacia el novato—. *Troas, ¿puedes llevar a Julze, por favor?*

—¿Qué? —exclamó indignado—. *¿Otra vez? No soy un medio de transporte al que se pueda utilizar cuando a uno le conviene.* —A pesar de su queja, pude percibir el orgullo que ardía en su interior. A los novatos no se les solía pedir que llevaran a alguien, más bien se les evitaba—. *Está bien, la llevaré. Pero solo por esta vez.*

—Gracias —respondí mientras empujaba a la jinete hacia su nuevo dragón, lo que ella permitió, poco entusiasmada con la *oportunidad de volar*.

—Entonces irás a la guerra como los adultos, con un jinete. No olvides que eso implica responsabilidad —oí las palabras de advertencia de Elara.

—Ya está bien, madre. La cuidaré —respondió con un tono molesto, solo para al mismo tiempo hinchar el pecho y hacerse más grande de lo que en realidad era.

—¿Estás segura de que el novato es una buena idea? —preguntó Julze con incertidumbre.

—Se llama Troas y se portará bien.

Unos minutos más tarde, volábamos hacia la puesta de sol. Hacia una noche que tal vez sería la última.

CAPÍTULO 52



Y cuando se acerque el fin,
dejaré que el mundo arda.

Anónimo

Jadina

Gronus está causando estragos en la comunidad de cazadores occidental —me informó Caronte, que volaba delante de nosotros y nos guiaba con el fénix brillante.

—*Eso es Bergens* —respondí mientras volvía a comprobar la posición de mi arco—. *Por cierto, ¿todavía tienes de esas armas que creas de la nada?*

Pude oír cómo ponía los ojos en blanco.

—*No vienen de la nada. Y, además, ya he reemplazado la espada que le diste a esa jinete de dragón.*

Sorprendida, palpé la correa y, era cierto; en una de las presillas había una nueva arma.

—*Gracias, Caronte, eres el mejor.*

—*Lo sé* —ronroneó, tan engreído como siempre—. *Sin embargo, me sorprende que estés hablando conmigo, cuando ahora podrías*

estar coqueteando con tu alma gemela.

—Pero no pued… —Me detuve en mis propias palabras. ¿De verdad no podía comunicarme con él mentalmente? Los recuerdos de dos momentos en los que escuché la voz de Kayden en mi interior salieron a la superficie—. *¿O sí puedo?*

—Eso era lo que quería decirte, pero tú, testaruda como eres, no me dejaste terminar.

—¿Cómo?

—Por el vínculo espiritual que tienen. Es diferente al que tienes con los dragones o conmigo —explicó—. *Es comparable a tu conexión con Limycu. Son menos palabras que sentimientos lo que puedes enviarle a través del vínculo.*

Tenía sentido, porque, al fin y al cabo, eran nuestras almas las que estaban entrelazadas, y no solo nuestra magia.

Impaciente, dejé que un «te amo» llegara hasta Kayden. ¿Me habría oído? ¿Funcionaba de verdad?

—Yo también te amo —oí la clara voz de mi marido. Sonaba totalmente diferente a la de Caronte. Mucho más cercana, mucho más presente. Mi corazón se aceleró de inmediato y un cosquilleo expectante recorrió mi piel y la nostalgia por mi alma gemela me oprimió la garganta—. *¿Estás bien? Quizás deberías haber descansado un poco más.*

—Estoy bien. Solo tengo un poco de miedo. Por lo que nos espera y por todo lo que podríamos perder hoy. No solo nuestras vidas, sino las de muchos otros.

Un tierno contacto se deslizó por el vínculo espiritual. Una caricia que me besó como un cálido rayo de sol besa la hierba húmeda por la noche.

—Lo sé. Yo también tengo miedo de eso.

—Tu padre no me preocupa tanto, pero Attilus es impredecible. Todavía no sabemos cómo consiguió a los Ankou del inframundo. ¿Crees que tiene algún aliado allí? Si es así, tendremos que luchar no solo contra él, sino contra un ejército de monstruos.

Un silencio opresivo se extendió por nuestra conexión. Incluso sin palabras, podíamos sentir los sentimientos del otro.

—¿Te alegras de volver a ver a tus amigos de la Ciudad Dorada?

—Sí. —Sonreí—*. En el poco tiempo que pasé allí, les tomé mucho cariño. Por supuesto, preferiría encontrarlos en una situación más pacífica.*

—Ya casi llegamos. —La voz retumbante de Jarok interrumpió nuestra conversación y, en ese mismo instante, sentí cómo Adayla respiraba horrorizada delante de mí. Frunciendo el ceño, seguí su mirada y me quedé paralizada.

Ante nosotros se extendía un mar de fuego. Miraras donde miraras, el horizonte ardía en llamas. Pero no era el fuego mágico de Attilus. No, era el fuego de los dragones enemigos de las filas de Gronus.

Cuanto más nos acercábamos a nuestro destino, más se revelaba ante nosotros el alcance de la destrucción. Los bosques, que acababan de ser liberados de la terrible maldición, estaban en llamas, al igual que las estepas y los prados. Las aldeas de los cazadores también habían sido víctimas del fuego. Hasta donde alcanzaba la vista, me encontraba con la misma imagen: un paisaje consumido por las llamas.

Esta catástrofe devoraba nuestra tierra igual que lo hizo antes la maldición. Imparable y devorándolo todo. Las lágrimas rodaron por mi rostro. Criaturas de todo tipo intentaban huir de la muerte, luchando por sobrevivir.

Sin embargo, en las nubes de humo sobre Bergen se libraba una batalla muy diferente. Una guerra entre dos frentes de dragones con sus jinetes.

—Por fin puede comenzar la diversión —se alegró Caronte, y vi cómo sacaba sus lanzas, cruzadas a la espalda, con una amplia sonrisa. Al instante siguiente, apareció un casco, tan blanco como el resto de su armadura, que se colocó sobre su cabeza a modo de protección y luego se formaron placas metálicas de color dorado en sus articulaciones para reforzarlas.

Con esa armadura de combate, sentado a lomos de un fénix con las alas en llamas, parecía un dios de la guerra, una apariencia peligrosa que te acechaba para matarte.

Mientras yo seguía mirándolo fascinada, pasó junto a nosotros con un grito de guerra mucho más entusiasta de lo que cabía

esperar en esa situación. Sin embargo, su pasión por la batalla que se avecinaba me afectó. Me estimuló, me dio la energía que necesitaba para enfrentarme al enemigo.

Así que yo también desenvainé mi espada, la levanté por encima de mi cabeza y grité con todas mis fuerzas:

—¡Por Eclaria! —La pareja real, Kayden y Julze, hicieron lo mismo y, como una fuerza de la naturaleza, nos lanzamos contra la primera oleada de enemigos que ya nos había avistado.

Con un movimiento rápido tejí un escudo alrededor de Jarok, Adayla y de mí, solo para lanzar al mismo tiempo bolas de luz contra los primeros atacantes. Con un fuerte silbido, se hundieron en la carne de los dragones o atravesaron la piel de sus alas, lo que los hizo girar.

El viento huracanado de Kayden lanzó a varios jinetes de sus sillas de montar, mientras que los rayos de hielo de Julze los atravesaron. Adayla y Ryland lanzaron una lluvia de bolas de fuego que obligó a nuestros enemigos a volar en zigzag. Aquí y allá, sus proyectiles también alcanzaron a algunos cuerpos con un silbido.

Jarok desplegó sus alas y se lanzó en picado hacia un grupo de dragones que intentaban acercarse por debajo. En el momento exacto en que pasamos al primero de ellos, apareció una segunda espada en mi otra mano y, con las armas extendidas a ambos lados, arrasamos con sus filas.

Los gritos y el chasquido de la carne atravesada por mis espadas era lo único que oía. Había silenciado mi conciencia, al igual que mis pensamientos.

Adayla, delante de mí en la silla de montar, levantó las manos por encima de la cabeza y creó cintas de fuego que se enroscaron alrededor de los dragones, impidiéndoles batir las alas, por lo que cayeron del cielo como piedras.

Así nos abrimos paso a través de las tropas enemigas, sabiendo en todo momento dónde se encontraban Elara y Troas, así como Kayden y Caronte, cuya magia latía en mi interior, dispuesta a desplegar un poder que no podía controlar.

Mi escudo era fuerte y no dejaba pasar ni uno solo de los proyectiles enemigos. Éramos como un presagio mortal, lo último

que se veía en este mundo antes de pasar al de los muertos.

—Mi padre está justo ahí adelante —gruñó Jarok en mi cabeza, atravesando el muro que levanté para protegerme. Entrecerré los ojos e intenté ver a través del humo hasta que este se disipó un poco. Mi mirada se posó en un gigantesco dragón negro cuyo jinete gritaba órdenes con odio mientras blandía una espada de una longitud que nunca antes había visto.

¡Gronus!

A diferencia de sus congéneres que lo rodeaban, el dragón renegrido no lanzaba bolas de fuego y se parecía más a una montura que a un poderoso dragón aliado. Tenía la boca cerrada con placas de hierro y gruesas cadenas, cuyos extremos el viejo tirano sujetaba con fuerza en sus manos y al dragón le rodeaban el cuerpo.

Me dolió el corazón al ver el hermoso cuerpo de Kargon, que sufría visiblemente por el tormento. Los aleteos del señor de los dragones parecían pesados y su aliento salía en nubecitas irregulares por sus fosas nasales.

—Lo liberaremos —le aseguré a Jarok, quien respondió con un rugido ensordecedor y siguió avanzando imperturbable hacia el viejo rey.

Adayla se volvió hacia mí.

—¡Ahí está mi cuñado! —gritó—. Tenemos que derribarlo.

—No debemos herir a su dragón —respondí, y recibí la mirada de desconcierto que esperaba—. El dragón es uno de los nuestros.

El rostro se le iluminó y asintió.

—Quizás pueda derretir las cadenas mientras tú distraes al hombre que lleva a sus espaldas.

Distraer a Gronus resultó más fácil de lo que pensaba. Bastó con mi aparición, porque en cuanto puso sus ojos en mí, me atravesó con su mirada decidida. No descansaría hasta matarme. Ese había sido su objetivo en nuestro último encuentro. Uno que Caronte pudo frustrar. Pero esta vez no había ni una pequeña Mascha que me detuviera ni un dios que viniera a rescatarme.

Gronus miró a Adayla y sus ojos se agrandaron por un momento, solo para estrecharse después. El regreso de la antigua pareja real

se interponía en su plan de destruir a los cazadores y luego gobernar sobre Eclaria.

También los mataría a ellos. La determinación en su mirada delataba esa decisión. A sus ojos, no tenía otra opción. Con expresión sombría, dirigió a Kargon hacia nosotros con las pesadas cadenas.

Su enorme espada brilló con un destello intenso, solo para quedar envuelta en llamas al instante siguiente. Supe que no era su magia la que se extendía por su arma y sentí la magia del dragón en las llamas que nos lamían.

Volví a fijarme en el paisaje. ¿Todo esto era obra de Gronus? ¿Incendió el paisaje recién florecido para impedir el regreso de la Eclaria pacífica y unida? Pero ¿de dónde procedía la magia del dragón?

—Está usando la magia de mi padre —siseó Jarok enfurecido—. *Fluye hacia él a través de las cadenas.*

¿Las cadenas? Al mirar más de cerca, descubrí un brillo azulado que cubría el hierro. ¿De dónde proviene ese instrumento de tortura?

—¿Ya habías visto algo así antes? —pregunté.

—No, pero apostaría mis alas a que proviene del inframundo.

—¿Del inframundo? ¿Eso significa que Gronus se ha aliado con Attilus?

—Así parece.

Un gruñido escapó de mi garganta cuando dirigí mi atención al tirano y apreté los labios con fuerza. *No dejaremos que gane.*

En ese momento, Adayla lanzó una bola de fuego contra uno de los eslabones de la cadena que rodeaba el vientre de Kargon. Pero, enseguida de un discreto remolino de humo, rebotó contra el material desconocido.

¡Maldición!

El siguiente intento también fracasó y solo consiguió que la sonrisa de Gronus se volviera cada vez más triunfante y cruel. Una mueca de codicia y sed de sangre.

De repente, blandió su espada en movimientos circulares sobre su cabeza y, como gotas de agua ascendentes, más y más bolas de

fuego se desprendieron del arma, solo para unirse sobre él en una poderosa capa de fuego. *Magia de dragón.*

Rápidamente lancé bolas de luz para destruir esa capa, pero tuve que ver cómo cada una de ellas solo hacía un pequeño agujero en la alfombra de fuego, que se reparaba en un abrir y cerrar de ojos. No importaba cuántas lanzara, eso no detenía a Gronus.

La manta de fuego tejida era gigantesca y el calor de las llamas se sentía hasta donde estábamos. ¿Qué pretendía? En mi cabeza, sopesé nuestras opciones. El fuego de Adayla no podía hacer frente al fuego del dragón, al igual que mis bolas de luz. Mi magia del aire las avivaría en lugar de apagarlas. Y mi rompecursas estaba fuera de lugar aquí.

Así que solo me quedaba una cosa por hacer.

Reuní mi magia de luz y reforcé el escudo que nos rodeaba a los tres. Así debería poder resistir un ataque con magia de dragón. Quizás eso nos daría la oportunidad de acercarnos más al viejo rey para poder atacarlo con mayor eficacia.

La espada de Gronus describía círculos cada vez más grandes en el aire y la capa de fuego ardió peligrosa cuando, de repente, levantó el arma y la apuntó hacia nosotros. Antes de que pudiéramos reaccionar, la alfombra de llamas se abalanzó en nuestra dirección y Jarok intentó esquivarlo con un gruñido furioso, pero ya era demasiado tarde.

Al instante siguiente, las llamas nos rodearon y nos envolvieron en un infierno rojo y naranja.

Con los ojos desorbitados por el miedo, miré a mi alrededor, a mi escudo protector, que ya chisporroteaba bajo las llamas y no se veía nada más que fuego.

Era una trampa y estábamos atrapados en ella.

Capítulo 53



Una vez más, era yo
quien tenía que salvarlos a todos.
Sin mí, estarían perdidos.

De los pensamientos de Troas

Jadina

¿Qué hacemos ahora? —preguntó Adayla, mirando a su alrededor con pánico. Sobre su cabeza bailaban nubes de color rojo anaranjado, como las llamas que nos rodeaban—. Este fuego proviene de una magia diferente a la mía.

—Es una poderosa magia de dragón. Proviene de otro mundo y es muy superior a nuestros dones.

Mi propia magia rugía bajo mi piel, sacando fuerzas de lo más profundo de mi poder para tejer una y otra vez un nuevo escudo, ya que el fuego devoraba la capa superior cada vez más. Por desgracia, al principio no fui lo bastante rápida y las llamas me rozaron la pierna. El dolor era ardiente y mi cuerpo tenía dificultades para curar la herida.

El sudor empapaba mi frente y me corría por la espalda. Teníamos que encontrar una solución, de lo contrario me quemaría, lo que significaría nuestra muerte. Temblando, agarré mis espadas, que cada vez pesaban más en mis manos.

—Quizás podamos volar hasta la costa y lanzarnos al océano. El agua suele apagar el fuego. Esperemos que también el fuego de los dragones —sugirió la reina.

—Está demasiado lejos —dije con dificultad y me encogí un poco, como si me hubieran puesto uno de los sacos de boxeo del gimnasio de Dragonfall sobre los hombros—. Ni siquiera llegaríamos al lago del palacio de Eclaria.

—Además, tendría que volar a ciegas. Arrastraríamos a muchos otros a la muerte. —Jarok flotaba en el aire, evitando batir demasiado las alas, ya que cada vez que lo hacía avivaba las llamas —. *Necesitamos agua para salir de aquí. Quizás…*

¿O algo así como magia de hielo?

—Troas, ¿estás cerca? —le grité al novato, sin dejar que Jarok siguiera hablando—. *Necesitamos a Julze y su magia de hielo.*

—¿Quién es Julze? —oí responder al joven dragón con cierta irritación.

—Tu jinete —le espeté con impaciencia—. *Estamos atrapados bajo un manto de fuego de dragón y…*

—Troas, ven aquí —interrumpió Jarok mis intentos de explicación con un gruñido.

—Bien, bien. Ya voy.

—Ha sido una muy buena idea llamar a Troas —me dijo mi dragón—. *La magia de Julze no servirá de nada, al igual que la tuya, pero la de Troas es la respuesta a nuestro problema.*

No sabía qué tipo de magia poseía su hijo.

—La naturaleza de los dragones prevé que el equilibrio mágico se mantenga también dentro de la familia. Un equilibrio entre los poderes. El abuelo de Troas domina el fuego y Troas…

—¡El agua! —exclamé cuando comprendí a qué se refería mi dragón. El novato dominaba la magia del agua.

—Exacto. —Jarok tragó saliva de forma audible—. *El único problema es que aún no sabe manejarla del todo bien.*

En ese mismo instante, algo golpeó el manto de llamas a nuestra izquierda y abrió un gran agujero en él. El agua se abrió paso a través del fuego. Lo devoró, al igual que las llamas habían devorado mi escudo momentos atrás.

Menos de cinco segundos después, una segunda fuente de agua golpeó a nuestra derecha y el violento impacto hizo tambalear a Jarok.

En el tercer impacto, se derramaron sobre nosotros masas de agua que se contrajeron a nuestro alrededor como una burbuja. Pero no era una burbuja llena de aire, sino de agua, que extinguió por completo el fuego, pero que al mismo tiempo presionaba nuestro escudo protector.

Un jadeo de agotamiento se me escapó y Adayla me sujetó justo a tiempo para que no me cayera de la espalda de Jarok. Gracias a los poderes de Caronte y a la magia de dragón que había en mí, mis reservas ya eran mayores que las de la mayoría de los demás seres, pero yo también tenía límites, los cuales ya había traspasado una vez al romper la maldición. Ahora el poder que fluía, volvía a rozar esa barrera. Traspasarla de nuevo en tan poco tiempo significaría mi muerte.

—*¡Troas! ¡Cuidado!* —la voz de Jarok me sobresaltó y, al instante siguiente, vi el motivo de su preocupación. Gronus se acercaba cada vez más con el rostro desencajado por la ira, apuntando en dirección al novato. Apuntaba su espada al hijo de Jarok y observé con horror cómo una enorme fuente de fuego salía disparada de ella, directa hacia el pequeño. Julze disparaba sin cesar flechas de hielo contra el peligro que se acercaba, pero no tuvo éxito.

El chorro de fuego se abrió paso a través de la oscuridad envuelta en humo de la noche que comenzaba a caer.

—*¿Por qué Troas y su amazona no se envuelven en agua para protegerse?* —exclamé, aunque incluso esta comunicación mental me costó demasiado esfuerzo. Mis dedos temblaban mientras enfundaba mis espadas y agarraba las correas.

—*Ha gastado demasiada magia en ayudarnos. Aunque con ello solo nos ha encerrado en una nueva jaula* —suspiró mi dragón.

Solo pudimos ver cómo Troas daba media vuelta y se alejaba volando en zigzag. Pero no con rapidez: el chorro de fuego se acercó cada vez más y las llamas casi lamían la punta de su cola.

¡Teníamos que ayudarlo! Pero ¿cómo? Miré a mi alrededor con pánico, buscando a alguien que pudiera detener el arma mortal de Gronus. Pero a través del humo solo se veían siluetas que ya no podía distinguir si eran enemigas o aliadas.

Al mismo tiempo, una lanza pasó como un rayo junto a nosotros, directo hacia Gronus. Sus ojos se agrandaron y tiró con fuerza de las cadenas para levantar a su dragón. Acompañado de un grito desgarrador, que bien podría haber sido mío o de Jarok; la punta de la lanza se clavó profundamente en el corazón de Kargon.

Los ojos del dragón se fijaron en mí y una sonrisa se dibujó en su boca. Esa sonrisa que ya me había mostrado un par de veces y que me había dejado asombrada.

—Mi lucha llega aquí a su fin. La tuya aún no. Creo en ti.

Sus palabras rodaron con suavidad, así como las lágrimas que se deslizaron por mis mejillas, a través de mis pensamientos. Eran un abrazo, una despedida.

A nuestro alrededor se oían los gritos de duelo de los dragones, mientras una sacudida recorría el cuerpo de Jarok y un destello le recorría desde el hocico hasta la punta de la cola.

—¿Qué fue eso? —le pregunté con voz temblorosa.

—Ahora soy el nuevo señor de nuestro clan —respondió, y solo pude percibir la tristeza en sus palabras.

A nuestro lado apareció Caronte con la mirada fija en el dragón negro, que se tambaleaba bajo las maldiciones de Gronus.

—¿Por qué lo hiciste? —le espeté enfadada, mientras me secaba las lágrimas de la cara—. *Pudiste haber detenido la lanza a tiempo. Y no me digas que no, porque sé que sería mentira.*

Kargon cerró los ojos, agotado, y mientras las cadenas se desvanecían, cayó al suelo.

—¡No! —oí gritar a Troas, y su dolor se me clavó en lo más profundo del corazón. El novato también apareció junto a Caronte. Ileso, pero con una ira similar a la mía en los ojos, que miraba fijamente al dios.

—*¡Troas!* —gritó Jarok con severidad—. *Caronte hizo lo que se tenía que hacer. Era el deseo de tu abuelo. Ha dado su vida para salvar la nuestra.*

«Para salvar la tuya», pero eso no se lo dijo al pequeño.

Volví a mirar a Caronte y entonces descubrí el arrepentimiento que se escondía en el negro de sus iris. Este no era un hombre que se alegrara de haber derrotado al enemigo, sino un ser sensible que había cumplido un deseo que lo perseguiría hasta en sus sueños.

—*Lo siento* —susurré, y solo obtuve un gesto serio con la cabeza antes de que se diera la vuelta y desapareciera entre las nubes de humo.

—*¡Hijo! Retira tu magia* —le pidió Jarok al novato, quien cerró los ojos para liberar gota a gota mi escudo protector. La carga que pesaba sobre mí fue disminuyendo, lo que me permitió respirar con más libertad y volver a centrar mi atención en nuestro entorno. En ese momento, tres jinetes dragontinos enemigos pasaron junto a nosotros y se lanzaron a una velocidad increíble tras Gronus, que seguía cayendo junto con Kargon.

Un cuarto dragón se unió a ellos y se precipitó hacia las profundidades. Era azul y llevaba a dos reyes a sus espaldas. ¡Elara!

—*¡Tenemos que seguirlos!* —le dije a Jarok, que no había pasado por alto que su compañera perseguía al tirano.

—*¡Agárrate fuerte!*

—¡Agárrate! —le grité a Adayla justo a tiempo, porque Jarok se dejó caer, apretando sus alas contra el cuerpo y lanzándose también hacia el suelo. Un grito fuerte y ronco salió de la reina, que apenas podía agarrarse a las correas. Empujé su torso hacia delante, contra el cuello de mi dragón, con cierta brusquedad, y luego también me incliné lo más posible. Ganamos velocidad y ante nosotros apareció la silueta de Elara. Justo delante de ella reconocí a los tres jinetes enemigos. Eran hombres que nunca se habían apartado del lado de su gobernante, ni siquiera en el castillo de Dragonfall.

Debajo de nosotros rugía el fuego y sabía que no teníamos mucho tiempo para librar esta batalla.

—*¿Cuál es tu plan?* —le pregunté a través de nuestro vínculo espiritual.

—*Detenerlo* —espetó mi esposo. Ese hombre era su padre, pero Kayden había tenido que sufrir bajo su yugo, como tantos otros.

De repente, el cuerpo de Elara desapareció con los jinetes y miré a mi alrededor desconcertada.

—*¿Dónde están?* —le pregunté a mi dragón, que soltó una pequeña risa.

—*Se han vuelto invisibles* —respondió, y el orgullo brilló en esa frase—. *Elara puede hacer desaparecer a sus jinetes y a sí misma.*

Sorprendida, vi cómo en ese momento uno de los dragones enemigos se desviaba de su trayectoria y se tambaleaba hacia nosotros. Jarok reaccionó de inmediato, cubriendo al jinete con fuego y clavándole las garras en el vientre al dragón. Este abrió los ojos con miedo y en ellos se reflejó la sumisión. Cuando Jarok lo soltó en pleno vuelo, este se alejó gravemente herido.

Poco después, el siguiente enemigo también fue golpeado por un puño invisible y pasó volando a nuestra derecha. Sin dudarlo liberé mi magia de luz, formé una cuerda y la enrollé alrededor del cuello del dragón. Luego tiré.

El jinete, que estaba mejor preparado que el primero, nos disparó flechas de hielo, pero estas rebotaron en nuestro escudo. Mientras Adayla respondía al ataque con bolas de fuego, que finalmente alcanzaron al jinete y lo hicieron caer de la silla, Jarok exigió al dragón la misma muestra de respeto que al anterior. Tras su sumisión, lo dejamos marchar y esperamos al último dragón con su jinete.

Sin embargo, este disparó bolas de fuego con pánico y su dragón voló en un hábil zigzag.

Un gruñido impaciente recorrió mis pensamientos y Jarok siguió acelerando el ritmo. Poco después, Elara apareció a nuestro lado.

—*No consigo atraparlo. Vuela demasiado inquieto.* —A la dragona no le gustó nada, pero no teníamos más remedio que esperar. Sin embargo, el suelo se acercaba cada vez más y el jinete enemigo casi había alcanzado a Gronus.

Un estruendo enorme hizo temblar el aire y algo redondo y negro pasó silbando junto a nosotros, hacia el dragón desprevenido. ¿Era una bala de cañón? Sorprendida, miré hacia arriba y descubrí una

nave voladora que emergía del humo. Justo en la barandilla había un hombre acompañado de una vile. ¡Lord Marek y Fely!

La bala atravesó el ala izquierda del dragón y, con un grito, este siguió cayendo sin control. Él y su jinete ya no representaban ningún peligro y Elara actuó de inmediato.

Rápida como un rayo, se abalanzó sobre Gronus, le arrebató la espada con su garra y agarró al tirano por el torso. El arma cayó junto con Kargon entre las llamas.

Mientras frenábamos y volábamos detrás de la dragona, que se alejaba del mar de llamas, miré hacia abajo al dragón negro, al que echaría mucho de menos.

El fuego envolvía su cuerpo sin vida y, mientras lo devoraba, una cinta brillante se elevó por encima de nosotros hacia el cielo.

CAPÍTULO 54



Mi hijo es demasiado blando.
Ni siquiera con golpes consigo inculcarle la dureza necesaria.

Del diario de Gronus

Kayden

Elara sostenía el cuerpo de mi padre entre sus garras. Le oía gritar y forcejear, pero intenté ignorar su voz.

—*¿Cuál es tu plan?* —me preguntó Jadina, y únicamente pude darle una respuesta—: *Detenerlo.*

Sin embargo, no sabía cómo hacerlo. Ese hombre tenía actos crueles en su conciencia, si es que tenía alguna. Quería exterminar a todo un pueblo, había torturado y asesinado a su propia gente, por no mencionar lo que nos había hecho a mí y a mis seres queridos.

Pero ¿podía matarlo? ¿Ejecutarlo? ¿A mi propio padre?

Recuerdos de otros tiempos, antes de la maldición, cuando aún había mostrado momentos en los que fue un verdadero padre para mí, pasaron por mi mente. Imágenes de nosotros como familia. Con mi madre.

Aun así, tenía que ser castigado. Pero ¿cómo?

Percibí la presencia de mi esposa detrás de mí y a través del vínculo espiritual. Pero, ¿cómo podía pedirle que se encargara de esa tarea por mí? Ese hombre era un monstruo que no merecía la libertad.

De repente, sentí un poder abrumador a mi derecha y supe que era el dios que se unía a nosotros.

—Has hecho una buena presa, pequeño rey —ronroneó en mi cabeza—. *¿Ya sabes cómo vas a matarlo?*

Sentí la mirada penetrante de la divinidad como un cuchillo clavándose en mi carne.

—No —respondí, esperando que ese hombre poderoso se conformara con eso, pero, por supuesto, no fue así.

—Puedo ayudarte a encontrar la forma adecuada de hacerlo —continuó imperturbable—. *Bueno, tenemos los clásicos, como decapitar, ahorcar, apuñalar, degollar o mi favorito: partirlo en dos.*

Preferí no imaginarme su última sugerencia. Aun así, guardé un férreo silencio y seguí esperando poder deshacerme de él.

—Por supuesto, también puedes ser creativo o combinar dos formas de muerte, como ahorcar y apuñalar. Pero… —el dios hizo una pausa para pensar—, *algo me dice que matar a tu padre no es lo tuyo.*

Giré la cabeza hacia él y lo miré atónito. ¿Cómo podía leerme tan bien? Aunque había oído muchas veces que veía más de lo que el ojo humano era capaz de ver, no me esperaba esto.

El hombre sobre el fénix me miró expectante. Para mi propia sorpresa, asentí con la cabeza.

—¿Sabías que en el inframundo hay una prisión de la que es imposible escapar? Completamente envuelta en Klandestein, la montaña bajo la que los reclusos pasan su vida inmortal impide que se utilice la magia.

—No lo sabía —respondí con la mayor calma posible. ¿Podría ser una solución adecuada?

—Quizás deberías decidir internar a tu padre allí por el momento, hasta que sepas qué hacer con él. Yo podría llevarlo—sugirió, y entrecerré los ojos con recelo.

—¿Qué quieres a cambio? No haces nada sin un trato —cuestioné su oferta.

El dios dejó escapar una risa cruel a través de mis pensamientos.

—Me atrapaste —admitió descarado—*. Hay algo que te pido a cambio.*

—¿Qué es? —pregunté, esperando que no fuera nada que no pudiera aceptar con la conciencia tranquila.

—A cambio de mi ayuda, te pido que cuides bien de la pequeña rompe maldiciones cuando yo ya no esté y que aceptes nuestra amistad.

¿Esa era su exigencia? Tenía que haber algo más, ¿no? Esperé con expectación el resto, pero no añadió nada. Eso era lo que el dios exigía a cambio de llevar a Gronus a la prisión subterránea por mí.

—De acuerdo —respondí, antes de que pudiera cambiar de opinión—*. Aterrizamos* —le indiqué a Elara, que había esperado paciente mis instrucciones, ya que al parecer había percibido mi indecisión con respecto a mi padre.

Poco después llegamos a un gran claro que, a diferencia del paisaje circundante, no estaba en llamas. Mi dragona dejó caer a Gronus y aterrizó poco después. Nunca antes había saltado tan rápido de su lomo, pero Caronte ya me esperaba junto a mi padre. Su poder pulsaba con tanta fuerza que mi cuerpo se contrajo de dolor.

—Lo siento —le oí decir y, al momento siguiente, el dolor disminuyó un poco. Mi mirada se posó en el anciano, que yacía en el suelo retorciéndose y gimiendo como un gusano. Me incliné hacia él y lo tiré de la chaqueta hacia mí.

Oí pasos detrás de mí.

—Hola, Gronus —dijo mi tío, y los ojos de mi padre se agrandaron al ver a su cuñado, al que creían muerto.

Jarok aterrizó con un temblor y, unos segundos después, mi alma gemela y Adayla también estaban a mi lado. Mis manos temblaban de odio hacia ese tirano, responsable de la devastación que nos rodeaba y de las numerosas muertes de ese día.

—¿Vas a matarme, hijo? —preguntó, mirándome desafiante—. No eres capaz de hacerlo —se burló con una sonrisa.

—No, no lo soy. Todavía no. Pero hasta que llegue ese momento, te pudrirás en una prisión en el inframundo.

Un temblor recorrió el cuerpo del hombre que convirtió mi vida en un infierno.

—¡No! —graznó asustado, pero yo ya lo había soltado y me daba la vuelta.

—Llévatelo, Caronte —le pedí al dios, que desapareció con mi padre en un abrir y cerrar de ojos.

—Es una buena solución —dijo Jadina, acariciándome la espalda con cariño. Rodeé su cintura con mi brazo y la atraje hacia mí. Solo tuve que abrazarla durante unos segundos y ella me ayudó a volver a poner los pies en la tierra. A no volverme loco.

—¡Kay! —oí de repente la voz de Lenn justo encima de nosotros —. ¡Te necesitamos! ¡Ahora!

A regañadientes, solté a mi esposa, pero ella me atrajo hacia sí una vez más y me dio un beso que me acompañaría durante las próximas horas. Luego le hice una señal a Ryland, que también abrazaba a su alma gemela, y juntos nos subimos a la espalda de Elara.

Mientras despegábamos y seguíamos a Lenn en Trihar, miré hacia abajo a mi gata salvaje. ¿Podría cumplir mi promesa a Caronte? Cualquier otra cosa significaría mi propia muerte.

Capítulo 55



Tengo miedo de mi propia magia.
Y eso que sé que es parte de mí.

De las notas de Kayden

Jadina

Con las piernas temblorosas, vi a Kayden seguir a Elara hasta que desaparecieron detrás de una de las paredes de fuego. Le agradecí a Caronte evitar que ocurriera algo peor. Él me sugirió la idea de la prisión y Kayden aceptó sin dudarlo.

La aparición de Lenn fue una suerte, porque lo que Kayden no sabía era que en cualquier momento me encontraría con Garmaan, el rey dragón, que reclamaba mi parte del trato.

—¿No vamos a seguir a los demás? —preguntó Adayla, mirando al cielo, en la dirección en la que su alma gemela había partido.

—No, tenemos otra tarea que cumplir.

Abrí mi bolsa y, con manos temblorosas, saqué el libro de magia negra. Detrás de mí, Adayla respiró profundo y se acercó a con pasos apresurados.

—¡No puedes hacer eso! —exclamó indignada—. Así no salvarás nuestro país.

La miré confundida. ¿Qué quería decir?

—La magia negra fue lo que provocó que la maldición cayera sobre nosotros y dividiera a nuestros pueblos. —Sus palabras se convirtieron en un sollozo de pánico.

—¿Crees que quiero usar magia negra para acabar con esta guerra?

—¿Por qué si no sacas ese libro de tu bolsa en medio de un claro, dentro de un círculo de fuego?

—Lo tomé porque forma parte de un trato con el rey dragón. Lo quiere a cambio de su ayuda.

Los ojos de Adayla se agrandaron.

—Debe ser destruido y no entregado —susurró.

—Úsame a mí y a mi magia. Solo así podrás salvar a tus seres queridos —dijo el libro, ahora que sentía que mi atención se centraba en él. Sin embargo, sus palabras ya no eran tan seductoras como antes, gracias a la magia protectora del dragón. Garmaan también poseía esa magia, lo que me esperanzaba de que no sucumbiría al lado oscuro.

—Opino lo mismo que tú, pero hice una promesa. La magia de los dragones la protege contra las palabras venenosas del libro. Garmaan es un rey responsable que solo quiere usarlo para romper una maldición —expliqué, dándome cuenta de que quería tranquilizarme a mí misma y no solo a Adayla.

Ella seguía mirándome con escepticismo, pero finalmente asintió.

—Haz lo que tengas que hacer. Recemos a la Gran Madre para que no provoquemos una nueva guerra.

Gracias a las llamas ardientes, descubrí en ese momento un gigantesco dragón plateado en el firmamento. El cuerpo de Garmaan se deslizaba con elegancia a través de las nubes de humo y se dirigía directo hacia nosotros.

La reina y yo dimos unos pasos hacia Jarok para dejar espacio al aterrizaje del rey.

Poco después, este descendió con un estruendo y yo me dirigí en su dirección. No tenía sentido intentar evitar esta situación.

Él también se había entregado por completo a la guerra que aún seguía causando estragos. Al igual que en mi visión, ahora también veía la sangre que brotaba de una de sus alas.

Tenía un aspecto aún más aterrador que la primera vez que lo vi, y esperaba que no nos abandonara tras la rendición. La victoria aún no era nuestra, pero el rey dragón había insistido en recibir ya mi parte del trato.

Seguí caminando. Cojeaba. Mi pierna herida aún me dolía, pero sentía que se estaba curando poco a poco.

Como si mi vida dependiera de ello, apreté el libro contra mi pecho, aunque lo que más deseaba era alejar ese oscuro poder lo más posible de mí. Aún no estaba segura de si estaba haciendo lo correcto al entregárselo, pero no tenía otra opción.

—Por fin lo has encontrado —dijo el rey dragón, y su mirada codiciosa se posó en el pesado tomo que sostenía en mis manos.

—Sí, lo encontré —respondí lacónica. Acaricié la cubierta con incertidumbre y sentí las palabras que habían sido escritas en él hacía mucho tiempo, en otro mundo.

—Dámelo. Lo acordaste —dijo, con un ligero gruñido en sus palabras. ¿Sentía mi inseguridad? ¿O era el poder que emanaba el libro en ondas pulsantes, casi como si quisiera que el rey dragón me lo arrebatara de las manos, lo que me empujaba a actuar con rapidez?

—Prométeme que seguirás cumpliendo tu parte del trato —grité con todo el valor que logré reunir.

El gruñido de su garganta se convirtió en un rugido de desaprobación y sus ojos dorados me clavaron una mirada desde sus estrechas rendijas.

—Los dragones siempre cumplimos nuestra palabra. Tenemos un trato, *reina*. Nunca lo incumpliría. Lucharemos hasta que tu país sea liberado.

Esa promesa tenía que bastar y yo también tenía que cumplir mi palabra. Vacilante, corrí hacia el dragón. El libro se calentó mucho en mis manos.

—¿No quieres usar mi poder para ti? Conmigo, no necesitarás a ese dragón maldito —ronroneó el libro en mi mente—. *Su historia es*

antigua, al igual que la maldición que pesa sobre él. Incluso si hoy decides quedarte conmigo, las Nornas encontrarán la manera de que, tarde o temprano, caiga en sus manos. Así lo dice la profecía.

—¿Profecía?

Una risa cruel recorrió mis pensamientos.

—Una diferente a la tuya. Una que afecta al pueblo perdido de los Fae. Para ti solo es interesante saber que, independientemente de lo que decidas hoy, ese rey se convertirá en mi amo en el futuro. Entonces, ¿por qué no usar primero mi poder para ti?

¿El pueblo perdido de los Fae? Nunca había oído hablar de él. Pero, independientemente de si el libro decía o no la verdad, lo interesante era que Garmaan acabaría haciéndose con él de todos modos. Entonces, era mejor dárselo por mi cuenta. Así que di un último paso hacia delante y dejé el manuscrito en la hierba, justo delante de sus poderosas garras.

Eché un último vistazo a la cubierta, bastante anodina, y luego me di la vuelta con rapidez.

—¡Espera! —oí gritar a la oscura obra, pero no presté atención a su insistencia. Esperaba no haber creado un nuevo problema con este trato. Poco después, oí el batir de unas alas y, cuando me volví, el dragón y el libro ya no estaban.

Adayla se acercó a mí y me miró con curiosidad.

—Pareces confundida —reflejó mis emociones.

—¿Has oído hablar alguna vez del pueblo perdido de los Fae? —le pregunté frunciendo el entrecejo.

Me miró pensativa.

—No. ¿Por qué lo preguntas?

—El libro me dijo que, según una profecía relacionada con ese pueblo, acabaría llegando a Garmaan de todos modos. Da igual si se lo entregaba hoy o no.

—Quizás mintió para convencerte de que lo conservaras un poco más —reflexionó. Asentí distraída. Pero una cosa era segura: el libro no mentía.

—Jarok, ¿qué hay de ese pueblo perdido? —le pregunté a mi dragón, quien, si el rey dragón desempeñaba un papel en esa profecía, seguramente lo sabría.

Su gruñido dejaba claro que no estaba seguro de qué decirme, mientras pensaba.

—Es una historia larga, triste y cruel que el tiempo ha olvidado — respondió de forma evasiva unos instantes después—. *Y no tenemos tiempo para desenterrar ese pasado olvidado de otro mundo. Siento que algo oscuro se está gestando en el sur, cerca de Ascradia.*

Me di cuenta de que me estaba informando sobre la situación en Ascradia por razones tácticas. Quería eludir la pregunta. Sin embargo, tenía razón. No era el momento para sumergirse en la historia de los fae.

—Ven, Adayla. Jarok cree que Attilus está reuniendo a sus tropas en Ascradia —le grité a la reina mientras corría hacia mi dragón, aún cojeando ligeramente. Ella me siguió de inmediato.

—¡Pero no podemos luchar en dos sitios a la vez! —respondió preocupada.

—No, es cierto, por eso debemos poner fin de una vez por todas a la discordia entre cazadores y jinetes, para poder enfrentarnos unidos al verdadero enemigo.

—¿Qué tienes pensado hacer?

—Les mostraré la verdad —dije con determinación. Aún no tenía claro cómo iba a hacerlo, pero sabía que la época de la lucha entre nuestros pueblos había terminado y que había llegado el momento de las palabras, de una nueva unión. Así tenía que ser si queríamos enfrentarnos a Attilus y sobrevivir.

Sin más preámbulos, subimos a la espalda de Jarok y, poco después, ya estábamos en el cielo, siguiendo el hedor de la muerte que flotaba en el aire.

—¿Adónde vas, pequeña rompe maldiciones? —oí la voz aterciopelada de Caronte entre mis pensamientos acelerados. En ese mismo instante, Limycu apareció a nuestro lado.

—Ayúdame a poner fin a la guerra entre cazadores y jinetes —le pedí antes de saber lo que hacía—*. Attilus está reuniendo a sus tropas en Ascradia. Debemos luchar contra él si queremos tener alguna oportunidad.*

Caronte ladeó la cabeza y sentí cómo enviaba su poder hacia el sur para explorar la situación. Por un instante, sus ojos se

agrandaron. ¿Qué había visto? ¿Era grave?

—*Tienes razón* —dijo, y la seriedad de su voz me erizó el vello de la nuca—*. Debemos reunirnos lo antes posible y prepararnos para una guerra devastadora. Sea quien sea con quien se haya aliado, es alguien muy poderoso.*

Tragué saliva e intenté controlar el miedo que se apoderaba de mí. Con todas mis fuerzas, lo empujé de vuelta a las sombras de donde había surgido. Luego asentí con toda la determinación posible.

—*Reunamos a nuestra gente a través de los dragones* —sugerí, para comunicarme con Jarok después—*: Por favor, avisa a todos los dragones de que nos reuniremos en el centro de la batalla, en la montaña.*

—*¿En qué montaña? No hay ninguna montaña por aquí.*

—*Todavía no.*

El mar de llamas impedía que varios dragones se reunieran al mismo tiempo en un solo lugar. Las zonas libres de fuego eran demasiado pequeñas para ello.

—*¡Kayden!* —llamé a mi marido a través de nuestra conexión espiritual.

—*Ya lo he oído* —respondió—. *Pero, ¿a qué montaña te refieres?*

—*No existe* —aclaré. Se me había metido una idea en la cabeza que no podía sacarme. Esperaba que fuera un primer paso hacia la paz entre los cazadores y los jinetes—. *En tierra, los jinetes no podemos detenernos debido a los incendios*. *Los cazadores no pueden ascender hasta los dragones. Por lo tanto, necesitamos una elevación que reduzca la distancia literal entre los dos pueblos.*

—*Lo entiendo* —dijo con suavidad y al mismo tiempo con insistencia—. *Pero ¿qué pasa con esa maldita montaña?*

—*La crearás tú con tu magia* —le expliqué. Al otro lado se hizo un silencio sospechoso. Sabía que temía esa parte de su magia, ya que esta le había llevado a perder por completo el control sobre sí mismo y sobre la maldición que llevaba dentro—. *Puedes hacerlo. No tenemos otra opción. Attilus está reuniendo a sus tropas en Ascradia y, según Caronte, debe tener un aliado muy poderoso. Necesitamos a todos los jinetes y cazadores unidos para poder superar esto.*

Un suspiro de agotamiento me llegó a través de la cinta.
—Está bien. Lo intentaré.

Capítulo 56



La pequeña estrella ya me había sorprendido
desde nuestro primer encuentro.
Tanto poder en un cuerpo semihumano.
Como una burbuja de aire llena de piedras.
Pero su envoltura exterior es demasiado fuerte
para estallar.

De los recuerdos de Caronte

Jadina

No estás solo —le aseguré, enviándole todo mi amor.

—Lo sé. Yo también te amo.

—Pajaritos, perdonen la interrupción, pero he encontrado el lugar adecuado para hacer la montaña —intervino Caronte. ¿Acaso había vuelto a escuchar a escondidas?

—No nos dejas ni un segundo de paz —le regañé—. *Sal de mi cabeza.*

—¿No quieres saber a qué lugar me refiero?

¡Mierda! Por supuesto que quería saberlo, pero al mismo tiempo quería mantenerme firme en mi postura. Sin embargo, la situación

era demasiado seria, había demasiadas vidas en juego como para dejar clara mi postura sobre la intrusión en mis pensamientos.

—*Habla* —le espeté, ignorando la risita divertida que me llegó.

—*La pequeña estrella está luchando en tierra contra unos cazadores muy conflictivos. Deberíamos aterrizar allí. Créeme, puede ser de gran ayuda.*

Para entonces ya sabía que con «la pequeña estrella» se refería a la princesa Elena, nuestra aliada del continente. Aunque no entendía cómo había llegado a tener ese apodo, pero Caronte también me llamaba «la pequeña rompe maldiciones» y a Kayden, el «pequeño rey».

—*Está bien* —le di la razón, aunque no me gustaba hacerlo—. *Vuela delante.*

—*Como ordenes, Majestad* —bromeó, y yo puse los ojos en blanco. Algo que él seguramente podía ver con su inusual visión.

Pero en ese mismo instante, Limycu voló más rápido y, con un elegante giro, describió un arco hacia el noreste. Hacia la comunidad de Ansgrund. Los pueblos de donde procedía Cilia.

El nudo que se formó en mi garganta al pensar en mi antigua amiga me dificultó tragar. Ella abusó de mi confianza y, al final, terminó traicionándome.

Ante mis ojos apareció la imagen de su cuerpo sin vida en un charco de sangre. Fue mi cuchillo el que le quitó la vida.

—*¿Estás bien?* —preguntaron Kayden y Caronte al mismo tiempo en mis pensamientos, y mi corazón se llenó de calor.

—*Estoy bien* —les respondí, y era cierto. Desde que participé en las pruebas, ocurrieron muchas cosas. Muchas terribles, pero también muchas buenas. Se forjaron verdaderas amistades y mi amor por Kayden creció aún más. La soledad, que antes nunca había percibido, fue sustituida por la seguridad.

—*¡Entonces unamos a los dos pueblos para que por fin podamos ir a la guerra contra nuestros verdaderos enemigos!* —exclamó Caronte con un entusiasmo en la voz que me preocupaba. Estaba impaciente por librar la batalla contra los habitantes del inframundo.

Kayden acarició con ternura nuestro lazo y ese contacto se extendió como pequeños destellos por todo mi cuerpo. No pude

evitar sonreír.

—*¡Ahí está!* —señaló Jarok, y estiré el cuello para poder ver más allá de Adayla. A varios kilómetros de distancia, a la luz del sol que ya se estaba levantando, se extendía un campo de batalla espantoso. La sangre y los cadáveres en descomposición se podían oler hasta aquí arriba, en el aire, donde los jinetes libraban una batalla implacable. Aquí se había luchado y matado durante toda la noche.

Se me hizo un nudo en el pecho. Yo también lo hice durante la batalla. Las caras de los jinetes y sus dragones se agitaron en mi mente, pero las reprimí de inmediato, sabiendo que me perseguirían toda mi vida.

Por suerte, los incendios se habían limitado a esta zona y nos resultaría fácil encontrar un lugar para aterrizar.

Por la derecha vi a varios jinetes acercándose a nosotros. Entrecerré los ojos para intentar distinguir si eran amigos o enemigos.

—*Somos nosotros* —oí decir a Elara en mis pensamientos en ese momento. Ahora las siluetas del grupo que se acercaba se veían con más claridad y reconocí, junto a Elara, a Troas y a los dragones de Lenn, Dex y Nayda: Trihar, Sunny y Molgar.

Toda la primera escuadra estaba reunida y, al mismo tiempo, trajo consigo a Jako, Ida, Julze y Ryland. Mejor así, porque cuantos más fuéramos, mejor.

El grupo se unió a nosotros y, liderados por Limycu, volamos hacia el campo de batalla mientras iniciábamos el descenso.

Cuanto más nos acercábamos a la tierra, más claro se veía lo que estaba sucediendo en el suelo. Se lanzaban proyectiles mágicos de un lado al otro del campo y, en el centro, los frentes enemigos se enfrentaban con espadas y cuchillos.

Se me revolvió el estómago al ver las atrocidades que se estaban cometiendo allí. Había cadáveres sin vida por todo el suelo, lo que no hacía más que avivar el odio hacia el enemigo.

El fénix, con Caronte en toda su majestuosidad sobre su lomo, se dirigió hacia ese centro, atrayendo así la atención de las tropas terrestres.

Nunca se había visto un ser tan hermoso, por lo que la mayoría interrumpió los combates para mirar hacia arriba, hacia esa criatura única.

Cuando se dispuso a aterrizar, obligó a los dos frentes a separarse. En cuanto los dragones se posaron junto a Limycu, uno de los bandos retrocedió asustado. Debía de ser el que pertenecía a los cazadores enemigos. Horrorizada, dejé que mi mirada se posara sobre ellos. Eran tantos…

—¡Jadina! —una voz familiar me sacó de mis pensamientos y me deslice de la espalda de Jarok para aterrizar justo al lado de Elena. La princesa me abrazó con fuerza. Ella también iba vestida completamente de cuero y en su espalda lucía unas espadas gemelas con hojas azules—. ¡Estás bien! —exclamó aliviada.

—Estábamos muy preocupados —añadió Lucian, quien se acercó a su alma gemela. Le sonreí con gratitud.

—Estoy bien y me alegro mucho de ver que ustedes también lo están. ¿Dónde está Thalie?

—Se quedó en Aranga para comandar las tropas, por si acaso se produce un ataque al continente. Pero me ha pedido que te dé recuerdos —respondió Elena y me abrazó de nuevo.

—Sí, todos están bien —intervino Caronte con impaciencia—. ¿Podemos continuar y dejar ya los abrazos?

—¡Caronte, ven aquí! —le pidió Elena, solo para abrazarlo también. A ella no parecía importarle ese contacto, mientras que Lucian dio un paso hacia un lado para poner distancia entre él y el dios—. Por supuesto que también nos preocupamos por ti —dijo la princesa.

Kayden se acercó a mí y observó la escena con una ceja levantada. Seguramente también se preguntaba por qué Elena no se había tirado al suelo con el rostro contraído por el dolor.

—Tú debes ser Kayden —intervino Lucian, tendiendo la mano a mi alma gemela para saludarlo, y él la aceptó—. Seguro estás preguntándote por qué mi esposa puede abrazar al dios.

Kayden asintió.

—Hola, Lucian, encantado de conocerte por fin. Y sí, ¿qué pasa con eso? Jadina también puede hacerlo. Solo de pensarlo, mi

instinto de huida se dispara.

Lucian se rio.

—A mí me pasa lo mismo y es una larga historia que te contaré en circunstancias más agradables. Solo diré que había otro dios involucrado. Mi mujer tiene amigos muy peculiares.

Mi alma gemela abrió los ojos de par en par, pero entonces Elena se volvió hacia nosotros.

—Espero que este se haya portado bien —dijo contenta, dándole una palmada en la espalda a Caronte, que parecía un poco ofendido.

—La mayoría de las veces —respondí—. Elena, ¿puedo presentarte a mi marido, Kayden?

—Hola, Kayden, he oído hablar mucho de ti —indicó mi amiga y lo abrazó sin más, mientras Lucian observaba la escena con una amistosa sonrisa.

—Ahora que ya nos hemos presentado, podemos pasar a la parte importante de esta aventura —refunfuñó el dios a su lado. Al parecer, no estaba contento de que su «pequeña estrella» también abrazara al hombre que no le caía tan bien.

—¿Cuál es el plan? —preguntó la princesa con entusiasmo.

—Levantaremos este campo de batalla como si fuera una meseta montañosa para acercarnos a los jinetes dragontinos que están sobre nosotros —expliqué—. Kayden tiene poderes relacionados con la tierra.

—Nosotros también —respondió Lucian, y entonces comprendí por qué Caronte quería aterrizar precisamente con ellos.

—Ya te dije que la pequeña estrella puede ser muy útil en este asunto —su voz se deslizó por mis pensamientos y no se me escapó su sonrisa.

—Pero Jadina, ¿no deberías tener también magia de tierra si Kayden la tiene? Son almas gemelas —intervino Elena, y sentí cómo se me subían los colores a las mejillas.

—Sí… pero… de alguna manera —balbuceé.

—Por desgracia, no tuvimos tiempo suficiente para enseñarle esa parte de mi magia, ya que la había reprimido desde mi infancia —intervino mi marido, y sentí el calor reconfortante de su mano en mi espalda.

—Ah, ya. Pero aun así puedes ayudarnos —respondió Lucian—. El don está en ti, así que puedes dejarlo fluir.

Elena asintió.

—Lucian tiene razón. Ven, te enseño.

Se arrodilló y puso la mano sobre la hierba pisoteada, y yo hice lo mismo.

Lucian y Kayden se colocaron a nuestro alrededor, junto con Caronte. Era obvio que él también podía formar una montaña. ¿Había algo que no pudiera hacer?

—En realidad, nada. ¿Te acuerdas? Un dios perfecto en todos los sentidos —oí decir a su voz complaciente.

—¡Fuera. De. Mi. Cabeza! —grité indignada—. *Tengo que concentrarme.*

Al momento siguiente, sentí un temblor bajo mis pies y todo a nuestro alrededor se agitó, seguido de un estruendo.

—Sumérgete en tu poder y llama a la magia de la tierra —explicó Elena—. Pídele que se una a su señor. Esta magia es muy tímida y, por lo tanto, más difícil de encontrar. Pero una vez que se ha mostrado, es increíblemente leal. Tienes que sacar a relucir esa lealtad hacia Kayden.

Con eso en mente, cerré los párpados y bloqueé todo lo que me rodeaba. En su lugar, me sumergí en mi poder mientras acariciaba con cariño los diferentes hilos de luz, visión y contrahechizos.

—¡Magia de la tierra! —grité mientras me adentraba cada vez más—. *Kayden nos necesita. ¡Necesita nuestra ayuda!*

Un breve destello en lo más profundo de mi poder llamó mi atención.

—Tenemos que ayudarlo —insistí—. *Afuera hay una guerra y él quiere crear una oportunidad para la paz contigo.*

De nuevo, algo brilló con más intensidad y, para mi sorpresa, un hilo dorado se desprendió de la red de cintas mágicas.

—¡Ahí estás! —exclamé con alegría y me estiré hacia él. Este poder recién descubierto me tocó con suavidad y aún con un poco de cautela—*. Ven conmigo* —le pedí de nuevo y, esta vez, sentí que no nos abandonaría. Elena tenía razón. Este don era increíblemente fiel. Esperaba poder vincularlo a mí algún día.

En ese momento, levanté los párpados y sentí un nuevo cosquilleo bajo la piel. La magia de la tierra que ansiaba unirse a su amo.

Mientras exhalaba aliviada, la liberé y, por un instante, mi mano brilló con un resplandor dorado.

—Lo conseguiste —comentó la princesa, radiante de alegría y le devolví la sonrisa.

Al mirar a mi alrededor, me di cuenta de que ya habíamos subido mucho. Todo el campo de batalla se elevaba y los dragones que antes solo eran pequeños puntos en el cielo ahora se veían con claridad.

Nos acercamos a ellos y, con un estruendo, el suelo se calmó.

—Esta parte del plan está completa —dijo Kayden—. Es tu turno.

Capítulo 57



Aún hoy me atormentan las pesadillas de aquella batalla
que libramos contra el inframundo.

Del diario de Fely,
curandera de Ellyllia

Jadina

Tenía razón. Ellos habían llevado a cabo esa parte de mi plan, pero ahora era yo quien tenía que cumplir la otra mitad.

Así que le expliqué mis intenciones a mi magia de tierra y apenas me atreví a respirar cuando ella, junto con Kayden, me elevó aún más por encima del terreno en el que nos encontrábamos. Tan alto que todo el campo de batalla, así como los jinetes de dragones en el cielo, podían verme con claridad.

—¿Puedes llevar mis palabras por el campo y hacia las alturas para que todos puedan entenderme? —le pedí a Caronte y, mientras me levantaba, sentí las ondas sonoras a mi alrededor.

Ahora reinaba un silencio absoluto donde antes los gritos de batalla y los lamentos habían llenado el aire. Miles de pares de ojos se posaron sobre mí.

Nerviosa, me pasé las palmas de las manos por los muslos y carraspeé, lo que resonó como un grito de alerta mucho más allá de esta montaña.

—Ahora toda la isla puede oírte. Así que tu discurso tiene que ser realmente bueno —advirtió Caronte, aumentando la presión a la que ya estaba sometida. Pero al mismo tiempo, una calma se apoderó de mí. Esta era una oportunidad, quizás la única, para llevar la paz a Eclaria. Estaba destinada a ello. Kayden me tomó de la mano y me acarició la piel con el pulgar para darme ánimos.

Yo, Jadina, prometo que, pase lo que pase, nunca perderé la esperanza y seguiré viva para ocupar mi lugar en esta historia, pensaba, sintiéndome ligada hasta hoy a esas palabras. Mi promesa hacia mis padres.

Este era mi lugar en la historia y lo ocuparía.

Así que enderecé los hombros, tragué el nudo que tenía en la garganta y dejé salir al mundo las palabras que me quemaban el alma desde que decidí dar este paso.

—Esta tierra fue una vez un reino bendecido con paz y felicidad —comencé, dejando que mi voz, con la ayuda de Caronte, se deslizara sobre todos los campos de batalla de nuestra patria—. Dos pueblos que poblaban esta isla en armonía, la convirtieron en su hogar y la protegieron de la discordia. A la cabeza estaban un rey justo de los jinetes y una reina bondadosa de los cazadores. Protegieron esta paz mediante su matrimonio, producto de amor mutuo.

Los guerreros que tenía ante mí pendían de mis labios y vi la esperanza en sus rostros. Nadie aquí quería esta guerra.

—Pero entonces nuestra tierra fue traicionada —resonó mi voz por encima de sus cabezas—. Una maldición se apoderó de los verdes y fértiles prados y los densos bosques. Tanto de los cazadores como de los jinetes. Destruyó nuestra isla y a gran parte de sus habitantes, dejando atrás sequía y roca áspera. Y tristeza y dolor. Pero en lugar de unirse para superar esta injusticia, para combatirla, aquellos que ya llevaban la oscuridad en sus corazones envenenaron nuestras almas y aproveCaronte la oportunidad para ascender al poder o difundir mentiras. En ambos bandos, estos

monstruos sedientos de poder salieron de las sombras y se coronaron reyes o esclavizaron pueblos enteros, incluso enviaron a la muerte a jóvenes muchachas.

Un murmullo recorrió las filas y Kayden apretó mi mano con más fuerza.

—Sí, hay una profecía. Pero si se traduce mal y se difunden falsedades, convertimos un mensaje de esperanza en un mensaje de horror. —Volví a dejar vagar la mirada—. Una cazadora, nacida bajo la luna llena de sangre. Besada por las estrellas. Dotada de un don que puede salvar a todos. Unida en matrimonio con aquel jinete que lleva en su sangre la herencia del rey. Ella guiará a su pueblo hacia la paz y destruirá al enemigo —recité aquellas palabras que todos aquí conocían como la verdadera profecía.

—Precisamente la última frase provocó una ruptura entre nuestros pueblos. Ambos creían que la cazadora de la profecía, que *yo* apoyaría al pueblo de los jinetes para destruir a los cazadores. Esos cazadores que Gronus denunció ante los jinetes como los culpables de la maldición.

De nuevo se oyó un murmullo entre las filas que tenía debajo y sentí que la multitud esperaba tensa, como la cuerda de un arco, el momento en que se disparara la flecha.

—Pero la verdadera traducción de la sirena hablaba de una cazadora que, junto con el rey de los jinetes dragontinos, conduciría a todos, cazadores y jinetes, hacia la paz. Solo se les hizo creer que era de otra manera. Por codicia de poder y sed de venganza hacia otro pueblo. Así, los amigos se convirtieron en enemigos acérrimos, los aliados en adversarios inevitables y el verdadero adversario quedó impune.

Al oír esta revelación, escuché a algunos de los presentes jadear y el sonido de las armas cayendo al suelo resonó entre las filas.

—El hombre responsable de todo esto se ha aliado con el inframundo. Ha mantenido cautivos a nuestro rey y a nuestra reina y ha envenenado nuestra isla con una maldición. Y todo ello solo para vengarse de sus mejores amigos y, al mismo tiempo, de todo el país. Sí, el verdadero enemigo, es increíblemente poderoso, pero le falta algo para alcanzar la victoria definitiva, algo que nosotros sí

poseemos. Su corazón atrofiado ya no es capaz de albergar esperanza. La esperanza y el amor por nuestra Eclaria nos hacen fuertes, pero solo si luchamos juntos contra el mal que se ha infiltrado en nuestro país. Juntos bajo la bandera de Eclaria, liderados por nuestro rey Ryland y nuestra reina Adayla.

En ese mismo instante, la pareja real que estaba a mi lado fue elevada en el aire. Exclamaciones de incredulidad recorrieron la multitud y vi cómo algunos caían de rodillas.

—Nuestra pareja real ya ha sido rescatada, liberada de sus garras. Están aquí para llevarnos a una guerra que también liberará a nuestro país de él.

Levanté la mano que tenía entrelazada con la de Kayden por encima de nuestras cabezas.

—Unidos, codo con codo, acabemos con esta guerra y recuperemos nuestra Eclaria, liberándola del poder oscuro que la mantiene cautiva desde hace demasiado tiempo. ¡Nosotros, los cazadores y los jinetes, como un solo pueblo! ¡Como el pueblo de Eclaria!

Adayla y Ryland también levantaron sus manos entrelazadas y un aplauso atronador nos envolvió.

—¡Únanse a sus hermanos y hermanas! ¡Eliminen a las falsas serpientes que se encuentran entre sus pueblos y recuperemos lo que es nuestro!

Los jinetes también nos vitorearon y, aquí y allá, los eclarianos se abrazaron. Durante demasiado tiempo nos habían separado, declarado enemigos y asesinado en nombre de la profecía.

Kayden me abrazó y me besó en los labios con amor.

—Lo has hecho excelente. Has hablado como una verdadera reina —pensó Caronte en mi mente.

Kayden se separó de mí y me sonrió con orgullo.

—¿Con qué me gané una mujer tan fantástica? —preguntó, acariciándome la mejilla con la mano. ¿Eran lágrimas lo que estaba secando? ¿Mis lágrimas? Ni si quiera me percaté de que estaba llorando.

Y no era la única. Muchos tenían lágrimas en los ojos y, al mismo tiempo, otros habían aprovechado el momento para arrestar a los

enemigos que llamaron la atención con gritos de protesta dentro de sus propias filas. Algunos cazadores mayores fueron empujados a la primera fila y los jinetes de dragones también se agruparon en torno a un pequeño grupo.

¿Qué íbamos a hacer ahora con ellos?

—Yo me encargaré. En la prisión del inframundo estarán bien cuidados por el momento —dijo Caronte, y al momento siguiente todos ellos desaparecieron.

La multitud miró atónita el lugar donde acababan de estar los traidores y al que se disponían a abalanzarse.

—¿Y ahora qué? —quiso saber mi marido, mirando a los numerosos cazadores y jinetes, en cuyos rostros se reflejaba su voluntad de luchar por Eclaria.

—Ahora nos dirigiremos a Ascradia, donde Attilus ya nos espera con su ejército del inframundo —respondí, reprimiendo el miedo que me invadía.

—Pero tardaremos una eternidad en llegar hasta allí. Es una marcha de varios días.

—Entonces es bueno que contemos entre nuestros aliados con un dios y un príncipe que pueden hacer viajar a ejércitos enteros a través de portales. —Le sonreí y él se echó a reír.

—Tú y tus aliados. Todavía recuerdo a la pequeña cazadora que recogimos en el desierto y que no entendía nada de amistades. Ahora mírate. Tus amistades ponen fin a guerras enteras.

Agradecida, me acurruqué contra él y disfruté del calor de su cuerpo.

—No tenemos tiempo para mimos —intervino la voz de Caronte y, en ese mismo instante, Limycu, que llevaba al dios a sus espaldas, se levantó a nuestro lado—. He oído que se necesita un portal para Ascradia. Bien, súbanse a sus dragones para que podamos partir.

Una sonrisa se dibujó en la comisura de sus labios mientras nos lanzaba esta diatriba. Pero tenía razón. Como, para mi desgracia, en muchos casos. No podíamos permitir que Attilus tuviera tiempo de traer más aliados del inframundo a Eclaria.

—¡Súbete! —gritó Jarok, que se había colocado justo debajo de mi elevación rocosa. Con un último beso en la mejilla, me despedí de

mi alma gemela y salté a la silla.

—¡Vamos, Adayla, ahora tú! —le grité a la reina, que no se lo hizo repetir. Poco después, ella también se subió a la silla y se agarró con fuerza a las correas. En un abrir y cerrar de ojos, nos encontramos en la costa, en el sur del país.

Con los ojos muy abiertos por el terror, miré la orilla del mar que se extendía ante nosotros y cuya vista hizo que mi corazón se acelerara.

Un enorme ejército de monstruos y bestias bordeaba la costa. Algunos llevaban armaduras y estaban armados con armas crueles, otros, como los Ankou, tenían bocas babosas.

Con la boca abierta, me deslicé de la espalda de Jarok y aterricé justo entre la princesa Elena y Caronte, que también contemplaban el espectáculo que se desarrollaba ante nosotros, mientras a nuestras espaldas se alineaban cada vez más cazadores, jinetes y otros aliados.

—Por los dioses, esperaba no volver a encontrarme nunca más con estas criaturas horribles—suspiró Elena a mi lado mientras sacaba sus espadas gemelas de detrás de su espalda. Sus hojas brillaban con un tono azulado y tragué saliva al pensar en la facilidad con la que podían cortar la carne.

—Bueno, pequeña estrella —dijo Caronte con un guiño—. Son como parásitos, imposibles de matar, y siempre vuelven a salir a la superficie. El inframundo siempre encontrará formas de intentar conquistar este mundo

—¿De verdad el inframundo es un lugar tan horrible, plagado de monstruos como esos? —quise saber, mientras seguía observando cómo se formaba ese gigantesco ejército de bestias y criaturas de todo tipo.

—No. También tiene lugares hermosos. El reino de los muertos de Hades es uno de ellos, al igual que el que antes habitaba Lucifer. Un verdadero paraíso que se había creado allí. —Reflexionó por un momento—. Quizás debería volver para relajarme un poco. Después de este… —hizo un gesto con la mano de desprecio—, pequeño interludio, me merezco un descanso.

Elena y yo nos sonreímos. A veces era tan exageradamente teatral.

—Qué dramático eres —dijo la princesa riéndose.

—Tú, medio *humana* con tus expresiones humanas —replicó Caronte con desdén en la voz, pero a Elena no le molestó su alusión a su origen.

—Al fin y al cabo, los humanos celebramos la Navidad y, aunque nunca lo admitirás, te encanta que te invitemos. El año pasado incluso tú mismo tuviste esa Navidad…

—Sí, sí. Ya está bien —la interrumpió y señaló al ejército que teníamos delante—. Ahora es mejor que te concentres en la guerra que se avecina. —La miró con dureza y, si no me equivocaba, Caronte intentaba hacerle entender con la mirada que no debía revelar lo que había hecho en las últimas Navidades.

—Tengo fotos —me susurró Elena, sin prestarle más atención—. Te las enseñaré la próxima vez.

Un gruñido salió de la garganta del dios, pero yo solo me pregunté a qué «fotos» se refería. ¿Invitó a un pintor que se encargó de retratarlos a cada uno de ellos? ¿O era otra de esas cosas humanas?

—¡No! No otra vez el ejército del infierno —exclamó Lucian, que ahora también se había unido a nosotros. Al mismo tiempo, varias naves voladoras aparecieron sobre nuestras cabezas y se unieron a los dragones.

—Gracias por traer a Marek —dijo su esposa, dedicándole una sonrisa cariñosa.

—Sí, sí —respondió con un gesto de negación, sin apartar la mirada horrorizada de las tropas enemigas—. Vamos a necesitar a todos los hombres y mujeres para enfrentarnos a esto. —Su voz sonaba sombría y en mi interior se abrió un abismo de desesperación.

¿Estábamos a la altura de esta situación? ¿O iríamos directo hacia nuestra perdición? ¿Hacia la muerte?

CAPÍTULO 58



Hay pocos seres
a los que temo.

De las notas de Caronte

J*adina*

Con los ojos desorbitados por el terror, observé cómo tantos Ankou se colocaban en las primeras filas del gigantesco ejército que me sentí mal. Nuestro enemigo nos superaba en número. Si no lográbamos reducir sus filas antes del enfrentamiento, no podríamos resistir mucho tiempo ante tal fuerza.

—*¡Jarok!* —grité mientras lo buscaba con la mirada. Se mantenía en el aire, justo sobre nuestras cabezas. Junto con los muchos otros dragones que seguían a su rey, el cual se había posicionado a la cabeza. Todos los jinetes habían saltado para unirse a las tropas terrestres—. *¡Necesito una visión general de la situación desde el aire!*

Corrí un poco hacia delante, fuera de la formación de nuestro frente, para que Jarok tuviera espacio.

—No puedo aterrizar allí, así que te llevaré con las garras —me advirtió justo antes de agarrarme por la cintura y volar conmigo hacia el cielo.

Desde aquí arriba, todo parecía aún más deprimente que desde el suelo y me arrepentí en silencio de haberle pedido que me llevara hacia arriba para poder verlo todo.

El ejército de Attilus se extendía por toda la costa e incluso vi soldados que seguían en el agua, donde aparentemente también habían subido. ¿Fue así como encontraron el camino hacia nuestro mundo? ¿Hizo un portal ahí?

—¡Por los dioses! Es peor de lo que esperaba. El número de enemigos es casi el doble que el de nuestras tropas —suspiré abatida—. *No tenemos ninguna posibilidad de ganar.*

—No digas eso —dijo Jarok con seriedad—. *¿Crees que somos el primer ejército que se enfrenta a un enemigo que nos supera en número? Si todos se hubieran rendido a la primera, nuestra historia sería diferente. Tal vez ni siquiera existiríamos.*

Era cierto. Si nos resignábamos a la idea de que todo estaba perdido, entonces lo perderíamos todo.

Volví a recorrer con la mirada ambos frentes. Esta vez, sin embargo, no busqué las ventajas que tenía el enemigo, sino las que teníamos nosotros.

Attilus solo contaba con tropas terrestres, mientras que nosotros teníamos a los dragones y las naves voladoras de Marek de nuestro lado. Los Ankou eran un problema para las tropas terrestres, pero con un escudo protector tal vez se les podría mantener alejados el tiempo suficiente para derribarlos.

No sabía qué habilidades tenían las otras criaturas que se habían unido a las tropas del mago, pero, a juzgar por sus armas, parecían más bien soldados de a pie, que, aunque daban miedo, no poseían habilidades mágicas. En cambio, todos nosotros disponíamos de una magia extraordinaria.

Solo Attilus podría suponer un peligro para todo nuestro ejército con su enorme poder y su conocimiento de los hechizos oscuros. Así que teníamos que encontrar una forma de eliminar a las tropas terrestres para poder enfrentarnos a él.

—De alguna manera tenemos que impedir que el enemigo llegue hasta nosotros —pensé.

—¿Qué tal una zanja? —murmuró mi dragón, que ahora también estaba evaluando la situación.

—¡Buena idea! Así podremos crear una barrera para mantener a raya a los Ankou. Los arqueros podrán eliminar a las primeras filas desde una posición segura, mientras ustedes atacan desde el aire junto con los barcos. ¡Podría funcionar!

La esperanza se encendió en mi interior y sentí que Kayden y Caronte, a quienes había dejado escuchar a través de nuestra conexión, también recuperaban la confianza en la victoria.

Cuando Jarok me dejó caer de nuevo al suelo justo delante de ellos, el plan ya se había difundido. Elena, Lucian y Kayden estaban listos para crear la zanja. Su magia ya brillaba en sus manos y yo también sentí cómo la mía bullía en mi interior.

—¿Listos para crear una isla para el atacante? —les pregunté con una sonrisa; la respondieron con una afirmación. Sabíamos que una zanja no nos daría suficiente tiempo, pero un barranco sí lo haría.

—Me uniré a ustedes —dijo Caronte—. No puedo perderme esta diversión.

—Por supuesto, tú también dominas la magia de la tierra, ¿verdad? —pregunté, aunque ya sabía la respuesta.

—Por supuesto, pero no utilizo ese poder inferior. Voy a crear algo completamente diferente. —Sonrió malicioso—. Un portal, en el fondo del barranco que catapultará a todos los que caigan en él directo en la prisión del inframundo. Así nos aseguraremos de que no vuelvan a levantarse detrás del ejército.

No se me había ocurrido que esas criaturas pudieran volver a unirse a las tropas. Fuera como fuera, menos mal que gracias a Caronte ahora teníamos una solución para ese problema.

—No perdamos más tiempo. Las tropas de Attilus se preparan para atacar —instó Kayden, colocándose a mi lado. Entonces oí los enormes cuernos, que sonaban siniestros, resonando en las filas del enemigo. Ya los había visto, pero había evitado mirarlos de cerca, ya que su forma y color me recordaban a huesos roídos. Probablemente

esa suposición sería cierta. No me sorprendería que se tratara de los huesos de sus enemigos.

—¡Arqueros! ¡Prepárense para el ataque! —grité por encima de las filas y me di cuenta demasiado tarde de que Caronte me había vuelto a dar una voz que se propagaba por todo el ejército. Por un momento, me sobresalté ante mi propio rugido—. Gracias —le dije contrita, y por su parte recibí una sonrisa divertida.

—Como siempre, ha sido un placer.

Como aún no dominaba la magia de la tierra, me agaché y puse la mano sobre la hierba que crecía allí. Acaricié con suavidad los tallos y me imaginé haciendo un picnic con Kayden en un prado después de nuestra victoria. Solo nosotros dos, rodeados de esa belleza impresionante. En paz.

Mis fantasías se vieron interrumpidas por un fuerte estruendo y vi cómo, no muy lejos de nosotros, entre los dos ejércitos, se formaba una grieta en la tierra que no dejaba de crecer.

—¡Ven, magia de la tierra, ayudemos a los demás! —le pedí a mi parte del poder de Kayden, y este respondió de inmediato. Con cuidado, se abrió camino desde mi mano hasta el suelo debajo de nosotros para hacer estallar la roca con una fuerza bruta.

La grieta resultante se extendió a lo largo de todo el ancho de las dos fuerzas enemigas. Pero no tan lejos como para terminar en el mar, ya que la zanja llena de agua sería un obstáculo demasiado fácil de superar.

Contemplé con reverencia la grieta, que ya era más ancha que las primeras diez filas de las tropas enemigas. Con un temblor y un crujido, se hizo cada vez más profunda.

Elena aplaudió satisfecha.

—Eso debería bastar para mantenerlos alejados de nosotros por ahora.

—Caronte, ahora te toca a ti —le pidió Lucian al dios y este lo miró con los ojos entrecerrados.

—Hace tiempo que terminé —se limitó a decir, y se dio la vuelta para dirigirse a Elena—. Sigo sin entender por qué elegiste al *pequeño príncipe de la oscuridad* —dijo en voz tan alta que todos

pudieron oírlo. Lucian apretó los dientes, pero parecía a punto de abalanzarse sobre el dios.

—¡Caronte! —respondió Elena en tono de advertencia.

—¡Ya está bien! —contestó, levantando las manos en señal de defensa—. Solo quería mencionarlo.

—¿Como las otras veces?

—Algo tan importante se debe mencionar con suficiente frecuencia.

La princesa puso los ojos en blanco y se volvió hacia su alma gemela, a quien ahora tranquilizaba con palabras. Antes de que Caronte pudiera aceptar mi decisión por Kayden, lo abracé y lo besé.

—¿Por qué hiciste eso? —preguntó mi marido después de que nos separáramos.

—Quién sabe cuándo y si podremos volver a besarnos —respondí, y mi corazón se encogió al pronunciar esas palabras. Pero antes de que mi alma gemela pudiera responder, se oyó un grito de guerra al otro lado del desfiladero.

Un instante después, nos unimos al resto y saqué mi arco de la espalda. En el carcaj había flechas suficientes. A mi lado, Nayda se colocó en primera fila, también armada con su arco. Era la única jinete de nuestro grupo que podía unirse a los arqueros de los cazadores y vi lo orgullosa que eso la hacía sentir. Por supuesto, en ese momento Jako también se adelantó y se colocó junto a ella.

¿Se estaban tomando de la mano?

Nayda, quien se dio cuenta de mi atención en su contacto, me sonrió un poco avergonzada.

—Me alegro por ti —le susurré.

—Joder, yo también —respondió y se rio. Jako cambió el peso de un pie al otro un poco nervioso y se le enrojecieron las puntas de las orejas.

Con una última sonrisa en su dirección, a la que él respondió con un rubor aún mayor en las mejillas, coloqué la primera flecha en la cuerda. Los dos se separaron y me imitaron.

Detrás de mí oí el familiar sonido de un arco tensándose entre las filas. Todos estaban listos para el primer disparo.

—*Avísame cuando estén lo suficientemente cerca* —le pedí a Kayden, quien levantó una mano y al mismo tiempo dirigió la mirada hacia el ejército que se acercaba. En el momento en que bajó la mano con ímpetu, grité con todas mis fuerzas—: ¡Ahora!

Solté mi flecha a la velocidad del rayo y oí el silbido de muchas otras en el aire sobre mí.

Preparé la siguiente y, como un equipo bien coordinado, Kayden levantó la mano solo para darme la señal de disparar de nuevo.

—¡Escudos arriba! —oí gritar a Lucian y, mientras lanzaba la siguiente flecha sobre el barranco hacia las fuerzas enemigas, pedí a mis poderes que se levantaran y se unieran a la magia de los que nos rodeaban. En un abrir y cerrar de ojos, un poderoso escudo se extendió sobre nuestras tropas, y no un segundo demasiado tarde, porque en ese mismo instante una gigantesca bola de fuego impactó en la cúpula exterior, que tembló bajo el ataque.

Al parecer, Attilus ya se había involucrado en la batalla. Una mirada al lado enemigo me reveló el motivo. Mi plan funcionó. Las filas enemigas se reducían. Los dragones y las naves voladoras disparaban contra las tropas de monstruos, juntos; y estos no podían esquivar el ataque concentrado. Los proyectiles de hielo y las bolas de fuego que lanzábamos desde nuestro lado a intervalos regulares alcanzaban al enemigo, al igual que los rayos que, dirigidos por Lucian y Elena, abrían cráteres en el suelo al otro lado del barranco.

—*¡Funciona!* —le grité a Jarok riendo—. *¡Nuestro plan está funcionando!*

—*Eso parece* —respondió con un gruñido impregnado de satisfacción.

De repente, Caronte se tensó a mi lado y vi cómo Elena y Lucian se agarraban la cabeza con el rostro contraído por el dolor mientras se desplomaban de rodillas.

—No puede ser —murmuró el dios horrorizado, con la mirada perdida en la lejanía—. Se supone que los destruía, ¿no?

—¿A quién destruiste? ¿De qué estás hablando? ¿Y qué pasa con Elena y Lucian? —pregunté presa del pánico. ¿Qué horror invisible se

nos acercaba para que estos tres seres poderosos reaccionaran de forma tan aterrada?

—El ejército de las almas negras —susurró Caronte, mirándome. En sus ojos negros se reflejaba el horror—. Monstruos que devoran las almas de sus víctimas para que no puedan entrar en el reino de los muertos.

Capítulo 59



No importa lo que se interponga en nuestro camino.
He dedicado toda mi vida a esta batalla.

Del diario de Lady Flavia,
líder de la segunda escuadra

Jadina

Qué? —lo miré horrorizada. ¿Por qué no había oído hablar antes de esos monstruos? Monstruos devora almas… No estábamos preparados para eso.

—Creí haberlos exterminado a todos. Sin embargo, parece que me equivoqué. Más bien han aumentado en lugar de disminuir.

Mi mirada se deslizó hacia el príncipe y a la princesa.

—¿Y qué les pasa?

—Oyen los gritos de las almas cautivas. Es un efecto secundario de su poder. —Antes de que pudiera hacer más preguntas, el dios creó un portal y los empujó a través de él—. Allí podrán recuperarse. Los traeré de vuelta tan pronto como me haya ocupado de ese ejército.

En ese momento, sin previo aviso, su aspecto cambió por completo. El negro intenso de sus ojos se extendió como una enredadera por su rostro hasta llegar a su cuerpo y, cuando alcanzó sus dedos, los transformó en poderosas garras con uñas afiladas como cuchillas. Instintivamente, di un paso atrás al ver esto. Si creía haber visto ya todo el alcance de su poder, ahora me daba cuenta de lo equivocada que estaba. Este dios tenía más de lo que esperaba.

Mientras su armadura blanca adquiría el mismo color que sus ojos, el círculo que lo rodeaba se aclaró. Todos los que estaban en primera fila dieron unos pasos hacia atrás y le agradecí a Kayden que, a pesar de todo, no abandonara el lugar justo a mi lado. El aura del poder de Caronte debía causarle un dolor insoportable.

Aun así, no podía apartar la mirada del dios que tenía delante. Si antes había sido como una estrella brillante con su uniforme blanco, ahora se alzaba ante nosotros como la muerte en persona, con dos espadas anchas que brillaban con un tono verdoso firmemente sujetas entre sus manos con garras. ¿Era posible que además hubiera crecido? Se alzaba sobre mí más alto que de costumbre, mientras me lanzaba una sonrisa torcida.

—Sé que este aspecto oscuro gusta a las mujeres. Elena me lo ha contado. Así que no tienes por qué avergonzarte de tu descarada admiración.

—¡¿Qué? —jadeé desconcertada por esa frase tan típica de Caronte, pero él ya se había dado la vuelta, atravesó nuestro escudo y saltó con elegancia por encima del barranco, como si pudiera volar, lo que al parecer también era capaz de hacer.

Luego levantó sus espadas de color verde brillante y se convirtió en humo antes de llegar al otro lado. Allí vi a los recién llegados que tanto preocupaban a Caronte y que habían eliminado a nuestros dos guerreros más poderosos.

El ejército de las Almas Negras era aún más aterrador que todas las demás figuras que se habían unido a Attilus. Estaba formado por esqueletos medio descompuestos, vestidos solo con capas rojas como la sangre que ondeaban al viento. Algunos de ellos montaban criaturas parecidas a lobos: tan negras como las sombras más profundas. Baba sangrienta goteaba de sus enormes hocicos

puntiagudos, mientras sus miradas hambrientas se posaban en nuestro ejército.

El dios envuelto en polvo se abalanzó sobre ellos como una tormenta de arena en el desierto. Solo el brillo verde de su espada delataba aquí y allá su presencia.

—*¡Cuidado con no darle a Caronte con el fuego de ustedes!* —le dije a Jarok, que solo me respondió con un gruñido de asentimiento. Nuestras flechas no le harían daño, pero no sabía cómo funcionaba la magia de los dragones, que provenía de un mundo completamente diferente.

—Tenemos que mantener el escudo incluso sin Elena y Lucian —le dije a Kayden, y en ese mismo instante otra poderosa bola de fuego impactó contra nuestra cúpula protectora, que se sacudió con una fuerza preocupante.

—Enviaré guerreros a ocuparse de ello. Que todos los demás dejen de lanzar ataques mágicos y se concentren en mantener el escudo —respondió con determinación y, poco después, desapareció entre las filas de los que nos rodeaban.

—¡Arqueros! Prepárense de nuevo para el ataque —grité y, como Caronte no estaba allí para hacerme oír por todo el campo, tuve que usar toda mi fuerza.

A mi alrededor, todos se colocaron con sus arcos y vi cómo, poco a poco, los arqueros de las filas traseras también preparaban sus armas.

A mi lado, Nayda me miró con expectación. Ahora tenía que determinar el momento adecuado para atacar. Pero, ¿cómo iba a hacerlo si al mismo tiempo tenía que tensar mi arco?

De repente, sentí la presencia de otra poderosa criatura en mi conciencia. *¡Limycu!*

—*Hola, pequeño, ¿dónde estás?* —pregunté, y cuando oí un grito justo encima de mí, miré hacia arriba. El fénix flotaba en el aire, justo sobre nuestras cabezas. Tenía a nuestro enemigo en el punto de mira.

—*¿Puedes avisarme cuando tengamos que disparar nuestras flechas?* —Una sensación de afirmación me recorrió el cuerpo—. *Gracias.*

Poco después, Limycu lanzó un grito ensordecedor. La señal para atacar.

—¡Ahora! —grité, tan fuerte como pude, y aunque la orden tardó en llegar al final de la fila, conseguimos enviar una lluvia ininterrumpida de flechas al otro lado. Algunas incluso tenían puntas incendiarias.

Pero la sensación de triunfo se vio empañada cuando tres impactos consecutivos de las bolas de fuego hicieron temblar la tierra bajo nuestros pies y aparecieron las primeras grietas en el escudo, que no volvieron a cerrarse.

¡Mierda!

Mi mirada se desvió hacia Caronte, que seguía arrasando como una fuerza de la naturaleza las filas del ejército de las Almas Negras al otro lado del desfiladero. No los derrotaría tan rápido. Así que tendríamos que arreglárnoslas sin él y sin la pareja de príncipes.

Los dragones seguían disparando fuego contra el enemigo y los barcos de Marek disparaban un cañonazo tras otro. Pero los primeros monstruos del otro ejército ya se habían abierto paso hasta el borde exterior del desfiladero. Entre ellos, una gigantesca manada de Ankou que nos miraba con sus bocas babosas desde el otro lado.

Una y otra vez veía cómo uno de ellos caía al vacío al intentar cruzar el ancho desfiladero, pero con cada salto se acercaban más al borde del acantilado. Estaban aterradoramente cerca.

¿Podríamos agrandar la grieta? Busqué a Kayden con la mirada. Tenía que intentarlo con su magia de la tierra.

—*¿Kayden?* —le llamé a través de nuestro vínculo espiritual, pero no respondió.

—Nayda, toma el mando de los arqueros —le ordené a mi amiga —. En cuanto Limycu grite, debes dar la orden de disparar.

—Lo haré —respondió, pero me miró con curiosidad—. ¿Adónde vas?

—Voy a buscar a Kayden. Tiene que ensanchar la grieta para que los Ankou no puedan cruzar.

—Kayden acaba de llegar a las últimas filas. Para cuando vuelva, ya será demasiado tarde. —Señaló el barranco delante de nosotros,

donde un Ankou se aferraba con las patas delanteras al borde de nuestro lado y resbalaba en el último momento.

Tenía razón. Ahora teníamos una última oportunidad de detenerlos. Sin pensarlo dos veces, me arrodillé y puse la mano en el suelo.

—*¡Ahora nos toca a los dos!* —le dije a mi magia, que ya se agitaba bajo mi piel—. *Si no ampliamos esta maldita grieta, los Ankou nos atacarán. Ayúdame a evitarlo.*

La determinación me invadió y, al instante siguiente, mi mano brilló con un resplandor dorado antes de que la magia se deslizara como hilos por el suelo cubierto de hierba. Se oyeron gritos a mi izquierda y a mi derecha, pero no me dejé distraer. En lugar de eso, centré toda mi atención en mi magia, que se adentraba cada vez más hasta llegar al lugar donde yo quería.

—*¡Ahora!* —grité con los ojos cerrados mientras liberaba todo mi poder.

La tierra bajo mis pies tembló y mi corazón dio un salto de alegría. ¡Funcionó! Un crujido ensordecedor se abrió paso entre los gritos de horror a mi alrededor y, poco después, sentí cómo el suelo se movía con una sacudida, solo para detenerse dos pestañeos más tarde.

Mi magia se retiró agotada dentro de mí y me puse en pie tambaleándome. Solo entonces sentí el sudor que me empapaba la frente y me corría helado por la espalda. Cuando por fin abrí los ojos y dirigí la mirada hacia la grieta en el suelo frente a mí y me entraron ganas de gritar de alegría.

Esta se había agrandado unos metros, pero solo entonces comprendí los gritos de horror que aún se oían a mi alrededor. Al parecer, había llegado demasiado tarde, porque justo delante de nuestro escudo se había reunido unas dos docenas de Ankou que habían logrado cruzar la pendiente.

¡Maldición!

Con sus garras venenosas, hacían profundos agujeros en el escudo, que temblaba con cada uno de sus golpes.

Lancé mi magia de luz contra la grieta más grande para detener al Ankou que ya intentaba atravesarla. Aullando, retrocedió cuando

mi magia le hundió el hocico.

—*¡Kayden!* —grité a través de nuestro vínculo espiritual—. *¡Reúne a tu escuadrón! ¡Tenemos que atacar a los Ankou desde el aire para tener alguna oportunidad!*

Sin esperar su respuesta, me volví hacia Nayda.

—¡Llama a Molgar! Vamos a acabar con esos monstruos desde arriba. —Ella asintió y miró a Jako, que negó con la cabeza.

—Vuela sola. Me necesitan aquí abajo. Alguien tiene que liderar a los arqueros. Según uno de mis hombres, los rebeldes de los cazadores también han llegado. Tienen muy buenos tiradores. Juntos podemos combatirlos desde el aire y desde tierra. —Le tomó la mano y la besó con cariño.

—Dile a tu gente que tenga cuidado con las garras de las bestias —le informé al cazador—. Son venenosas y eliminan la magia del cuerpo de sus víctimas. —El color abandonó su rostro por un momento, pero luego apretó los labios y enderezó los hombros.

—Se los diré. ¡Ahora márchense!

—*¡Jarok!* —Pero entonces lo vi abalanzarse sobre mí en picada. Molgar le pisaba los talones.

—¡Jadina! —oí la voz de Adayla, que se abría paso entre la multitud—. ¡Voy contigo!

Las dos ya habíamos formado un buen equipo anteriormente, así que le hice un gesto con la cabeza y esperé a que me alcanzara antes de darle a Jarok la señal para aterrizar. Con destreza, trepó por su pata delantera hasta la silla de montar y ya se había abrochado el cinturón cuando me senté detrás de ella. En ese mismo instante, mi dragón despegó.

Debajo de mí, vi que Molgar ni siquiera aterrizaba, sino que giraba el cuerpo en una maniobra temeraria justo por encima del suelo, de modo que Nayda pudiera saltar a una de las alas y trepar por ella hasta la espalda del dragón.

Pero no tuve tiempo de seguir admirándola, porque el primer Ankou atravesó el escudo. Los arqueros lo apuntaron y Adayla también lanzó algunas de sus bolas de fuego al atacante.

La bestia herida se retorcía en la hierba aullando, pero aún no era posible respirar aliviados, porque otro monstruo descubrió el

agujero en el escudo.

Más dragones se unieron a nosotros. Dex había llevado a Ida en Sunny, su dragona, que le rodeaba el torso con los brazos por detrás, mientras el jinete le acariciaba la mano con suavidad. Si sobrevivíamos, parecía que habría varias bodas que celebrar.

Lenn apareció junto con Kayden, que llevaba a Julze en Troas y a Eline con su dragón amarillo a cuestas. Kayden señaló con las manos a la multitud de Ankou que seguían intentando atravesar el escudo. Luego nos distribuyó en diferentes posiciones para permitir un ataque desde todos los ángulos.

—*¡Esperen!* —oí gritar a Jarok, y los demás dragones también se detuvieron. Entonces descubrí otro dragón con jinete que emergía de las nubes. Flavia nos hizo señas. La jinete era una gran incorporación a nuestro grupo, ya que en realidad también era líder de escuadrón y una poderosa guerrera.

Al parecer, quería que la esperáramos, porque sus movimientos se volvían cada vez más frenéticos. Se acercó a nosotros a gran velocidad. Pero su mirada no estaba dirigida hacia nosotros, sino hacia algo que había detrás.

Los segundos siguientes transcurrieron como a cámara lenta. Ya era demasiado tarde cuando me giré y descubrí a una mujer alada gigante que se dirigía directo hacia nosotros. Era más alta que Jarok y tenía la boca torcida en una sonrisa que dejaba al descubierto una hilera de dientes afilados. Su torso mostraba claramente atributos femeninos, mientras que el resto de su cuerpo se asemejaba al de un ave rapaz.

—*¡Una arpía!* —se entrometió la voz de Jarok en mis pensamientos, mientras yo buscaba una salida con desesperación. Pero entonces Flavia ya había pasado a nuestro lado, se abalanzó sobre el monstruo y su dragón se aferró a él con sus garras.

Un chillido espeluznante salió de la garganta de la arpía cuando cayó al vacío junto con Flavia y su dragón. Directamente al cráter sin fondo que separaba nuestros ejércitos.

—¡Flavia! —grité, pero ya había desaparecido en la oscuridad y otros chillidos no me dejaron tiempo para siquiera pensar en la pérdida. Porque una horda de esas mujeres monstruosas con alas se

estaba reuniendo en el horizonte para vengar a su hermana. Y justo detrás de ellas flotaba Attilus, que me miraba con una sonrisa maliciosa.

CAPÍTULO 60



La magia de la ilusión es uno de los poderes más poderosos.

Extracto de la antología
Las criaturas mágicas de Brysalia, de Horacio

Kayden

VI CÓMO FLAVIA CAÍA. Una mujer fuerte que siempre había sido un ejemplo para mí cuando era niño y que, con sus secretas maquinaciones como espía en la corte, se había ganado aún más mi respeto.

Conmocionado, la vi desaparecer en las profundidades de ese barranco que en realidad debía servirnos de protección y no como una trampa mortal para uno de los nuestros.

Mi grito se me atragantó en la garganta, porque entonces descubrí a otras dos docenas de arpías que volaban hacia nosotros y, justo detrás de ellas, a un hombre que podía ser Hakon, el amable mago de mi espejo.

Pero mientras que el anciano que yo había conocido me había recibido con calidez, esta versión del mago era fría y su mirada estaba llena de odio. Este tenía que ser su gemelo. Attilus.

Con los puños cerrados, lo miré fijamente. Había intentado matar a mi alma gemela. No debía olvidar visitar a su hermano gemelo, Hakon, tan pronto como todo esto terminara, para darle las gracias por haber salvado a Jadina. Un gruñido escapó de mi garganta y apreté los dientes con fuerza.

—*Cálmate* —oí decir a Jadina a través de nuestra conexión—. *Estoy aquí. Estoy bien y estoy viva. Si te lanzas ahora, no solo te pondrás en peligro a ti mismo.*

—*Lo sé* —logré articular—. *Pero casi te mata. Por su culpa, casi te pierdo. Tiene que pagar por ello.*

Mis palabras me asustaron, ya que nunca había sido de pensar en venganza. Pero ese hombre quería ver muerta a mi esposa. No podía dejarlo sin castigo.

—*Tenemos que detenerlo, pero solo lo conseguiremos si tenemos un buen plan. Attilus es demasiado astuto y poderoso como para atacarlo sin pensar* —interrumpió Jadina mi torbellino de pensamientos.

—*Entonces espero que ya tengas un plan. Porque no sé cuánto tiempo más podré contenerme. Alégrate de que Caronte esté distraído ahora mismo. Si no, se abalanzaría directamente sobre él.*

Solo por un instante bajé la mirada hacia donde el dios seguía arrasando como una tormenta de arena las filas del llamado ejército de las Almas Negras. Solo nos quedaba rezar para que destruyera a todos esos monstruos devoradores de almas y ninguno de ellos lograra llegar a nuestro lado.

Sin embargo, los Ankou, que habían luchado hasta llegar a nuestro escudo y, en parte, incluso atravesarlo, también suponían un peligro para nuestro ejército de jinetes, cazadores y aliados. Los arqueros tenían las manos ocupadas manteniéndolos a raya, pero no podrían aguantar mucho más. El agujero que las bestias habían abierto en el escudo era cada vez más grande y ahora permitía que varios de ellos se colaran a la vez. Los guerreros de abajo tendrían que esperar para recibir nuestra ayuda. Teníamos otros monstruos con los que luchar.

El chillido agudo de una de las arpías me sacó de mis pensamientos y volví a centrar mi atención en lo que estaba

sucediendo justo delante de nosotros en el aire. Cada una de las bestias que se acercaban era más grande que Elara y eran increíblemente rápidas.

—¿Alguna idea de cómo eliminarlas? —le pregunté a mi dragona.

—Jarok luchó contra ellas una vez y dice que hay que apuntar a la parte superior del cuerpo, ya que es donde son más vulnerables.

El torso, que se asemejaba al de una mujer desnuda, parecía desde la distancia estar cubierto solo por una piel tan delicada como la que todos teníamos bajo nuestros uniformes.

—Entonces vamos a probarlo ahora mismo —respondí, y desenvainé mi espada para no correr la misma suerte que Flavia. No había que acercarse demasiado a esas bestias. Al mismo tiempo, formé un pequeño torbellino en la palma de mi mano—. ¡Formen filas y apunten al torso! —grité, sabiendo que los dragones transmitirían la orden a mi escuadra. Poco después, todos se habían alineado y cada uno tenía desenvainada su arma, además de invocar su magia.

Con asombro, vi que Sunny ya no tenía jinete y que junto a ella volaban dos enormes aves rapaces. ¿Acaso Ida también poseía habilidades metamorfas?

—Es hora de hacernos invisibles —le ordené a mi dragón y, al momento siguiente, sentí cómo la magia de Elara nos envolvía—. *Vamos a asustar a unas cuantas arpías.*

Mientras el resto de la escuadra se quedaba atrás y esperaba a que los monstruos llegaran hasta ellos, yo me adelanté y me dirigí hacia la primera arpía que se acercaba a nosotros. El tornado que lancé contra ella la tomó por sorpresa y la hizo girar sobre sí misma. Distraída por recuperar el equilibrio, no se dio cuenta de que Elara se había acercado demasiado y luego voló por encima de su cabeza. En el momento en que flotamos directo sobre la criatura, agarré la empuñadura de mi espada con ambas manos, la blandí y le corté el cuello de un tajo.

Su cabeza cayó de sus hombros y se precipitó al vacío, seguida por el resto de su cuerpo. Solo disfruté de la sensación de triunfo durante un breve instante, porque ya estábamos acechando a

nuestra siguiente víctima para repetir nuestra maniobra absolutamente letal.

Cuando ya habíamos eliminado a otras cinco de estas bestias, el grupo de mujeres aladas alcanzó al resto de mi escuadrón.

Dex e Ida se abalanzaron juntos sobre uno de esos monstruos e intentaron sacarle los ojos.

Lenn saltó con las espadas desenvainadas a tal velocidad desde Trihar que la arpía no lo vio venir hasta que una de sus espadas la atravesó. Tras un breve aterrizaje en el lomo del dragón, mi amigo ya estaba atacando al siguiente monstruo.

Nayda había extendido sus garras y volaba tan cerca de sus víctimas que podía rajarles el vientre con una arriesgada maniobra de vuelo.

Troas había recibido la orden de su madre de mantenerse a distancia, lo que aceptó refunfuñando. Él y Julze disparaban fuego de dragón y lanzas de hielo a los enemigos desde un lado. Eline se había quedado con ellos y utilizaba su magia aérea para mantener alejados a todos los que se acercaban.

Jadina y Adayla formaban un equipo bien coordinado. Mi alma gemela atrapaba a las arpías con sus cintas de luz y mientras las atraía hacia ella, la antigua reina les lanzaba bolas de fuego.

Gracias a nuestros diferentes dones, teníamos una ventaja que compensaba nuestra inferioridad numérica. Pero eso podría cambiar en cuanto Attilus se involucrara en la batalla. Sin embargo, este seguía flotando donde había aparecido, detrás de las criaturas.

¿De verdad se quedaría de brazos cruzados viendo cómo masacrábamos a su escuadrón aéreo? Era extraño.

Una sensación incómoda se extendió por lo más profundo de mi estómago y se extendió por mi cuerpo como un ácido ardiente. Algo no estaba bien.

—Elara, algo no va bien.

—¿A qué te refieres? —Mi dragona se abalanzó sobre nuestra siguiente víctima.

—Es solo una sensación, pero…

De repente, dos figuras aparecieron junto a Attilus. Dos jinetes de dragones. ¿Se nos habían escapado algunos de los jinetes

enemigos? Entrecerré los ojos para ver mejor sus rostros y jadeé al reconocerlos. Allí, junto a Attilus, volaban mi padre sobre Kargon y Flavia sobre su dragona.

El horror se apoderó de mí y sentí un escalofrío recorriendo mi espalda.

—Esos dragones no son reales —interrumpió Elara mis pensamientos con un gruñido.

—¿Cómo lo sabes?

—Los dragones están conectados entre sí. Esos dos no son seres vivos. Son ilusiones.

¿Ilusiones?

—¿Eso también se aplica a los jinetes y a Attilus?

—No puedo decírtelo, ya que no tengo conexión con ellos, pero hay mucha magia en el aire.

Ilusiones. ¿Todo el campo de batalla era una ilusión? Concentré toda mi atención en lo que sucedía debajo de nosotros, pero todo parecía muy real. Entonces me llamó la atención una figura que estaba abajo y nos hacía señas, como si quisiera decirnos algo.

—Elara, por favor, vuela un poco más bajo —le pedí a mi dragona, que accedió a mi petición de inmediato. Aún envuelta en su invisibilidad, descendió en picado para luego volar a un ritmo más pausado sobre nuestro ejército.

La persona que saludaba con la mano no era otra que… ¡No, no podía ser!

Mi mirada se dirigió hacia Jadina, que con una de sus cintas de luz tenía bien sujeta a una arpía y se concentraba en atraerla hacia ella.

—¡Jadina! —grité como enloquecido a través de nuestro vínculo espiritual—. *¡No es Adayla quien está sentada en tu silla de montar, sino Attilus!*

Al unir las piezas del rompecabezas, todo apuntaba a ello, porque la persona que saludaba era una Adayla angustiada que había visto a su falsa gemela a lomos de Jarok. El enemigo se había colado entre nosotros y se había acercado peligrosamente a mi esposa.

Sin que yo se lo pidiera, Elara, con las alas plegadas, volvió a dispararse hacia el cielo como una flecha. Pero no fuimos lo

suficientemente rápidos. En ese momento, Attilus se volvió hacia Jadina, le puso un cuchillo en la garganta y Jarok, encabritado, voló con ellos hacia la siguiente capa de nubes.

—¡No! —grité desesperado.

Elara aceleró y voló más rápido que nunca, pero tan pronto como llegamos al lugar donde Jadina había desaparecido entre las nubes, las harpías restantes se interpusieron en nuestro camino como un muro.

—*¡Jadina!* —grité a través de nuestra conexión. Pero al otro lado de nuestro vínculo solo encontré un silencio glacial. ¿Dónde estaba?

CAPÍTULO 61



Y la Gran Madre creó un contrapeso para cada poder,
para mantener el universo en equilibrio.

Extracto de la leyenda de la creación de Brysalia

Jadina

Attilus! Se coló en mi silla y ahora me apuntaba con una espada fría al cuello, sonriendo.

—¡Dragón! —gritó con la misma frialdad que irradiaba su cuchillo —. Si no haces lo que te digo, tu compañera morirá.

Jarok se encabritó, pero no lo suficiente como para que nos cayéramos.

—Vuela hacia la capa de nubes que tenemos delante. Allí nos espera un portal que nos llevará lejos de aquí.

Un rugido peligroso escapó de la garganta de Jarok, pero aun así hizo lo que Attilus le ordenaba y voló hacia las nubes. Una luz deslumbrante nos envolvió y, al momento siguiente, aterrizamos en una pradera verde, lejos de la guerra.

Mis pensamientos se agolpaban.

—*¡Kayden!* —grité llamando a mi alma gemela, pero no obtuve respuesta. Tampoco conseguí contactar con Elara ni con Caronte. ¿Estábamos demasiado lejos?

—Bájate de la bestia —ordenó mi secuestrador, que seguía apuntándome con su espada al cuello. Por miedo a que le hiciera daño a Jarok si no obedecía su orden, desabroché las correas y dejé que el dragón me arrastrara.

Una vez abajo, se colocó justo detrás de mí y apretó el cuchillo aún más contra mi cuello.

—¡Dragón! Ya no te necesitamos. ¡Es hora de que te vayas!

Jarok gruñó de forma amenazadora y vi cómo se formaba fuego de dragón en su garganta. Pero Attilus se había colocado de tal manera que cualquier ataque me alcanzaría primero a mí.

—¡Vamos! ¿O quieres que muera? —Detrás de Jarok se abrió un portal—. ¡Entra ahí! —ordenó y me tiró del cabello con tanta fuerza que mi cabeza se echó hacia atrás y mi garganta quedó al descubierto. Se me escapó un grito de dolor que intenté reprimir sin mucho éxito.

Jarok, aún gruñendo, corrió hacia el portal sin perder de vista al mago.

—¡Dile a Kayden que lo amo! —le grité a mi dragón, que ahora me miraba con dolor.

—Qué conmovedor. El último mensaje para tu gran amor. Tu *alma gemela*. —Había tanto odio en esas últimas palabras que me estremecí por un momento.

—¿Qué tienes en contra de las almas gemelas? —pregunté, ya que de todos modos no tenía nada que perder.

—Ese maldito vínculo me lo quitó todo —respondió con sorprendente locuacidad—. ¡Pero lárgate ya, dragón!

Con un último rugido, Jarok desapareció en el portal, que se cerró detrás de él, dejándome sola con el enemigo.

Attilus bajó el cuchillo y vi mi oportunidad. No se lo iba a poner tan fácil. Ahora que Jarok estaba fuera de peligro, lo atacaría con todo lo que tenía.

Con un rápido movimiento invoqué mi magia, pero… ¿dónde estaba? Donde antes estaba, solo encontré un terrible vacío.

El mago se volvió hacia mí. Una nueva sonrisa se dibujó en su rostro.

—Ni lo intentes. En este mundo, solo yo dispongo de magia.

¿Estaba reprimiendo mi magia? ¿Por eso ya no podría comunicarme con Kayden a través de nuestro vínculo?

—¿Dónde estamos? —pregunté. Sin duda, la ausencia de mi poder tenía algo que ver con este lugar.

Attilus miró a su alrededor mientras jugaba con el cuchillo que tenía en la mano. Lo lanzó al aire, lo hizo girar varias veces y lo volvió a atrapar. Sin mirar. Al parecer, manejaba las armas tan bien como la magia.

—Creé este lugar cuando era muy joven —respondió después de un rato y se detuvo en seco. Los recuerdos del pasado brillaron en sus ojos—. Un refugio para un joven mago y su… su gran amor.

Sorprendida por la dulzura que impregnó en sus palabras, lo miré.

—Adayla —añadí con mi bocaza, y casi me muerdo la lengua.

Su mandíbula se tensó al oír su nombre y me lanzó una mirada llena de odio.

—Sí. Por ella. En aquel entonces no sabía que me traicionaría y que se casaría con mi mejor amigo. Era mi alma gemela, pero eligió a otra persona.

¿Su alma gemela? Entonces, ¿cómo era posible que Adayla no correspondiera a su amor? Además, la había visto con Ryland. Al igual que Elena y Lucian, era evidente que ambos estaban unidos por un vínculo espiritual.

Todo lo que sabía sobre el vínculo indicaba que siempre era recíproco y nunca provenía de una sola parte. ¿Era posible que Attilus solo hubiera esperado que ella fuera su alma gemela?

No sería prudente confrontarlo con este hecho, pero quería saber más.

—¿Por qué no escondiste el libro y a la pareja real aquí? ¿En lugar de la cabaña y el lago? —quise saber mientras volvía a mirar a mi alrededor.

—Tenía que ser una prisión y un lugar de tortura para Adayla, no para mí. ¿Por qué la llevaría a un lugar que significa tanto para mí?

¿Que creé por amor a ella?

No era un tema adecuado para hacerlo más comunicativo.

—¿Cómo entraste en contacto con la magia negra? —le pregunté, alejándome unos pasos de él y del cuchillo. Mientras tanto, fingí mirar a mi alrededor con admiración. ¿Acaso él también había creado este mundo con el poder oscuro?

—Eres demasiado curiosa —resopló—. *Muy* curiosa.

—Si tengo que morir, quiero saber por qué y para qué.

Inclinó la cabeza y me miró.

—Lo respeto —dijo de repente—. Otros habrían suplicado por su vida hace tiempo o habrían intentado cambiarla por la de su mejor amigo. —Me miró pensativo y luego continuó—. Tan arrogantes como somos, nos creemos superiores a la magia negra, pero no es ella la peligrosa, sino nuestras almas negras.

Por desgracia, había mucha verdad en sus palabras. Al menos eso esperaba, ya que yo había entregado ese libro peligroso al rey dragón. Esperaba que su alma fuera pura y luminosa.

—Ya había agotado por completo mi propio poder y lo dominaba hasta el último hilo mágico. Siempre había estado ansioso por saber más, por aprender más. Ya había leído todos los libros de todas las bibliotecas de Eclaria. Pero quería más. Así que me puse a buscar un nuevo desafío.

—¿Y te topaste con el libro?

—No. —Se rio con aire de suficiencia—. Un libro tan poderoso de magia negra no se encuentra así como así. Es él quien te encuentra a ti. —Me miró con ira—. Y tú no tenías derecho a quitármelo —gruñó, y poco después sentí un golpe ardiente en la mejilla izquierda que me hizo trastabillar hacia atrás.

El dolor se extendió por debajo de la piel y me la cubrí con la mano para protegerla. La sangre caliente se filtraba entre mis dedos. Sin magia que la curara, esa herida se convertiría en una cicatriz. Pero eso era un problema para más adelante. Si es que existía alguno.

Sin decir nada, tragué la humillación de ese castigo físico y volví a centrar mi atención en el mago.

—¿Así que el libro te encontró a ti? —continué con su última afirmación. Seguía buscando una salida a esta situación tan incómoda, pero hasta ahora sin éxito.

—Estaba allí, inesperadamente, sobre mi escritorio, en mi dormitorio. Había una carta adjunta. «Úsalo con prudencia y no estarás solo» —decía.

¿Una carta de su aliado?

—¿De quién era?

—No lo sé, pero cumplió su promesa, como demuestra el ejército que has visto con tus propios ojos. Y eso es lo único que importa. Este desconocido no me ha traicionado, a diferencia de mis amigos.

De nuevo, su mirada brilló al pensar en Adayla y en Ryland. Debió sentirse profundamente ofendido y, sobre todo, herido cuando los dos se enamoraron.

—Ya basta de preguntas, rata del desierto —rugió, y supe que se me acababa el tiempo.

—¿Y solo tú puedes hacer magia aquí? —pregunté de todos modos, para mantenerlo hablando mientras pensaba en cómo salvarme.

Con una risa maliciosa, levantó la mano para atacar. En cualquier momento me mataría. Esperaba que los demás pudieran salir victoriosos y enfrentarse a él sin mí.

La muerte nunca me había asustado, ya que antes le había pedido tantas veces que viniera a buscarme. Mis pensamientos se dirigieron a mis amigos y a Kayden, a quien le envié un último *te amo* a través de nuestro vínculo silencioso.

Entonces enderecé los hombros y miré a los ojos helados de mi asesino. No podía defenderme, solo me quedaba mi dignidad y la mantendría hasta el último segundo.

De repente, por el rabillo del ojo, vi una sombra que se acercaba a nosotros.

—¡Sí, solo yo puedo hacer magia aquí! —respondió Attilus con una sonrisa malvada.

—¡Y yo! —gritó otra voz masculina que se parecía mucho a la del mago y que, al mismo tiempo, me resultaba mucho más familiar. *¡Hakon!*

Estupefacto por la llegada de su hermano gemelo, Attilus fue empujado lejos de mí por una fuerza invisible y aterrizó varios metros más allá, en la hierba.

—¿Estás bien, Jadina? —quiso saber Hakon, que corrió hacia mí.

—Sí, salvo por la herida en la mejilla, estoy ilesa.

—Ven, te sacaré de aquí.

Pero antes de que mi amigo pudiera alcanzarme, una enorme pared de fuego se interpuso entre los dos.

—¡No tan rápido, hermano! —dijo Attilus, que ya se había levantado—. Ella es mi *invitada* y yo decido cuándo y si puede irse.

Una ola monumental, que se formó de la nada, se extendió sobre el fuego y lo apagó en un abrir y cerrar de ojos. Pero Attilus parecía haber previsto esta jugada de su hermano, ya que aprovechó el momento para atacarlo de forma directa.

Un rayo de fuego se precipitó a gran velocidad hacia su gemelo.

—¡Cuidado, Hakon! —grité, y él dirigió la ola hacia el proyectil.

—¡Ponte a salvo, Jadina! —me pidió, y yo miré con los ojos muy abiertos la gigantesca burbuja de agua que se formaba y se dirigía hacia Attilus, quien contraatacó con un látigo de fuego.

Hice lo que Hakon me dijo. No tenía magia en este lugar y no podría ayudarlo, pero si me ponía en peligro, él tampoco podría concentrarse en su hermano.

Este creó miles de bolas de fuego a su alrededor, muchas de las cuales eran sin duda ilusiones. Poco después, se precipitaron hacia Hakon, cuya silueta primero titiló y luego se volvió transparente, hasta que donde hacía un momento había estado el mago, ahora solo quedaba un cuerpo hecho de agua. Las bolas de fuego rebotaron siseando en su superficie.

—¡Ja! —exclamó Attilus enfadado, pero sin sorprenderse demasiado. Ambos conocían muy bien las habilidades del otro. Con los dientes afilados, se elevó hasta flotar sobre el suelo y un jadeo se me escapó al ver cómo se transformaba en un dragón.

Aunque no era tan grande como Jarok, la envergadura de sus alas era sin duda de diez metros. De color negro azabache y con un gruñido aterrador, voló sobre la cabeza de Hakon hacia el cielo. Cuando ya casi podía tocar las nubes, dio media vuelta y se dejó

caer de cabeza. Al hacerlo, se formó una bola de fuego en su garganta, más gigantesca que ninguna que hubiera visto jamás en nuestros dragones.

Así se precipitó hacia abajo, hacia Hakon, que observaba a su hermano con los ojos entrecerrados.

Instintivamente, di unos pasos atrás y contuve la respiración, fascinada. El fuego que se formaba en la garganta de Attilus era demasiado grande para que la forma acuática de Hakon pudiera resistirlo.

Sin embargo, al siguiente suspiro, su cuerpo de agua se transformó en niebla, que se extendió como un manto transparente sobre la hierba verde.

El dragón soltó un rugido ronco cuando, a pesar de todo, escupió su fuego, se giró y, al aterrizar, volvió a convertirse en Attilus. La niebla se disipó con la misma rapidez y Hakon salió de ella.

Una luz resplandeciente se formó alrededor de los hermanos y, al momento siguiente, unas bandas de luz incandescentes se contrajeron alrededor de sus gargantas. Los gemelos, al igual que yo, poseían magia de luz.

Sin aliento, miré a los dos hombres y a las cuerdas que se apretaban cada vez más alrededor de sus cuellos.

—¡Ríndete! —le exigió Attilus a su hermano, pero este solo se rio y vi cómo la cinta se clavaba más profundo en la piel de su oponente.

Así se quedaron uno frente al otro y supe que solo era cuestión de tiempo para que uno de ellos se asfixiara.

Al pensar que ese alguien podría ser Hakon, me invadió el pánico. Tenía que ayudarlo de alguna manera. Pero ¿cómo? Mi corazón latía con fuerza mientras miraba a mi alrededor. De repente, descubrí un destello a unos pasos de mí, en la hierba.

¿El cuchillo con el que Attilus me amenazó? Debía haberlo perdido cuando Hakon lo empujó.

Salí de mi estupor y corrí hacia el arma. Con manos temblorosas, la recogí. Pero antes de que pudiera usarla contra él, una luz brillante me deslumbró y, cuando mi vista se aclaró, ambos hombres vestían y peinaban igual, ya no se podían distinguir.

Horrorizada hasta la médula, miré de uno a otro. ¿Cómo iba a ayudar a Hakon si no sabía cuál de los dos era?

Ambos me miraron y ambos tenían la misma amabilidad en la mirada que caracterizaba a mi amigo.

Temblando, apunté con el cuchillo primero a uno y luego al otro. Las lágrimas de desesperación brotaron de mis ojos. ¿Cuál de ellos era Hakon?

—Mátanos a los dos —graznó uno de los Hakon, mientras el otro asentía con la cabeza y exclamaba—: Tiene razón, es la única solución.

—No —grité consternada—. ¡No te mataré!

Quienquiera que fuera Hakon, porque en ese momento ambos rostros se cubrieron de una tristeza completamente idéntica.

¿Qué debía hacer? ¿Cómo podía averiguar quién era quién? No quería cometer ningún error y, sobre todo, no quería volver a caer en una de las ilusiones del mago.

Me temblaban las manos y el pánico recorría mis venas como el fuego. Tenía que calmarme, actuar con inteligencia. Así que respiré profundo y aparté ese sentimiento.

Luego volví a mirar a los dos hermanos, pero no pude encontrar ni una sola diferencia entre ambos. Tenía que haber alguna forma de distinguirlos.

Pero entonces se me ocurrió una idea y supe que tenía que actuar muy rápido en cuanto tuviera la respuesta.

—Adayla nunca te quiso —dije con calma, pero con firmeza. Un instante después, el cuchillo se clavó hasta la empuñadura en el pecho de uno de los hombres, que se desplomó en el instante. Con alivio, vi cómo la ilusión se desvanecía y la sangre se extendía por la ropa de Attilus.

La cuerda de luz se soltó del cuello de Hakon, dejando unas cuantas marcas rojas. Se acercó a su hermano y lo miró con infinito cariño y tristeza al mismo tiempo.

—Te amo, Attilus. Eres mi hermano, mi familia, mi sangre. Pero tienes demasiadas almas en tu conciencia como para seguir teniendo ese poder en ti.

Entonces, con mano firme, puso la mano sobre el pecho de su gemelo, que comenzó a brillar.

—¡No! ¡No lo hagas! —suplicó este, con lágrimas corriendo por su rostro, el cual había perdido todo rastro de frialdad.

—No tengo más remedio que quitarte tu magia.

Entonces lo comprendí. No mataría a su hermano. No podía hacerlo. Pero le quitaría su poder para que nunca más pudiera volver a hacer magia.

El cuchillo cayó de la herida, que se cerró poco después, y un hombre destrozado se desplomó a nuestros pies.

Sin embargo, Hakon ya se había vuelto hacia mí y ya no prestaba atención a su hermano, que sollozaba.

—¿Cómo supiste cuál de los dos era Attilus? —me preguntó mientras ponía su mano sobre mi mejilla herida con cariño. Esta se curó con un cosquilleo.

—Su odio era demasiado grande como para poder ocultarlo. Sabía que solo tenía que enfrentarlo con lo que más odiaba.

Mi amigo asintió y miró a su hermano. Había compasión en su mirada.

—Amaba mucho a Adayla. Más de lo que era bueno para él. Lo destrozó cuando ella conoció a Ryland y sus almas se unieron.

—Lo sé. Me lo contó —respondí—. Me lo contó todo. Pero, por desgracia, él tampoco sabe quién es su aliado del inframundo.

—Ven. Tenemos otra batalla que librar —dijo, y creó un portal.

—¿Qué pasa con Attilus?

—Vendré a buscarlo cuando hayamos derrotado a sus tropas y luego le pediré a Caronte que lo lleve a la prisión del inframundo.

Luego me empujó a través de la puerta, hacia la realidad. Al instante sentí un cosquilleo bajo mi piel y me invadió una sensación de alivio. Sin ella, me había sentido vacía y no podía imaginar haber tenido que vivir tantos años sin ella.

Todos mis amigos estaban juntos en el campo de batalla y una calma fantasmal se apoderó de los prados. ¡Estaban vivos! El alivio me envolvió como una cálida manta.

—¡Attilus! —exclamó Adayla asustada al descubrir al mago que atravesaba el portal detrás de mí. Con un movimiento hizo aparecer

una bola de fuego en su mano.

—¡Es Hakon! —la tranquilicé y vi cómo se le llenaban los ojos de lágrimas. Inmediatamente corrió hacia su viejo amigo para abrazarlo.

Kayden se abalanzó sobre mí y me atrajo hacia su cuerpo ileso.

—Pensé que te perdería.

Feliz, enterré mi rostro en la tela de su uniforme y disfruté por un breve instante de su calor. Luego me separé de su caricia y miré a mi alrededor con asombro.

—¿Dónde está el ejército de Attilus?

—Los bastardos se retiraron hace unos minutos de forma inesperada al maldito infierno del que venían —refunfuñó Nayda, que apareció a mi lado y me sonrió aliviada. Jako la tomó de la mano de nuevo y ella pareció no querer soltarlo nunca más.

A continuación, Caronte se acercó a mí y me saludó con una sonrisa burlona.

—¿Dónde estabas? Te perdiste un final fabuloso.

—Estaba en uno de los mundos de Attilus. Pero te lo contaré en otra ocasión.

Miré con tristeza la pradera pisoteada que se extendía ante nosotros, empapada de negro, marrón y rojo. Muchos cuerpos sin vida la cubrían y demasiados de ellos no pertenecían al ejército del mago.

Había mucho que hacer y aún más que lamentar. Pero Eclaria volvía a tener un futuro. Uno con prados frondosos, bosques densos y dos pueblos que habían luchado juntos por su libertad.

Feliz por este pensamiento, rodeé con mis brazos a mi alma gemela, que se inclinó hacia mí y me besó con ternura.

Hoy era un buen día para vivir.

EPÍLOGO I



Perseguiré mis sueños y deseos
hasta que todos se cumplan.

Entrada del diario de Lady Adayla

Caronte

Sonaron las fanfarrias y la pequeña rompedora de maldiciones subió al trono junto con su pequeño rey. El pueblo de Eclaria vitoreó y la alegría por este nuevo comienzo se reflejaba en sus rostros.

En las últimas semanas, la isla había sufrido más víctimas de las esperadas. Muchas almas habían cruzado mis puertas hacia el mundo de Hades y también pude enviar al reino de los muertos a los pobres y atormentados prisioneros del ejército de las Almas Negras.

Por desgracia, no pude liberarlos a todos, porque el enemigo ordenó la retirada con una orden repentina y esos malditos monstruos con capas rojas se marCaronte con los demás. Habían huido y solo me queda esperar que pronto tenga otra oportunidad de enfrentarme a ellos. Para poder destruirlos por completo.

Sin embargo, tras esta inesperada victoria, la tristeza se cernió como un velo sobre la reconstrucción del país. Había tanto que reconstruir. Ciudades, pueblos, puertos y campos.

Todos habíamos ayudado: la pequeña estrella, su pequeño príncipe, el insignificante tipo del barco junto con la pequeña sanadora y, por supuesto, yo también. Sin mí, nunca habría sido tan rápido. Al fin y al cabo, soy un dios, aunque a veces tengo la sensación de que algunos del grupo no lo aprecian como me gustaría.

El rey dragón se marchó con su tropa y el libro. El libro, que ya anunciaba un nuevo desafío, otra guerra.

La pequeña rompedora de maldiciones se debatía entre dudas sobre si hizo lo correcto al entregárselo o no. Lo vi en sus pensamientos. Aparecía de vez en cuando entre los más sucios sobre su alma gemela.

Al recordar su vínculo, se me hizo un nudo en el pecho. Algo que no está destinado para mí. Ya no. Solo por un instante dejé que su rostro apareciera ante mi ojo interno.

Luego enderecé los hombros y me acerqué a la pequeña rompe maldiciones, que estaba hablando con la antigua reina de Eclaria.

—¿Estás segura de que es la decisión correcta, Adayla? —la oí preguntar y no pude evitar sonreír. Por supuesto que era la decisión correcta. Este ser aún tenía mucho que aprender sobre su poder y sus fuerzas. Algún día lo entendería y entonces, por fin, confiaría en sí misma.

—Sí, estoy completamente segura, Jadina —dijo la antigua reina y tomó sus manos—. En las pocas horas que he pasado contigo luchando codo con codo en la guerra, has sido más reina que yo en todo mi mandato. —Miró a su marido—. Además, Ryland y yo queremos explorar el mundo. —La emoción brilló en sus ojos—. Lord Marek nos llevará en su barco. Soñaba con eso cuando era pequeña.

Mi pequeña rompe maldiciones abrazó a su pariente y le susurró al oído lo feliz que se sentía por ella.

Esperaba impaciente a un lado y, tan pronto como las dos mujeres se separaron, me interpuse entre ambas. Sabía que, a más tardar entonces, esa Adayla se alejaría porque, al igual que todos los demás, no soportaba la presencia de mi poder divino.

—Felicidades por la coronación, pequeña rompedora de maldiciones —le dije mientras le tomaba la mano y le daba un beso

en su delicada piel. El dolor por ese contacto con otro ser, que echaría de menos durante tanto tiempo, se clavó directo en lo que quedaba de mi propia alma—. Nunca dudes de ti misma. Es correcto que subas al trono. De lo contrario, los dones que te ha dado la Gran Madre se desperdiciarían.

Sus cejas se fruncieron molestas, y retiró la mano. No esperaba otra cosa de ella. Su corazón pertenecía a su alma gemela, y así debía ser. Sin embargo, me encantaba coquetear con ella y bromear. Al igual que con la pequeña estrella. Pero ella ya sabía cómo interpretar mis comentarios insinuantes.

—¿Tú también te vas? —preguntó, y vi un destello de pesar en sus ojos.

—Sí —respondí, dedicándole mi sonrisa más cruel—. ¿O prefieres que me quede y te enseñe lo que significa tener a un dios en la cama?

Una vez más, la irritación se apoderó de sus rasgos, pero no pudo ocultar el pesar.

—¡Caronte, déjala de molestar! —me reprendió la pequeña estrella y me dio un puñetazo en el brazo con su diminuto puño. Un golpe que apenas noté—. Pero claro que se volverán a ver. En unos meses como mucho. Para entonces será mi gran fiesta de Navidad y, por supuesto, los dos están invitados.

Ah, sí, eso también sería pronto. Grité por dentro, aunque noté el alegre cosquilleo en mi corazón que me provocaba la perspectiva de pasar tiempo con el grupo de seres inferiores. ¿Qué me había hecho la pequeña estrella para que una fiesta tan convencional despertara en mí tales emociones?

—Acepto encantada la invitación. He oído hablar mucho de la Navidad y tengo muchas ganas de vivirla.

—Trae a tu alma gemela y a tus amigos. Cuantos más seamos, mejor —dijo mi pequeña estrella con generosidad, y no pude evitar poner los ojos en blanco. Eso significaría más regalos bajo ese árbol ridículamente decorado, que habría que desenvolver uno por uno antes de que se sirviera la comida y se descorchara el vino.

—Eh, pequeña estrella…

—No quiero oír nada de ti, Caronte. Todos son tan bienvenidos como tú —dijo antes de que pudiera plantear mi objeción, que en realidad era muy plausible. Me la tragué porque no valía la pena renunciar a esta fiesta. El único momento del año en el que recibía algo de cercanía de otro ser. A partir de ahora, de dos seres.

Mi mirada se deslizó de nuevo hacia la pequeña rompe maldiciones.

—Entonces nos vemos en Navidad —dije con la mayor dignidad posible, teniendo en cuenta que tal vez ni siquiera me vería entre la absurda multitud de asistentes—. El fénix y yo nos pondremos en camino ahora.

—¿Qué? ¿Ya? ¿Y te llevas a Limycu? ¿Por qué? —Su tristeza era tan palpable que casi podía saborearla en la lengua. Aunque no podía decir con certeza si era por mí o por el fénix, lo disfruté.

—Sí, hay algunas cosas que debo resolver. —Evitar que un libro reavive una antigua guerra—. Y el fénix también debe seguir su camino. Adonde se le necesite.

—Los echaré mucho de menos —dijo, y la pequeña estrella le acarició el brazo para tranquilizarla—. Pero los dragones se quedarán, ¿verdad? —quiso saber.

—Sí, por supuesto. Si Jarok, Elara y Troas también se marcharan ahora, se quedarían completamente solos en la isla. Para los jinetes sería una pérdida enorme. Todo el clan se quedará aquí y vivirá en las montañas del noreste de la isla.

—Me alegro —respondió la pequeña estrella, y mi impaciencia creció hasta el infinito. No soportaba las despedidas prolongadas. Sobre todo cuando tenía tantas cosas de las que ocuparme.

Así que volví a tomar la mano de la pequeña rompe maldiciones y, para mi sorpresa, me permitió volver a darle un beso.

—Ahora me voy —dije, y casi me tambaleé cuando de repente ella me rodeó con sus brazos y se apretó contra mí. Al principio me quedé paralizado, pero luego rodeé con cuidado su pequeño cuerpo con mis brazos. Disfruté del calor que irradiaba y tuve que cerrar los ojos por un momento.

—Gracias por todo, Caronte. Sin ti no lo habría conseguido —susurró, y mi corazón se estremeció al oír sus palabras. La respuesta

se me atragantó en la garganta.

Entonces me separé de ella. Me costó mucho, pero sabía que, de lo contrario, nunca podría volver a soltarla. Echaba mucho de menos el contacto con otro ser.

Pero tenía que volver a mi soledad. Vigilar mis puertas y velar por la seguridad de nuestros mundos.

Con una última sonrisa forzada, me di la vuelta y corrí hacia la salida del salón real, donde el fénix ya me esperaba.

—*Lo habrías conseguido sin mí* —le susurré a través de nuestra conexión mental, pero no volví a mirar atrás—. *Cree en ti misma.*

Luego formé un portal a través del cual el fénix y yo desaparecimos en las vastas extensiones del mundo. Allí donde se nos necesitaba.

En Eclaria volvió a reinar la paz y la felicidad pudo volver a este lugar con una pareja real que sabía amar y luchar.

EPÍLOGO 2



Cuando los mundos aún estaban en el seno de la madre,
las estrellas vieron el fin de sus días.
Entonces, un pueblo de fae fue condenado
a perseguir y maldecir al enemigo.

Primera estrofa de una antigua y casi olvidada canción de los Fae

Garmaan, Rey de los Dragones
En un lugar incognito, en un futuro desconocido

La oscuridad de ese infierno en el que nos mantenían cautivos me oprimía la garganta con la misma fuerza que las cadenas con las que nos habían atado a la maldita roca de Klandestein.

Solo el goteo constante del agua que se filtraba a través del techo de la cueva y el suave llanto de mi hijo rompían el silencio, en el que los pensamientos y los reproches eran más fuertes de lo que era bueno para uno. La locura no estaba lejos.

No había oído nada de mi mujer y de mi hija desde hacía días, y volver a darme cuenta de lo que eso significaba me hizo rebelarme contra mis cadenas. Apreté los puños y mi cuerpo tembló, mientras la piedra rozaba con fuerza las heridas de las alas cortadas en mi espalda.

No solo me las quitaron a mí; también a mi mujer y a mis hijos. Nos las cortaron con un cuchillo romo y nos dejaron morir aquí, en este infierno que nos robaba la magia. No podía volver a convertirme en dragón ni salvar a mi familia. Mi don de la metamorfosis siempre había sido mi mayor ventaja en la lucha. Pero ahora estaba atrapado en este cuerpo fae.

Mis pensamientos volvieron al libro que la reina de Eclaria me entregó a cambio de mi ayuda en su guerra, y maldije el día en que me dejé llevar por mi codicia.

Le hice creer que solo era una maldición la que pesaba sobre mí y que quería deshacerme de ella con la ayuda del libro. Pero en realidad, había mucho más detrás que la maldición que me esclavizaba. Nuestro antiguo mundo, al que queríamos recuperar. Una guerra ancestral que pesaba sobre mi pueblo. Las palabras de las nornas, que se habían grabado a fuego en mi memoria.

Teníamos que encontrarla. A la última de ellas.

Una nueva fuerza fluyó por mi cuerpo agotado y me enderecé.

—Hijo —susurré en la oscuridad y oí cómo dejaba de lloriquear—. Sabes lo que tienes que hacer. Encuéntrala y lleva a nuestro pueblo de vuelta a su antiguo mundo.

—Pero padre, ¿cómo voy a hacerlo? No puedo liberarme de las cadenas y sin alas…

—Creo en ti. Nos salvarás. Pero primero te sacaré de aquí.

—¡No! No me iré sin ti. —Su súplica caló hondo en mi corazón y la llevaría conmigo para siempre.

—Debes hacerlo. Solo así podré reparar mi error.

La piedra de Klandestein que llevaba en la espalda zumbaba con suavidad. Era una señal de que estaba dormido y de que quizá ese sería el único momento en el que aún podría reunir fuerzas suficientes para salvar al menos a mi hijo.

Con mucho cuidado, dejé que los últimos restos de mi antigua magia de mi tierra natal fluyeran. Una magia que escapó a la roca, y que era muy diferente a la de este mundo. La magia de la que nos alimentamos aquí en Brysalia durante milenios.

Cálida y familiar, esta antigua fuerza se concentró en mi interior y supe que tenía que ser rápido para que la piedra se diera cuenta

demasiado tarde de que cometía un error.

—Encuéntrala. ¿Me oyes? —le insistí a mi hijo por última vez.

—Sí, padre —susurró, y casi pude sentir sus lágrimas corriendo por mis propias mejillas. No sería fácil para él. Sin alas. Sin su forma de dragón. Pero no tenía otra opción. Este era el momento para el que había sido creado. La razón por la que nuestros caminos se habían cruzado.

—¡Ahora! —grité, y en una explosión liberé mi último gramo de magia. Oí el tintineo de las cadenas y, al instante siguiente, la cueva se vio envuelta en la luz deslumbrante de un portal que, en un abrir y cerrar de ojos después, volvió a desaparecer bajo el rugido furioso de Klandestein.

Pero ya era demasiado tarde para el monstruo devorador de magia que tenía a mis espaldas. Mi hijo había desaparecido y yo sabía que cumpliría su misión. No importaba cuánto tiempo le llevara.

Una risa burlona escapó de mi garganta y ni siquiera el dolor punzante de la piedra en mi cuerpo pudo reprimirla.

—¿Qué has hecho? —siseó la piedra en mi cabeza.

—He cumplido mi promesa a mi pueblo y ahora puedo pasar al reino de los muertos con mi mujer y mi hija.

Una vez más, me sacudió una risa que ya amenazaba con convertirse en locura.

—Nunca saldrás de aquí —oí decir a la voz en mi cabeza en ese momento. Cruel y empapada de anticipación—. *Te torturaré hasta que ya no sepas quién eres.*

Un escalofrío me recorrió la espalda y el horror me invadió con espanto.

¿Este era el precio que pagaba por mi codicia?

Si mi hijo encontraba a la última de su especie, tal vez sería un sacrificio justificado.

Con esa creencia, me dejé caer de nuevo sobre las cadenas y acepté mi destino.

FIN

POSTFACIO

Karen: Queridos lectores y lectoras…

Caronte: Oh, no, ahórrame tus agradecimientos sentimentales.

Karen: ¿Qué? ¿Sentimentales?

Caronte: El constante «*Muchas gracias por su apoyo*» o «*¡Son fantásticos!*». *¡Gracias!* Esa verborrea me da dolor de cabeza.

Karen: Pero…

Caronte: ¡Sin peros! ¡Déjalo ya! Si quieres dar las gracias a alguien, deberías dármelas a mí. Al fin y al cabo, no es habitual que un dios perfecto en todos los sentidos se tome la molestia de aparecer como personaje secundario en un libro. Y eso sin que haya ni una sola escena donde pueda demostrar mis habilidades amorosas en la cama con una mujer.

Karen se ríe.

Karen: Con todo respeto, pero no creo que a ninguno de mis lectores le hubiera interesado saber cómo eres en la cama.

Caronte: Entonces conoces muy mal a tus lectores.

Caronte suspira de forma teatral.

Caronte: ¡Por supuesto que todos quieren leer sobre el sexo salvaje de los dioses con un dios perfecto en todos los sentidos!

Karen: Bueno, pero la historia ya está terminada. Ya no puedo cambiar nada.

Caronte: Qué fastidio.

Caronte cruza los brazos sobre el pecho.

Karen: Por supuesto que puedes volver a aparecer en la próxima historia. Tú mismo mencionaste que, de alguna manera, has tenido algo que ver.

Caronte: ¿De qué estás hablando? Yo nunca tengo *algo que ver.* Prefiero usar mis dedos para otras cosas. Ya sabes, para…

Karen: ¡Caronte! Esto es el epílogo y seguro que no está pensado para que compartas algunas de tus aventuras sexuales.

Caronte se enfada.

Caronte: Nunca me dejan divertirme.

Karen: Pero, como ya has dicho, mencionaste que tenías que corregir un error…

Caronte: ¿Error? ¡Como si yo cometiera errores!

Ahora es Karen quien suspira.

Karen: Bien. Entonces, ¿no lo llamamos error, sino destino divino?

Caronte: Tampoco exageres. A nadie nunca le han caído bien los aduladores.

Caronte reflexiona.

Caronte: Aunque… Continúa.

Karen: Dejemos el tema. Solo quería decir que puedes volver a asumir tu papel en la próxima serie *Una Corte de Oscuridad y Sombras*.

Caronte: Mmh. Tendré que pensarlo. ¿Harías un trato conmigo si acepto?

Karen: ¿Un trato? ¿De verdad le preguntas eso a la persona que escribió que nunca se debe hacer un trato con un dios?

Caronte: Absolutamente.

Caronte esboza su cruel sonrisa.

Caronte: Sé lo mucho que te gusta tenerme en tus historias. Cada vez que describes mi aspecto… Creo que no hace falta que diga más, ¿verdad?

Karen *(tímida):* No, no hace falta.

Caronte: Esta es mi propuesta. Participaré en tu próximo libro e intentaré corregir dentro de la historia el error que cometí en su momento. A cambio, tendré una escena sexual con la protagonista principal. He oído que es de mi agrado.

Karen: No.

Caronte: No.

Karen: No conseguirás a la protagonista principal.

Caronte: ¿Su mejor amiga?

Karen: No.

Caronte: ¿Una dríade que ande ahí por casualidad?

Karen: Tampoco.

Caronte: Me encantan las mujeres que saben lo que quieren.

Caronte se acerca.

Karen: ¡Rotundamente *no*!

Caronte: Esperaba más de ti.

Karen: ¿Vas a aparecer en la próxima historia? Si no, tendré que preguntarle a Hades.

Caronte: ¡Hades! ¿Le darías mi papel a Hades?

Los ojos de Caronte se vuelven de un negro intenso.

Karen: Si no quieres, tendré que buscar a otra persona, y Hades siempre es muy encantador.

Caronte: Está bien. Lo haré. Estoy dentro.

Karen: Muy bien.

Caronte: ¿Dónde está tu agradecimiento?

Karen: Ah, sí, claro. Gracias por recordármelo. Doy las gracias a todos los que han hecho de este último volumen de Un Trono de Rosas y Espinas un auténtico espectáculo pirotécnico. En primer lugar, por supuesto, a mi familia. Los amo. También quiero dar las gracias a Alex y Chrissy. Esta vez, Sabrina Reck, de Lektorat Nachtwind, quien ha revisado mi manuscrito y Nina Krönes, de Lektorat Zeilenkleid, quien ha sido la lectora de prueba. Sus comentarios siempre son muy valiosos. La corrección de Monika Schulze ha eliminado hasta los errores más pequeños. Tus fantásticos ojos son insuperables. Y, por supuesto, mis otras lectoras de prueba: Chiara, Gila, Ginny, Karin, Isabelle y Vivienne, ¡son fantásticas!

Caronte: ¡Por supuesto que me refería a que me dieras las gracias por volver a aparecer en el próximo libro!

Karen: Ah, ya. Gracias, Caronte.

Caronte: Así se habla. No olvides recordarles a todos que pueden dejar sus valoraciones. Aunque después de mi aparición, ya no me preocupa. ¿Quién valoraría este cuerpo con menos de 5 estrellas? ¡Nadie!

Karen: **¡Gracias por leer esta historia, queridos lectores! Me encantaría recibir valoraciones, reseñas o enlaces en redes sociales, Amazon y plataformas digitales. Sus recomendaciones me ayudan, porque solo así podré seguir escribiendo libros para cada uno de ustedes y para todos los demás.**

Caronte: Y no te pierdas el próximo libro, *Alas en Sombra – Una Corte de Oscuridad y Sombras, volumen 1*. Al fin y al cabo, yo también estaré en él, así que solo puede ser bueno.

Karen: En un papel secundario.

Caronte: No me lo pones nada fácil para caerme bien.

Karen: ¿Quieres dirigir unas últimas palabras a los lectores?

Caronte: A ti, querido lector o lectora, te deseo muchas horas felices en la cama, con mucho…

Karen: ¡Caronte!

Caronte: Tiempo para leer, un novio literario que se llame Caronte y muchas aventuras mágicas a lomos de un fénix.

Karen: Al fin y al cabo, puedes comportarte si quieres.

Caronte: No se puede decir que sea cuestión de querer. Pero ¿qué haces todavía aquí?

Karen: ¿Por qué? Me voy.

Caronte: ¡Vete ya! Tienes que escribir una nueva historia. Y no lo olvides: quiero volver a interpretar a un dios perfecto en todos los sentidos.

Karen: Está bien. Empezaré a escribir.

Caronte: Mientras tanto, puedo cuidar mi hermoso y ardiente cuerpo. Unas vacaciones cortas me vendrán excelentes.